Sigmund Freud
Obras completas

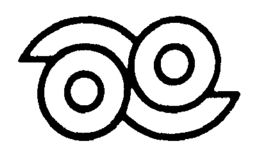
comentarios y notas
es Strachey,
ción de Anna Freud

Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)
A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el «Hombre de las Ratas»)
(1909)

X

Amorrortu editores

Obras completas
Sigmund Freud



Volumen 10

Obras completas
Sigmund Freud

Ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey
con la colaboración de Anna Freud,
asistidos por Alix Strachey y Alan Tyson

Traducción directa del alemán de José L. Etcheverry

Volumen 10 (1909)

Análisis de la fobia de un niño de cinco años
A propósito de un caso de neurosis obsesiva

Amorrortu editores

El título original en alemán de las dos obras de Sigmund Freud incluidas en este volumen, cuyos derechos se consignan a continuación, figuran en las páginas 3 y 121, respectivamente.

Primera edición en castellano, 1980; segunda edición, 1986; primera reimpresión, 1988; segunda reimpresión, 1990; tercera reimpresión, 1992

Traducción directa del alemán: José Luis Etcheverry
Traducción de los comentarios y notas de James Strachey: Leandro Wolfson
Asesoramiento: Santiago Dubcovsky y Jorge Colapinto
Corrección de pruebas: Rolando Trozzi y Mario Leff

Publicada con autorización de Sigmund Freud Copyrights Ltd., The Hogarth Press Ltd., The Institute of Psychoanalysis (Londres) y Angela Richards. Primera edición en *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, 1955; octava reimpresión, 1975.

Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723.

Industria argentina. Made in Argentina.

ISBN 950-518-575-8 (Obras completas)
ISBN 950-518-586-3 (Volumen 10)

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en febrero de 1992.

Tirada de esta edición: 4.000 ejemplares.

Indice general

Volumen 10

Advertencia sobre la edición en castellano

El presente libro forma parte de las *Obras completas* de Sigmund Freud, edición en 24 volúmenes que ha sido publicada entre los años 1978 y 1985. En un opúsculo que acompaña a esta colección (titulado *Sobre la versión castellana*) se exponen los criterios generales con que fue abordada esta nueva versión y se fundamenta la terminología adoptada. Aquí sólo haremos un breve resumen de las fuentes utilizadas, del contenido de la edición y de ciertos datos relativos a su aparato crítico.

La primera recopilación de los escritos de Freud fueron los *Gesammelte Schriften*,[1] publicados aún en vida del autor; luego de su muerte, ocurrida en 1939, y durante un lapso de doce años, aparecieron las *Gesammelte Werke*,[2] edición ordenada, no con un criterio temático, como la anterior, sino cronológico. En 1948, el Instituto de Psicoanálisis de Londres encargó a James B. Strachey la preparación de lo que se denominaría *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, cuyos primeros 23 volúmenes vieron la luz entre 1953 y 1966, y el 24° (índices y bibliografía general, amén de una fe de erratas), en 1974.[3]

La *Standard Edition*, ordenada también, en líneas generales, cronológicamente, incluyó además de los textos de Freud el siguiente material: 1) Comentarios de Strachey previos a cada escrito (titulados a veces *«Note»*, otras *«Introducción»*).

[1] Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 12 vols., 1924-34. La edición castellana traducida por Luis López-Ballesteros (Madrid: Biblioteca Nueva, 17 vols., 1922-34) fue, como puede verse, contemporánea de aquella, y fue también la primera recopilación en un idioma extranjero; se anticipó así a la primera colección inglesa, que terminó de publicarse en 1950 (*Collected Papers*, Londres: The Hogarth Press, 5 vols., 1924-50).

[2] Londres: Imago Publishing Co., 17 vols., 1940-52; el vol. 18 (índices y bibliografía general) se publicó en Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1968.

[3] Londres: The Hogarth Press, 24 vols., 1953-74. Para otros detalles sobre el plan de la *Standard Edition*, los manuscritos utilizados por Strachey y los criterios aplicados en su traducción, véase su «General Preface», vol. 1, págs. xiii-xxii (traducido, en lo que no se refiere específicamente a la lengua inglesa, en la presente edición como «Prólogo general», vol. 1, págs. xv-xxv).

2) Notas numeradas de pie de página que figuran entre corchetes para diferenciarlas de las de Freud; en ellas se indican variantes en las diversas ediciones alemanas de un mismo texto; se explican ciertas referencias geográficas, históricas, literarias, etc.; se consignan problemas de la traducción al inglés, y se incluyen gran número de remisiones internas a otras obras de Freud. 3) Intercalaciones entre corchetes en el cuerpo principal del texto, que corresponden también a remisiones internas o a breves apostillas que Strachey estimó indispensables para su correcta comprensión. 4) Bibliografía general, al final de cada volumen, de todos los libros, artículos, etc., en él mencionados. 5) Indice alfabético de autores y temas, a los que se le suman en ciertos casos algunos índices especiales (p.ej., «Indice de sueños», «Indice de operaciones fallidas», etc.).

El rigor y exhaustividad con que Strachey encaró esta aproximación a una edición crítica de la obra de Freud, así como su excelente traducción, dieron a la *Standard Edition* justo renombre e hicieron de ella una obra de consulta indispensable.

La presente edición castellana, traducida directamente del alemán,[4] ha sido cotejada con la *Standard Edition*, abarca los mismos trabajos y su división en volúmenes se corresponde con la de esta. Con la sola excepción de algunas notas sobre problemas de traducción al inglés, irrelevantes en este caso, se ha recogido todo el material crítico de Strachey, el cual, como queda dicho, aparece siempre entre corchetes.[5]

Además, esta edición castellana incluye: 1) Notas de pie de página entre llaves, identificadas con un asterisco en el cuerpo principal, y referidas las más de las veces a problemas propios de la traducción al castellano. 2) Intercalaciones entre llaves en el cuerpo principal, ya sea para reproducir la palabra o frase original en alemán o para explicitar ciertas variantes de traducción (los vocablos alemanes se dan en nominativo singular, o tratándose de verbos, en infinitivo). 3) Un «Glosario alemán-castellano» de los principales términos especializados, anexo al antes mencionado opúsculo *Sobre la versión castellana*.

Antes de cada trabajo de Freud, se consignan en la *Standard Edition* sus sucesivas ediciones en alemán y en inglés; por nues-

[4] Se ha tomado como base la 4ª reimpresión de las *Gesammelte Werke*, publicada por S. Fischer Verlag en 1972; para las dudas sobre posibles erratas se consultó, además, Freud, *Studienausgabe* (Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 11 vols., 1969-75), en cuyo comité editorial participó James Strachey y que contiene (traducidos al alemán) los comentarios y notas de este último.

[5] En el volumen 24 se da una lista de equivalencias, página por página, entre las *Gesammelte Werke*, la *Standard Edition* y la presente edición.

tra parte proporcionamos los datos de las ediciones en alemán y las principales versiones existentes en castellano.[6]

Con respecto a las grafías de las palabras castellanas y al vocabulario utilizado, conviene aclarar que: *a*) En el caso de las grafías dobles autorizadas por las Academias de la Lengua, hemos optado siempre por la de escritura más simple («trasferencia» en vez de «transferencia», «sustancia» en vez de «substancia», «remplazar» en vez de «reemplazar», etc.), siguiendo así una línea que desde hace varias décadas parece imponerse en la norma lingüística. Nuestra única innovación en este aspecto ha sido la adopción de las palabras «conciente» e «inconciente» en lugar de «consciente» e «inconsciente», innovación esta que aún no fue aprobada por las Academias pero que parecería natural, ya que «conciencia» sí goza de legitimidad. *b*) En materia de léxico, no hemos vacilado en recurrir a algunos arcaísmos cuando estos permiten rescatar matices presentes en las voces alemanas originales y que se perderían en caso de dar preferencia exclusiva al uso actual.

Análogamente a lo sucedido con la *Standard Edition*, los 24 volúmenes que integran esta colección no fueron publicados en orden numérico o cronológico, sino según el orden impuesto por el contenido mismo de un material que debió ser objeto de una amplia elaboración previa antes de adoptar determinadas decisiones de índole conceptual o terminológica.[7]

[6] A este fin entendemos por «principales» la primera traducción (cronológicamente hablando) de cada trabajo y sus publicaciones sucesivas dentro de una colección de obras completas. La historia de estas publicaciones se pormenoriza en *Sobre la versión castellana*, donde se indican también las dificultades de establecer con certeza quién fue el traductor de algunos de los trabajos incluidos en las ediciones de Biblioteca Nueva de 1967-68 (3 vols.) y 1972-75 (9 vols.).

En las notas de pie de página y en la bibliografía que aparece al final del volumen, los títulos en castellano de los trabajos de Freud son los adoptados en la presente edición. En muchos casos, estos títulos no coinciden con los de las versiones castellanas anteriores.

[7] El orden de publicación de los volúmenes de la *Standard Edition* figura en *AE*, 1, pág. xxi, *n.* 7. Para esta versión castellana, el orden ha sido el siguiente: 1978: vols. 7, 15, 16; 1979: vols. 4, 5, 8, 9, 11, 14, 17, 18, 19, 20, 21, 22; 1980: vols. 2, 6, 10, 12, 13, 23; 1981: vols. 1, 3; 1985: vol. 24.

Lista de abreviaturas

(Para otros detalles sobre abreviaturas y caracteres tipográficos, véase la aclaración incluida en la bibliografía, *infra*, pág. 253.)

AE	Freud, *Obras completas* (24 vols., en curso de publicación). Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978–.
BN	Freud, *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.*
EA	Freud, *Obras completas* (19 vols.). Buenos Aires: Editorial Americana, 1943-44.
GS	Freud, *Gesammelte Schriften* (12 vols.). Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1924-34.
GW	Freud, *Gesammelte Werke* (18 vols.). Volúmenes 1-17, Londres: Imago Publishing Co., 1940-52; volumen 18, Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1968.
RP	*Revista de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica Argentina, 1943–.
SA	Freud, *Studienausgabe* (11 vols.). Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1969-75.
SE	Freud, *The Standard Edition of the Complete Psychological Works* (24 vols.). Londres: The Hogarth Press, 1953-74.
SKSN	Freud, *Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre* (5 vols.). Viena, 1906-22.
SR	Freud, *Obras completas* (22 vols.). Buenos Aires: Santiago Rueda, 1952-56.
Vier Krankengeschichten	Freud, *Vier psychoanalytische Krankengeschichten*. Viena, 1932.

* Utilizaremos la sigla *BN* para todas las ediciones publicadas por Biblioteca Nueva, distinguiéndolas entre sí por la cantidad de volúmenes: edición de 1922-34, 17 vols.; edición de 1948, 2 vols.; edición de 1967-68, 3 vols.; edición de 1972-75, 9 vols.

Análisis de la fobia de un niño de cinco años (1909)

Nota introductoria

«Analyse der Phobie eines fünfjährigen Knaben»

Ediciones en alemán

1909 *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **1**, nº 1, págs. 1-109.
1913 *SKSN*, **3**, págs. 1-122. (1921, 2ª ed.)
1924 *GS*, **8**, págs. 129-263.
1932 *Vier Krankengeschichten*, págs. 142-281.
1941 *GW*, **7**, págs. 243-377.
1975 *SA*, **8**, págs. 9-122.

«Nachschrift zur Analyse des kleinen Hans»

1922 *Int. Z. Psychoanal.*, **8**, nº 3, pág. 321.
1924 *GS*, **8**, págs. 264-5.
1932 *Vier Krankengeschichten*, págs. 282-3.
1940 *GW*, **13**, págs. 431-2.
1975 *SA*, **8**, pág. 123.

Traducciones en castellano *

1931 «Análisis de la fobia de un niño de cinco años». *BN* (17 vols.), **15**, págs. 155-(?). Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 Igual título. *EA*, **15**, págs. 143-285. El mismo traductor.
1948 Igual título. *BN* (2 vols.), **2**, págs. 566-623. El mismo traductor.
1953 Igual título. *SR*, **15**, págs. 113-224. El mismo traductor.
1968 Igual título. *BN* (3 vols.), **2**, págs. 658-715. El mismo traductor.
1972 Igual título. *BN* (9 vols.), **4**, págs. 1365-439. El mismo traductor.

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xi y *n.* 6.}

1931	«Apéndice». *BN* (17 vols.), **15**, pág. (?). Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943	Igual título. *EA*, **15**, pág. 286. El mismo traductor.
1948	Igual título. *BN* (2 vols.), **2**, págs. 623-4. El mismo traductor.
1953	Igual título. *SR*, **15**, pág. 225, el mismo traductor, y **21**, págs. 191-4, traducción de Ludovico Rosenthal.
1968	Igual título. *BN* (3 vols.), **2**, pág. 715, traducción de Luis López-Ballesteros, y **3**, págs. 481-2.
1972	Igual título. *BN* (9 vols.), **4**, pág. 1440.

Sobre sucesos de los primeros años del «pequeño Hans», Freud ya había dado a conocer algunos datos dos años antes, en «El esclarecimiento sexual del niño» (1907*c*), *AE*, **9**, págs. 117-8, aunque en las ediciones primitivas de ese trabajo lo llamó «el pequeño Herbert»; corrigió el nombre luego de aparecer el presente estudio. Mencionó también este historial clínico en otro de sus escritos anteriores, «Sobre las teorías sexuales infantiles» (1908*c*), *AE*, **9**, pág. 183, publicado poco antes que el actual y donde se adelantan muchas de las más importantes teorías aquí examinadas (véase mi «Nota introductoria» a ese escrito, *AE*, **9**, pág. 185).

Cabe mencionar que en su primera publicación, en el *Jahrbuch*, no se consignaba que este trabajo fuera «de» Freud sino «comunicado por» él. En una nota al pie agregada por Freud al volumen octavo de los *Gesammelte Schriften* (1924), que contenía este y los otros cuatro historiales clínicos extensos {los casos de «Dora», el «Hombre de las Ratas», el «Hombre de los Lobos» y Schreber}, señala que lo dio a publicidad con el expreso consentimiento del padre del pequeño Hans. Esta nota se hallará al final de las «Palabras preliminares» del caso «Dora» (1905*e*), *AE*, **7**, pág. 13.

El resumen cronológico que damos a continuación, basado en datos que ofrece el texto, puede ayudar al lector a seguir el hilo de la historia:

Año	*Edad del niño*	
1903		(Abril) Nacimiento de Hans.
1906	3 - 3¾ años	Primeros informes del padre.
	3¼ - 3½ años	(Verano) Primera estadía en Gmunden.

1906	3½ años	Amenaza de castración.
	3½ años	(Octubre) Nacimiento de Hanna.
1907	3¾ años	Primer sueño.
	4 años	Mudanza a una nueva vivienda.
	4¼ - 4½ años	(Verano) Segunda estadía en Gmunden. Episodio del caballo que muerde.
1908	4¾ años	(Enero) Episodio del caballo que se tumba. Comienzo de la fobia.
	5 años	(Mayo) Fin del análisis.

James Strachey

I. Introducción

En rigor, no proviene de mi observación el historial clínico y terapéutico que en las páginas siguientes se expone, de un paciente en extremo joven. Es cierto que he orientado el plan de tratamiento en su conjunto, y hasta intervine personalmente una vez en una plática con el niño; pero el tratamiento mismo fue llevado a cabo por el padre del pequeño, a quien debo agradecer formalmente por haberme confiado sus notas a los fines de la publicación. Pero el mérito del padre no termina ahí. Creo que ninguna otra persona habría conseguido del niño tales confesiones; imposible de sustituir el conocimiento de causa en virtud del cual el padre supo interpretar las exteriorizaciones de su hijo de 5 años. De otro modo habrían sido insuperables las dificultades técnicas de un psicoanálisis a tan temprana edad. Sólo la reunión en una sola persona de la autoridad paterna con la médica, la conjunción del interés tierno con el científico, posibilitaron en este único caso obtener del método una aplicación para la cual de ordinario habría sido inapropiado.[1]

En cuanto al valor particular de esta observación, reside en lo siguiente: el médico que trata psicoanalíticamente a un neurótico adulto llega al fin, en virtud de su trabajo de descubrir estrato por estrato unas formaciones psíquicas, a ciertos supuestos acerca de la sexualidad infantil, en cuyos componentes cree haber hallado las fuerzas pulsionales de todos los síntomas neuróticos de la vida posterior. Presenté esos supuestos en mis *Tres ensayos de teoría sexual* [1905*d*], publicados en 1905; sé que parecen tan sorprendentes a los extraños como irrefutables a los psicoanalistas. Pero también estos tienen derecho a confesarse su deseo de obtener por un camino más directo una prueba de aquellas tesis fundamentales. ¿Será acaso imposible averiguar inmedia-

1 [La experiencia posterior le mostró a Freud que estos requisitos no eran indispensables. (Véanse las obras citadas *infra*, pág. 117*n*.) Al comienzo del historial clínico del «Hombre de los Lobos» (1918*b*), *AE*, **17**, pág. 11, se hallarán algunas puntualizaciones sobre el valor teórico del tratamiento psicoanalítico de niños.]

tamente en el niño, en toda su frescura vital, aquellas mociones sexuales y formaciones de deseo que en el adulto exhumamos con tanto trabajo de sus enterramientos, y acerca de las cuales, además, aseveramos que son patrimonio constitucional común a todos los seres humanos y en el neurótico no hacen sino mostrarse reforzadas o deformadas?

Con ese propósito suelo yo, desde hace años, instar a mis discípulos y amigos para que compilen observaciones sobre esa vida sexual de los niños que las más de las veces se pasa hábilmente por alto o se desmiente adrede. Entre el material que en virtud de esa exhortación ha llegado a mis manos, las noticias que a continuación daré sobre el pequeño Hans ocuparán pronto un puesto sobresaliente. Sus padres, que se contaban ambos entre mis más cercanos partidarios, habían acordado no educar a su primer hijo con más compulsión que la requerida a toda costa para mantener las buenas costumbres; y como el niño se iba convirtiendo en un muchacho alegre, despierto y de buena índole, prosiguió con toda felicidad ese ensayo de dejarlo crecer y manifestarse sin amedrentamiento. En lo que sigue reproduciré las anotaciones del padre sobre el pequeño Hans tal como me fueron comunicadas, absteniéndome desde luego de todo intento de turbar, mediante unas desfiguraciones convencionales, la ingenuidad y la sinceridad infantiles.

Las primeras comunicaciones sobre Hans datan del tiempo en que aún no había cumplido tres años. A través de diversos dichos y preguntas, exteriorizaba ya entonces un interés particularmente vivo por la parte de su cuerpo que tenía la costumbre de designar como «hace-pipí» {«*Wiwimacher*»}.

Así, cierta vez hizo esta pregunta a su madre:

Hans: «Mamá, ¿tú también tienes un hace-pipí?».

Mamá: «Desde luego. ¿Por qué?».

Hans: «Por nada; se me ocurrió».

A la misma edad lo llevan por primera vez a un establo y ve ordeñar a una vaca: «¡Mira, del hace-pipí sale leche!».

Ya estas primeras observaciones nos despiertan la expectativa de que mucho, si no lo más, de cuanto el pequeño Hans nos muestra ha de ser típico del desarrollo sexual del niño. En una ocasión consigné [2] que no hay que espantarse

[2] Véase mi «Fragmento de análisis de un caso de histeria» (1905*e*) [*AE*, **7**, pág. 47].

demasiado si en una mujer se encuentra la representación de mamar del miembro masculino. Esta chocante moción —decía— tiene un origen muy inocente, pues se deriva del mamar del pecho materno, para lo cual la teta de la vaca —una mama por su naturaleza, pero un pene por su forma y situación— asume una mediación conveniente. El descubrimiento del pequeño Hans corrobora la primera parte de mi tesis.

Su interés por el hace-pipí no es, sin embargo, meramente teórico; como cabía conjeturar, ese interés lo estimula también a tocarse el miembro. A la edad de 3½ años, su madre lo encuentra con la mano en el pene. Ella lo amenaza: «Si haces eso, llamaré al doctor A., que te corte el hace-pipí. Y entonces, ¿con qué harías pipí?».

Hans: «Con la cola {*Popo*}».

El responde todavía sin conciencia de culpa, pero es la ocasión en que adquiere el «complejo de castración» que uno con tanta frecuencia se ve precisado a inferir en los análisis de neuróticos, aunque todos ellos muestren fuerte renuencia a admitirlo. Acerca del significado de este elemento del historial del niño, mucho habría para decir. El «complejo de castración» ha dejado notables huellas en los mitos (y, por cierto, no sólo en los mitos griegos); me he referido a su papel en un pasaje de *La interpretación de los sueños*[3] y en otros textos.[4]

[3] [(1900*a*), *AE*, **5**, pág. 606. La frase «complejo de castración» había sido utilizada por primera vez en «Sobre las teorías sexuales infantiles» (1908*c*), *AE*, **9**, pág. 193.]

[4] (*Nota agregada* en 1923:) La doctrina del complejo de castración ha experimentado después un ulterior desarrollo por las contribuciones de Lou Andreas[-Salomé, 1916], A. Stärcke [1921], F. Alexander [1922] y otros. Se ha aducido que el lactante no puede menos que sentir cada retiro del pecho materno como una castración, vale decir, como pérdida de una parte sustantiva del cuerpo que él contaba en su posesión; tampoco apreciará diversamente la regular deposición de las heces, y hasta el acto mismo del nacimiento, como separación de la madre con quien se estaba unido hasta entonces, sería la imagen primordial de aquella castración. Aun admitiendo todas esas raíces del complejo, yo he planteado la demanda de que el nombre de «complejo de castración» se limite a las excitaciones y efectos enlazados con la pérdida del pene. Desde luego, quien haya podido convencerse, en los análisis de adultos, de lo infaltable del complejo de castración, hallará difícil reconducirlo a una amenaza fortuita y que no en todos los casos puede producirse, y se verá precisado a suponer que el niño construye este peligro a partir de las más leves indicaciones, que nunca faltan. [Véase el examen de Freud sobre las «fantasías primordiales» en la 23ª de sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, **16**, págs. 337-8, el historial del «Hombre de los Lobos» (1918*b*), *AE*, **17**, págs. 48-57 y 87-9, y el del «Hombre de las Ratas» (1909*d*), *infra*, pág. 163*n*.] Este es el motivo que llevó a buscar para el com-

Más o menos a la misma edad (3½ años), exclama, alegremente excitado, ante la jaula del león en Schönbrunn:[5] «¡He visto el hace-pipí del león!».

Los animales deben buena parte de la significación que poseen en el mito y en el cuento tradicional a la franqueza con que muestran sus genitales y sus funciones sexuales ante la criatura dominada por el apetito de saber. La curiosidad sexual de nuestro Hans no admite ninguna duda; pero ella lo convierte en investigador, le permite unos correctos discernimientos conceptuales.

En la estación ferroviaria, a los 3¾ años, ve cómo de una locomotora largan agua. «¡Mira, la locomotora hace pipí! ¿Y dónde tiene el hace-pipí?».

Al rato agrega, reflexivo: «Un perro y un caballo tienen un hace-pipí; una mesa y un sillón, no». Así ha conquistado un signo esencial para distinguir entre un ser vivo y una cosa inanimada.

Apetito de saber y curiosidad sexual parecen ser inseparables entre sí. La curiosidad de Hans se extiende muy en particular a sus padres.

Hans, a los 3¾ años: «Papá, ¿tú también tienes un hace-pipí?».

Padre: «Sí, naturalmente».

Hans: «Pero si nunca te lo he visto cuando te desvestías».

Otra vez, tenso, ve cómo su madre se desviste para meterse en cama. Ella pregunta: «Pues, ¿por qué miras así?».

Hans: «Sólo para ver si tú también tienes un hace-pipí».

Mamá: «Naturalmente. ¿No lo sabías?».

Hans: «No; pensé que como eres tan grande tendrías un hace-pipí como el de un caballo».

Reparemos en esta expectativa del pequeño Hans; más tarde cobrará significatividad.

El gran acontecimiento en la vida de Hans es, empero, el nacimiento de su hermanita Hanna, que se produjo cuando él tenía exactamente 3½ años.[6] Su comportamiento en esa ocasión fue anotado enseguida por su padre:

plejo raíces más profundas, que se presenten de manera universal. Por eso es tanto más valioso que en el caso del pequeño Hans los padres mismos informen sobre la amenaza de castración, formulada por cierto en un tiempo en que su fobia no estaba todavía en cuestión. [Cf. «El sepultamiento del complejo de Edipo» (Freud, 1924*d*), *AE*, **19**, pág. 183.]

[5] [El palacio imperial en las afueras de Viena; en los jardines del palacio funcionaba un zoológico.]

[6] De abril de 1903 a octubre de 1906.

A las 5 de la mañana, cuando empezó el trabajo de parto, la cama de Hans fue llevada a la habitación contigua; ahí despierta a las 7, y escucha el gemir de la parturienta, sobre lo cual pregunta: «¿Por qué tose mamá?». Y después de una pausa añade: «Es seguro que hoy viene la cigüeña».

En los últimos días, desde luego, se le ha dicho a menudo que la cigüeña traería una nena o un varoncito, y con todo acierto él conecta el desacostumbrado gemir con la llegada de la cigüeña.

Más tarde lo llevan a la cocina; ve la maleta del médico en el vestíbulo y pregunta: «¿Qué es esto?», a lo cual se le responde: «Una maleta». Y él entonces, con convicción: «Hoy viene la cigüeña». Tras el alumbramiento, la partera se llega hasta la cocina y Hans oye cómo ordena que preparen un té, ante lo cual él dice: «Ajá; porque mami tiene tos le dan un té». Luego lo llaman al dormitorio, pero no mira a la mamá, sino a los recipientes con agua sanguinolenta que aún están allí, y observa, extrañado, señalando la bacinilla llena de sangre: «Pero... de mi hace-pipí no sale nada de sangre».

Todas sus sentencias muestran que él relaciona lo insólito de la situación con la llegada de la cigüeña. Pone un gesto tenso, muy desconfiado, frente a todo lo que ve, y *sin duda se ha afianzado en él la primera desconfianza hacia la cigüeña.*

Hans se muestra muy celoso con la recién venida, y cuando alguien la alaba, la encuentra linda, etc., dice enseguida, burlón: «Pero si todavía no tiene dientes».[7] En efecto, cuando la vio por primera vez quedó muy sorprendido de que no pudiera hablar, y opinó que no podía hacerlo porque no tenía dientes. Los primeros días, como es lógico, quedó muy relegado, y de pronto contrajo una angina. En medio de la fiebre se le oyó decir: «¡Pero si yo no quiero tener ninguna hermanita!».

Pasado medio año, más o menos, quedaron superados los celos, y él se vuelve un hermano tan tierno como conciente de su superioridad.[8]

[7] También esta es una conducta típica. Otro varoncito, mayor que su hermanita sólo en dos años, solía defenderse en parecidas circunstancias con esta exclamación de enojo: «¡Demasiado chiquita, demasiado chiquita!».

[8] «Que la cigüeña se lo lleve de vuelta», manifestó otro niño, un poco mayor, a modo de bienvenida a su hermanito. Compárese al respecto lo que he puntualizado en *La interpretación de los sueños* (1900*a*) [*AE*, **4**, págs. 258 y sigs.] sobre los sueños acerca de la muerte de deudos queridos.

Un poco después, Hans presencia el baño de su hermanita de una semana de edad. Observa: «Pero... su hace-pipí es todavía chico», tras lo cual agrega, como a modo de consuelo: «Ya cuando crezca se le hará más grande».[9]

Más o menos a la misma edad, de 3¾ años, Hans brinda el primer relato de un sueño. «Hoy, cuando estaba dormido, he creído yo estoy en Gmunden[10] con Mariedl». Mariedl es la hija del propietario de la casa; tiene 13 años y ha jugado a menudo con él.

Cuando el padre le cuenta a la madre su sueño en presencia de él, Hans le observa, rectificándolo: «No con Mariedl; yo totalmente solo con Mariedl».

[9] El mismo juicio, expresado en idénticas palabras y regido por la misma expectativa, me ha sido comunicado sobre otros dos varoncitos en el momento en que por primera vez saciaron su curiosidad mirando el cuerpo de una hermanita. Uno podría asustarse por esta prematura corrupción del intelecto infantil. ¿Por qué estos jóvenes investigadores no comprueban lo que realmente ven, a saber, que no hay ahí ningún hace-pipí? Respecto de nuestro pequeño Hans, al menos, podemos dar el cabal esclarecimiento de su percepción errónea. Sabemos que mediante una cuidadosa inducción ha adquirido la tesis universal de que todo ser animado, por oposición a lo inanimado, posee un hace-pipí; la madre le ha corroborado esta convicción dándole informes afirmativos sobre las personas que se sustraían de su propia observación. Entonces, es totalmente incapaz de volver a abandonar su logro a causa de una sola observación hecha en la hermanita. Juzga, pues, que el hace-pipí está presente también ahí, sólo que todavía es demasiado pequeño, pero le crecerá hasta devenir tan grande como el de un caballo.

Hagamos algo más para reivindicar a nuestro pequeño Hans. En verdad no se comporta peor que un filósofo de la escuela de Wundt. Para este, la conciencia es un carácter infaltable de lo anímico, como para Hans el hace-pipí es el signo distintivo indispensable de todo lo vivo. Ahora bien, si el filósofo se topa con procesos anímicos que uno se ve forzado a inferir, pero en los que no se percibe nada de conciencia —en efecto, uno no sabe nada de ellos y, sin embargo, no puede dejar de inferirlos—, no dirá, por ejemplo, que son procesos anímicos *in*concientes, sino que los llamará *oscuramente* concientes. ¡Es que el hace-pipí es todavía muy chico! Y aun en esta comparación nuestro pequeño Hans lleva la ventaja. Así es: como tan a menudo sucede en las investigaciones sexuales de los niños, también aquí tras el error se esconde una pieza de discernimiento correcto. En verdad, también la niñita posee un pequeño hace-pipí, que nosotros llamamos clítoris, si bien es cierto que no crece, sino que permanece atrofiado. (Cf. mi trabajo «Sobre las teorías sexuales infantiles» (1908*c*) [y la sección titulada «La investigación sexual infantil» en el segundo de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, **7**, págs. 176 y sigs.].)

[10] [Lugar de veraneo cercano a uno de los lagos de la Alta Austria. — Mariedl, Franzl, Fritzl y otros nombres similares son diminutivos cariñosos, típicos en Austria, para Marie, Franz, Fritz, etc.]

Con respecto a esto último, cabe hacer aquí la siguiente puntualización:

> En el verano de 1906 Hans estuvo en Gmunden, donde pasaba el día correteando con los hijos del propietario de la casa. Cuando partimos de allí, creímos que la despedida y la mudanza a la ciudad le resultarían penosas. Para nuestra sorpresa, no fue así. El cambio lo alegró de manera evidente, y durante muchas semanas contó muy poco acerca de Gmunden. Sólo pasado ese tiempo le afloraron recuerdos, a menudo vivamente coloreados, sobre su estancia en Gmunden. Desde hace unas cuatro semanas, procesa esos recuerdos en fantasías. Fantasea que juega con los niños Berta, Olga y Fritzl, habla con ellos como si estuvieran presentes, y es capaz de entretenerse así durante horas. Ahora que tiene una hermana y a todas luces le da quehacer el problema del origen de los hijos, llama a Berta y Olga «sus hijas», y en alguna ocasión ha agregado: «También a mis hijas, Berta y Olga, las trajo la cigüeña». Ahora que lleva seis meses ausente, su sueño evidentemente debe comprenderse como una expresión de su añoranza de Gmunden.

Hasta aquí el padre. Señalo, por anticipado, que con su última exteriorización sobre sus hijos —que los trajo la cigüeña— Hans contradice en voz alta una duda que alberga en su interior.

Por suerte, el padre ha anotado muchas cosas que estarían destinadas a adquirir luego un insospechado valor. [Cf. págs. 32 y sigs.]

> Dibujo para Hans, que en el último tiempo ha visitado con asiduidad Schönbrunn, una jirafa. Me dice: «Dibújale también el hace-pipí». Le respondo: «Dibújalo tú mismo». Entonces él agrega a la figura de la jirafa la siguiente raya (se la observa en la figura 1),[11] que primero traza corta y después le agrega un tramo, señalan-

[11] [En todas las reimpresiones, en esta figura aparecía una inexplicable línea horizontal; el cotejo con la edición original del *Jahrbuch* permitió comprobar que en su extremo se encontraba la palabra «*Wiwimacher*» {«hace-pipí»}. Es evidente que palabra y línea habían sido agregadas con carácter mostrativo, presumiblemente por el padre de Hans. Aquí se ha restaurado la leyenda faltante.]

do: «El hace-pipí es más largo». Paso con Hans junto a un caballo que orina. Dice: «El caballo tiene el hace-pipí abajo, como yo».

Ve cómo bañan a su hermana de tres meses, y dice, conmiserativo: «Tiene un hace-pipí muy, pero muy chico».

Figura 1.



Le dan, para que juegue, una muñeca, que él desviste. La mira cuidadosamente, y dice: «Pero si tiene un hace-pipí muy chiquito».

Ya sabemos que con esta fórmula le fue posible sustentar su descubrimiento [la diferencia entre lo vivo y lo inanimado] (cf. pág. 10 [y pág. 12, *n.* 9]).

Todo investigador corre el riesgo de cometer ocasionalmente errores. No deja de ser un consuelo que él, como lo hace nuestro Hans en el ejemplo siguiente, no sólo yerre, sino que pueda invocar el uso del lenguaje como disculpa. Y es que en su libro ilustrado ve a un mono y señala su rabo * enroscado hacia arriba: «Mira, papi, el hace-pipí».

En su interés por el hace-pipí, ha concebido un juego muy particular.

En el vestíbulo está el retrete, y hay un oscuro gabinete para la leña. Desde hace algún tiempo Hans va al gabinete de la leña y dice: «Voy a mi baño». Cierta vez yo miro ahí para ver qué hace en el gabinete oscuro. Exhibe, y dice: «Yo hago pipí». Vale decir que «juega» al inodoro. El carácter de juego es ilustrado no sólo por

* {«*Schwanz*», asimilado vulgarmente a «pene».}

el hecho de que simule hacer pipí, sin llevarlo a cabo realmente, sino de que no vaya al baño, lo cual sería en verdad mucho más sencillo, prefiriendo el gabinete de la leña, al que llama «su baño».

Haríamos injusticia a Hans si sólo persiguiéramos los rasgos autoeróticos de su vida sexual. Su padre tiene para comunicarnos unas detalladas observaciones sobre sus vínculos de amor con otros niños, de los que se desprende una «elección de objeto» como la del adulto. También, es cierto, una notabilísima movilidad y una propensión polígama.

En el invierno llevo a Hans (3¾ años) a la pista de patinaje y le presento a las dos hijitas de mi colega N., que tienen cerca de 10 años. Hans se les sienta al lado, y ellas, sintiéndose personas de más madura edad, miran despreciativas al caballerete; él las contempla lleno de veneración, lo que no les causa impresión alguna. No obstante, Hans sólo habla de ellas como de «mis niñitas». «¿Dónde están mis niñitas? ¿Cuándo vienen mis niñitas?», y durante algunas semanas me martiriza en casa con la pregunta: «¿Cuándo voy de nuevo a la pista de patinaje donde están mis niñitas?».

Un primo de Hans, de 5 años, está de visita cuando él tiene 4. Hans lo abraza continuamente y, a raíz de uno de estos abrazos tiernos, dice: «Te quiero mucho».

Es el primer rasgo de homosexualidad con que tropezaremos en Hans, pero no el último. ¡Nuestro pequeño Hans parece realmente un dechado de todas las perversidades!

Nos hemos instalado en una nueva vivienda. (Hans tiene 4 años.) De la cocina, la puerta lleva a una ventana balcón desde donde se ve un departamento interior, enfrente. Ahí, Hans ha descubierto a una niñita de 7 a 8 años. Para admirarla, se sienta ahora sobre el escalón que lleva al balcón, y así permanece horas. Sobre todo hacia las cuatro de la tarde, cuando la niñita regresa de la escuela, no se lo puede retener en su habitación ni disuadirlo de que ocupe su puesto de observación. Cierta vez que la niñita no se muestra en la ventana a la hora habitual, Hans se inquieta y cargosea a la gente de la casa con preguntas: «¿Cuándo vuelve la niñita? ¿Dónde está la niñita?», etc. Cuando luego apa-

rece, se siente feliz y ya no aparta la mirada del departamento frontero. La vehemencia con que emerge ese «amor a distancia» [12] halla su explicación en que Hans no tiene camaradas ni compañeritas de juego. Para su desarrollo normal, el niño requiere, es evidente, trato asiduo con otros niños.

Ese trato le es dado a Hans cuando poco después (4½ años [13]) nos trasladamos a la residencia de verano en Gmunden. En nuestra casa, sus compañeros de juego son los hijos del propietario: Franzl (cerca de 12 años), Fritzl (8 años), Olga (7 años), Berta (5 años) y, además, los vecinitos Anna (10 años) e, incluso, otras dos niñitas de 9 y 7 años, de cuyos nombres ya no me acuerdo. Su preferido es Fritzl, a quien a menudo abraza y le asegura su amor. Una vez le preguntan: «¿Cuál de las nenitas te gusta más?». Y él responde: «Fritzl». Al mismo tiempo es muy agresivo, varonil, conquistador, hacia las niñas, las abraza y besuquea, cosa que a Berta en particular parece agradarle. Cierta vez que Berta sale de la habitación, él se le cuelga del cuello y le dice en el más tierno de los tonos: «Berta, eres amorosa», lo cual por lo demás no le impide besar también a las otras y asegurarles su amor. También le gusta Mariedl, de unos 14 años, igualmente hija del propietario, que juega con él; una noche, cuando lo llevan a acostarse, dice: «Que Mariedl duerma conmigo». Y a la respuesta «No puede ser», torna a decir: «Entonces que duerma con mami o con papi». Se le replica: «Tampoco puede ser; Mariedl tiene que dormir en casa de sus padres», y se desarrolla el siguiente diálogo:

Hans: «Entonces bajo a dormir con Mariedl».

Mamá: «¿Quieres realmente separarte de mami para dormir abajo?».

Hans: «No, mañana temprano volveré a subir para tomar el desayuno y quedarme por acá».

Mamá: «Si realmente quieres alejarte de papi y mami, toma tu casaca y tu pantalón y... ¡adiós!».

Hans toma realmente su ropa y se dirige hacia la escalera para irse a dormir con Mariedl; desde luego, es retenido.

(Tras el deseo «Que Mariedl duerma en casa» se es-

[12] «En suma, el amor a distancia / no me gusta nada» (Wilhelm Busch).

[13] [Errata por «4¼ años». Figura correctamente en la primera edición.]

conde, naturalmente,[14] este otro: «Que Mariedl» (con quien tanto le gusta estar) «sea integrada en nuestra comunidad hogareña». Pero, sin duda, como el padre y la madre, si bien no con demasiada frecuencia, suelen tener a Hans en su cama, a raíz de este yacer juntos se han despertado en él sentimientos eróticos, y el deseo de dormir junto con Mariedl tiene también su sentido erótico. Yacer en la cama junto al padre y la madre es para Hans, como para todos los niños, una fuente de mociones eróticas.)

Nuestro pequeño Hans se comportó ante el desafío de la madre como un auténtico varón, a pesar de sus veleidades homosexuales.

También en el siguiente caso dijo Hans a su mami: «Escucha, me gustaría muchísimo dormir con la niñita». Este caso nos da abundante ocasión para divertirnos, pues Hans se comporta aquí realmente como un grande enamorado. A la hostería donde almorzamos concurre desde hace unos días una linda nena de unos ocho años, de quien Hans, naturalmente, se enamoró enseguida. Gira de continuo el cuello en su silla para mirarla de reojo, después que ha comido se instala cerca para coquetear con ella, pero se ruboriza todo cuando uno se lo señala. Si la niñita retribuye su mirada, él enseguida, avergonzado, dirige la suya al lado opuesto. Su comportamiento es, desde luego, una gran diversión para todos los clientes de la hostería. Cada día, cuando lo llevan allí, pregunta: «¿Crees que la niñita estará hoy?». Cuando por fin ella llega, él se pone colorado como un adulto en un caso similar. Cierta vez se me acerca dichoso y me cuchichea: «Escucha, ya sé dónde vive la niñita. En tal y tal lado la he visto cuando subía las escaleras». En tanto que se muestra agresivo con las niñitas de la casa, es aquí un admirador que suspira platónicamente. Acaso se deba a que aquellas son niñas de

14 [Con posterioridad a la primera edición se omitió (tal vez por inadvertencia) «naturalmente». — En las ediciones anteriores a 1924 todo este párrafo estaba encerrado entre corchetes. Por ello, y porque las referencias a los padres de Hans se encuentran en tercera persona, los traductores de esta obra al inglés {Alix y James Strachey} infirieron en 1923 que el párrafo era un comentario de Freud. Sin embargo, consultado este, respondió en forma expresa que provenía del padre de Hans. A partir de 1924 los corchetes fueron remplazados por paréntesis.]

aldea, mientras que esta es una dama cultivada. Ya se lo ha consignado: una vez dijo que le gustaría dormir con ella.

Como no quiero dejar a Hans con la tensión anímica en que lo ha puesto su amor por la niñita, se la he presentado y la invité a venir por la tarde con él al jardín, después que él durmiera su siesta. Está Hans tan emocionado por la expectativa de que la niñita vendrá a él que por primera vez no duerme la siesta, sino que se revuelve de un lado al otro en la cama. La mamá le pregunta: «¿Por qué no duermes? ¿Acaso piensas en la niñita?», a lo cual, arrobado, responde: «Sí». Además, al volver de la hostería a casa ha contado a todo el mundo: «Escucha, hoy viene conmigo la niñita», y Mariedl, de 14 años, informa que sin cesar ha preguntado: «Escucha, ¿crees que ella me querrá? ¿Crees que me dará un beso si yo la beso?», y cosas de ese tenor.

Pero a la tarde llueve, y así se suspende la visita, de lo cual Hans se consuela con Berta y Olga.

Otras observaciones, hechas también durante esa estadía veraniega, permiten conjeturar que en el pequeño se preparan toda clase de novedades.

Hans, 4¼ años. Hoy a la mañana, como todos los días, Hans es bañado por su mamá y, tras el baño, secado y entalcado. Cuando la mamá le entalca el pene, y por cierto con cuidado para no tocarlo, Hans dice: «¿Por qué no pasas el dedo ahí?».

Mamá: «Porque es una porquería».

Hans: «¿Qué es? ¿Una porquería? ¿Y por qué?».

Mamá: «Porque es indecente».

Hans (riendo): «¡Pero gusta!».[15]

Un sueño que nuestro Hans tuvo por la misma época contrasta de manera muy llamativa con el descaro que ha mostrado hacia su madre. Es su primer sueño que se ha vuelto irreconocible por desfiguración. Pero la perspicacia del padre consiguió solucionarlo.

[15] Sobre un parecido intento de seducción de su hijita de 3½ años me informó una madre, una neurótica que no quería creer en la masturbación infantil. Le había hecho coser unos calzoncitos cortos y probaba si no le eran estrechos para caminar deslizándoselos hacia adelante con su mano aplicada sobre la superficie interna del muslo. La pequeña cerró de pronto las piernas sobre su mano y le pidió: «Mamá, deja la mano ahí; es tan lindo...».

Hans, 4¼ años. *Sueño.* Hoy a la mañana acude Hans y cuenta: «Escucha, hoy a la noche he pensado: "*Uno dice: '¿Quién quiere venir conmigo?'. Entonces alguien dice: 'Yo'. Entonces tiene que hacerlo hacer pipí*"».

Ulteriores preguntas dejan en claro que a este sueño le falta todo elemento visual, y pertenece al *type auditif* puro. Hans, desde hace algunos días, juega con los hijos del propietario de la casa, entre ellos sus amiguitas Olga (7 años) y Berta (5 años),[16] a diversos juegos de sociedad y de prendas. (*A.:* «¿De quién es la prenda que tengo yo?». *B.:* «Mía es». Entonces se determina lo que *B.* tiene que hacer.) El sueño imita a ese juego de prendas, sólo que Hans desea que quien extrajo la prenda no sea condenado a los usuales besos o bofetadas, sino a hacer-pipí; más precisamente: alguien tiene que hacerlo hacer pipí.

Me hago contar el sueño otra vez; lo relata con las mismas palabras, sólo que remplaza «entonces alguien dice» por «entonces ella dice». Y «ella» es, evidentemente, Berta u Olga, con quienes ha jugado. El sueño reza, pues, traducido: «Yo juego con las niñitas a las prendas. Yo pregunto: "¿Quién quiere venir conmigo?". Ella (Berta u Olga) responde: "Yo". Entonces ella tiene que hacerme hacer pipí». (Asistirlo al orinar, cosa que evidentemente le resulta grato a Hans.)

Es claro que el hacerlo hacer pipí, para lo cual al niño le abren los calzones y le sacan el pene, está para Hans teñido de placer. Cuando va de paseo es casi siempre el padre quien presta ese auxilio al niño, lo que da ocasión para que sobre el padre se fije una inclinación homosexual.

Como ya se informó, dos días antes preguntó a la mamá, cuando ella le lavaba y le entalcaba la zona genital: «¿Por qué no pasas el dedo?». Ayer, cuando lo hice ir al baño, me dijo por primera vez que debía conducirlo detrás de la casa para que nadie pudiera mirarlo, y agregó: «El año pasado, cuando he hecho pipí, Berta y Olga han mirado». Eso significa, creo, que el año pasado le era grato ese mirar de las niñas, pero ahora ya no lo es. El placer de exhibición sucumbe ahora a la represión. Como el deseo de que Berta y Olga lo miren hacer pipí (o lo hagan hacer pipí) es ahora reprimido {desalojado-suplantado} de su vida, he ahí la explicación para que

[16] [En las ediciones anteriores a 1924 se asignaba erróneamente 5 años a Olga y 7 a Berta. Cf. pág. 16.]

se presente en el sueño, donde se ha procurado un lindo disfraz mediante el juego de prendas. — Desde entonces observo repetidas veces que no quiere ser visto cuando hace pipí.

Me limito a señalar que este sueño obedece además a la regla que he dado en *La interpretación de los sueños*:[17] dichos que aparecen en el sueño provienen de dichos escuchados o proferidos por uno mismo el día anterior.

De la época que siguió al regreso a Viena, el padre ha fijado aún esta observación:

Hans (4½ años) mira de nuevo cómo bañan a su hermanita, y empieza a reír. Se le pregunta: «¿Por qué ríes?». Contesta: «Me río del hace-pipí de Hanna». — «¿Por qué?». — «Porque el hace-pipí es muy bonito».

La respuesta es, naturalmente, falsa. El hace-pipí se le antoja cómico. Por otra parte, es la primera vez que admite de ese modo, en vez de desmentirla, la diferencia entre genital masculino y femenino.

17 [(1900*a*), *AE*, **5**, pág. 419.]

II. Historial clínico y análisis

Estimado profesor: Le envío otro pequeño fragmento sobre Hans, pero esta vez, desdichadamente, contribuciones para un historial clínico. Como lo leerá usted, en los últimos días se le ha desarrollado una perturbación nerviosa que nos tiene muy intranquilos a mi mujer y a mí porque no podemos hallar ningún medio para eliminarla. Me tomaré la libertad (. . .) de visitarlo mañana, no obstante lo cual (. . .) le anticipo por escrito el material disponible.

Sin duda ha sido una hiperexcitación sexual por ternura de la madre, pero no sé indicar el excitador de la perturbación. El miedo de que *un caballo lo muerda por la calle* parece entramado de alguna manera con el hecho de que le asusta un pene grande. Como usted lo sabe por una nota anterior, en su momento él reparó ya en el pene grande del caballo, y entonces sacó la conclusión de que la mamá, puesto que es tan grande, por fuerza ha de tener un hace-pipí como el de un caballo. [Cf. pág. 10.]

No atino a hallar nada pertinente. ¿Habrá visto en alguna parte a un exhibicionista? ¿O el todo se anuda solamente a la madre? No nos resulta agradable que desde ahora empiece a plantear enigmas. Salvo el miedo de andar por la calle, y su desazón al atardecer, sigue siendo el mismo, divertido, alegre.

No haremos nuestros ni la comprensible preocupación del padre ni sus primeros intentos de explicación, sino que examinaremos, para empezar, el material comunicado. Es que nuestra tarea no consiste en «comprender» enseguida un caso clínico; sólo habremos de conseguirlo tras haber recibido bastantes impresiones de él. Provisionalmente dejaremos nuestro juicio en suspenso {*in Schwebe*}, y prestaremos atención pareja {*gleich*} a todo lo que hay para observar.

Pues bien; he aquí las comunicaciones iniciales, de los primeros días de este año de 1908:

Hans (4¾ años) aparece a la mañana llorando; la mamá le pregunta por qué llora, y él dice: «Cuando dormía he pensado tú estabas lejos y yo no tengo ninguna *mami* para hacer *cumplidos*».[1]

Por tanto, un sueño de angustia.

Algo parecido le he notado ya en el verano en Gmunden. Al anochecer, las más de las veces se iba a la cama con un talante muy sentimental, y una vez hizo la observación (aproximada): «Si yo no tuviera ninguna mami, si tú te fueras», o cosa parecida; no lo recuerdo con exactitud. Por desgracia, cuando él estaba con ese talante elegíaco, la mamá lo acogía siempre en su lecho.

Más o menos el 5 de enero se llegó temprano a la mamá, que estaba en la cama, y le dijo con esa ocasión: «¿Sabes tú? Tía M. ha dicho: "Pero qué lindo pichilín[2] tiene"». (La tía M. se había alojado en nuestra casa unas cuatro semanas antes; cierta vez vio cómo mi mujer bañaba al muchacho, y de hecho le dijo quedamente eso a mi mujer. Hans la oyó, y procuraba aprovecharlo.)

El 7 de enero va, como de costumbre, al Stadtpark[3] con la niñera; por la calle empieza a llorar y pide que lo lleven a casa, quiere «hacer cumplidos» con la mami. Cuando en casa le preguntan por qué no quiso seguir y se puso a llorar, no quiere decir nada. A la tarde está alegre como de costumbre; al anochecer tiene visible angustia, llora y no se lo puede separar de la mamá; una y otra vez quiere hacerse cumplidos con ella. Después recobra la alegría y duerme bien.

El 8 de enero, mi propia mujer lo saca de paseo para ver qué pasa con él, y lo lleva a Schönbrunn, adonde le gusta mucho ir. De nuevo empieza a llorar, no quiere seguir camino, tiene miedo. Al fin va, pero por la calle, es visible, siente angustia. En el viaje de regreso de Schönbrunn dice a la madre, tras mucha renuencia: «*Tuve miedo de que un caballo me mordiera*». (De hecho, en Schönbrunn se intranquilizó cuando vio un caballo.) Al anochecer me dicen que tuvo un ataque parecido al del día anterior, con pedido de hacer cumplidos. Se lo tranquiliza. Dice llorando: «Sé que mañana me llevarán de nuevo a pasear», y luego: «El caballo entrará en la pieza».

1 La expresión de Hans para «acariciar». [Nota del padre.]

2 Pichilín {*Pischl*} = genitales. Mimoteos de los genitales infantiles, de palabra o de obra, por los tiernos allegados —aun los propios padres— son sucesos harto comunes, de que rebosan los psicoanálisis.

3 [Parque municipal situado cerca del centro de Viena.]

Ese mismo día, la mamá le pregunta: «¿Te pasas la mano por el hace-pipí?». Y sobre eso, él dice: «Sí, cada anochecer, cuando estoy en la cama». Al día siguiente, 9 de enero, le previenen, antes de la siesta, que no se pase la mano por el hace-pipí. Preguntado al despertar, dice que se la pasó durante un ratito.

Sería ese, pues, el comienzo de la angustia así como el de la fobia. Desde ahora reparamos en que tenemos buen fundamento para separarlas entre sí. Por lo demás, el material parece en un todo suficiente para orientarnos, y ningún otro punto temporal es tan favorable al entendimiento como este estadio inicial que, por desdicha, las más de las veces se descuida o se silencia. La perturbación se introduce con unos pensamientos tiernos-angustiados, y luego con un sueño de angustia. Contenido de este último: perder a la madre, de suerte que él ya no pueda hacerse cumplidos con ella. Es fuerza, pues, que la ternura hacia la madre se haya acrecentado enormemente. Es el fenómeno básico de su estado. Recordemos además, por vía confirmatoria, sus dos intentos de seducir a la madre, el primero de los cuales se produjo todavía en el verano [pág. 18], y el segundo, un simple encomio de su genital, poco antes de que estallara su angustia a andar por la calle. Es esta acrecentada ternura por la madre lo que súbitamente se vuelca en angustia; lo que, según nosotros decimos, sucumbe a la represión {esfuerzo de desalojo}. Todavía no sabemos de dónde proviene el empuje para la represión; acaso resulte meramente de la intensidad de la moción, no dominable para el niño; acaso cooperen otros poderes que todavía no discernimos. Más tarde lo averiguaremos. Esta angustia, que corresponde a una añoranza erótica reprimida, carece al comienzo de objeto, como toda angustia infantil: es todavía angustia y no miedo. El niño [al comienzo] no puede saber de qué tiene miedo, y cuando Hans, en el primer paseo con la muchacha, no quiere decir de qué tiene miedo, es que tampoco él lo sabe. Dice lo que sabe, que por la calle le falta la mamá con quien pueda hacerse cumplidos, y que no quiere apartarse de la mamá. Deja traslucir así, con toda sinceridad, el sentido primero de su aversión a andar por la calle.

Por otra parte, sus estados, por dos veces sucesivas repetidos al anochecer antes de acostarse, estados angustiados y, no obstante, de nítida coloración tierna, prueban que al comienzo de la enfermedad contraída no existía una fobia a andar por la calle o a pasear, ni tampoco a los caballos. Entonces, el estado del anochecer no quedaría expli-

cado; en efecto, ¿quién piensa, antes de dormir, en la calle y el paseo? En cambio, es por completo trasparente que al anochecer se angustia mucho, pues antes de meterse en cama lo asalta, reforzada, la libido, cuyo objeto es la madre y cuya meta podría ser dormir junto a la madre. Es que ha hecho la experiencia de que en virtud de esos talantes podía, en Gmunden, mover a la madre a que lo acogiera en *su lecho, y le gustaría conseguir lo mismo en Viena.* De pasada, no olvidemos que en Gmunden estaba a veces solo con ella, pues el padre no podía pasar ahí las vacaciones íntegras; además, allí distribuía su ternura entre sus compañeros de juego, amiguitos y amiguitas, y al faltarle estos aquí, su libido pudo regresar de nuevo entera a la madre.

La angustia corresponde entonces a una añoranza reprimida, pero no es lo mismo que la añoranza; la represión cuenta también en algo. La añoranza se podría mudar en satisfacción plena aportándole el objeto ansiado; para la angustia esa terapia no sirve, ella permanece aunque la añoranza pudiera ser satisfecha, ya no se la puede volver a mudar plenamente en libido: la libido es retenida en la represión por alguna cosa.[4] Es lo que se muestra en Hans a raíz del segundo paseo, cuando la madre lo acompaña. Ahora está con la madre, a pesar de lo cual tiene angustia, es decir, una añoranza de ella no saciada. Es cierto que la angustia es menor, se lo puede mover a pasear, mientras que a la muchacha de servicio la obligó a volver a casa; y, además, la calle no es el lugar conveniente para «hacerse cumplidos» o lo que el pequeño enamorado gustara de hacer. Pero la angustia ha resistido la prueba y ahora se ve precisada a hallar un objeto. En ese paseo se exterioriza por primera vez el miedo a ser mordido por un caballo. ¿De dónde viene el material de esta fobia? Probablemente, de aquellos complejos todavía desconocidos que contribuyeron a la represión y mantienen en estado reprimido la libido hacia la madre. Es todavía un enigma de este caso, cuyo ulterior desarrollo hemos de perseguir para hallar su solución. El padre ya nos ha proporcionado ciertos puntos de apoyo que quizá sean confiables: Hans observa a los caballos siempre con interés a causa de su hace-pipí grande, es fuerza que la mamá tenga un hace-pipí como el de un caballo, etc. Así, se creería, el caballo es sólo un sustituto de la mamá. Pero, ¿qué significa que Hans al anochecer

[4] Dicho formalmente: llamamos «angustia patológica» a una sensación de añoranza angustiada desde el momento en que ya no se la puede cancelar aportándole el objeto ansiado.

exteriorice el miedo de que el caballo entre en la pieza? Una tonta idea angustiada de un niño pequeño, se dirá. Pero la neurosis no dice nada tonto, como tampoco lo dice el sueño. Insultamos siempre que no comprendemos algo. Es un modo de facilitarse la tarea.

De esta tentación debemos guardarnos todavía en otro punto. Hans ha confesado que su pene le ocupa con fines de placer todas las noches antes de dormirse. «¡Ah! —dirá el médico práctico—. Ahora todo está claro. Todo está en su sitio: el niño se produce un sentimiento masturbatorio de placer». Pero eso en modo alguno nos explica su angustia; al contrario, la vuelve más enigmática. Estados de angustia no son provocados por masturbación; no lo son, en general, por una satisfacción. Y además tenemos derecho a suponer que nuestro Hans, ahora de 4¾ años, se permite ese contento desde hace ya un año (cf. pág. 9) cada anochecer, y nos enteraremos [págs. 27-8] de que justamente ahora se encuentra en la lucha por deshabituarse, lo cual condice mejor con la represión y la formación de angustia.

También debemos tomar partido en favor de su buena, y por cierto que harto cuidadosa, madre. El padre la inculpa, no sin una apariencia de justicia, de haber contribuido al estallido de la neurosis por su ternura hipertrófica y su aquiescencia demasiado frecuente a recibir al niño en su lecho; nosotros, de igual modo, podríamos reprocharle haber apresurado el advenimiento de la represión por su enérgico rechazo de sus cortejos («Es una porquería» [pág. 18]). Pero ella desempeña un papel fijado por el destino, y está en situación difícil.

Convine con el padre en que dijera al muchacho que lo del caballo era una tontería y nada más. Y que la verdad era que quería muchísimo a la mamá, y pretendía ser recibido por ella en su cama. Y que ahora tenía miedo de los caballos por haberse interesado tanto en el hace-pipí de ellos. Además, {Hans} había notado que era incorrecto ocuparse tan intensamente del hace-pipí, aun del propio, y esa era una intelección acertadísima. Por otro lado, propuse al padre internarse por el camino del esclarecimiento sexual. Puesto que, según estábamos autorizados a suponer por la prehistoria del pequeño, su libido adhería al deseo de ver el hace-pipí de la mamá, el padre debía sustraerle esa meta comunicándole que esta, y todas las otras personas del sexo femenino, como podía saberlo bien respecto de Hanna, no poseían hace-pipí alguno. Le dije que este último esclarecimiento se lo debía impartir en una oportunidad conveniente, a raíz de alguna pregunta o manifestación de Hans.

Las siguientes noticias sobre nuestro Hans abarcan el período del 1º al 17 de marzo. La pausa de un mes hallará pronto su explicación.

Al esclarecimiento [5] sigue un período más tranquilo en que es posible mover a Hans, sin gran dificultad, a que vaya de paseo al parque todos los días. [Cf. pág. 82.] Su miedo a los caballos se muda más y más en la compulsión a mirarlos. Dice: «Tengo que ver a los caballos y entonces me da miedo».

Después de una influenza, que lo postra en cama por dos semanas, la fobia vuelve a reforzarse tanto que no se lo puede mover a salir; a lo sumo va al balcón. Todos los domingos viaja conmigo a Lainz,[6] porque ese día se ven muy pocos carruajes por la calle y él solamente tiene que recorrer un corto trecho hasta la estación de ferrocarril. Cierta vez en Lainz se rehúsa a salir a pasear fuera del jardín porque frente a él está estacionado un carruaje. Después de otra semana que se ve obligado a pasar en casa porque lo operaron de amígdalas, vuelve a reforzársele mucho la fobia. Es cierto que va al balcón, pero no sale a pasear, vale decir, tan pronto llega a la puerta de calle da la vuelta rápidamente.

El domingo 1º de marzo, en el camino a la estación ferroviaria, se desarrolla la siguiente plática: Yo procuro volver a explicarle que los caballos no muerden: *El:* «Pero caballos blancos muerden; en Gmunden hay un caballo blanco que muerde. Si uno le acerca los dedos, muerde». (Me llama la atención que diga «los dedos» en lugar de «la mano».) Después cuenta la siguiente historia, que yo reproduzco en el orden de su secuencia: «Cuando Lizzi tuvo que partir de viaje {*wegfahren*}, un carruaje con un caballo blanco se detuvo frente a su casa; iba a llevar el equipaje a la estación». (Lizzi, según él me cuenta, es una niñita que vivía en una casa vecina.) «El padre de Lizzi estaba cerca del caballo, y el caballo volvió la cabeza (para tocarlo), y él dijo a Lizzi: "*No le pases los dedos al caballo blanco, de lo contrario te morderá*"». Yo le digo sobre eso: «Escucha, me parece que no es un caballo lo que tú tienes en la mente, sino un hace-pipí, al que no se le debe pasar la mano».

5 Sobre el significado de su angustia; nada, todavía, sobre el hace-pipí de las mujeres.

6 Suburbio de Viena [contiguo a Schönbrunn], donde viven los abuelos de Hans.

El: «Pero un hace-pipí no muerde».

Yo: «Quizá, quizá», tras lo cual él quiere probarme vivamente que en realidad fue un caballo blanco.[7]

El 2 de marzo, cuando otra vez está con miedo, le digo: «¿Sabes una cosa? La tontería —así llama él a su fobia— perderá fuerza si sales de paseo más a menudo. Ahora es tan intensa porque tu enfermedad no te ha dejado salir de casa».

El: «¡Oh, no!, es tan intensa porque me sigo pasando todas las noches la mano por el hace-pipí».

Médico y paciente, padre e hijo, coinciden entonces en atribuir al hábito onanista[8] el principal papel en la patogénesis del estado presente. Pero tampoco faltan indicios sobre la significatividad de otros factores.

El 3 de marzo ha ingresado en nuestra casa una muchacha nueva que despierta su particular complacencia. Como ella lo deja montarse a caballito mientras limpia las habitaciones, él la llama sólo «mi caballo» y de continuo la toma del vestido gritándole «¡Júoo!». El 10 de marzo, más o menos, dice a esta niñera: «Si haces esto o aquello, tendrás que sacarte toda la ropa, también la camisa». (Quiere decir, como castigo, pero es fácil discernir tras ello el deseo.)

Ella: «¡Bah! ¿Y qué hay con eso? Me haré a la idea de que no tengo ni para vestidos».

El: «Pero si eso es una chanchada; uno ve entonces el hace-pipí».

¡La antigua curiosidad volcada a un nuevo objeto y, como conviene a los tiempos de la represión, encubierta con una tendencia moralizante!

El 13 de marzo por la mañana digo a Hans: «¿Sabes una cosa? Si no te pasas más la mano por el hace-pipí, la tontería se te irá yendo».

Hans: «Pero si ya no me paso más la mano por el hace-pipí».

7 El padre no tiene razón alguna para poner en duda que Hans ha referido aquí un episodio real. — Las sensaciones de picazón en el glande, que mueven a los niños a tocarse, son por lo demás descritas regularmente así: «*Es beisst mich*» {«Me pica»; literalmente: «Me muerde»}.

8 [«*Onanieangewöhnung*»; en las ediciones anteriores a 1924 figuraba erróneamente «*Onanieabgewöhnung*», «abandono del hábito onanista».]

Yo: «Pero sigues teniendo ganas de hacerlo».

Hans: «Sí, vaya, pero "tener ganas" no es "hacer", y "hacer" no es "tener ganas"».(!!)

Yo: «Para que no tengas más ganas, hoy te daremos una bolsa de dormir».

Tras ello nos vamos a la puerta de casa. Tiene miedo, sí, pero visiblemente aliviado por la perspectiva de que la lucha le será más fácil, dice: «Bueno; mañana, cuando tenga la bolsa de dormir, se me pasará la tontería». De hecho, tiene *mucho* menos miedo a los caballos y, bastante tranquilo, deja que pasen los carruajes.

El domingo siguiente, 15 de marzo, Hans había prometido viajar conmigo a Lainz. Primero se revuelve, pero al fin accede a ir. En la calle, por ser pocos los carruajes, se siente visiblemente bien, y dice: «Qué lindo que el buen Dios ya ha soltado al caballo». Por el camino le explico que su hermana no tiene un hace-pipí como él. Niñitas y señoras no tienen hace-pipí. La mamá no tiene, Anna tampoco, etc.

Hans: «¿Tú tienes un hace-pipí?».

Yo: «Naturalmente, ¿qué te habías creído?».

Hans (tras una pausa): «Pero si las nenas no tienen un hace-pipí, ¿cómo hacen pipí?».

Yo: «No tienen un hace-pipí como el tuyo. ¿Todavía no has visto, cuando bañan a Hanna?».

Durante todo el día está muy contento, viaja en trineo, etc. Sólo hacia el atardecer se desazona de nuevo y parece tener miedo a los caballos.

Al anochecer, el ataque nervioso y la necesidad de hacer cumplidos son menores que los días previos. La jornada siguiente, la mamá lo lleva consigo por la ciudad y él tiene gran miedo en la calle. Al otro día, se queda en casa y está muy contento. La mañana que sigue, se levanta, angustiado, alrededor de las seis. Preguntado qué le ocurre, cuenta: «Me he pasado el dedo un poquitito por el hace-pipí. Entonces he visto a mami toda desnuda en camisa, y ella ha dejado ver el hace-pipí. Le he mostrado a Grete,[9] a mi Grete, lo que hace mamá, y le he mostrado mi hace-pipí. Entonces he sacado rápido la mano del hace-pipí». Ante mi objeción de que sólo puede decir «en camisa» *o* «toda desnuda», Hans dice: «Ella estaba en camisa, pero la camisa era tan corta que le he visto el hace-pipí».

[9] Grete es una de las niñitas de Gmunden, con quien Hans fantasea ahora, justamente; habla y juega con ella. [Nota del padre.]

El todo no es un sueño, sino una fantasía onanista, por lo demás equivalente a un sueño. Lo que hace hacer a la mamá sirve, evidentemente, para su justificación: «Si mami muestra el hace-pipí, yo también puedo hacerlo».

Por esta fantasía ya podemos averiguar dos cosas: la primera, que la reprimenda de la madre surtió en su momento un intenso efecto sobre él,[10] y la segunda, que al comienzo no acepta el esclarecimiento de que las mujeres no tienen un hace-pipí. Lamenta que deba ser así, y se aferra a él en la fantasía. Quizá tenga también sus razones para denegar creencia al padre por el momento.

Informe semanal del padre:

Estimado profesor: Le adjunto la continuación de la historia de nuestro Hans, un fragmento muy interesante. Quizá me tome la licencia de visitarlo el lunes en su consultorio y, en lo posible, llevaré a Hans conmigo —suponiendo que él lo consienta—. Hoy le he preguntado: «¿Quieres ir conmigo el lunes a casa del profesor, que te puede sacar la tontería?».

El: «No».

Yo: «Pero si él tiene una nenita muy hermosa». — Tras eso condescendió bien dispuesto y contento.

Domingo 22 de marzo. Para ampliar el programa dominical, propongo a Hans viajar primero a Schönbrunn, y sólo a mediodía ir de ahí a Lainz. Entonces él no tiene sólo que salvar a pie el camino desde nuestra casa hasta la estación Hauptzollamt del ferrocarril metropolitano, sino también desde la estación Hietzing[11] a Schönbrunn, y desde aquí nuevamente hasta la estación Hietzing del tranvía a vapor, trayectos que él en efecto recorre apartando con rapidez la vista tan pronto se acercan caballos; es evidente que se siente angustiado. Al apartar la vista sigue un consejo de la mamá.

En Schönbrunn muestra miedo a animales que de ordinario miraba sin asustarse. Así, se niega absolutamente a entrar en el edificio donde está la *jirafa*; tampoco quiere ver al elefante, que de ordinario le daba mucho gusto. Tiene miedo a todos los animales grandes, mien-

10 [Presumiblemente se refiere a su amenaza de castración (pág. 9), pero véanse las puntualizaciones que se hacen sobre esto *infra*, pág. 31.]

11 [La estación Hauptzollamt es la de la Aduana; Hietzing es un suburbio de Viena adyacente al palacio de Schönbrunn.]

tras que se divierte mucho con los pequeños. Entre los pájaros, esta vez siente miedo del pelícano, lo cual antes no ocurría; opino que es, evidentemente, a causa de su tamaño.

A raíz de ello le digo: «¿Sabes por qué tienes miedo a los animales grandes? Los animales grandes tienen un hace-pipí grande, y en verdad le tienes miedo al hace-pipí grande».

Hans: «Pero si nunca he visto el hace-pipí de los animales grandes».[12]

Yo: «Pero sí el del caballo, y el caballo también es un animal grande».

Hans: «¡Oh! El del caballo muchas veces. Una vez en Gmunden, cuando el carruaje estaba estacionado delante de la casa, una vez frente a la Aduana».

Yo: «Cuando eras pequeño, probablemente entraste en Gmunden en un establo...».

Hans (interrumpiéndome): «Sí, todos los días, cuando los caballos volvían a la casa, yo iba al establo...».

Yo: «...y probablemente tuviste miedo por haber visto alguna vez el gran hace-pipí del caballo, pero no necesitas tener miedo. Los animales grandes tienen un hace-pipí grande, los animales pequeños, un hace-pipí pequeño».

Hans: «Y todos los hombres tienen un hace-pipí, y el hace-pipí crece conmigo cuando yo me hago grande; ya está crecido».

Con esto concluye la plática. Los días siguientes el miedo parece otra vez un poco mayor; apenas si osa estar frente a la puerta de calle, adonde lo llevan después de comer.

El dicho consolador de Hans arroja luz sobre la situación y nos permite corregir un poco las aseveraciones del padre. Es verdad que siente angustia ante los animales grandes porque ellos lo fuerzan a considerar su gran hace-pipí, pero en rigor no se puede decir que a su vez tenga miedo del hace-pipí grande. Antes, en efecto, su representación de este último poseía un definido tinte placentero, y con todo celo intentaba procurarse su visión. Ese contento se le estropeó luego por el universal trastorno {*Verkehrung*} de placer hacia displacer, que, por un camino no esclarecido

[12] Esto es falso. Véase su exclamación ante la jaula del león, *supra*, pág. 10. Probablemente, un olvido incipiente a consecuencia de la represión.

aún, ha afectado toda su investigación sexual; y se le estropeó además —cosa más clara para nosotros— en virtud de ciertas experiencias y ponderaciones cuyos resultados fueron penosos. De su consuelo «el hace-pipí crece conmigo cuando yo me hago grande» se puede inferir que en sus observaciones él comparaba de continuo, y ha quedado muy insatisfecho con el tamaño de su propio hace-pipí. Los animales grandes le recuerdan ese déficit, y por esta razón le resultan desagradables. Pero parece probable que toda esa ilación de pensamiento no le pueda devenir conciente con claridad, por lo cual esa sensación penosa se le muda en angustia; así, su angustia presente se edifica tanto sobre el placer de antaño como sobre el displacer actual. Una vez establecido el estado de angustia, esta última devora todas las otras sensaciones; y a medida que la represión avanza, mientras más son empujadas a lo inconciente las representaciones portadoras de afecto que ya habían sido concientes, todos los afectos pueden mudarse en angustia.

La rara puntualización de Hans «ya está crecido», en el contexto del consuelo, permite colegir muchas cosas que él no puede declarar, y por cierto no ha declarado en este análisis. Agregaré un complemento tomado de mis experiencias en análisis de adultos, esperando que la intercalación no se juzgará violenta ni arbitraria. «Ya está crecido»: entendido como porfía y consuelo, hace pensar en la vieja amenaza de la madre, que le cortarían el hace-pipí si continuaba ocupándose de él. [Cf. pág. 9.] En aquel momento, cuando él tenía 3½ años, la amenaza no produjo efecto alguno. Respondió, impávido, que entonces haría pipí con la cola. Y se ajustaría por entero al comportamiento típico que la amenaza de castración adquiriera vigencia ahora, *con efecto retardado* {*nachträglich*}, y él entonces, 1¼ año después, estuviera con la angustia de ser despojado de esa querida pieza de su yo. Tales efectos retardados de mandamientos y amenazas recibidos en la niñez se pueden observar en otros casos clínicos, donde el intervalo llega a abarcar un decenio y más todavía. Hasta conozco casos en los cuales la «*obediencia de efecto retardado*» de la represión {esfuerzo de desalojo} desempeña la parte principal en el determinismo de los síntomas patológicos.[13]

El esclarecimiento que Hans ha recibido hace poco, a saber, que las mujeres efectivamente no poseen ningún hace-

[13] [Se menciona otro caso de «obediencia de efecto retardado» en «Una neurosis demoníaca en el siglo XVII» (1923*d*), *AE*, **19**, pág. 89. En *Tótem y tabú* (1912-13), *AE*, **13**, pág. 145, se hace una aplicación sociológica del concepto.]

pipí, no pudo tener otro resultado que el de conmoverle su confianza en sí mismo y despertarle el complejo de castración. Por eso se revolvió contra esa comunicación y por eso ella no produjo éxito terapéutico: ¿Conque realmente existen seres vivos que no poseen un hace-pipí? ¡No sería entonces tan increíble que le quitaran el suyo; que, por así decir, lo hicieran mujer![14]

La noche del 27 al 28, Hans nos sorprende levantándose de su cama en la oscuridad y metiéndose en la nuestra. Su habitación está separada de nuestro dormitorio por un retrete. Le preguntamos por qué, si acaso ha tenido miedo. Dice: «No, mañana lo diré»; se duerme en nuestra cama y luego es retirado a la suya. Al día siguiente lo interrogo para averiguar por qué vino a nosotros en la noche, y tras alguna renuencia se desarrolla este diálogo, que enseguida pongo por escrito estenográficamente:

El: «*En la noche había en la habitación una jirafa grande y una jirafa arrugada, y la grande ha gritado porque yo le he quitado la arrugada. Luego dejó de gritar, y entonces yo me he sentado encima de la jirafa arrugada*».

Yo (asombrado): «¿Qué? ¿Una jirafa arrugada? ¿Cómo era?».

El: «Así». (Coge rápido un papel, lo hace un bollo, y me dice:) «Así estaba arrugada».

Yo: «¿Y te has sentado encima de la jirafa arrugada? ¿Cómo?».

Torna a enseñármelo, se sienta en el suelo.

Yo: «¿Por qué viniste al dormitorio?».

El: «Yo mismo no lo sé».

Yo: «¿Has tenido miedo?».

[14] No puedo interrumpir la trama lo bastante para mostrar cuánto de típico hay en estas ilaciones inconcientes de pensamiento que yo atribuyo aquí al pequeño Hans. El complejo de castración es la raíz inconciente más profunda del antisemitismo, pues ya en el cuarto de los niños el varoncito oye que a los judíos les han cortado algo en el pene —una parte del pene, cree él—, y esto le da derecho a despreciar al judío. Tampoco la arrogancia frente a la mujer tiene una raíz inconciente más poderosa que esta. Weininger, ese joven filósofo talentosísimo y sexualmente perturbado, que luego de su maravilloso libro *Geschlecht und Charakter* [1903] puso fin a su vida suicidándose, consideró con igual hostilidad, en un famoso capítulo, a los judíos y a la mujer, abrumándolos con los mismos denuestos. Weininger, como neurótico, estaba enteramente bajo el imperio de complejos infantiles; la referencia al complejo de castración es lo que allí tienen en común el judío y la mujer. [Freud emprendió un análisis más detallado del antisemitismo en una de sus últimas obras, *Moisés y la religión monoteísta* (1939*a*), *AE*, **23**, págs. 86-8.]

El: «No, seguro que no».

Yo: «¿Fue un sueño el de las jirafas?».

El: «No, no lo he soñado; me lo he pensado. A todo me lo he pensado. Ya desde antes estaba levantado».

Yo: «¿Qué quiere decir "una jirafa arrugada"? Sabes bien que a una jirafa no se la puede comprimir como a un pedazo de papel».

El: «Sí que lo sé. Lo he creído simplemente. Por supuesto que no hay nada así en el mundo.[15] La arrugada está toda tirada sobre el piso y yo la he quitado, la he tomado con las manos».

Yo: «¿Qué? ¿A una jirafa tan grande se la puede tomar con las manos?».

El: «A la arrugada yo la he tomado con la mano».

Yo: «¿Y dónde estaba la grande entretanto?».

El: «Mira, la grande estaba parada más allá».

Yo: «¿Qué has hecho con la arrugada?».

El: «La he tenido un poquito en la mano hasta que la grande dejó de gritar, y cuando la grande dejó de gritar me le he sentado encima».

Yo: «¿Por qué la grande ha gritado?».

El: «Porque yo le había quitado a la pequeña». (Advierte que yo anoto todo, y pregunta:) «¿Por qué escribes eso?».

Yo: «Porque se lo envío a un profesor que te puede quitar la tontería».

El: «Ajá. Entonces seguro has escrito que mami se sacó la camisa, y también se lo das al profesor».

Yo: «Sí, pero él no comprenderá cómo crees tú que se puede arrugar a una jirafa».

El: «Dile simplemente que yo mismo no lo sé, y entonces él no preguntará; pero si pregunta qué es la jirafa arrugada, puede escribirnos, y nosotros le escribiremos, o le escribimos ahora mismo, yo no lo sé».

Yo: «¿Por qué viniste a la noche?».

El: «Eso no lo sé».

Yo: «Dime rápido en qué piensas ahora».

El (bromeando): «En un jugo de frambuesas».
Yo: «¿Y en qué más?».
El: «En un fusil para disparar».[16] } Sus deseos.

[15] Hans, en su lenguaje, dice terminantemente que fue una fantasía.

[16] El padre ensaya aquí, en su desconcierto, poner en práctica la técnica clásica del psicoanálisis. No lo llevó lejos, pero lo obtenido

Yo: «¿De verdad no lo has soñado?».

El: «Seguro que no; no, lo sé terminantemente».

Sigue contando: «Mami me ha pedido mucho tiempo que le dijera por qué he ido a la noche. Pero no he querido decírselo porque al comienzo me daba vergüenza ante mami».

Yo: «¿Por qué?».

El: «Eso no lo sé».

En efecto, mi mujer le inquirió toda la mañana, hasta que él contó la historia de la jirafa.

Ese mismo día, el padre encuentra la resolución de la fantasía de la jirafa.

La gran jirafa soy yo o, más bien, el pene grande (el cuello largo); la jirafa arrugada, mi mujer o, más bien, su miembro; he ahí, por tanto, el resultado del esclarecimiento [pág. 28].

Jirafa: véase la excursión a Schönbrunn. [Cf. págs. 13 y 29.] Por otra parte, tiene colgada sobre su cama la imagen de una jirafa y de un elefante.

El todo es la reproducción de una escena que en los últimos días se desarrolla casi todas las mañanas. Hans siempre acude temprano a nosotros, y mi esposa no puede dejar de tomarlo por algunos minutos consigo en el lecho. Sobre eso yo siempre empiezo a ponerla en guardia, que es mejor que no lo tome consigo («La grande ha gritado porque yo le he quitado la arrugada»), y ella replica esto y aquello, irritada tal vez: que eso es un absurdo, que unos minutos no pueden tener importancia, etc. Entonces Hans permanece un ratito junto a ella. («Entonces la jirafa grande dejó de gritar, y luego yo me senté encima de la jirafa arrugada».)

La solución de esta escena conyugal trasportada a la vida de las jirafas es, pues: él sintió en la noche añoranza de la mamá, añoranza de sus caricias, de su miembro, y por eso vino al dormitorio. El todo es la continuación del miedo al caballo.

Sólo sé agregar a la perspicaz interpretación del padre: El «sentarse encima» es probablemente la figuración de Hans para el «tomar posesión».* Ahora bien, el todo es

puede adquirir pleno sentido a la luz de elucidaciones posteriores. [Cf. págs. 82 y 92, *n.* 11.]

* {La palabra alemana para «posesión» («*Besitz*») tiene afinidad con la frase empleada por el niño, «sentarse encima» («*Draufsetzen*»).}

una fantasía de porfía, anudada con una satisfacción por el triunfo sobre la resistencia paterna. «Grita todo lo que quieras, lo mismo mami me toma en la cama y mami me pertenece». Tras ella se colige, pues, lo que el padre conjetura: la angustia de no gustarle a la mamá porque su hace-pipí no puede medirse con el del padre.

A la mañana siguiente, el padre cosecha la confirmación de su interpretación.

Domingo 29 de marzo. Viajo con Hans a Lainz. En la puerta me despido de mi mujer en broma: «Adiós, Jirafa Grande». Hans pregunta: «¿Por qué jirafa?». Yo respondo: «La mami es la jirafa grande», tras lo cual Hans dice: «¿No es cierto que sí? ¿Y Hanna es la jirafa arrugada?».

En la estación de ferrocarril le explico la fantasía de las jirafas, sobre lo cual él responde: «Sí, eso es correcto»; y como yo le digo que la jirafa grande soy yo, pues el cuello largo le ha recordado a un hace-pipí, él dice: «Mami tiene también un cuello como una jirafa, yo he visto cómo se lavaba el blanco cuello».[17]

El lunes 30 de marzo, por la mañana temprano, Hans viene a mí y dice: «Escucha, hoy me he pensado dos cosas. ¿La primera? He estado contigo en Schönbrunn junto a los carneros, y entonces nos colamos por debajo de las cuerdas, y le hemos dicho eso al guardián a la entrada del jardín, y él nos ha atrapado». La segunda la ha olvidado.

Acerca de esto, señalo: Cuando el domingo quisimos ir a ver los carneros, ese recinto estaba cerrado con una cuerda, de suerte que no pudimos pasar. Hans se asombró mucho de que un recinto se cerrara sólo con una cuerda por debajo de la cual uno puede deslizarse fácilmente. Le dije que los hombres decentes no se deslizan por debajo de esa cuerda. Opinó que no obstante es facilísimo, a lo cual repliqué que entonces puede venir un guardián y llevárselo a uno. A la entrada de Schönbrunn hay un soldado de la guardia, acerca del cual en una oportunidad le dije a Hans que arrestaba a los chicos que no se portaban bien.

Al regreso de la visita que hice a usted, ese mismo día, Hans confesó todavía un pequeño fragmento de su

[17] Hans corrobora sólo la interpretación de que las dos jirafas son padre y madre, no el simbolismo sexual que pretende ver en la jirafa misma una subrogación del pene. Probablemente este símbolo sea correcto, pero a Hans, en verdad, no se le puede pedir más.

concupiscencia por hacer algo prohibido. «Escucha, hoy a la mañana temprano volví a pensarme una cosa». «¿Qué?». «He viajado contigo en el ferrocarril, y hemos roto una ventanilla, y el guarda nos ha llevado».

La correcta continuación de la fantasía de las jirafas. El vislumbra que está prohibido ponerse en posesión {*sich in den Besitz zu setzen*} de la madre; ha chocado con la barrera del incesto.[18] Pero lo considera prohibido en sí mismo. En todas las picardías prohibidas que él realiza en su fantasía está presente el padre, quien es encerrado con él. Es que, según él opina, el padre a pesar de todo hace eso prohibido enigmático con la madre, que él se sustituye por algo violento, como romper el vidrio de una ventanilla, penetrar en un recinto clausurado.

Esa tarde me visitaron padre e hijo en mi consultorio médico. Ya conocía yo al gracioso hombrecito, y siempre había tenido gusto en verlo, tan amoroso por su seguridad en sí mismo. No sé si se acordaba de mí, pero se comportó de manera intachable, como un miembro enteramente razonable de la sociedad humana. La consulta fue breve. El padre comenzó diciendo que a pesar de todos los esclarecimientos la angustia ante los caballos no había aminorado. Debimos confesarnos también que los vínculos entre los caballos ante los cuales se angustiaba y las descubiertas mociones de ternura hacia la madre eran poco abundantes. Detalles como los que conocí en ese momento —a saber, que le molestaba particularmente lo que los caballos tienen ante los ojos y lo negro alrededor de la boca— era evidente que no se podían explicar a partir de lo que sabíamos. Pero al ver a los dos así, sentados enfrente, al tiempo que escuchaba la descripción de su angustia al caballo, se me hizo la luz sobre otro fragmento de la resolución, que me resultó comprensible que se le escapara justamente al padre. Pregunté a Hans, en broma, si sus caballos llevaban gafas, cosa que él negó, y luego si su padre las llevaba, cosa que también negó, contra toda evidencia; le pregunté si con lo negro alrededor de la «boca» quería significar el bigote, y le revelé que tenía miedo a su padre justamente por querer él tanto a su madre. El no podía menos que creer, le dije, que el padre le tenía rabia, pero eso no era cierto: el padre le tenía cariño, y podía confesarle todo sin miedo. Que hacía mucho tiempo, antes que él viniera al mundo, yo sabía ya que llegaría un pequeño Hans que querría mucho a su madre, y por eso se vería obli-

18 [Cf. *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, **7**, pág. 205.]

gado a tener miedo del padre; y yo le había contado esto a su padre. «¿Por qué crees tú que te tengo rabia? —me interrumpió el padre en este punto—. ¿Acaso te he insultado o te he pegado alguna vez?». «¡Oh, sí!, tú me has pegado», lo rectificó Hans. «Eso no es verdad. ¿Cuándo, pues?». «Hoy por la mañana», indicó el pequeño, y el padre se acordó de que Hans inopinadamente lo chocó, con la cabeza, en el vientre, tras lo cual, como por vía de reflejo, él le había dado un golpe con la mano. Era notable que no hubiera recogido ese detalle dentro de la trama de la neurosis; pero ahora él lo entendía como expresión de la predisposición hostil del pequeño hacia él, quizá también como exteriorización de la necesidad de recibir a cambio un castigo.[19]

En el camino de regreso a casa, Hans preguntó al padre: «¿Acaso habla el profesor con el buen Dios, pues puede saberlo todo desde antes?». Me enorgullecería extraordinariamente esta admisión de labios del niño si yo mismo no la hubiera provocado con mis fanfarronadas en chanza. Desde esa consulta, recibí informes casi diarios sobre las alteraciones en el estado del pequeño paciente. No cabía esperar que mi comunicación lo librara de su angustia de un golpe, pero se demostró que ahora le era dada la posibilidad de presentar sus producciones inconcientes y desovillar su fobia. El siguió desde ese momento un programa que yo pude comunicar de antemano a su padre.

El 2 de abril se comprueba la *primera mejoría sustancial.* Mientras que hasta entonces no se lo podía mover a que permaneciera un tiempo largo ante la puerta de calle, y siempre que se acercaban caballos trotaba hacia adentro con todos los signos del terror, esta vez permanece una hora ahí, aunque pasan carruajes, lo cual es muy frecuente delante de nuestra casa. Una que otra vez corre adentro cuando ve venir a lo lejos un carruaje, pero enseguida retorna como si lo hubiera pensado mejor. Comoquiera que fuese, sólo subsiste un resto de angustia, y es inequívoco el progreso realizado desde el esclarecimiento.

Al anochecer dice: «Si ya vamos a la puerta de calle, también iremos al parque».

[19] El muchacho repitió luego esta reacción frente al padre de una manera más nítida y completa, dándole primero un golpe sobre la mano y después besándole tiernamente esa misma mano. [Véase, en este sentido, la tercera parte (titulada «Los que delinquen por conciencia de culpa») del artículo de Freud «Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico» (1916*d*), *AE*, **14**, págs. 338-9.]

El 3 de abril se llega a la mañana temprano hasta mi cama, mientras que los últimos días no lo había hecho y aun estaba orgulloso de esa abstención. Pregunto: «¿Por qué has venido hoy?».

Hans: «Hasta que no tenga miedo, no vendré más».

Yo: «¿Entonces vienes a mí porque tienes miedo?».

Hans: «Cuando no estoy contigo, tengo miedo; cuando no estoy contigo en la cama, entonces tengo miedo. Hasta que yo no tenga más miedo, no vendré más».

Yo: «Entonces tú me tienes cariño y te sientes ansioso cuando estás por la mañana temprano en tu cama, y por eso vienes a mí».

Hans: «Sí. ¿Por qué me has dicho que yo tengo cariño a *mami*, y tengo miedo por eso, si yo te tengo cariño a *ti*?».

El pequeño demuestra aquí una claridad realmente superior. Da a entender que en él luchan el amor al padre con la hostilidad hacia él a consecuencia de su papel de competidor ante la madre, y le reprocha que no le haya llamado la atención sobre este juego de fuerzas que necesariamente llevaba a la angustia. El padre no lo comprende del todo, pues sólo durante esta plática adquiere el convencimiento sobre la hostilidad del pequeño hacia él, que yo le había aseverado en nuestra consulta. Lo que sigue, que trascribo sin cambio alguno, es en verdad tan significativo para el esclarecimiento del padre como para el del pequeño paciente.

Por desgracia no capté enseguida el significado de esta objeción. Porque Hans tiene cariño a su madre, es evidente que quiere quitarme de en medio, pues así ocupa el lugar del padre. Este deseo hostil sofocado se convierte en angustia por el padre, y él viene por la mañana temprano a mí para ver si me he ido. Lamentablemente, en ese momento aún no lo había entendido, y le dije:

Yo: «Cuando tú estás solo, tienes nostalgia de mí y vienes a mí».

Hans: «Cuando te has ido, tengo miedo de que no vuelvas a casa».

Yo: «¿Alguna vez te he amenazado con no volver a casa?».

Hans: «Tú no, pero mami sí. Mami me ha dicho que no vuelve más». (Probablemente él se portaba mal, y ella lo amenazó con irse.)

Yo: «Te lo ha dicho porque te portabas mal».

Hans: «Sí».

Yo: «Entonces tienes miedo de que yo me vaya porque te portas mal, por eso vienes a mí».

Después del desayuno me levanto de la mesa, y Hans dice: «¡Papi, no te *trotes* de mí!». Me llama la atención que diga «trotes» {«*davonrennen*»} en lugar de «marches» {«*davonlaufen*»}, y le replico: «Oh, tienes miedo de que el caballo se trote de ti». A lo cual él ríe.

Sabemos que esta pieza de la angustia de Hans es de doble articulación: angustia *ante* el padre y angustia *por* el padre. La primera proviene de la hostilidad hacia el padre; la segunda, del conflicto entre la ternura, exagerada aquí por vía de reacción, y la hostilidad.

El padre prosigue:

Este es sin duda el inicio de un tramo importante. El hecho de que a lo sumo se atreva a llegar a la puerta de calle, pero no a alejarse {*weggehen*} de la casa, y vuelva atrás en mitad del camino al primer ataque de angustia, está motivado por el miedo de no hallar a los padres en casa por haberse alejado ellos. Se pega a la casa por amor a la madre; su miedo de que yo me aleje obedece a deseos hostiles hacia mí, pues entonces él sería el padre.

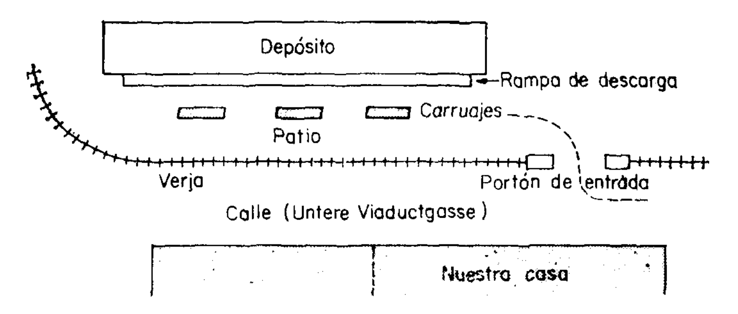
En el verano partí de viaje {*wegfahren*} repetidas veces de Gmunden para Viena, pues así lo exigía mi profesión; entonces, él era el padre. Le recuerdo que la angustia ante el caballo se anuda a la vivencia de Gmunden, cuando un caballo llevaría el equipaje de Lizzi a la estación de ferrocarril [pág. 26]. El deseo reprimido de que yo viaje {*fahren*} a la estación, pues así él queda solo con la madre («que el caballo parta de viaje»), deviene luego angustia ante el partir de viaje los caballos, y de hecho nada le produce mayor angustia que el partir un carruaje, ponerse en movimiento los caballos, desde el patio de la Aduana, frontero de nuestra vivienda.

Esta nueva pieza (ánimo hostil hacia el padre) sólo pudo salir a la luz después que supo que yo no le tengo rabia por tener él tanto cariño a la mamá.

Después de mediodía voy {*gehen*} de nuevo con él ante la puerta de calle; él de nuevo va {*gehen*} hasta allí y ahí se queda aunque pasen {*fahren*} carruajes, sólo ante algunos siente angustia y corre adentro del zaguán. Me explica también: «No todos los caballos blancos muerden»; o sea: por el análisis, algunos caballos blancos ya han sido discernidos como «papi»; esos ya no muerden, pero todavía quedan otros que lo hacen.

La situación en que está nuestra puerta de calle es la siguiente: Enfrente, el depósito de la Oficina Impositiva para Artículos de Consumo, con una rampa de descarga por la cual durante todo el día desfilan carruajes para retirar cestas, etc. Hacia la calle, una verja cierra ese patio. En línea recta frente a nuestra vivienda está el portón de entrada al patio (figura 2). Desde hace ya unos días noto que Hans tiene particular miedo cuando salen del patio o entran a él carruajes, para lo cual se ven precisados a virar. En su momento le he preguntado por qué tiene tanto miedo, y él respondió: «*Tengo miedo de que los caballos se tumben cuando el carruaje da la vuelta*» (A). Otro tanto teme cuando los carruajes, estacionados frente a la rampa de descarga, se ponen de repente en movimiento para seguir viaje (B). Además, tiene más miedo (C) a los caballos de tiro grandes que a los caballos pequeños, a los caballos rústicos más que a los elegantes (p. ej., los de coches de plaza). También tiene más miedo a un carruaje que pasa rápido (D) que si los caballos van al trote corto. Tales diferenciaciones, desde luego, sólo se han mostrado con nitidez en los últimos días.

Figura 2.



Yo diría que a consecuencia del análisis no sólo el paciente, sino también su fobia, han cobrado más coraje y se atreven a mostrarse. [Cf. pág. 101.]

El 5 de abril, Hans vuelve al dormitorio y es reenviado a su cama. Le digo: «Mientras sigas viniendo al dormitorio por la mañana temprano, no mejorarás de tu angustia a los caballos». Pero él desafía y responde: «Vendré, aunque haya de tener miedo». Vale decir, no quiere dejarse prohibir la visita a la mamá.

Después del desayuno nos disponemos a bajar. Hans

se alegra mucho y planea, en lugar de permanecer ante la puerta de calle, cruzar hasta el patio de la Aduana, donde a menudo ha visto jugar a unos pilluelos. Le digo que me alegrará si él cruza, y aprovecho la oportunidad para preguntar por qué tiene tanto miedo cuando los carros cargados se ponen en movimiento desde la rampa (B).

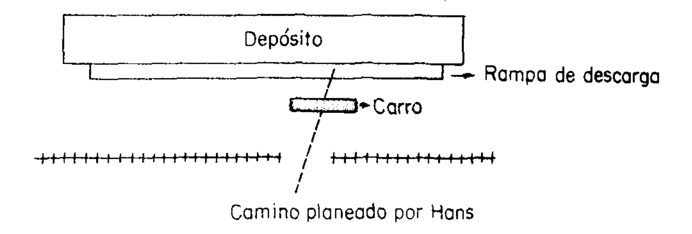
Hans: «Tengo miedo si yo estoy {*stehen*} en el carro y el carro parte de viaje {*wegfahren*} ligero, y yo estoy arriba y quiero ir ahí sobre la planchada» (la rampa de descarga) «y yo parto de viaje con el carro».

Yo: «¿Y si el carro está estacionado {*stehen*}? ¿En ese caso no tienes miedo? ¿Por qué no?».

Hans: «Si el carro está estacionado, yo voy {*gehen*} ligero sobre el carro y voy sobre la planchada». [Figura 3.]

(Hans planea, pues, treparse por un carro hasta la rampa de descarga, y tiene miedo de que el carro parta cuando está sobre este.)

Figura 3.



Yo: «¿Quizá temes no poder volver más a casa si partes con el carro?».

Hans: «¡Oh, no!; siempre puedo volver adonde está mamá, con el carro o con un coche de plaza. Yo puedo decirle el número de la casa».

Yo: «¿Entonces por qué tienes miedo en verdad?».

Hans: «Yo no lo sé, pero el profesor lo sabrá. ¿Crees tú que él lo sabrá?».

Yo: «Dime: ¿por qué quieres cruzar hasta la planchada?».

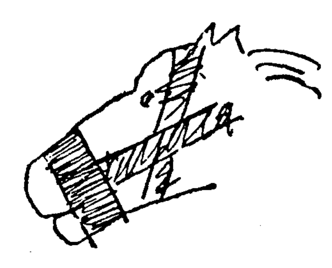
Hans: «Porque todavía nunca estuve ahí arriba, y me gustaría muchísimo estar. ¿Y sabes tú por qué iría? Porque querría subir los equipajes y cargarlos, y ahí me treparía por todos los equipajes. Muchísimo me gustaría treparme. ¿Sabes de quién he aprendido a treparme por ellos? Unos muchachos se treparon a los equipajes y yo los vi, y eso quiero hacer yo también».

Su deseo no alcanza cumplimiento, pues cuando Hans se anima otra vez ante la puerta de calle, los pocos pasos que da para cruzar hasta el patio le despiertan unas resistencias demasiado grandes, porque en él no dejan de pasar carruajes.

Y bien; el profesor sabe que este juego que Hans se propone con los carros cargados tiene que haber entrado en una referencia simbólica, sustitutiva, con otro deseo del cual él todavía no ha exteriorizado nada. Y ese deseo, si no pareciera demasiado osado, podría construirse desde ahora.

A la tarde vamos de nuevo frente a la puerta de calle, y al regreso le pregunto a Hans:
Yo: «Dime, ¿a qué caballos tienes más miedo?».
Hans: «A todos».
Yo: «No es verdad».
Hans: «Tengo más miedo a los caballos que tienen algo así en la boca».
Yo: «¿A qué te refieres? ¿Al hierro que llevan en la boca?».
Hans: «No, tienen algo negro en la boca» (se cubre la boca con la mano).
Yo: «¿Qué? ¿Acaso un bigote?».
Hans (ríe): «¡Oh, no!».
Yo: «¿Todos lo tienen?».
Hans: «No, sólo algunos».
Yo: «¿Qué es, pues, eso que llevan en la boca?».
Hans: «Algo negro así». (Yo creo que es en realidad el grueso correaje que los caballos de tiro llevan sobre el hocico. [Figura 4.]) «También a un carro mudancero le tengo más miedo».

Figura 4.



Yo: «¿Por qué?».
Hans: «Yo creo que si los caballos de mudanzas tiran de un carro pesado se tumban».

Yo: «¿Entonces un carro pequeño no te da miedo?».

Hans: «No, con un carro pequeño o un coche correo no me asusto. También cuando viene una diligencia tengo más miedo».

Yo: «¿Porque es tan grande?».

Hans: «No, porque una vez un caballo de un carruaje así se tumbó».

Yo: «¿Cuándo?».

Hans: «Una vez cuando salí con mami a pesar de la tontería, cuando compré el chaleco». (Esto es confirmado con posterioridad por la madre.)

Yo: «¿Qué te pensaste cuando el caballo se tumbó?».

Hans: «Ahora eso será siempre. Todos los caballos se tumbarán en la diligencia».

Yo: «¿En toda diligencia?».

Hans: «¡Sí! Y también en el carro mudancero. En el carro mudancero no tan a menudo».

Yo: «¿En esa época ya tenías la tontería?».

Hans: «No, sólo ahí la he cogido. Cuando el caballo de la diligencia[20] se ha tumbado, me he asustado muchísimo, ¡de verdad! Esa vez que he ido, me la he cogido».

Yo: «Pero si la tontería era que te habías pensado que un caballo te mordería, y ahora dices haber tenido miedo de que un caballo se tumbaría».

Hans: «Se tumbará y morderá».[21]

Yo: «¿Por qué te asustaste tanto?».

Hans: «Porque el caballo hizo así con las patas». (Se tiende sobre el piso y me enseña el pataleo.) «Me he asustado *porque él ha hecho un "barullo" con las patas*».

Yo: «¿Dónde estuviste esa vez con mami?».

Hans: «Primero en la pista de patinaje, después en el café, después fuimos a comprar un chaleco, después en lo del pastelero con mami, y después volvimos a casa al anochecer; atravesamos el parque». (Todo ello es confirmado por mi mujer; también, que la angustia estalló inmediatamente después.)

Yo: «¿Quedó muerto el caballo cuando se tumbó?».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «¿Cómo lo sabes?».

Hans: «Porque lo he visto» (ríe). «No, si no estaba muerto».

[20] [En las ediciones anteriores a 1924 figuraba aquí, por error, «del carro mudancero».]

[21] Hans tiene razón, por inverosímil que suene esta unificación. El nexo es, en efecto, como se revelará, que el caballo (el padre) lo morderá a causa de su deseo de que él (el padre) se tumbe.

Yo: «Quizá creíste que estaba muerto».

Hans: «No, seguro que no. Sólo lo dije en broma». (Sin embargo, en ese momento su gesto era serio.)

Como está fatigado, lo dejo ir. Sólo me cuenta, todavía, que al principio tuvo miedo a los caballos de diligencia, después a todos los otros y sólo últimamente a los caballos de carro mudancero.

En el camino de regreso a Lainz, le pregunto aún:

Yo: «Aquel caballo de diligencia que se cayó, ¿qué color tenía? ¿Blanco, rosillo, marrón, gris?».

Hans: «Negro, los dos caballos eran negros».

Yo: «¿Era grande o pequeño?».

Hans: «Grande».

Yo: «¿Gordo o flaco?».

Hans: «Gordo, muy grande y gordo».

Yo: «Cuando el caballo se cayó, ¿pensaste en tu papi?».

Hans: «Quizá. Sí. Es posible».

Puede ser que el padre haya explorado sin éxito en muchos lugares; pero en nada perjudica procurarse el mayor conocimiento posible sobre una fobia así, que a uno le gustaría designar según su nuevo objeto. [Cf. pág. 101.] De ese modo llegamos a saber cuán difusa es en verdad. Recae sobre caballos y sobre carruajes, sobre unos caballos que se caen o que muerden, sobre caballos de un tipo particular, sobre carruajes con carga pesada. Revelemos desde ahora que todas esas peculiaridades se deben a que la angustia no valía originariamente para los caballos, sino que fue trasportada a estos en un segundo momento y se fijó en aquellos lugares del complejo del caballo que resultaron apropiados para ciertas trasferencias.[22] Tenemos que reconocer, en particular, un resultado esencial de la inquisición del padre. Hemos averiguado la ocasión actual tras la que estalló la fobia. Fue cuando el muchacho vio caerse a un caballo grande y pesado, y al menos una de las interpretaciones de esa impresión parece ser la destacada por el padre, a saber, que Hans en ese momento sintió el deseo de que el padre se cayera de ese modo... y quedase muerto. Su gesto serio durante el relato abona sin duda ese sentido inconciente. ¿No se esconderá tras ello algún otro sentido? ¿Y qué significa el hacer barullo con las patas?

22 [Aquí el término «trasferencia» está empleado en un sentido más amplio que el habitual en los escritos posteriores de Freud. Con este mismo sentido es usado en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, págs. 554-5.]

Desde hace algún tiempo, Hans juega en la casa al caballo, trota en torno de la habitación, cae al suelo, patalea, relincha. En cierto momento se ata una bolsita a modo de morral. Repetidas veces se abalanza sobre mí, y me muerde.

Acepta, pues, las últimas interpretaciones más decididamente de lo que podría hacerlo con palabras, pero, desde luego, permutando roles, puesto que el juego está al servicio de una fantasía de deseo. En consecuencia, él es el caballo, él muerde al padre; por lo demás, así se identifica con el padre.

Desde hace dos días noto que Hans se revela contra mí de la manera más decidida, no insolente, sino con espíritu alegre. ¿Será porque ya no tiene miedo de mí, el caballo?

6 de abril. A la tarde, delante de la casa, con Hans. A cada caballo, le pregunto si le ve lo «negro en la boca»: lo niega para todos. Le pregunto qué aspecto tiene en verdad eso negro; dice que es un hierro negro. Por tanto, no se confirma mi primera conjetura, referida a los gruesos correajes en el arreo de los caballos de tiro. Le pregunto si lo «negro» le hace acordar a un bigote; dice: «Sólo por el color». Ahora no sé qué es eso en realidad.

El miedo es menor; esta vez ya se atreve a llegar hasta la casa vecina, pero se vuelve con rapidez cuando escucha un trote de caballos en la lejanía. Cuando un carruaje se acerca a la puerta de nuestra casa y se detiene, es presa de angustia y se mete en la casa pues el caballo escarcea. Le pregunto por qué tiene miedo, si acaso le angustia que el caballo haga así (pateo con el pie). El dice: «¡Pero no hagas ese barullo con los pies!». Compárese lo que él manifestó antes sobre el caballo de la diligencia caído.

Lo asusta en particular el paso de un carro mudancero. Se mete adentro de la casa. Le pregunto, con tono indiferente: «¿No es cierto que un carro mudancero se parece a una diligencia?». No dice nada. Repito la pregunta. Dice entonces: «Claro que sí, de otro modo no tendría tanto miedo a un carro mudancero».

7 de abril. Hoy vuelvo a preguntarle qué aspecto tiene eso «negro en la boca» de los caballos. Dice: «Es como un bozal». Lo curioso es que desde hace tres días no pase ningún caballo en que se pueda comprobar ese «bozal»; yo mismo en ningún paseo he visto un caballo así, por más que Hans asevere que los hay. Conjeturo que realmente una pieza de los arreos que los caballos llevan en

la cabeza —tal vez el grueso correaje en torno del hocico— le ha hecho acordar a un bigote, y que también ese miedo ha desaparecido con mi indicación.

La mejoría de Hans es constante, aumenta su radio de acción con la puerta de calle como centro; incluso emprende la demostración, hasta entonces imposible para él, de cruzar corriendo a la acera de enfrente. Todo el miedo que le resta se entrama con la escena de la diligencia, cuyo sentido, por otra parte, no me es todavía claro.

9 de abril. Hoy por la mañana temprano, Hans se aparece cuando yo me lavo con el torso descubierto.

Hans: «¡Papi, mira qué lindo eres, tan blanco!».

Yo: «¿No es cierto? Como un caballo blanco».

Hans: «Sólo el bigote es negro» (siguiéndome el tren). «¿O es quizás el bozal negro?».

Le cuento luego que al atardecer del día anterior estuve en casa del profesor, y le digo: «El quiere saber algo», a lo cual Hans responde: «Tengo curiosidad por saber de qué se trata».

Le digo que yo sé a raíz de qué oportunidad él hace barullo con los pies. Me interrumpe: «¿No es cierto? Cuando tengo una rabieta o cuando debo hacer *Lumpf* y prefiero jugar». (Es verdad que cuando se encoleriza tiene la costumbre de hacer barullo con los pies, o sea, dar patadas sobre el piso. — «Hacer *Lumpf*» indica la necesidad mayor. Cuando Hans era pequeño, dijo un día, levantándose de la bacinilla: «¡Mira, el *Lumpf*!».[23] Esta designación ha subsistido hasta hoy. — En épocas muy anteriores, cuando debían sentarlo a la bacinilla y se rehusaba a dejar el juego, furioso daba golpes con los pies, pataleaba y eventualmente también se arrojaba al piso.)

Yo: «También pataleas cuando debes hacer pipí y no quieres ir porque te gustaría seguir jugando».

El: «Escucha, tengo que hacer pipí», y marcha a hacerlo, a modo de una corroboración.

En su visita, el padre me había preguntado a qué pudo hacerle acordar a Hans el pataleo del caballo caído, y yo le había respondido que bien pudiera tratarse de su propia reacción cuando retenía su orina. Es lo que Hans corrobora mediante la reemergencia de la necesidad de orinar en el curso de la plática, y aun agrega otros significados del «hacer barullo con los pies».

[23] Quiso decir «*Strumpf*» {«calcetín»}, a causa de la forma y el color.

Luego vamos ante la puerta de calle. Me dice, cuando se acerca un carro carbonero: «Escucha, también le tengo mucho miedo a un carro carbonero».

Yo: «Quizá porque es tan grande como una diligencia».

Hans: «Sí, y porque tiene una carga muy pesada y los caballos tienen que tirar tanto y pueden caerse fácilmente. Cuando un carro está vacío, no tengo miedo». De hecho, como ya se comprobó antes, sólo los vehículos con carga le producen angustia.

Con todo eso, la situación es muy poco trasparente. El análisis obtiene escasos progresos; su exposición, me temo, pronto terminará por aburrir al lector. Sin embargo, en todo psicoanálisis hay esos períodos oscuros. Hans se interna enseguida en un ámbito con el que no contaba nuestra expectativa.

De regreso a casa, hablo con mi mujer, quien ha hecho diversas compras y me las muestra. Entre ellas, un calzón amarillo. Hans dice algunas veces «¡Puf!», se arroja al piso y escupe. Mi mujer explica que ya lo hizo algunas veces cuando vio los calzones. Yo pregunto: «¿Por qué dices "¡Puf!"?».

Hans: «Por los calzones».

Yo: «¿Por qué? ¿Por el color, porque son amarillos y recuerdan al pipí o al *Lumpf*?».

Hans: «Pero el *Lumpf* no es amarillo; es blanco o negro». — E inmediatamente después: «Escucha, ¿uno hace *Lumpf* con facilidad si come queso?». (Yo se lo había dicho una vez, cuando me preguntó para qué comía queso.)

Yo: «Sí».

Hans: «¿Por eso vas enseguida a hacer *Lumpf* por la mañana temprano? Me gustaría mucho comer queso con pan y manteca».

Ya ayer me había preguntado, cuando él daba saltos por la calle: «Escucha, ¿no es cierto que si uno salta tanto hace *Lumpf* con facilidad?». — Desde siempre ha tenido dificultades para deponer las heces, a menudo fue preciso recurrir a laxantes y enemas. Una vez su constipación habitual fue tan intensa que mi esposa hubo de consultar al doctor L. Este opinó que Hans estaba sobrealimentado, lo cual era correcto, y recomendó una dieta moderada, que pronto mejoró su estado. En este último tiempo, la constipación volvió a hacerse frecuente.

Después de comer le digo: «Le escribiremos otra vez

al profesor», y él me dicta: «Cuando he visto el calzón amarillo he dicho "¡Puf!", y entonces escupí y me tiré al suelo, he cerrado los ojos y no he mirado».

Yo: «¿Por qué?».

Hans: «Porque he visto los calzones amarillos, y lo mismo hice con los calzones negros.[24] Los negros son también unos calzones, sólo que eran negros». (Se interrumpe.) «Escucha, yo estoy contento; cuando puedo escribir al profesor, siempre estoy contento».

Yo: «¿Por qué has dicho "¡Puf!"? ¿Te ha dado asco?».

Hans: «Sí, porque he visto eso. He creído que yo tenía que hacer *Lumpf*».

Yo: «¿Por qué?».

Hans: «No sé».

Yo: «¿Cuándo has visto los calzones negros?».

Hans: «Una vez, cuando Anna» (nuestra sirvienta) «hacía tiempo que estaba —con mamá—, ella los trajo de la tienda a casa». (Esta indicación es corroborada por mi mujer.)

Yo: «¿Te ha dado asco?».

Hans: «Sí».

Yo: «¿Has visto a mami con esos calzones?».

Hans: «No».

Yo: «¿Cuando se vestía?».

Hans: «A los amarillos, sí una vez, desde que los ha comprado». (¡Contradicción! Los vio por primera vez al comprarlos la mamá.) «A los negros los ha tenido puestos hoy» (¡correcto!) «porque he visto cuando se los sacaba a la mañana temprano».

Yo: «¿Qué? ¿A la mañana temprano se ha sacado los calzones negros?».

Hans: «A la mañana temprano, cuando ha salido {*weggehen*}, se ha sacado los calzones negros, y cuando ha venido, se ha puesto de nuevo los negros».*

Pregunto a mi mujer, porque esto me parece un disparate. Ella dice, en efecto, que no es verdad; desde luego, no se ha cambiado los calzones al salir.

Inquiero a Hans enseguida: «Tú has contado que mami se ha puesto un calzón negro, y cuando ha partido se lo

[24] Mi mujer posee desde hace algunas semanas unos calzones negros para excursiones en bicicleta. [Nota del padre.]

* {En este y otros casos similares reproducimos el pretérito perfecto («ha salido», «ha sacado», etc.) en vez del indefinido, más normal, teniendo en cuenta la particular significación de ese tiempo como perduración en el presente de una vivencia del pasado.}

ha sacado y cuando ha venido se lo ha vuelto a poner. Pero mami dice que eso no es verdad».

Hans: «Me parece, yo quizá lo he olvidado, que no se los ha sacado». (De mal humor.) «¡Déjame tranquilo, por fin!».

Para elucidar esta historia de los calzones, puntualizo: Es evidente que Hans finge cuando se manifiesta tan contento de poder hablar sobre este asunto. Al final arroja la máscara y se pone grosero con su padre. Se trata de cosas que antes le han deparado *mucho placer*, y de las que ahora, luego de sobrevenida la represión, se avergüenza mucho, so pretexto de asquearse. Miente, lisa y llanamente, para situar el cambio de calzones de la mamá en un diverso escenario; en realidad, el ponerse y sacarse los calzones pertenece al contexto del «*Lumpf*». El padre sabe bien lo que está en juego aquí y lo que Hans quiere ocultar.

Pregunto a mi mujer si Hans a menudo estuvo presente cuando ella ha ido al baño. Dice que sí, que él «cargosea» hasta que ella se lo permite; lo hacen —sostiene— todos los niños.

Por nuestra parte, tomaremos buena nota del placer, hoy ya reprimido, de ver a la mamá mientras hace *Lumpf*.

Vamos frente a la casa. Está muy contento y, como brinca de continuo cual si fuera un potrillo, le pregunto: «Escucha, ¿quién es en verdad un caballo de diligencia? ¿Yo o mami?».

Hans (con prontitud): «Yo, yo soy un potrillo».

Cierta vez que en su período de más intensa angustia vio unos caballos que brincaban, tuvo angustia y me preguntó por qué lo hacían; yo le dije, para tranquilizarlo: «¿Sabes? Son potrillos, y ellos dan brincos como los niños. Tú también brincas y eres un niño». Desde entonces, cuando ve brincar caballos dice: «Es cierto, son potrillos».

En la escalera, al subir, le pregunto, como quien no quiere la cosa: «¿En Gmunden has jugado al caballito con los niños?».

El: «¡Sí!» (Reflexionando.) «Me parece que ahí he cogido la tontería».

Yo: «¿Quién era el caballito?».

El: «Yo, y Berta era el cochero».

Yo: «¿Quizá te caíste cuando eras tú el caballito?».

Hans: «¡No! Cuando Berta ha dicho "¡Júoo!" yo he corrido ligero, he salido disparado».[25]

Yo: «¿Y a la diligencia no jugaron nunca?».

Hans: «No, casi siempre al carro y al caballo sin carro. Cuando el caballo tiene un carro, puede andar sin carro y el carro puede quedar en casa».

Yo: «¿Jugaban a menudo al caballito?».

Hans: «Muy a menudo. Fritzl[26] también fue una vez caballito y Franzl era cochero y Fritzl corría muy fuerte y una vez tropezó con una piedra y le salió sangre».

Yo: «¿Quizá se cayó?».

Hans: «No, metió el pie en un poco de agua y después se puso una venda».[27]

Yo: «¿A menudo eras tú caballo?».

Hans: «Oh, sí».

Yo: «Y ahí fue donde cogiste la tontería».

Hans: «Porque ellos siempre decían "por causa del caballo" y "por causa del caballo"» (acentúa el «por causa de» {*wegen*}), «y yo quizá porque ellos dijeron tanto "por causa del caballo", yo quizá cogí la tontería».[28]

Durante un rato el padre explora infructuosamente otras sendas.

Yo: «¿Contaron algo sobre caballos?».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «¿Qué?».

Hans: «Lo he olvidado».

Yo: «¿Quizá contaron algo sobre el hace-pipí?».

Hans: «¡Oh, no!».

25 Hans tenía también un juego de caballito con campanitas. [Nota del padre.]

26 Otro hijo del propietario, como sabemos [cf. pág. 16].

27 Sobre esto, véase *infra* [pág. 69]. El padre conjetura con todo acierto que Fritzl se cayó esa vez.

28 Aclaro: Hans no quiere afirmar que haya contraído la tontería *en esa época*, sino *en conexión* con ello. Es que es preciso admitir, y la teoría lo exige, que una vez haya sido asunto de elevado placer lo mismo que hoy es objeto de la fobia. Y además, yo completo por el niño lo que él no sabe decir: que la palabrita «*wegen*» {«por causa de»} ha allanado el camino a la extensión de la fobia del caballo al «*Wagen*» {«carruaje»} (o, como Hans está habituado a escuchar y pronunciar: «*Wägen*»). {La «*ä*» suena como «*e*».} Nunca se debe olvidar cuánto más que el adulto trata el niño las palabras como si fueran cosas del mundo, y cuán sustantivas son entonces para él las homofonías entre ellas. [Esto ya había sido señalado en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **4**, pág. 309, así como en el libro sobre el chiste (1905*c*), *AE*, **8**, pág. 120.]

Yo: «¿Allí ya le tenías miedo al caballo?».

Hans: «Oh, no, yo no he tenido miedo».

Yo: «Quizá Berta te habló de que un caballo. . .».

Hans (interrumpiéndome): «. . . ¿hace pipí? ¡No!».

El 10 de abril reanudo la conversación de ayer y quiero saber qué significa el «por causa del caballo». Hans no atina a acordarse, sólo sabe que a la mañana temprano había varios niños ante la puerta de calle y decían «por causa del caballo, por causa del caballo». El mismo se encontraba entre ellos. Al insistir yo, manifiesta que no habían dicho «por causa del caballo», él debía tener un recuerdo falso.

Yo: «Pero si tan a menudo estaban en el establo, habrán hablado del caballo». — «No hemos hablado». — «¿De qué hablaron?». — «De nada». — «¿Eran tantos niños y no hablaron de nada?». — «Claro que de algo hemos hablado, pero no del caballo». — «¿De qué, pues?». — «Ahora ya no lo sé».

Abandono esto, pues las resistencias son evidentemente demasiado grandes,[29] y pregunto: «¿Te ha gustado jugar con Berta?».

El: «Sí, me ha gustado mucho; con Olga no. ¿Sabes qué ha hecho Olga? Grete ahí arriba me regaló una vez una pelota de papel, y Olga la desgarró toda. Berta nunca me habría desgarrado la pelota. Con Berta me ha gustado mucho jugar».

Yo: «¿Has visto cómo era el hace-pipí de Berta?».

El: «No, pero sí el del caballo, porque yo siempre estaba en el establo, y ahí he visto el hace-pipí del caballo».

Yo: «¿Y tenías curiosidad por saber cómo era el hace-pipí de Berta, y el de mami?».

El: «¡Sí!».

Yo le recuerdo que una vez se me quejó de que las niñitas siempre quieren mirar cuando él hace pipí [cf. pág. 19].

El: «Berta siempre me ha mirado» (nada ofendido por ello, sino muy satisfecho), «muy a menudo. Donde está la huertita, donde hay rabanitos, he hecho pipí, y ella estaba ante la puerta de calle y ha mirado».

Yo: «Y cuando ella ha hecho pipí, ¿has mirado tú?».

El: «Es que ella se ha ido al baño».

Yo: «¿Y tú tenías curiosidad?».

[29] En efecto, no cabe recoger ahí otra cosa que el anudamiento de palabra, que al padre se le escapa. Un buen ejemplo de las condiciones bajo las cuales el empeño analítico fracasa.

El: «Yo estaba dentro del baño cuando ella estaba dentro». (Eso es así; la gente de la casa nos lo contó una vez, y recuerdo que se lo prohibimos a Hans.)

Yo: «¿Le has dicho que querías entrar?».

El: «He entrado solo y porque Berta lo permitía. No es ninguna chanchada».

Yo: «¿Y te habría gustado ver el hace-pipí?».

El: «Sí, pero no lo he visto».

Le hago acordar del sueño en Gmunden: La prenda que tengo yo, etc. [pág. 19], y pregunto: «¿Has deseado en Gmunden que Berta te hiciera hacer pipí?».

El: «Nunca se lo he dicho».

Yo: «¿Por qué nunca se lo has dicho?».

El: «Porque nunca se me pasó por la cabeza». (Interrumpiéndose.) «Si le escribo todo al profesor, pronto se me pasará la tontería, ¿no es verdad?».

Yo: «¿Por qué has deseado que Berta te hiciera hacer pipí?».

El: «Yo no sé; porque ella ha mirado».

Yo: «¿Se te ha ocurrido que te pasara la mano por el hace-pipí?».

El: «Sí». (Cambiando de tema.) «En Gmunden todo era muy lindo. En la huertita, ahí donde están los rabanitos, hay un montón de arena, y ahí juego con mi pala».

(Es la huerta donde siempre ha hecho pipí.)

Yo: «En Gmunden, cuando estabas en la cama, ¿te has pasado la mano por el hace-pipí?».

El: «No, no todavía. En Gmunden he dormido bien, así es como no se me ha pasado por la cabeza hacerlo. Sólo lo he hecho en la calle —[30] y ahora».

Yo: «¿Pero Berta no te ha pasado la mano por tu hace-pipí?».

El: «Nunca lo ha hecho, no, porque yo nunca se lo he dicho».

Yo: «¿Y cuándo, entonces, deseaste que lo hiciera?».

El: «Pues un día en Gmunden».

Yo: «¿Una vez sola?».

El: «Muchas veces».

Yo: «Siempre que tú has hecho pipí, ella ha mirado; quizá tenía curiosidad por saber cómo haces pipí».

El: «Quizá tenía curiosidad por saber cómo era mi hace-pipí».

Yo: «Pero tú también tenías curiosidad; ¿sólo con Berta?».

[30] En la vivienda anterior a la mudanza [cf. pág. 15].

El: «Con Berta, con Olga».
Yo: «¿Y con quién más?».
El: «Con nadie más».
Yo: «Eso no es verdad. Con mami también».
El: «Con mami, claro».
Yo: «Ahora ya no tienes más curiosidad; bien sabes cómo es el hace-pipí de Hanna».
El: «Pero le crecerá, ¿no?».[31]
Yo: «Sí, claro, pero cuando crezca no será como el tuyo».
El: «Lo sé. Será así» (vale decir, como es ahora), «sólo que más grueso».
Yo: «¿Tenías curiosidad en Gmunden cuando mamá se desvestía?».
El: «Sí, también con Hanna; cuando la bañaban le he visto el hace-pipí».
Yo: «¿A la mamá también?».
El: «¡No!».
Yo: «Te dio asco cuando viste el calzón de la mami».
El: «Sólo cuando he visto el negro, cuando ella lo ha comprado, entonces yo escupo, pero cuando se pone o se saca el calzón, yo no escupo. *Entonces yo escupo porque el calzón negro es tan negro como un* Lumpf *y el amarillo como un pipí, y así yo creo que tengo que hacer pipí.* Cuando mami lleva los calzones, entonces yo no veo, pues ella tiene el vestido adelante».
Yo: «¿Y cuando ella se saca el vestido?».
El: «Entonces yo no escupo. Pero si son nuevos, entonces son como un *Lumpf.* Cuando son viejos, los colores se destiñen y se ponen roñosos. Cuando uno los compra, están todos limpios, y en casa enseguida uno los ha enroñado. Cuando están comprados, están nuevos, y cuando no están comprados, están viejos».
Yo: «¿Entonces de los viejos no te da asco?».
El: «Cuando son viejos, son mucho más negros que un *Lumpf,* ¿no es cierto? Un poquito más negros son».[32]
Yo: «¿Con mami estabas a menudo en el baño?».
El: «Muy a menudo».
Yo: «¿Y te ha dado asco?».

31 Quiere tener la seguridad de que su propio hace-pipí crecerá.
32 Nuestro Hans se debate aquí con un tema que no sabe exponer, y nos resulta difícil comprenderlo. Quizá quiera decir que los calzones sólo le despiertan el recuerdo de asco cuando los ve separados; tan pronto como están sobre el cuerpo de la madre, ya no los pone en relación con *Lumpf* ni con pipí, y entonces le interesan de otro modo.

El: «Sí... ¡No!».

Yo: «¿Te gusta estar ahí cuando mami hace pipí o *Lumpf?*».

El: «Me gusta mucho».

Yo: «¿Por qué te gusta tanto?».

El: «No lo sé».

Yo: «Porque crees que verás el hace-pipí».

El: «Sí, también creo yo eso».

Yo: «¿Por qué nunca quieres ir al baño en Lainz?».

(En Lainz, siempre pide que no lo lleve al baño; una vez le dio miedo el ruido que hace el agua al bajar.)

El: «Quizá porque eso hace barullo cuando uno hace bajar el agua».

Yo: «Entonces tienes miedo».

El: «¡Sí!».

Yo: «¿Y en nuestro baño aquí?».

El: «Aquí no. En Lainz me asusto cuando haces bajar el agua. Cuando yo estoy y eso corre, entonces yo me asusto».

Para demostrarme que no tiene miedo en nuestra vivienda, me pide ir al baño y accionar la descarga del inodoro. Luego me manifiesta:

El: «Primero hay un barullo fuerte, luego uno más débil» (cuando el agua baja). «Cuando hace un barullo fuerte, prefiero quedarme ahí; cuando hace uno más débil, prefiero salir».

Yo: «¿Por qué tienes miedo?».

El: «Porque siempre me gusta ver» (se corrige), «oír, un barullo fuerte, y entonces prefiero quedarme ahí para oírlo bien».

Yo: «¿A qué te hace acordar un barullo fuerte?».

El: «A que yo tengo que hacer *Lumpf* en el baño». (Entonces, lo mismo que el calzón negro.)

Yo: «¿Por qué?».

El: «No sé. Sé que un barullo fuerte se oye cuando uno hace *Lumpf*. Un barullo grande hace acordar a *Lumpf*, uno pequeño a pipí». (Cf. el calzón negro y el amarillo.)

Yo: «Escucha, ¿el caballo de la diligencia no tenía el mismo color que un *Lumpf?*». (Según su indicación, era negro [pág. 44].)

El (muy tocado): «¡Sí!».

Me veo precisado a intercalar aquí algunas palabras. El padre pregunta demasiado y explora siguiendo sus propios designios, en vez de dejar exteriorizarse al niño mismo. Por

eso el análisis se vuelve opaco e incierto. Hans va por su camino y no rinde nada cuando se le quiere sonsacar algo fuera de este. Es evidente que ahora su interés recae sobre *Lumpf* y pipí, no sabemos por qué. La historia del barullo está tan poco satisfactoriamente esclarecida como la de los calzones amarillos y negros. Conjeturo que su agudo oído ha notado muy bien la diferencia del ruido según sea un hombre o una mujer quien orine. Pero el análisis ha comprimido algo artificialmente el material en la oposición entre las dos necesidades. Al lector que todavía no haya hecho por sí mismo un análisis, sólo puedo aconsejarle no querer comprenderlo todo enseguida, sino prestar a todo cuanto acuda una cierta atención neutral y esperar lo que sigue.

11 de abril. Hoy por la mañana temprano Hans vino otra vez al dormitorio y, como sucedió los últimos días, fue enviado de vuelta.

Luego cuenta: «Escucha lo que me he pensado: "*Yo estoy en la bañera,*[33] *entonces viene el mecánico y la destornilla.*[34] *Entonces toma un gran taladro y me lo mete en la panza*"».

El padre traduce así esta fantasía: «Yo estoy en la cama con mamá. Entonces viene papá y me expulsa. Con su gran pene me desaloja {*verdrängen*} de la mamá». Por nuestra parte, pospondremos aún nuestro juicio.

Además, cuenta sobre una segunda cosa que se ha imaginado: «Viajamos en tren a Gmunden. En la estación nos ponemos la ropa, pero todavía no estamos listos y el tren parte con nosotros».

Más tarde le pregunto: «¿Ya has visto alguna vez a un caballo haciendo *Lumpf*?».

Hans: «Sí, muchas veces».

Yo: «¿Mete un barullo fuerte cuando hace *Lumpf*?».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «¿A qué te hace acordar ese barullo?».

Hans: «Como cuando el *Lumpf* cae en la bacinilla».

El caballo de la diligencia que se tumba y mete barullo con las patas es sin duda... un *Lumpf* que cae y así mete ruido. El miedo a la defecación, el miedo a los carruajes con pesada carga, es exactamente igual al miedo a una panza muy cargada.

[33] Hans es bañado por la mamá. [Nota del padre.]
[34] Para repararla. [Nota del padre.]

Por estos desvíos, el padre vislumbra el correcto estado de la causa.

11 de abril. Hans dice en el almuerzo: «¡Qué lindo que en Gmunden tuviéramos una bañera para que yo no debiera ir a la casa de baños!». En efecto, en Gmunden, para bañarlo con agua caliente, siempre se lo llevaba a una casa de baños situada en las cercanías, a causa de lo cual él solía protestar con fuerte llanto. También en Viena berrea cada vez que para bañarlo lo ponen en la bañera grande, o lo recuestan. Es preciso bañarlo estando él de rodillas o de pie.

Este dicho de Hans, quien ahora empieza a nutrir el análisis con exteriorizaciones autónomas, establece la conexión entre sus dos últimas fantasías (la del mecánico que destornilla la bañera y la del infortunado viaje a Gmunden). De la segunda, el padre había inferido con acierto una aversión a Gmunden. Por lo demás, otro buen aviso de que uno no tiene que comprender lo que aflora desde lo inconciente con el auxilio de lo antecedente, sino de lo subsiguiente.

Le pregunto si tiene miedo, y de qué tiene miedo.

Hans: «Miedo de caerme adentro».

Yo: «¿Por qué no has tenido miedo cuando te han bañado en la bañera pequeña?».

Hans: «Es que estaba sentado, no me podía recostar, es muy chica».

Yo: «¿Y cuando en Gmunden viajaste en bote no tuviste miedo de caer al agua?».

Hans: «No, porque me he sostenido, y entonces no puedo caer adentro. Sólo tengo miedo de caerme adentro en la bañera grande».

Yo: «Pero si es mamá quien te baña. ¿Acaso temes que mami te eche adentro del agua?».

Hans: «Que ella saque las manos y yo caiga en el agua de cabeza».

Yo: «Pero bien sabes que mami te quiere y no sacará las manos».

Hans: «Solamente lo he creído».

Yo: «¿Por qué?».

Hans: «No lo sé, terminantemente».

Yo: «¿Quizá porque te portabas mal y has creído que ella ya no te quería?».

Hans: «¡Sí!»

Yo: «Estando tú ahí cuando mami bañaba a Hanna, ¿quizá deseaste que ella soltara la mano para que Hanna se cayera adentro?».

Hans: «Sí».

Creemos que el padre ha colegido de manera muy correcta esto.

12 de abril. Regresamos de Lainz en segunda clase, y Hans dice, viendo los asientos de cuero negro: «¡Puf! Yo escupo los calzones negros y los caballos negros, escupo también porque tengo que hacer *Lumpf*».

Yo: «¿Acaso has visto en mami algo negro que te ha asustado?».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «¿Qué, pues?».

Hans: «Yo no sé. Una blusa negra o unas medias negras».

Yo: «¿Quizá pelos negros al hacer pipí, cuando estabas curioso y espiaste?».

Hans (disculpándose): «Pero al hace-pipí no se lo he visto».

En otro momento en que volvió a tener miedo cuando del portón del patio de enfrente salió un carro, le pregunté: «¿No se parece ese portón a un trasero?».

El: «¡Y los caballos son los *Lumpf*!».

Desde entonces dice siempre, cuando ve salir un carro: «Mira, viene un "Lumpf*i*"». La forma «Lumpfi» le es por completo ajena en otros campos, suena como un mote cariñoso. Mi cuñada siempre llama «Wumpfi» a su hijo.

El 13 de abril ve en la sopa un trozo de hígado y dice: «¡Puf! Un *Lumpf*». Es evidente que también a las croquetas de carne las come a desgano por causa de su forma y color, que le recuerdan a un *Lumpf*.

Al anochecer, mi esposa me cuenta que Hans estuvo en el balcón y luego dijo: «He pensado que Hanna estaba en el balcón y se ha caído». Yo le había dicho con frecuencia que, si Hanna estaba en el balcón, él debía vigilar que no se acercara mucho a la balaustrada; un artesano del movimiento secesionista la ha construido de la manera más inapropiada: con grandes aberturas, que debí achicar por medio de alambre tejido. El deseo reprimido de Hans es harto trasparente. La mamá le pregunta si preferiría que Hanna no estuviera, y él responde que sí.

14 de abril. El tema de Hanna se sitúa en el primer plano. Como se recordará por mis notas anteriores, tuvo

hacia la recién nacida, que le robaba una parte del amor de los padres, una gran aversión que aún ahora no ha desaparecido y sólo en parte es sobrecompensada por una ternura hipertrófica.[35] Ya ha manifestado varias veces que la cigüeña no debe traer ningún niño más, debemos darle dinero para que no traiga ninguno más *de la gran cesta* donde están los niños. (Cf. el miedo al carro mudancero. ¿Y la diligencia no se parece a una gran cesta?) Dice que Hanna arma demasiado berrinche, y eso lo fastidia.

En cierto momento dice, de pronto: «¿Te acuerdas cómo ha llegado Hanna? Estaba acostada en la cama junto a mami, tan amorosa y linda». (Esta alabanza ha sonado sospechosamente falsa.)

Luego, abajo, delante de la casa. Otra vez se le nota un progreso grande. Hasta los carros de carga le instilan menos miedo. Exclama, casi con alegría: «¡Ahí viene un caballo con eso negro en la boca!», y por fin puedo comprobar que se trata de un caballo con un bozal de cuero. Pero Hans no siente ninguna angustia frente a ese caballo.

Golpea con su palo sobre el pavimento, y pregunta: «Escucha, ¿hay un hombre ahí abajo... uno enterrado... o sólo hay eso en el cementerio?». O sea que no lo atarea sólo el enigma de la vida, sino el de la muerte además.

De regreso al interior de la casa, veo una cesta que han dejado en el vestíbulo, y Hans dice: «Hanna ha viajado en una cesta así a Gmunden. Siempre que hemos viajado a Gmunden, ella viajó también en la cesta. ¿Qué? ¿Otra vez no me crees? De verdad, papi, créeme. Hemos comprado una cesta grande y ahí hay puros niños, en la bañera se sientan ellos adentro». (En la cesta se empacó una pequeña bañera.) «Yo los he puesto adentro, de verdad. Puedo acordarme muy bien».[36]

Yo: «¿De qué puedes tú acordarte?».

Hans: «De que Hanna ha viajado en la cesta, porque yo no lo he olvidado. ¡Mi palabra de honor!».

Yo: «Pero el año pasado, sin embargo, Hanna ha via-

[35] Si el tema de «Hanna» releva directamente al tema «*Lumpf*», por fin se nos aclara la razón de ello. Hanna misma es un *Lumpf*, los hijos son *Lumpf*.

[36] Ahora empieza a fantasear. Nos enteramos de que cesta y bañera significan lo mismo para él, unas subrogaciones del espacio dentro del cual se encuentran los hijos. ¡Reparemos en sus repetidas aseveraciones!

jado en el compartimiento del tren con nosotros {*mitfahren*}».

Hans: «*Pero siempre antes ella ha viajado en la cesta*».

Yo: «¿No tenía mami la cesta?».

Hans: «¡Sí, mami la tenía!».

Yo: «¿Dónde, pues?».

Hans: «En casa, en el suelo».

Yo: «¿Quizá la llevaba consigo a todas partes?».[37]

Hans: «¡No! Cuando ahora viajemos a Gmunden, Hanna viajará también en la cesta».

Yo: «¿Y cuándo salió ella de la cesta?».

Hans: «La sacaron».

Yo: «¿Mami?».

Hans: «Yo y mami, luego nosotros subimos al carruaje y Hanna montaba el caballo y el cochero ha dicho "¡Júoo!". El cochero estaba en el pescante. ¿Estabas tú también? Mami lo sabe bien. Mami no lo sabe, lo ha vuelto ha olvidar, ¡pero no hay que decirle nada!».

Hago que me repita todo.

Hans: «Entonces Hanna descendió del carruaje».

Yo: «Pero si aún no podía caminar».

Hans: «Bueno, la alzamos para bajarla».

Yo: «¿Y cómo se ha sentado sobre el caballo, si el año pasado todavía no podía sentarse?».

Hans: «Oh, sí; bien que se ha sentado y exclamado "¡Júoo!", y ha dado "¡Júoo, Júoo!", con el látigo que yo tenía antes. El caballo no tenía ningún estribo y Hanna ha cabalgado. Papi, pero si no es en broma».

¿Qué significa este disparate mantenido con obstinación? ¡Oh! No es ningún disparate: es la parodia que hace Hans de su padre y la venganza que se toma sobre él. Viene a decir tanto como esto: «*¿Cómo puedes invitarme a creer que la cigüeña trajo a Hanna en octubre, si yo he notado el vientre grande de la madre ya en el verano cuando viajamos a Gmunden? Lo mismo puedo yo pedirte que creas mis mentiras*». ¿Qué otro significado puede tener la aseveración de que Hanna ya el verano pasado los acompañó en el viaje* a

[37] La cesta es, desde luego, el seno materno. El padre quiere indicar a Hans que él lo comprende. Tampoco son otra cosa los cofrecillos en que son abandonados los héroes del mito, desde el rey Sargón de Agadé en adelante. — (*Agregado* en 1923:) Cf. el estudio de Rank, *Der Mythus von der Geburt des Helden*, 1909.

* {«*Fahrt*» = «viaje»; «*mitfahren*» = «acompañar en el viaje»; véase antes «*wegfahren*» = «partir de viaje» (pág. 26).}

Gmunden «en la cesta», si no que él sabe acerca de la gravidez de la madre? Que tenga en perspectiva la repetición de ese viaje en la cesta para todos los años que vendrán responde a una forma frecuente de aflorar un pensamiento inconciente desde el pasado, o bien responde a razones especiales y expresa su angustia de ver repetida esa gravidez para el siguiente viaje de verano. Ahora también nos hemos enterado de la trama en virtud de la cual había perdido el gusto por el viaje a Gmunden, como nos lo indicara su segunda fantasía [pág. 55].

Más tarde le pregunto cómo fue, en verdad, que Hanna llegó, tras su nacimiento, a la cama de mamá.

Con esto, Hans puede desatarse y «embromar» al padre.

Hans: «En fin, Hanna llegó. La señora Kraus» (la comadrona) «la puso en la cama. Claro que ella no podía caminar. Pero la cigüeña la trajo en el pico. Caminar, claro que no podía». (*Continúa sin parar:*) «La cigüeña llegó hasta el pasillo sobre la escalera y entonces golpeó y todos estaban dormidos y ella tenía la llave justa y abrió la puerta y puso a Hanna en *tu* [38] cama y la mami estaba dormida... no, la cigüeña la puso en la cama *de ella.* Ya era todo de noche, y entonces la cigüeña sin hacer ruido la puso en la cama, sin patalear, y después se puso el sombrero, y después volvió a irse. No, sombrero no tenía».

Yo: «¿Quién se puso el sombrero? ¿El doctor, quizá?».

Hans: «Después la cigüeña se alejó {*weggehen*}, se fue a casa y después llamó por teléfono y toda la gente de la casa ya no durmió más. Pero no se lo cuentes a mami ni a Tinni» (la cocinera). «¡Es un secreto!».

Yo: «¿La quieres a Hanna?».

Hans: «Oh, sí, la quiero mucho».

Yo: «¿Qué preferirías? ¿Que Hanna no hubiera venido al mundo o que esté en él?».

Hans: «Preferiría que ella no hubiera venido al mundo».

Yo: «¿Por qué?».

Hans: «Por lo menos no gritaría así, y yo no puedo aguantar los gritos».

[38] ¡Una ironía, naturalmente! Lo mismo que el posterior ruego de no revelar a la mamá nada del secreto.

Yo: «Tú también gritas».
Hans: «Hanna grita también».
Yo: «¿Por qué no puedes aguantarlo?».
Hans: «Porque grita muy fuerte».
Yo: «Pero si ella no grita».
Hans: «Si uno le pega en la cola desnuda, ella grita».
Yo: «¿Le has pegado alguna vez?».
Hans: «Cuando mami le pega en la cola, ella grita».
Yo: «¿Y eso no te gusta?».
Hans: «No... ¿Por qué? Porque hace semejante barullo con los gritos».
Yo: «Si preferirías que no estuviera en el mundo es porque no la quieres».
Hans: «Hum, hum» (asintiendo).
Yo: «Por eso has pensado, cuando la mami la baña: "Ojalá saque las manos", y entonces ella se caería adentro del agua...».
Hans (completando): «... y se moriría».
Yo: «Y así te quedarías solo con mami. Y un muchacho bueno no desea eso».
Hans: «*Pero tiene permitido pensarlo*».
Yo: «Pero eso no está bien».
Hans: «*Pero si él lo piensa, es bueno escribírselo al profesor*».[39]
Más tarde le digo: «¿Sabes? Cuando Hanna sea más grande y pueda hablar, ya la querrás más».
Hans: «Oh, no. Yo la quiero ya. En el otoño, cuando sea más grande, yo iré con ella, solo, al parque y le explicaré todo».
Cuando quiero iniciar un ulterior esclarecimiento, él me interrumpe, probablemente para explicarme que no es una cosa tan mala que él desee la muerte de Hanna.
Hans: «Escucha, hace ya mucho que ella estaba en el mundo, aun cuando todavía no estaba ahí. Claro: con la cigüeña ya estaba en el mundo».
Yo: «No, con la cigüeña quizá no estaba todavía».
Hans: «¿Pero quién la ha traído? Ha sido la cigüeña quien la trajo».
Yo: «¿Y de dónde la ha traído?».
Hans: «Pues de ella misma».
Yo: «¿Y dónde la ha tenido?».
Hans: «En la cesta, en la *cesta de cigüeña*».
Yo: «¿Y cómo es esa cesta?».

39 ¡Bravo, pequeño Hans! No desearía para los adultos un entendimiento mejor del psicoanálisis.

Hans: «Roja. Pintada de rojo». (¿Sangre?)

Yo: «¿Quién te lo ha dicho?».

Hans: «Mami... yo me lo he pensado... está en el libro».

Yo: «¿En qué libro?».

Hans: «En el libro ilustrado». (Hago que me traiga su primer libro ilustrado. En él hay impreso un nido con cigüeñas sobre una chimenea roja. Esa es entonces la cesta; curiosamente, en la misma página se ve un caballo al que están herrando.[40] En la cesta sitúa Hans a los niños que no encuentra en el nido.)

Yo: «¿Y qué ha hecho entonces la cigüeña con ella?».

Hans: «Después ha traído a Hanna. En el pico. ¿Sabes? La cigüeña que está en Schönbrunn, la que picoteó la sombrilla». (Reminiscencia de un pequeño episodio en Schönbrunn.)

Yo: «¿Has visto cómo la cigüeña trajo a Hanna?».

Hans: «Escucha, yo estaba dormido todavía. A la mañana temprano ninguna cigüeña puede traer a una nenita o a un nenito».

Yo: «¿Por qué?».

Hans: «No puede hacerlo. Ninguna cigüeña puede hacerlo. ¿Sabes por qué? Para que la gente no vea, y de pronto, cuando amanece, hay una nenita ahí».[41]

Yo: «Sin embargo, ¿sentiste curiosidad en aquel momento por saber cómo la cigüeña hizo eso?».

Hans: «¡Oh, sí!».

Yo: «¿Qué aspecto tenía Hanna cuando vino?».

Hans (falsamente): «Toda blanca y linda. Como de oro».

Yo: «Pero la primera vez que la viste no te gustó».

Hans: «¡Oh, me gustó mucho!».

Yo: «¿Pero te sorprendió que fuera tan chiquita?».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «¿Cómo era de chiquita?».

Hans: «Como una cigüeñita».

Yo: «¿Y como qué más? ¿Tal vez como un *Lumpf*?».

[40] [Teniendo en cuenta lo que sigue, tal vez convenga destacar que la palabra alemana para «herrar» («*beschlagen*») sólo difiere en una letra de la que corresponde a «pegar» («*geschlagen*»).]

[41] No hay que censurar la inconsecuencia de Hans. En la plática anterior ha salido a la luz desde su inconciente la incredulidad en la cigüeña, que se enlaza con su encono al padre por guardarle secretos. Ahora está más tranquilo y responde con pensamientos oficiales, en los que él se ha arreglado unas explicaciones para las múltiples dificultades conectadas con la hipótesis de la cigüeña.

Hans: «Oh, no; un *Lumpf* es mucho más grande... un poquito más chico, es como Hanna realmente».

Yo le había anticipado al padre que la fobia del pequeño se reconduciría a los pensamientos y deseos ocasionados por el nacimiento de la hermanita, pero había omitido alertarlo sobre que un hijo es un «*Lumpf*» para la teoría sexual infantil, de suerte que Hans habría de pasar por el complejo excremental. De este descuido mío se engendraron las eventuales oscuridades de la cura. Ahora, consumada la aclaración, el padre intenta escuchar a Hans por segunda vez sobre este punto importante.

Al día siguiente me hago repetir la historia que me contó ayer. Hans relata: «Hanna ha viajado a Gmunden en la cesta grande, y mami en el compartimiento del tren, y Hanna ha viajado en el vagón de carga con la cesta, y después, cuando estábamos en Gmunden, yo y mami hemos alzado a Hanna para bajarla, la hemos puesto sobre el caballo. El cochero estaba en el pescante y Hanna tenía la fusta anterior» (del año pasado) «y fustigaba al caballo y todo el tiempo decía "¡Júoo!", y todo el tiempo eso era divertido, y también el cochero fustigaba. — El cochero no fustigaba porque Hanna tenía el látigo. — El cochero tenía las riendas —también las riendas las tenía Hanna—.» (Todas las veces hemos viajado en un carruaje de la estación a la casa; Hans busca aquí armonizar realidad y fantasía.) «En Gmunden hemos alzado a Hanna para bajarla, y ella ha subido sola las escaleras». (Cuando Hanna estuvo en Gmunden el año pasado, tenía 8 meses de edad. Un año antes, época a la cual evidentemente se refiere la fantasía de Hans, a la llegada a Gmunden habían trascurrido cinco meses de embarazo.)

Yo: «El año pasado Hanna ya estaba».

Hans: «El año pasado viajó en el carruaje, pero un año antes, cuando estaba en el mundo con nosotros...».

Yo: «¿Ya estaba con nosotros?».

Hans: «Sí, tú siempre venías a viajar conmigo en bote, y Anna te servía».

Yo: «Pero no el año anterior, pues entonces Hanna todavía no estaba en el mundo».

Hans: «*Sí, ella estaba en el mundo.* La vez que viajó en la cesta ya podía correr, ya podía decir "Anna". (Esto último puede hacerlo sólo desde hace cuatro meses.)

Yo: «Pero si por entonces todavía no estaba con nosotros».

Hans: «¡Oh, claro!, ella estaba sin embargo con la cigüeña».

Yo: «¿Qué edad tiene pues Hanna?».

Hans: «En el otoño tendrá 2 años. Pero Hanna ya estaba, tú lo sabes bien».

Yo: «¿Y cuándo estuvo con la cigüeña en la cesta de cigüeña?».

Hans: «Hace ya mucho, antes que viajara en la cesta. Hace ya mucho tiempo».

Yo: «¿Cuánto hace que Hanna puede caminar? Cuando estaba en Gmunden no podía hacerlo aún».

Hans: «El año pasado no, otras veces ya sí».

Yo: «Sin embargo, Hanna estuvo sólo una vez en Gmunden».

Hans: «¡No! Estuvo dos veces; sí, eso es cierto. Me acuerdo muy bien. Pregúntale a mami, te lo dirá sin duda».

Yo: «Pero eso no es verdad».

Hans: «Sí, eso es verdad. *La primera vez que estuvo en Gmunden podía caminar y cabalgar, y después hubo que llevarla en brazos.* — No, fue después cuando cabalgó y el año anterior hubo que llevarla en brazos».

Yo: «Sin embargo, hace muy poco tiempo que camina. En Gmunden no podía caminar».

Hans: «Sí, anótalo simplemente. Yo me acuerdo muy bien. — ¿De qué te ríes?».

Yo: «De lo farsante que eres, pues sabes muy bien que Hanna estuvo una vez sola en Gmunden».

Hans: «No, eso no es verdad. La primera vez montó en el caballo... y la segunda vez...» (se vuelve manifiestamente inseguro).

Yo: «¿No sería mami el caballo?».

Hans: «No, un caballo de verdad, en el cabriolé de un caballo».

Yo: «Pero si siempre hemos viajado en carruaje de dos caballos».

Hans: «Bueno, entonces era un coche de plaza».

Yo: «¿Qué ha comido Hanna en la cesta?».

Hans: «Le pusieron dentro pan y manteca y arenques y rábanos» (una cena de Gmunden), «y mientras Hanna viajaba se ha untado el pan con manteca y ha comido cincuenta veces».

Yo: «¿No ha gritado Hanna?».

Hans: «¡No!».

Yo: «¿Qué ha hecho entonces?».

Hans: «Ha comido ahí dentro, toda tranquila».

Yo: «¿No anduvo a los tumbos?».

Hans: «No, ha comido todo el tiempo, y ni siquiera se ha movido de su lugar. Bebió dos grandes tazas de café. — A la mañana temprano todo quedó acabado y dejó las sobras en la cesta, las hojas de los dos rábanos y un cuchillo para cortar los rábanos; lo limpió todo como una liebre, un minuto y ya había acabado. Fue una corrida. Yo y Hanna incluso he acompañado el viaje {*mitfahren*} dentro de la cesta, he dormido en la cesta toda la noche» (dos años atrás, en efecto, viajamos a Gmunden de noche) «y mami ha viajado en el compartimiento del tren. Todo el tiempo hemos comido también en el carruaje, eso era una fiesta. — Ella no ha montado en el caballo» (ahora se ha vuelto inseguro porque sabe que ocupamos un carruaje de dos caballos) «...ella se ha sentado en el carruaje. Esto es lo verdadero, pero yo y Hanna hemos viajado solos... mami ha montado en el caballo, Karolin» (nuestra muchacha del año pasado) «en el otro... Escucha, esto que te cuento ni siquiera es verdad».

Yo: «¿Qué no es verdad?».

Hans: «Todo eso. Escucha, la pondremos a ella y a mí en la cesta [42] y yo haré pipí dentro de la cesta. Haré pipí en los calzones, no me importa nada, eso no es una chanchada. Escucha, pero si no es una broma, pero es divertido».

Luego cuenta la historia de la venida de la cigüeña, como ayer, salvo que, al salir, ella no se ha puesto el sombrero.

Yo: «¿Dónde tenía la cigüeña la llave de la puerta?».

Hans: «En el bolsillo».

Yo: «¿Y dónde tiene la cigüeña un bolsillo?».

Hans: «En el pico».

Yo: «¡En el pico! Nunca he visto a una cigüeña que tuviera una llave en el pico».

Hans: «¿Cómo pudo entrar entonces? ¿Cómo pasó entonces la cigüeña por la puerta? Eso no es verdad, me equivoqué; la cigüeña llamó y alguien le abrió».

Yo: «¿Y cómo llama la cigüeña?».

Hans: «Tocando el timbre».

Yo: «¿Cómo lo hace?».

42 La cesta para el equipaje de Gmunden, que está en el vestíbulo. [Nota del padre.]

Hans: «Toma el pico y aprieta con el pico».

Yo: «¿Y ha vuelto a cerrar la puerta?».

Hans: «No, una sirvienta la cerró. Ella ya estaba levantada, le ha abierto y cerrado a la cigüeña».

Yo: «¿Dónde tiene la cigüeña su casa?».

Hans: «¿Dónde? En la cesta donde tiene a las nenitas. Quizás en Schönbrunn».

Yo: «No he visto ninguna cesta en Schönbrunn».

Hans: «Estará más lejos. — ¿Sabes cómo la cigüeña abre la cesta? Toma el pico —la cesta también tiene una llave—, toma el pico y deja caer uno» (una mitad del pico) «y abre así» (me lo demuestra con la cerradura del escritorio). «Hay también una manija».

Yo: «¿Una nenita no es muy pesada para ella?».

Hans: «¡Oh, no!».

Yo: «Escucha, ¿una diligencia no se parece a una cesta de cigüeña?».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «¿Y un carro mudancero?».

Hans: «Un carro de granuja» (granuja: invectiva para niños malcriados) «también».

17 de abril. Ayer Hans puso en práctica lo que planeaba desde hacía tiempo, y cruzó hasta el patio. Hoy no quiso hacerlo porque justamente a la altura del portón de entrada estaba estacionado un carro junto a la rampa de descarga. Me dijo: «Cuando un carro está estacionado ahí, tengo miedo de que *yo embrome a los caballos* y ellos se tumben y hagan barullo con las patas».

Yo: «¿Y cómo embroma uno a los caballos?».

Hans: «Cuando uno echa pestes contra ellos, entonces uno los embroma, cuando uno les grita "¡Júoo Júoo!"».[43]

Yo: «¿Ya has embromado tú a los caballos?».

Hans: «Sí, muchas veces ya. Me da miedo hacerlo, pero eso no es verdad».

Yo: «¿Ya has embromado caballos en Gmunden?».

Hans: «¡No!».

Yo: «¿Pero te gustaría embromar caballos?».

Hans: «¡Oh, sí; me gustaría mucho!».

Yo: «¿Te gustaría fustigarlos?».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «¿Te gustaría pegarles a los caballos como mami le pega a Hanna? Eso también te gusta».

[43] A menudo le ha dado gran miedo cuando los cocheros pegan a los caballos y les gritan «¡Júoo!». [Nota del padre.]

Hans: «A los caballos no les hace nada cuando uno les pega». (Es lo que yo le había dicho una vez para morigerar su miedo cuando fustigaban caballos.) «Una vez lo hice realmente. Una vez tuve el látigo y azoté al caballo y el caballo se tumbó e hizo barullo con las patas».
Yo: «¿Cuándo?».
Hans: «En Gmunden».
Yo: «¿Un caballo real? ¿Estaba uncido al carruaje?».
Hans: «Estaba fuera del carruaje».
Yo: «¿Dónde fue, pues?».
Hans: «Yo lo he sujetado para que no saliera trotando {*davonrennen*}». (Desde luego, todo esto suena inverosímil.)
Yo: «¿Dónde fue eso?».
Hans: «Junto al aljibe».
Yo: «¿Quién te lo permitió? ¿El cochero lo dejó ahí parado {*stehen*}?».
Hans: «Era un caballo del establo».
Yo: «¿Y cómo llegó hasta el aljibe?».
Hans: «Yo lo conduje».
Yo: «¿Desde dónde? ¿Desde el establo?».
Hans: «Yo lo conduje afuera porque lo quería azotar».
Yo: «¿No había nadie en el establo?».
Hans: «Oh, sí; estaba Loisl» (se refiere al cochero de Gmunden).
Yo: «¿Y él te lo ha permitido?».
Hans: «Se lo pedí, le dije que me gustaría, y él dijo que tenía permiso para hacerlo».
Yo: «¿Qué le dijiste?».
Hans: «Si tenía permiso para tomar el caballo y azotarlo y gritarle. El ha dicho "Sí"».
Yo: «¿Y lo has azotado mucho?».
Hans: «*Lo que te acabo de contar no es verdad*».
Yo: «De ello, ¿qué es verdad?».
Hans: «Nada de eso es verdad, sólo te lo he contado en broma».
Yo: «¿Nunca has conducido un caballo fuera del establo?».
Hans: «¡Oh, no!».
Yo: «Pero lo has deseado».
Hans: «Oh, deseado sí, me lo he pensado».
Yo: «¿En Gmunden?».
Hans: «No, sólo aquí. A la mañana temprano ya me lo he pensado, cuando estaba todo vestido; no, a la mañana temprano en la cama».
Yo: «¿Por qué nunca me lo contaste?».

Hans: «No se me pasó por la cabeza».

Yo: «Se te ha ocurrido porque lo has visto en las calles».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «En verdad, ¿a quién te gustaría más pegarle: a mami, a Hanna o a mí?».

Hans: «A mami».

Yo: «¿Por qué?».

Hans: «Me gustaría pegarle».

Yo: «¿Cuándo has visto tú que alguien le pegue a una mami?».

Hans: «Todavía no lo he visto nunca, en mi vida lo he visto».

Yo: «Y a pesar de eso te gustaría hacerlo. ¿Cómo querrías hacerlo?».

Hans: «Con el batidor de alfombras». (Con él suele amenazar pegarle la mamá.)

Por hoy fue preciso interrumpir la plática.

En la calle, Hans me manifestó que diligencias, carros mudanceros y carros carboneros eran carruajes de cesta de cigüeña.

Vale decir, pues: mujeres grávidas. El arranque sádico inmediatamente anterior no puede dejar de tener algún nexo con nuestro tema.

21 de abril. Hoy a la mañana, Hans cuenta haber pensado: «Un tren estaba en Lainz y yo he viajado con la abuela de Lainz hacia la estación Hauptzollamt. Tú aún no habías bajado del puente y el segundo tren estaba ya en St. Veit.[44] Cuando acabaste de bajar, el tren ya estaba ahí y hemos subido».

(Ayer Hans estuvo en Lainz. Para llegar al andén es preciso pasar sobre un puente. Desde el andén se ven los rieles hasta la estación de St. Veit. La cosa es un poco oscura. Parece indudable que originariamente Hans ha pensado: «El se ha ido de viaje con el primer tren, que yo he perdido; luego, de Unter St. Veit ha venido un segundo tren, con el que yo he viajado detrás {*nachfahren*}». Ha desfigurado una pieza de esta fantasía de fugitivo, de suerte que al fin dice: «Ambos hemos partido de viaje {*wegfahren*} sólo con el segundo tren».

[44] [La estación Unter St. Veit es, alejándose de Viena, la siguiente a Lainz. Debido a la rectitud del trayecto, un viajero que espera en el andén de Lainz el tren para Viena puede verlo aproximarse aun antes que arribe a Unter St. Veit.]

Esta fantasía se relaciona con la última no interpretada [pág. 55], aquella en que empleamos demasiado tiempo para ponernos la ropa en la estación, y el tren parte.)

A la siesta, frente a la casa. Hans se mete de pronto en ella cuando se acerca un carruaje de dos caballos, en el que yo no logro descubrir nada extraordinario. Le pregunto qué le pasa. Dice: «Como los caballos son tan arrogantes, tuve miedo de que se tumbaran». (El cochero los llevaba con la rienda corta, de suerte que avanzaban con pasos cortos levantando la cabeza: realmente tenían una marcha arrogante.)

Le pregunto quién, en verdad, es tan arrogante.

El: «Tú, cuando yo voy a la cama de mami».

Yo: «¿Deseas, entonces, que yo me tumbe?».

El: «Sí, que despojado» (quiere decir descalzo, como Fritzl en su momento) «tropieces con una piedra y te salga sangre y por lo menos yo pueda estar un poquito solo con mami. Cuando subas a casa, podré alejarme rápido de al lado de mami para que tú no me veas».

Yo: «¿Puedes recordar quién tropezó con la piedra?».

El: «Sí, Fritzl».

Yo: «Cuando Fritzl se cayó, ¿qué pensaste?».[45]

El: «Que ojalá volaras por el aire tú con la piedra».

Yo: «¿Te gustaría mucho entonces quedarte con mami?».

El: «¡Sí!».

Yo: «En verdad, ¿por qué echo pestes yo?».

El: «No lo sé». (!!)

Yo: «¿Por qué?».

El: «Porque estás celoso».

Yo: «¡Eso no es verdad!».

El: «Sí, es verdad, estás celoso, lo sé. Eso tiene que ser verdad».

Infiero que no lo ha impresionado mucho mi explicación de que sólo los niños muy pequeños van a la cama de la mamá, mientras que los grandes duermen en su propia cama.

Conjeturo que el deseo de «embromar» al caballo, vale decir, pegarle, gritarle, no se dirige a la mamá, como él indicó, sino a mí. Sin duda sólo sacó a relucir a la mamá porque no quería confesarme lo otro. En los últimos días me demuestra particular ternura.

[45] Entonces, Fritzl de hecho se ha caído, cosa que él desmintió en su momento [pág. 50].

Con la superioridad que uno tan fácilmente adquiere «con efecto retardado» {«*nachträglich*»}, corregiremos al padre: el deseo de Hans de «embromar» al caballo es de articulación doble, está compuesto por una concupiscencia oscura, sádica, sobre la madre, y un claro esfuerzo de venganza contra el padre. Este último no podía ser reproducido antes que, dentro de la trama del complejo de gravidez, la concupiscencia no apareciera primero en su serie. En efecto, en la formación de la fobia desde los pensamientos inconcientes sobreviene una condensación; por eso el camino del análisis nunca puede repetir la vía de desarrollo de la neurosis.

> 22 de abril. Hoy a la mañana Hans ha vuelto a pensar algo: «Un muchacho de la calle ha viajado en el carrito y el guarda ha venido y ha desvestido al muchacho hasta dejarlo todo desnudo y lo abandonó ahí hasta la mañana, y a la mañana el muchacho dio 50.000 florines al guarda para que le permitiera viajar en el carrito».
>
> (Enfrente de nuestra casa corre el ferrocarril del Norte. Sobre una vía de maniobras hay estacionada una zorra, en la cual una vez Hans vio viajar a un muchacho de la calle, cosa que él también quiso hacer. Le dije que no estaba permitido, pues vendría el guarda. Un segundo elemento de la fantasía es el deseo reprimido de desnudez.)

Ya desde hace algún tiempo notamos que la fantasía de Hans crea «bajo el signo del tráfico {*Verkehr*}» y consecuentemente avanza desde el caballo, que tira del carro, hasta el ferrocarril. Así, con el tiempo, a toda fobia a andar por la calle se le asocia la angustia al ferrocarril.[46]

> A mediodía me entero de que *Hans ha jugado toda la mañana con una muñeca de goma a la que llamó Grete.* [Cf. pág. 28.] *Por la abertura en que alguna vez estuvo fijado el pito de latón ha introducido un pequeño cortaplumas, y luego le abrió las piernas a la muñeca para hacer que el cortaplumas cayera. Dijo a la niñera, señalándole entre las piernas de la muñeca: «Mira, aquí está el hace-pipí».*
>
> *Yo:* «En verdad, ¿a qué has jugado hoy con la muñeca?».
>
> *El:* «Le he separado las piernas, ¿sabes por qué? Por-

[46] [Esta característica de las fobias se examina *infra*, pág. 101.]

que ahí dentro había un cuchillito que mami tenía. Se lo he metido adentro donde chilla el botón[47] y luego le he separado las piernas y de ahí ha salido».

Yo: «¿Por qué le has separado las piernas? ¿Para poder ver el hace-pipí?».

El: «Estaba ahí primero, también he podido verlo».

Yo: «¿Por qué le has metido el cuchillo?».

El: «No sé».

Yo: «¿Cómo es ese cuchillito?».

Me lo trae.

Yo: «¿Acaso has pensado que es un niño pequeño?».

El: «No, no me he pensado nada, pero la cigüeña, me parece, se ha conseguido una vez un niño pequeño... o alguien».

Yo: «¿Cuándo?».

El: «Una vez. Lo he escuchado, o no lo he escuchado nada, ¿o me he equivocado al decirlo?».

Yo: «¿Qué significa equivocarse al decirlo?».

El: «Que no es verdad».

Yo: «Todo lo que uno dice es un poquito verdadero».

El: «Bueno, un poquitito».

Yo (después de una transición): «¿Cómo te has pensado que vienen los pollos al mundo?».

El: «Pues es la cigüeña quien los hace crecer, la cigüeña hace crecer los pollos... no, el buen Dios».

Le explico que los pollos ponen huevos y de los huevos salen a su vez pollos.

Hans ríe.

Yo: «¿Por qué ríes?».

El: «Porque me agrada lo que me cuentas».

Dice haber visto ya eso.

Yo: «¿Dónde, pues?».

Hans: «¡En ti!».

Yo: «¿Dónde he puesto yo un huevo?».

Hans: «En Gmunden, en la hierba has puesto tú un huevo y de pronto ha saltado fuera un pollo. Una vez has puesto un huevo, yo lo sé, lo sé terminantemente. Porque mami me lo ha dicho».

Yo: «Le preguntaré a mami si eso es verdad».

Hans: «Eso no es verdad, pero *yo* he puesto una vez un huevo, de ahí ha saltado fuera un pollo».

[47] [«*Der Knopf*»: así en la primera edición; en todas las posteriores, «*der Kopf*» («la cabeza»). Esto último es casi con seguridad un error; cf. *infra*, pág. 105, donde se dice que el agujero está «en el cuerpo».]

Yo: «¿Dónde?».

Hans: «En Gmunden me he acostado en la hierba, no, me he arrodillado, y entonces los niños no espiaban y de pronto a la mañana temprano yo he dicho: "¡Busquen, niños, ayer he puesto un huevo!". Y de pronto han mirado y de pronto han visto un huevo y del huevo ha salido un pequeño Hans. ¿De qué te ríes? Mami no lo sabe y Karolin no lo sabe porque nadie ha mirado y de pronto yo he puesto un huevo y de pronto estaba eso ahí. De verdad. Papi, ¿cuándo crece un pollo desde el huevo? ¿Cuando uno lo deja estar? ¿Hay que comerlo?».

Le aclaro eso.

Hans: «Bueno, dejémoslo con la gallina, entonces crece un pollo. Empaquémoslo en la cesta y hagámoslo viajar a Gmunden».

Con un golpe audaz, Hans se ha apropiado de la conducción del análisis, pues los padres vacilaban en darle los esclarecimientos que eran procedentes desde hacía mucho tiempo; y en una brillante acción sintomática comunica: «*Vean ustedes, así me represento yo un nacimiento*». Lo que él dijo a la sirvienta acerca del sentido de su juego con la muñeca no era sincero; frente al padre, rechaza directamente que sólo quisiera ver el hace-pipí. Después que el padre le hubo relatado, por así decir como un pago a cuenta, la génesis de los pollos a partir del huevo, su insatisfacción, su desconfianza y su mejor saber se aúnan en una soberbia parodia que en sus últimas palabras se eleva a clara alusión al nacimiento de la hermanita.

Yo: «¿A qué jugaste con la muñeca?».

Hans: «Le he dicho Grete».

Yo: «¿Por qué?».

Hans: «Porque le he dicho Grete».

Yo: «¿Cómo jugaste con ella?».

Hans: «La he cuidado como a un niño de verdad».

Yo: «¿Te gustaría tener una nenita?».

Hans: «Oh, sí. ¿Por qué no? Me gustaría conseguir una, pero mami no debe conseguir ninguna; eso no me gustaría».

(Ya ha expresado esto a menudo. Teme que un tercer niño lo relegue todavía más.)

Yo: «Sólo una señora puede tener un hijo».

Hans: «Yo consigo una nenita».

Yo: «¿Y de dónde la consigues?».

Hans: «Bueno, de la cigüeña. *Ella saca la nenita,* y la nenita pone de pronto un huevo y del huevo sale todavía una Hanna, todavía una Hanna. De Hanna viene todavía una Hanna. No, sale *una* Hanna».

Yo: «¿Te gustaría tener una nena?».

Hans: «*Sí, el año que viene me consigo una,* también se llamará Hanna».

Yo: «¿Por qué mami no debe tener ninguna nena?».

Hans: «Porque quiero tener una nena yo».

Yo: «Pero tú no puedes tener ninguna nena».

Hans: «Oh, sí; un varón consigue una nena, y una nena consigue un varón».[48]

Yo: «Un varón no tiene hijos. Hijos los tienen sólo las señoras, las mamis».

Hans: «¿Y por qué yo no?».

Yo: «Porque el buen Dios ha dispuesto así las cosas».

Hans: «¿Por qué tú no te consigues una? Oh, sí; ya te la conseguirás, sólo tienes que esperar».

Yo: «Mucho tiempo tendré que esperar».

Hans: «Pero yo te pertenezco a ti».

Yo: «Pero mami te ha traído al mundo. Perteneces entonces a mami y a mí».

Hans: «¿Pertenece Hanna a mí o a mami?».

Yo: «A mami».

Hans: «No, a mí. *¿Y por qué no a mí y a mami?*».

Yo: «Hanna pertenece a mí, a mami y a ti».

Hans: «¡Bueno, así!».

Desde luego, al niño le faltará una pieza esencial para entender las relaciones sexuales mientras el genital femenino no sea descubierto.

El 24 de abril, Hans es esclarecido por mi mujer y por mí; le decimos que los hijos crecen en la mami y luego son traídos al mundo por medio de una presión, como un «*Lumpf*», lo cual depara grandes dolores. A la tarde, estamos frente a la casa. Le ha sobrevenido un visible alivio, corre tras los carruajes, y lo único que denuncia el resto de su angustia es la circunstancia de que no se atreve a ir más allá de las cercanías de la puerta de calle, vale decir, de que no puede movérselo a paseos más extensos.

El 25 de abril, Hans me hunde su cabeza en el vientre,

[48] Otro fragmento de teoría sexual infantil que posee insospechado sentido.

cosa que ya había hecho una vez [pág. 37]. Le pregunto si es un chivo. Dice: «Sí, un *Wieder*».* Le pregunto dónde ha visto él un carnero.

El: «En Gmunden: Fritzl tenía uno». (Fritzl tenía una cordera viva para jugar.)

Yo: «Tienes que contarme sobre el corderito; ¿qué hacía?».

Hans: «Sabes, la señorita Mizzi» (una maestra que vivía en la casa) «siempre sentaba a Hanna sobre el corderito, pero él no se podía parar, y entonces no podía topar. Cuando uno se acerca, ya topa porque tiene cuernos. Fritzl lo lleva por el cordel y lo ata a un árbol. Siempre lo ata a un árbol».

Yo: «¿Te topó el corderito?».

Hans: «Ha saltado sobre mí, Fritzl me ha entregado una vez... yo una vez me he acercado y no sabía, y de pronto él ha saltado sobre mí. Fue muy divertido. — No me asusté».

Por cierto que eso no es verdad.

Yo: «¿Quieres a papi?».

Hans: «Oh, sí».

Yo: «¿Quizá también no?».

Hans juega con un caballito. En ese momento el caballito se tumba. El grita: «¡El caballito se ha tumbado! ¿Ves cómo hace barullo?».

Yo: «Una cosa te enoja en papi: que mami lo quiera».

Hans: «No».

Yo: «¿Entonces por qué lloras siempre que mami me da un beso? Porque estás celoso».

Hans: «Bueno, sí».

Yo: «¿Qué te gustaría hacer si fueras el papi?».

Hans: «¿Y tú Hans? — Me gustaría llevarte todos los domingos a Lainz, no, todos los días. Si yo fuera el papi, sería muy bueno».

Yo: «¿Qué te gustaría hacer con mami?».

Hans: «También la llevaría conmigo a Lainz».

Yo: «¿Y qué otra cosa?».

Hans: «Nada».

Yo: «¿Por qué estás, pues, celoso?».

Hans: «No lo sé».

Yo: «¿También en Gmunden estabas celoso?».

Hans: «En Gmunden no». (Esto no es verdad.) «En Gmunden yo tenía mis cosas, una huerta tenía en Gmunden, y también niños».

* {Por «*Widder*», «carnero»; «*Wieder*» significa «de nuevo».}

Yo: «¿Puedes recordar cómo tuvo la vaca al ternero?».

Hans: «Oh, sí. Vino con un carro» (sin duda, lo que se le dijo en ese momento en Gmunden; por otra parte, un golpe contra la teoría de la cigüeña) «y otra vaca lo exprimió del trasero». (Esto es ya el fruto del esclarecimiento, que él quiere armonizar con la «teoría del carrito».)

Yo: «No es verdad que haya venido con un carrito; ha salido de la vaca que estaba en el establo».

Hans cuestiona esto, dice que ha visto el carro a la mañana temprano. Le hago notar que probablemente se lo contaron, alguien le dijo que el ternero vino en el carro. Al final lo concede: «Es probable que me lo haya dicho Berta o no... o quizás el dueño de la casa. El estaba ahí y todavía era de noche, por eso es cierto como yo te lo he dicho, o me parece que nadie me lo ha dicho, me lo pensé a la noche».

Si no me equivoco, al ternero se lo llevaron en carro; de ahí la confusión.

Yo: «¿Por qué no te pensaste que lo trajo la cigüeña?».

Hans: «Pues no me lo he pensado».

Yo: «¿Pero sí te pensaste que la cigüeña ha traído a Hanna?».

Hans: «A la mañana temprano» (del día del parto) «me he pensado eso. — Escucha, papi, ¿estaba el señor Reisenbichler» (el propietario) «presente cuando el ternero salió de la vaca?».[49]

Yo: «No sé, ¿lo crees tú?».

Hans: «Sí lo creo... Papi, ¿has visto ya muchas veces cómo un caballo tiene algo negro en la boca?».

Yo: «Lo he visto a menudo por la calle en Gmunden.[50] — ¿En Gmunden estabas a menudo en la cama con mami?».

Hans: «Sí».

Yo: «¿Y entonces te has pensado que eras el papi?».

Hans: «Sí».

Yo: «¿Y entonces le has tenido miedo a papi?».

Hans: «*Tú sabes todo, yo no he sabido nada*».

Yo: «Cuando Fritzl se cayó te has pensado que ojalá papi se cayera así, y cuando el corderito te ha topado,

[49] Hans, quien tiene razones para desconfiar de las comunicaciones de los adultos, sopesa aquí si el propietario es más fidedigno que el padre.

[50] He aquí el nexo: Durante mucho tiempo el padre no quiso creerle eso sobre lo negro en la boca de los caballos, hasta que al fin se verificó [cf. pág. 58].

que ojalá topara a papi. ¿Te acuerdas del entierro en Gmunden?». (El primer entierro que Hans vio. A menudo se acuerda de ello, sin duda alguna un recuerdo encubridor.)

Hans: «Sí. ¿Qué había con ello?».

Yo: «Que ahí te has pensado que ojalá el papi muriera, entonces tú serías el papi».

Hans: «Sí».

Yo: «En verdad, ¿a qué carruajes sigues teniéndoles miedo?».

Hans: «A todos».

Yo: «Eso no es verdad».

Hans: «A coches de plaza, los de un solo caballo no. A diligencias, a carros de carga, pero sólo cuando van cargados, pero si están vacíos no. Cuando es un caballo y va todo cargado, yo tengo miedo, y cuando son dos caballos y van todos cargados, yo no tengo miedo».

Yo: «¿A las diligencias les tienes miedo porque hay tanta gente adentro?».

Hans: «Porque llevan mucho equipaje en el techo».

Yo: «Y mami, cuando tuvo a Hanna, ¿no ha estado también toda cargada?».

Hans: «Mami volverá a estar toda cargada cuando vuelva a tener uno, hasta que vuelva a crecerle uno, hasta que de nuevo uno esté ahí adentro».

Yo: «Eso te gustaría».

Hans: «Sí».

Yo: «Has dicho que no quieres que mami tenga otro hijo».

Hans: «Así no estará más cargada. Mami ha dicho que si mami no quiere ninguno, tampoco lo quiere el buen Dios. Si mami entonces no quiere ninguno, no tendrá ninguno». (Desde luego, Hans ha preguntado ayer si en mami hay todavía hijos. Le he dicho que no, si el buen Dios no quiere tampoco le crecerán.)

Hans: «Pero mami me ha dicho que ninguno más le crecerá si *ella* no quiere, y tú dices que si *el buen Dios* no quiere».

Le dije entonces que es como yo se lo he dicho, sobre lo cual observó: «¿Tú estabas presente? Sin duda lo sabes mejor». Así ponía en tela de juicio a la mamá, y ella restableció la concordancia manifestándole que si ella no quería, tampoco lo quería el buen Dios.[51]

[51] «*Ce que femme veut Dieu veut*». Con su perspicacia, Hans ha descubierto, otra vez, un problema muy serio. [Todo el pasaje que co-

Yo: «Me parece, tú sin embargo deseas que mami tenga un hijo».

Hans: «Pero yo no lo tendré».

Yo: «¿Pero lo deseas?».

Hans: «Desearlo, sí».

Yo: «¿Sabes por qué lo deseas? Porque te gustaría ser el papi».

Hans: «Sí... ¿Cómo es la historia?».

Yo: «¿Qué historia?».

Hans: «Un papi no se consigue ningún hijo, ¿cómo es la historia entonces de que a mí me gustaría ser el papi?».

Yo: «Te gustaría ser el papi y estar casado con mami, te gustaría ser tan grande como yo y tener un bigote, y te gustaría que mami tuviera un hijo».

Hans: «Papi, y hasta que yo esté casado sólo me conseguiré uno, si yo quiero, si yo estoy casado con mami, y si no quiero ningún hijo el buen Dios tampoco lo querrá, si yo me he casado».

Yo: «¿Te gustaría estar casado con mami?».

Hans: «¡Oh, sí!».

Se nota con claridad cómo la felicidad en la fantasía se le estropea aún por la incerteza acerca del papel del padre y la duda sobre quién gobierna la obtención de los hijos.

Al anochecer de ese mismo día dice Hans, cuando lo acuestan: «Escucha, ¿sabes qué hago ahora? Ahora juego todavía hasta las 10 de la noche con Grete, que está conmigo en la cama. Siempre están mis hijos conmigo en la cama. ¿Puedes decirme cómo es eso?». Como tiene ya mucho sueño, le prometo que mañana lo escribiremos, y él se duerme.

De las notas anteriores resulta que Hans, desde su regreso de Gmunden, siempre ha fantaseado con sus «hijos» [p. ej., pág. 13], conversa con ellos, etc.[52]

mienza en «Desde luego, Hans ha preguntado...» y termina en «tampoco lo quería el buen Dios» debería ir quizás entre paréntesis, ya que es un relato de lo ocurrido el día anterior. Cuando los traductores del libro al inglés {Alix y James Strachey} consultaron a Freud sobre esto, en 1923, convino en que probablemente fuera así, pero prefirió no modificar el texto por ser una trascripción del informe del padre.]

[52] No hay ninguna necesidad de suponer aquí en Hans un rasgo femenino de añoranza por tener hijos. Puesto que él, como hijo, ha tenido arrobadoras vivencias junto a la madre, ahora repite esto en un papel activo, para lo cual no puede menos que hacer él mismo el papel de madre.

El 26 de abril le pregunto, pues, por qué habla siempre de sus hijos.

Hans: «¿Por qué? *Porque me gusta tanto tener hijos, pero nunca me lo deseo, no me gusta tenerlos*».[53]

Yo: «¿Te has imaginado siempre que Berta, Olga, etc., son tus hijos?».

Hans: «Sí, también Franzl, Fritzl y Paul» (sus compañeritos de juego en Lainz), «y Lodi». (Este es un nombre inventado: su hijo preferido, de quien habla más a menudo. — Destaco aquí que la personalidad de Lodi no existe sólo desde hace algunos días, o sea, desde la fecha del último esclarecimiento [24 de abril].)

Yo: «¿Quién es Lodi? ¿Está ella en Gmunden?».

Hans: «No».

Yo: «¿Existe una Lodi?».

Hans: «Sí, yo ya la conozco».

Yo: «¿Quién es, pues?».

Hans: «Esa de ahí, que yo tengo».

Yo: «¿Y cómo es ella?».

Hans: «¿Cómo? Ojos negros, pelo negro... la he encontrado una vez con Mariedl» (en Gmunden) «cuando he ido a la ciudad».

Cuando quiero saber algo más preciso, resulta que esto es un invento.[54]

Yo: «¿Has pensado, entonces, que tú eres la mami?».

Hans: «Yo era realmente la mami».

Yo: «¿Y qué has hecho con los hijos?».

Hans: «Los he dejado dormir junto conmigo, nenas y nenes».

Yo: «¿Todos los días?».

Hans: «Bueno, claro».

Yo: «¿Has hablado con ellos?».

Hans: «Cuando todos los niños no entraron en la cama, puse unos sobre el sofá y otros en el cochecito; como todavía sobraban, los llevé al suelo y los puse en la cesta; todavía había niños y los puse en la otra cesta».

Yo: «¿Entonces las cestas de cigüeña estaban en el suelo?».

Hans: «Sí».

[53] Esta contradicción tan llamativa es la que va de fantasía a realidad: desear y tener. Sabe que en realidad es hijo, y otros hijos no harían más que molestarlo; en la fantasía es madre y le hacen falta hijos con quienes repetir las ternuras que él ha vivenciado.

[54] No obstante, bien podría ser que Hans elevara a la condición de ideal un encuentro casual en Gmunden, ideal que por lo demás copia a la madre en el color de ojos y cabellos.

Yo: «¿Cuándo tuviste los hijos? ¿Ya estaba Hanna en el mundo?».

Hans: «Sí, desde hacía mucho tiempo».

Yo: «Pero, ¿de quién te pensaste que tenías los hijos?».

Hans: «*Bueno, de mí*».[55]

Yo: «Pero en aquella época no sabías que los hijos vienen de alguien».

Hans: «Me he pensado que la cigüeña los traía». (Evidente mentira y subterfugio.)[56]

Yo: «Ayer estaba Grete contigo, pero tú ya sabes que un varón no puede tener hijos».

Hans: «Bueno, sí, pero yo creo eso».

Yo: «¿Cómo llegaste al nombre "Lodi"? Ninguna nena se llama así. ¿Quizá "Lotti"?».

Hans: «Oh, no: Lodi. No sé, pero es un lindo nombre».

Yo (en broma): «¿Te refieres acaso a un *Schokolodi* {chocolatín}?».

Hans (replica enseguida): «No, a un Saffalodi...[57] porque me gusta mucho comer salchichas, también salame».

Yo: «Escucha, ¿un Saffalodi no se parece a un *Lumpf*?».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «¿Y qué aspecto tiene un *Lumpf*?».

Hans: «Negro. Tú lo sabes». (Señala mis cejas y mi bigote.) «Como esto y esto».

Yo: «¿Y como qué más? ¿Redondo como un Saffalodi?».

Hans: «Sí».

Yo: «Cuando estás sentado en la bacinilla y ha venido un *Lumpf*, ¿te has pensado que tenías un hijo?».

Hans (riendo): «Sí, ya en la calle X y también aquí».

Yo: «¿Sabes cómo se han tumbado los caballos de la diligencia? [Cf. págs. 43 y sigs.] El carruaje se veía como una cesta de hijos, y cuando el caballo negro se tumbó era...».

Hans (completando): «...como cuando uno tiene un hijo».

Yo: «¿Y qué te pensaste cuando el caballo hizo barullo con las patas?».

[55] Hans no puede hacer otra cosa que responder desde el punto de vista del autoerotismo.

[56] Son hijos de la fantasía, o sea, del onanismo.

[57] *Saffaladi* = salchichón ahumado. Mi mujer suele contar que su tía dice siempre «Soffilodi», y es posible que Hans la haya escuchado. [Nota del padre.]

Hans: «Bueno, cuando yo no quiero sentarme en la bacinilla y prefiero jugar, yo hago un barullo así con los pies». [Cf. pág. 46.] (Patalea.)

Por eso le interesaba tanto saber si se tienen los hijos de *buen* o *mal grado.*

Hans juega hoy de continuo a cargar y descargar cestas de equipaje, y desea como juguete una carreta con tales cestas. Enfrente, en el patio de la Aduana, le interesó sobre todo la carga y descarga de los carros. Además, se asustó con la mayor violencia cuando un carro, ya cargado, hubo de partir: «Los caballos se caerán»[58] [pág. 40]. A los portones del cobertizo de la Aduana les llamaba «agujero» (el primero, segundo, tercer... agujero). Hoy dice «agujero de trasero».

La angustia ha desaparecido casi por completo, sólo quiere permanecer en la proximidad de la casa para tener un camino de regreso si hubiera de atemorizarse. Pero ya no se refugia en la casa, permanece siempre en la calle. Como sabemos, la enfermedad empezó cuando él se volvió llorando del paseo; y cuando una segunda vez se lo constriñó a ir de paseo, llegó sólo hasta la estación Hauptzollamt del ferrocarril metropolitano, desde la cual todavía se ve nuestra vivienda. Naturalmente, a raíz del parto de la mamá él fue separado de ella, y la angustia de ahora, que le impide abandonar las proximidades de la casa, es todavía la añoranza de entonces.

30 de abril. Como Hans vuelve a jugar con sus hijos imaginarios, le digo: «¿Cómo es que todavía viven tus hijos? Ya sabes que un varón no puede tener hijos».

Hans: «Lo sé. Antes yo era la mami, *ahora soy el papi*».

Yo: «¿Y quién es la mami de los niños?».

Hans: «Bueno, mami, y tú eres el *abuelo*».

Yo: «O sea, te gustaría ser tan grande como yo, estar casado con mami, y que ella tuviera entonces hijos».

Hans: «Sí, eso me gustaría, y la de Lainz» (mi madre) «es entonces la abuela».

Todo termina bien. El pequeño Edipo ha hallado una solución más feliz que la prescrita por el destino. En lugar de eliminar a su padre, le concede la misma dicha que ansía para sí; lo designa abuelo, y también a él lo casa con su propia madre.

[58] ¿Acaso no se le llama «*niederkommen*» {«bajar de»} al acto de parir?

El 1º de mayo a mediodía, Hans acude a mí y dice: «¿Sabes una cosa? Escribámosle algo al profesor».
Yo: «¿Qué es?».
Hans: «Esta mañana he ido con todos mis hijos al inodoro. Primero he hecho *Lumpf* y pipí, y ellos han mirado. Luego los senté en el inodoro, y ellos han hecho pipí y *Lumpf* y yo les he limpiado el trasero con papel. ¿Sabes por qué? Porque me gusta mucho tener hijos, entonces me gusta hacerles todo: llevarlos al inodoro, limpiarles el trasero, todo lo que se hace con los hijos».

Tras la confesión de esta fantasía, es imposible poner en entredicho el placer que en Hans se anuda a las funciones excrementicias.

A la tarde se aventura por primera vez hasta el parque. Como es 1º de mayo, transitan menos carruajes que de ordinario, pero, de todos modos, antes su número habría bastado para intimidarlo. Está muy orgulloso de su hazaña; tras la merienda, me veo precisado a ir de nuevo con él al parque. Por el camino nos cruzamos con una diligencia, que él me enseña: «¡Mira, un carruaje de cesta de cigüeña!». Si, como está planeado, vuelve a ir conmigo mañana al parque, la enfermedad se podrá considerar curada.
El 2 de mayo por la mañana temprano acude Hans: «Escucha, me he pensado hoy una cosa». Primero la tiene olvidada, luego la cuenta en medio de considerables resistencias: «*Ha venido el instalador y con unas tenazas me ha quitado primero el trasero y después me ha dado otro, y después el hace-pipí.* El ha dicho: "Enseña el trasero", y yo he tenido que darme vuelta, y él lo ha quitado y luego ha dicho: "Enseña el hace-pipí"».

El padre aprehende el carácter de la fantasía de deseo y no duda ni un momento acerca de la única interpretación autorizada.

Yo: «El te ha dado un hace-pipí *más grande* y un trasero *más grande*».
Hans: «Sí».
Yo: «¿Como los de papi, porque te gustaría ser el papi?».
Hans: «Sí, y también me gustaría tener unos bigotes como los tuyos y ese pelo» (señala el de mi pecho).
La interpretación de la fantasía relatada hace algún

tiempo —viene el instalador y destornilla la bañera y luego le mete un taladro en la panza [pág. 55]— se rectifica de la siguiente manera: La bañera grande significa el «trasero»; el taladro o destornillador, como ya se indicó en aquel momento, es el hace-pipí.[59] Son fantasías idénticas. También se nos abre un nuevo acceso al miedo de Hans a la bañera grande, que por lo demás ya ha cedido: Le desagrada que su «trasero» sea demasiado pequeño para la bañera grande.

En los días siguientes, la madre toma repetidas veces la palabra para expresar su alegría por el restablecimiento del pequeño.

Complemento del padre, una semana después:

Estimado profesor: Querría aportar aún los siguientes complementos al historial clínico de Hans:

1. La mejoría tras el primer esclarecimiento no fue tan completa como yo acaso la presenté [pág. 26]. Es verdad que Hans salió a pasear, pero sólo constreñido y con gran angustia. Una vez fue conmigo hasta la estación Hauptzollamt, desde donde se ve todavía la vivienda, y no se pudo llevarlo más lejos.

2. Sobre «jugo de frambuesas», «fusil para disparar» [pág. 33]: Jugo de frambuesas toma Hans a raíz de la constipación. «Disparar» {«*Schiessen*»} y «cagar» {«*Scheissen*»} es una permutación de términos corriente en él.

3. Hans tenía más o menos 4 años cuando fue separado de nuestro dormitorio y se le dio una habitación propia.

4. Le queda un resto que ya no se exterioriza en miedo, sino en una pulsión normal de preguntar. Las preguntas se dirigen las más de las veces a saber con qué se construyen las cosas (tranvías, máquinas, etc.), quién

59 Quizá sea lícito apuntar que el «*Bohrer*» {«taladro»} no se ha escogido sin referencia a «*geboren*» {«nacido»}, «*Geburt*» {«nacimiento»}. Así, el niño no haría distingo entre «*gebohrt*» {«taladrado»} y «*geboren*» {«nacido»}. Acepto esta conjetura que me ha comunicado un experto colega, pero no sé decir si estamos aquí frente a un nexo universal más profundo o al mero aprovechamiento de una contingencia de la lengua alemana. También Prometeo (Pramantha), el creador del hombre, es etimológicamente el «taladrador, perforador». Cf. Abraham, *Traum und Mythus*, 1909.

las hace, etc. Lo característico es que Hans casi siempre hace la pregunta aunque él mismo ya se haya dado la respuesta. Sólo quiere certificarse. Cierta vez que me fatigó con sus preguntas y le dije: «¿Crees acaso que yo puedo responder a todo lo que me preguntas?», él repuso: «Bueno, como has sabido lo del caballo, he creído que también sabías esto».

5. Hans sólo habla históricamente de su enfermedad: «Cuando tenía la tontería».

6. El resto no solucionado es que Hans se devana los sesos para averiguar qué tiene que ver el padre con el hijo, puesto que es la madre quien lo trae al mundo. Se lo puede inferir de preguntas como: «¿No es verdad que también soy *tuyo*?». (Quiere decir, no sólo de la madre.) No tiene en claro la razón por la cual me pertenece. En cambio, no poseo ninguna prueba directa de que él, como usted opina, haya podido espiar un coito entre los padres.

7. En una exposición del caso quizás habría que llamar la atención sobre la violencia de la angustia, pues de otro modo se diría: «De haberle dado una buena paliza, seguramente habría salido de paseo».

Yo agrego, a modo de conclusión: con la última fantasía de Hans quedaba superada también la angustia proveniente del complejo de castración, la expectativa penosa daba la vuelta hacia una de dicha. En efecto, el médico [cf. pág. 9], instalador, etc., viene, quita el pene, pero sólo para dar a cambio uno más grande. Por lo demás, nuestro pequeño investigador ha hecho muy temprano la experiencia de que todo saber es un fragmento y de que en cada estadio queda un resto no solucionado.

III. Epicrisis

En tres direcciones habré de examinar esta observación sobre el desarrollo y la solución de una fobia en un varoncito que aún no había cumplido cinco años: primero, para saber si refrenda la tesis que he formulado en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*); segundo, por su eventual contribución al entendimiento de esta forma tan frecuente de enfermedad, y tercero, por ver si de ella se puede extraer algo para el esclarecimiento de la vida anímica infantil y para la crítica de nuestros propósitos educativos.

1

Mi impresión es que la imagen de la vida sexual infantil tal como surge de la observación del pequeño Hans armoniza muy bien con la pintura que he esbozado en mis *Tres ensayos de teoría sexual* según indagaciones psicoanalíticas realizadas en adultos. Pero antes de pasar al estudio circunstanciado de aquella armonía, me veo obligado a tramitar dos objeciones que se elevan contra la valorización de este análisis. La primera reza: el pequeño Hans no es un niño normal, sino, como lo enseña lo que después sucedió —a saber, que contrajo enfermedad—, un niño predispuesto a la neurosis, un pequeño «hereditario», y por eso no sería lícito trasferir a otros niños, normales, unas inferencias que quizá se le apliquen. Como esta objeción meramente restringe el valor de la observación, pero no lo cancela del todo, la trataré más adelante. [Cf. págs. 113 y sigs.] El segundo y más riguroso veto aseverará que carece de todo valor objetivo este análisis realizado por un padre prisionero de *mis* opiniones teóricas y aquejado de *mis* prejuicios. Se dirá que un niño, desde luego, es sugestionable en alto grado, y quizá más por su padre que por cualquier otra persona: se lo deja imponer todo por amor de su padre, en agradecimiento de que se ocupe tanto de él; así, sus enunciados no tendrían ninguna fuerza probatoria, y sus producciones en

materia de ocurrencias, fantasías y sueños seguirían naturalmente la orientación hacia la cual se lo ha esforzado por todos los medios. En suma, otra vez, se trataría sólo de «sugestión», con la única diferencia de que sería más fácil desenmascararla en el niño que en el adulto.

Cosa curiosa: recuerdo bien, cuando veintidós años atrás yo empecé a enzarzarme en la querella de las opiniones científicas, las burlas con que en esa época la generación más vieja de neurólogos y psiquiatras recibieron las tesis sobre la sugestión y sus efectos.[1] Desde entonces, la situación ha cambiado radicalmente; la renuencia se ha trocado en una buena voluntad demasiado solícita {*entgegenkommend*}, y ello no sólo por la influencia que en estos decenios no pudieron menos que ejercer los trabajos de Liébeault, Bernheim y sus discípulos, sino también porque entretanto se descubrió cuán grande ahorro de pensamiento aparejaba el empleo de la consigna «sugestión». Y bien, nadie sabe ni se cuida de saber qué es sugestión, a qué se debe y cuándo sobreviene; basta con que se pueda llamar «sugestión» a todo lo incómodo en lo psíquico.

Yo no comparto el punto de vista, que hoy goza de predilección, según el cual los enunciados de los niños serían por entero arbitrarios e inciertos. Arbitrariedad no la hay, absolutamente, en lo psíquico; y en cuanto a la incerteza en los enunciados infantiles, se debe al hiperpoder de su fantasía, lo mismo que la incerteza en los enunciados de los adultos deriva del hiperpoder de sus prejuicios. En lo demás, el niño no miente sin razón, y en general se inclina más que los grandes por el amor a la verdad. Se haría grave injusticia a nuestro pequeño Hans si se desestimaran en bloque sus indicaciones; antes bien, es posible distinguir con toda nitidez dónde falsea o se reserva cosas bajo la compulsión de una resistencia, dónde, indeciso él mismo, adhiere al parecer de su padre —y entonces no se lo debe considerar probatorio—, y dónde, liberado de la presión, comunica a borbotones lo que es su verdad interior y lo que hasta entonces sólo él ha sabido. Tampoco las indicaciones de los adultos ofrecen seguridades más grandes. Es lamentable que ninguna exposición de un psicoanálisis pueda reflejar las impresiones que uno recibe durante su ejecución, que el convencimiento definitivo nunca pueda agenciarse por la lectura, sino sólo por el vivenciar. Pero esta deficiencia aqueja en igual medida a los análisis de adultos.

[1] [Una observación similar hizo Freud en las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, **16**, pág. 421.]

Sus padres describen al pequeño Hans como alegre, sincero, y acaso devino así en virtud de la educación que ellos le dieron, consistente, en lo esencial, en omitir nuestros habituales pecados pedagógicos. Mientras pudo cultivar sus investigaciones, sin vislumbre alguna de los conflictos que pronto nacerían de ellas, se comunicaba sin reservas, y así las observaciones del período anterior a su fobia no están sometidas a dudas ni reparos. En la época de la enfermedad y en el curso del análisis, empiezan para él las incongruencias entre lo que dice y lo que piensa, fundadas en parte en que lo asedia un material inconciente que no sabe dominar de un golpe, y en parte debidas a que su relación con los padres lo disuade de ciertos contenidos. Asevero que me mantengo imparcial si enuncio que tampoco estas dificultades son mayores que las de tantísimos análisis de adultos.

En el curso del análisis, es verdad, es preciso decirle muchas cosas que él mismo no sabe decir; hay que instilarle pensamientos de los que nada se ha mostrado en él todavía, y es inevitable que su atención se acomode a las direcciones desde las cuales el padre espera lo que viene. Esto debilita la fuerza probatoria, pero en todo análisis se procede de ese modo. Sucede que un psicoanálisis no es una indagación científica libre de tendencia, sino una intervención terapéutica; en sí no quiere probar nada, sino sólo cambiar algo. Siempre, en el psicoanálisis, el médico da al paciente las representaciones-expectativa con cuya ayuda pueda este discernir y asir lo inconciente. Unas veces lo hará con más abundancia y otras en medida más modesta; en efecto, unos casos requieren más auxilio, y otros lo precisan menos. Sin esa ayuda nadie sale del paso. Lo que uno puede liquidar por sí solo son perturbaciones leves, nunca una neurosis que se haya contrapuesto al yo como algo ajeno; para dominar esta se necesita del otro, y en la medida en que el otro pueda ayudar, en esa misma medida es curable la neurosis. Cuando la esencia de una neurosis consiste en extrañarse del «otro», como parece ser una característica de los estados reunidos bajo el título de «*dementia praecox*», tales estados son, precisamente por eso, incurables para nuestro empeño. Ahora bien, se concederá que el niño, a causa del escaso desarrollo de sus sistemas intelectuales, requiere una asistencia de particular intensidad. Sin embargo, lo que el médico comunica al paciente proviene a su vez de experiencias analíticas, y en realidad basta, desde el punto de vista probatorio, que por medio del gasto de esta intromisión médica se alcancen el nexo y la solución del material patógeno.

No obstante, aun en el curso del análisis, nuestro peque-

ño paciente ha mostrado independencia suficiente para poder absolverlo del veredicto de «sugestión». Como todos los niños, aplica a su material sus teorías sexuales infantiles, sin recibir incitación alguna para ello. Y considérese que tales teorías son enteramente ajenas al adulto; además, en este caso yo había omitido preparar al padre anticipándole que el camino al tema del nacimiento tenía que pasar para Hans a través del complejo de excreción. Lo que a raíz de mi negligencia se convirtió en una parte oscura del análisis proporcionó luego, al menos, un buen testimonio sobre el carácter genuino y autónomo del trabajo de pensamiento en Hans. De pronto pasó a ocuparse del «*Lumpf*» [págs. 46 y sigs.] sin que el padre, supuesto sugeridor, atinara a comprender cómo había llegado ahí ni qué saldría de ello. Tampoco se le puede atribuir participación al padre en el desarrollo de las dos fantasías sobre el instalador [págs. 55 y 81], que proceden del «complejo de castración» tempranamente adquirido. Debo confesarlo: fue por interés teórico que le mantuve en secreto al padre la expectativa de este nexo, con el único fin de no menoscabar la fuerza probatoria de un documento de otro modo difícil de obtener.

Si se profundizara más en el detalle del análisis, se obtendrían nuevas y abundantes pruebas de la independencia en que nuestro Hans se mantenía respecto de la «sugestión». Pero interrumpo aquí la consideración del primer reparo. Sé que tampoco mediante este análisis he de convencer a quienes no quieren ser convencidos. Prosigo con la elaboración de este caso para aquellos lectores que ya han adquirido un convencimiento sobre la objetividad del material patógeno inconciente, pero no lo hago sin poner antes de relieve la grata certeza de que su número aumenta constantemente.

El primer rasgo imputable a la vida sexual en el pequeño Hans es un interés particularmente vivo por su «hace-pipí», como es llamado este órgano de acuerdo con una de sus dos funciones (en modo alguno la menos importante), aquella que es ineludible en la crianza de los niños. Este interés lo convierte en investigador; así descubre que basándose en la presencia o falta del hace-pipí uno puede distinguir lo vivo de lo inanimado [pág. 10]. En todo ser vivo, que él aprecia como semejante a sí, presupone esta sustantiva parte del cuerpo; la estudia en los animales grandes, la conjetura en ambos progenitores, y la estatuye en su hermana recién nacida no dejándose disuadir por lo que ve con sus ojos [pág. 12]. Decidirse a renunciar a ella en un ser semejante a él

importaría, se podría decir, una sacudida demasiado violenta de su «cosmovisión»; sería como si se la arrancaran a él mismo. Por eso, una amenaza de la madre [pág. 9], cuyo contenido era nada menos que la pérdida del hace-pipí, probablemente fue esforzada hacia atrás {*zurückdrängen*} con premura, y sólo en un período posterior podrá exteriorizar su efecto. La intromisión de la madre sobrevino porque él gustaba de procurarse sentimientos placenteros tocándose ese miembro; el pequeño ha iniciado la variedad de quehacer sexual autoerótico más corriente —y más normal—.

De un modo que Alfred Adler (1908) ha designado muy correctamente como «*entrelazamiento pulsional*», el placer en el miembro sexual propio se enlaza con el placer de ver, en sus plasmaciones activa y pasiva. El pequeño procura ver el hace-pipí de otras personas, desarrolla una curiosidad sexual, y gusta de mostrar el propio. Uno de sus sueños del primer período de la represión tiene por contenido el deseo de que una de sus amiguitas lo asista para hacer pipí, vale decir, participe de esa visión [pág. 19]. El sueño atestigua, pues, que ese deseo permanecía sin reprimir hasta entonces, así como ulteriores comunicaciones corroboran que Hans solía encontrarle satisfacción. La orientación activa del placer de ver sexual pronto se conecta en él con un motivo determinado. Cuando repetidas veces deja traslucir, tanto al padre como a la madre, su queja de no haber visto todavía nunca el hace-pipí de ellos, es probable que lo haga esforzado por la necesidad de *comparar*. El yo sigue siendo el criterio con el cual uno mide al mundo; por una comparación permanente con la persona propia se aprende a comprenderlo. Hans ha observado que los animales grandes tienen un hace-pipí tanto más grande que el suyo; por eso conjetura igual proporción también respecto de sus progenitores, y le gustaría convencerse de que así es. La mamá, opina él, tiene sin duda un hace-pipí «como el de un caballo». Y luego se apresta el consuelo de que el hace-pipí crecerá con él; es como si el deseo del niño de ser grande se volcara sobre el genital.

Por tanto, dentro de la constitución sexual del pequeño Hans, la zona genital es, entre las zonas erógenas, la teñida desde el principio con el placer más intenso. Además de esta, se atestigua en él sólo el placer excrementicio, anudado a los orificios de descarga de la orina y las heces. Si en su última fantasía de dicha, con la cual queda superada su condición de enfermo, tiene unos hijos a quienes lleva al inodoro, los hace hacer pipí y les limpia el trasero (en suma, «hace con ellos todo lo que se hace con los hijos» [pág.

81]), parece irrefutable suponer que durante su propia crianza estos mismos desempeños fueron para él una fuente de la sensación de placer. A este placer de zonas erógenas lo adquirió con asistencia de la persona que lo cuidaba, la madre, y eso conduce ya a la elección de objeto; pero sigue siendo posible que en épocas todavía anteriores tuviera el hábito de procurarse ese placer por vía autoerótica, que se incluyera entre aquellos niños que gustan de retener las excreciones hasta que su deposición pueda depararles un estímulo voluptuoso. Sólo digo que es posible, pues en el análisis no quedó en claro; el «hacer barullo con las piernas» (patalear), del que luego tenía tanto miedo, apunta en esta dirección. Pero estas fuentes de placer no poseen en él, como es tan frecuente en otros niños, una acentuación llamativa. Adquirió pronto los hábitos de limpieza: ni el mojar la cama ni la incontinencia cotidiana desempeñaron papel alguno en sus primeros años; nada se le observó de la inclinación a jugar con los excrementos, tan odiosa para el adulto y que suele reaflorar al término de los procesos psíquicos de involución.

Destaquemos, desde ahora, que en el curso de su fobia es inequívoca la represión de estos dos componentes del quehacer sexual, bien marcados en Hans. Le da vergüenza orinar delante de otros, se acusa de pasarse el dedo por el hace-pipí, se empeña en resignar también el onanismo, y le produce asco el «*Lumpf*», el «pipí» y todo cuanto los recuerde. En la fantasía de cuidar a los hijos vuelve a revocar esta última represión.

Una constitución sexual como la de nuestro pequeño Hans no parece contener la predisposición al desarrollo de perversiones o su negativo (circunscribámonos aquí a la histeria).[2] Por lo que yo tengo averiguado (realmente se impone aquí todavía la reserva), la constitución innata de los histéricos —en los perversos esto se comprende casi de suyo— se singulariza por el relegamiento de la zona genital frente a otras zonas erógenas. Una «aberración» particular debe ser excluida expresamente de esta regla. En quienes después serán homosexuales[3] hallamos la misma preponderancia infantil de la zona genital, en especial del pene. Más aún: esta elevada estimación por el miembro masculino se convierte en destino para ellos. Escogen a la mujer como objeto se-

2 [Véase el apartado sobre «Neurosis y perversión» en el primero de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, **7**, págs. 150-2.]

3 Todos los cuales, según mi expectativa y las observaciones de I. Sadger [p. ej., 1908 y 1909], recorren en la infancia una fase anfígena.

xual en su infancia mientras presuponen en ella la existencia de esta parte del cuerpo que reputan indispensable; cuando se convencen de que la mujer los ha engañado en este punto, ella se les vuelve inaceptable como objeto sexual. No pueden prescindir del pene en la persona destinada a estimularlos para el comercio sexual, y en el mejor de los casos fijan su libido en la «mujer con pene», el jovencito de femenina apariencia. Los homosexuales son, entonces, personas a quienes el significado erógeno de su genital propio les ha impedido renunciar en su objeto sexual a esta semejanza con la persona propia. En el desarrollo desde el autoerotismo al amor de objeto han permanecido fijados en un lugar más próximo al primero.[4]

Es de todo punto inadmisible distinguir una pulsión homosexual particular; lo que define a los homosexuales no es una particularidad de la vida pulsional, sino de la elección de objeto. Aquí remito a lo que he expuesto en *Tres ensayos de teoría sexual*, a saber, que erróneamente nos hemos representado demasiado íntima la unión entre pulsión y objeto en la vida sexual.[5] El homosexual, con su pulsionar —quizá normal—, nunca llega a desprenderse de un objeto singularizado por una determinada condición; en su infancia, como da por sentado que esa condición se cumple dondequiera, puede comportarse como nuestro pequeño Hans, cuya ternura no distingue entre varoncitos y nenas, y quien en una ocasión pudo declarar a su amigo Fritzl como «su nenita más querida» [pág. 16]. Hans es homosexual, como todos los niños pueden serlo, en total armonía con el hecho, que no debe perderse de vista, de que él sólo *tiene noticia de una variedad de genital*, un genital como el suyo.[6]

El ulterior desarrollo de nuestro pequeño erótico no desemboca, empero, en la homosexualidad, sino en una masculinidad enérgica, de comportamiento polígamo, que sabe conducirse de manera diversa según los cambiantes objetos femeninos: unas veces, osada, conquista, y otras se consu-

4 [La «mujer con pene» había sido mencionada ya en «Sobre las teorías sexuales infantiles» (1908*c*), *AE*, **9**, págs. 192-5. Para un resumen de la homosexualidad masculina, véase el apartado titulado «Objeto sexual de los invertidos» en el primero de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), en especial la larga nota al pie agregada allí en ediciones sucesivas de ese trabajo (*AE*, **7**, págs. 131-4).]

5 [(1905*d*), *AE*, **7**, pág. 134.]

6 (*Nota agregada* en 1923:) Más tarde (1923*e*) he puesto de relieve que el período de desarrollo sexual en que se encuentra nuestro pequeño paciente se singulariza por tener noticia de *un* genital solamente, el masculino; a diferencia del futuro período de la madurez, no hay aquí un primado genital, sino un primado del falo.

me, vergonzosa y añorante. En una época de pobreza en materia de otros objetos de amor, esta inclinación retrocede a la madre, desde quien se había vuelto a otros, para malograrse junto a la madre en la neurosis. Sólo entonces nos enteramos de la intensidad que había desarrollado ese amor a la madre, y de los destinos que recorriera. La meta sexual que él buscaba en sus compañeritas de juego, *acostarse* con ellas, procedía ya de la madre; se vierte en unas palabras que podría conservar aun en la vida madura, si bien mediando un enriquecimiento en su contenido.* El muchacho había hallado, por el camino corriente —a partir de su crianza—, la senda del amor de objeto; y una nueva vivencia de placer se había vuelto determinante para él: dormir al lado de la madre; aquí destacaríamos el placer de tocar la piel, constitucional en todos nosotros, que según la nomenclatura de Moll (que nos parece artificial) deberíamos designar como satisfacción de la pulsión de contrectación.[7]

En sus lazos con su padre y su madre, Hans confirma de la manera más flagrante y palpable todo cuanto yo he afirmado, en *La interpretación de los sueños*[8] y en *Tres ensayos de teoría sexual*,[9] sobre los vínculos sexuales de los hijos con sus progenitores. El es realmente un pequeño Edipo que querría tener a su padre «fuera» {«*weg*»}, eliminado, para poder estar solo con la bella madre, dormir con ella. Este deseo nació en aquella residencia veraniega, cuando las alternancias de ausencia y presencia del padre le señalaron la condición a la que se ligaba la ansiada intimidad con la madre. Entonces se contentó con la versión de que ojalá el padre «partiera de viaje» {«*wegfahren*»}, a lo cual más tarde, merced a una impresión accidental provocada por otra partida,[10] pudo anudarse de inmediato la angustia de ser mordido por un caballo blanco. Luego, por vez primera probablemente en Viena, donde ya no se podía contar con la partida de viaje del padre, se elevó hasta el contenido de que ojalá el padre estuviera fuera de manera permanente,

* {La expresión «*bei jemandem schlafen*», «acostarse con alguien», tiene en alemán la connotación de mantener una relación sexual, que el giro castellano sugiere.}

7 [Moll, 1898. Cf. *Tres ensayos de teoría sexual* (Freud, 1905*d*), *AE*, **7**, pág. 154, *n*. 53.]

8 [(1900*a*), *AE*, **4**, págs. 258 y sigs.]

9 [(1905*d*), *AE*, **7**, págs. 203 y sigs.]

10 [En las ediciones anteriores a 1924 se leía aquí «provocada por la partida de otro padre». No obstante, del relato original del episodio en pág. 26, así como de la referencia que se hace a él en pág. 39, parece inferirse que la única que partía era Lizzi. Por ello las correcciones en este lugar y en pág. 97.]

estuviera «muerto». La angustia ante el padre, surgida de ese deseo de muerte contra él —una angustia, entonces, de motivación normal—, constituyó el máximo obstáculo del análisis hasta que fue eliminada en la declaración en mi consultorio [págs. 36-7].[11]

Ahora bien, nuestro Hans no es en verdad un malvado, ni siquiera un niño en quien sigan desplegándose, desinhibidas, las inclinaciones crueles y violentas de la naturaleza humana. Al contrario, su índole es de una ternura y bonhomía fuera de lo corriente; el padre ha apuntado que la mudanza de la inclinación agresiva en compasión se consumó muy temprano en él. Largo tiempo antes de la fobia, se intranquilizaba cuando veía que les pegaban a los caballos de calesita, y no permanecía indiferente cuando alguien lloraba en su presencia. En un lugar del análisis, y dentro de cierto nexo, sale a la luz un fragmento de sadismo sofocado en él;[12] pero estaba sofocado, y luego habremos de colegir, desde su nexo, aquello de lo cual hacía las veces y que estaba destinado a sustituir. Además, Hans ama a ese mismo padre por quien alimenta deseos de muerte; y al par que su inteligencia objeta esta contradicción,[13] no puede evitar el dar testimonio de su existencia pegándole al padre y besando enseguida el lugar donde le pegó [pág. 37*n.*]. Y guardémonos de hallar chocante esta contradicción; de tales pares de opuestos se compone la vida de sentimientos de todos los hombres;[14] más todavía: acaso nunca se llegara a la represión y a la neurosis si no fuera así. Estos opuestos de sentimiento, que al adulto por lo común sólo le devienen concientes de manera simultánea en la cima de la pasión amorosa, y de ordinario se suelen sofocar recíprocamente hasta que uno de ellos consigue mantener encubierto al otro, hallan durante todo un lapso en la vida anímica del niño un espacio de pacífica convivencia.

Para el desarrollo psicosexual de nuestro joven revistió la máxima significación el nacimiento de una hermanita

[11] Es seguro que las dos ocurrencias de Hans, «jugo de frambuesas» y «fusil para disparar» [pág. 33], no han de estar determinadas en forma unilateral. Probablemente tengan tanto que ver con el odio al padre como con el complejo del estreñimiento. El padre, quien llega a colegir esto último [pág. 82], piensa, a raíz de «jugo de frambuesas», también en «sangre».

[12] Su querer pegar a los caballos y embromarlos [págs. 66-7].

[13] Véanse las preguntas críticas al padre (pág. 38).

[14] «Yo no soy un ingenioso libro de ficción. / Soy un hombre con su contradicción». C. F. Meyer, *Huttens letzte Tage* [XXVI, «Homo Sum»; Freud cita estos mismos versos en su carta a Fliess del 19 de febrero de 1899 (Freud, 1950*a*, Carta 105)].

cuando él tenía 3½ años de edad. Este suceso exacerbó sus vínculos con los padres, propuso a su pensar unas tareas insolubles, y su condición de espectador de los cuidados de la crianza le reanimó, luego, las huellas mnémicas de sus propias vivencias de placer, las más tempranas. También este influjo es típico; en un número inesperadamente grande de biografías y de historiales clínicos es preciso tomar como punto de partida ese reavivamiento del placer y del apetito de saber sexuales anudado al nacimiento del siguiente hijo. La conducta de Hans hacia la recién venida es la descrita en *La interpretación de los sueños*.[15] Pocos días después, en medio de un estado febril, deja traslucir cuán poco de acuerdo está con ese aumento de su familia [pág. 11]. Aquí lo que precede en el tiempo es la hostilidad, aunque pueda sucederla la ternura.[16] La angustia de que venga un hijo más tiene desde entonces un sitio en su pensar conciente. En la neurosis, la hostilidad ya sofocada es subrogada por una angustia particular: la angustia a la bañera [pág. 56]; en el análisis expresa sin disfraz su deseo de muerte contra la hermana, y no en meras alusiones que el padre tuviera que completar. Este deseo no se le aparece tan enojoso a su autocrítica como el análogo contra el padre; pero es evidente que ha tratado a ambas personas de igual modo en lo inconciente porque las dos le quitan a la mami, lo perturban en su estar solo con ella.

Este suceso, y los avivamientos enlazados con él, imprimieron además una dirección nueva a su desear. En su fantasía triunfante del final [pág. 80], extrae la suma de todas sus mociones eróticas de deseo, las que provienen de la fase autoerótica y las entramadas con el amor de objeto. Está casado con su bella madre y tiene innumerables hijos a quienes puede cuidar a su manera.

2

Un día, por la calle, Hans enferma de angustia: aún no puede decir de qué tiene miedo, pero al comienzo de su estado de angustia deja traslucir al padre el motivo de su condición de enfermo, la ganancia de la enfermedad.[17] Quie-

[15] [(1900*a*), *AE*, **4**, págs. 260-1.]

[16] Véanse sus designios para cuando la pequeña hable (pág. 61).

[17] [La «ganancia de la enfermedad» se examina con amplitud en la 24ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, **16**, págs. 348-50.]

re permanecer junto a la madre, hacerse cumplidos con ella; acaso, como opina el padre [pág. 80], contribuya a esta añoranza el recuerdo de haber estado separado de ella cuando vino la niña. Pronto se revela que esta angustia ya no puede retraducirse en añoranza: también tiene miedo cuando la madre va con él. Entretanto recogemos indicios de aquello en lo cual se ha fijado la libido devenida angustia. Exterioriza el miedo, totalmente especializado, de que un caballo blanco lo morderá.

Llamamos «fobia» a un estado patológico como este, y podríamos incluir el caso de nuestro pequeño en la agorafobia si esta última afección no se singularizara por el hecho de que la compañía de cierta persona escogida al efecto, el médico en el caso extremo, vuelve fácilmente posible la operación en el espacio donde ella es de ordinario imposible. La fobia de Hans no obedece a tal condición, pronto prescinde del espacio y toma, cada vez con mayor claridad, al caballo como objeto; en los primeros días exterioriza, en el apogeo del estado de angustia, el temor: «El caballo entrará en la pieza» [pág. 22], que tanto me facilitó entender su angustia.

La posición de las «fobias» dentro del sistema de las neurosis sigue indeterminada hasta hoy. Parece seguro que corresponde ver en ellas meros síndromes que pueden pertenecer a diversas neurosis, y no hace falta adjudicarles el valor de unos procesos patológicos particulares. Para fobias como la de nuestro pequeño paciente, sin duda el tipo más común, no considero inadecuada la designación «histeria de angustia»; se la propuse al doctor W. Stekel cuando emprendió la exposición de los estados neuróticos de angustia (1908),[18] y espero que adquiera carta de ciudadanía. Ella se justifica por el pleno acuerdo entre el mecanismo psíquico de estas fobias y el de la histeria, salvo en un punto, pero un punto decisivo y apto para establecer la separación. Y es este: la libido desprendida del material patógeno en virtud de la represión no es *convertida*, no es aplicada, saliendo de lo anímico, en una inervación corporal, sino que se libera como angustia. En los casos clínicos reales, la «histeria de angustia» puede contaminarse en variable medida con la «histeria de conversión». Hay, por cierto, una histeria de conversión pura, sin ninguna angustia, así como una mera histeria de angustia que se exterioriza en sensaciones de angustia y fobias, sin suplemento de conversión; un caso de esta última variedad es el de nuestro pequeño Hans.

18 [Freud escribió un prefacio para la primera edición de este libro (Freud, 1908*f*).]

Las histerias de angustia son las más frecuentes entre las psiconeurosis, pero sobre todo son las que aparecen más temprano en la vida: son, directamente, las neurosis de la época infantil. Por ejemplo, si una madre refiere que su hijo es muy «nervioso», en nueve sobre diez casos se puede dar por sentado que el niño tiene alguna clase de angustia o muchos fenómenos angustiosos al mismo tiempo. Por desgracia, todavía no se ha estudiado suficientemente el mecanismo más fino de la contracción de estas enfermedades tan significativas; aún no se ha establecido si la histeria de angustia, a diferencia de la histeria de conversión y de otras neurosis, tiene su condición única[19] en factores constitucionales o en el vivenciar accidental, o en qué unión de ambos se encuentra.[20] A mi parecer, es aquella contracción de neurosis que menos títulos reclama a una constitución particular y, en consonancia con ello, puede ser adquirida en la mencionada época de la vida con la mayor facilidad.

Es sencillo poner de relieve un carácter esencial de las histerias de angustia. Se desarrollan cada vez más como una «fobia» y, al final, el enfermo puede quedar liberado de angustia, pero sólo a costa de unas inhibiciones y limitaciones a que se ha visto forzado a someterse. En la histeria de angustia hay un trabajo psíquico, que es incesante desde el comienzo de ella, para volver a ligar psíquicamente la angustia liberada. Pero ese trabajo no puede conseguir la reversión de la angustia a libido ni anudarse a los mismos complejos de los cuales proviene la libido. No le queda más alternativa que bloquear cada una de las ocasiones posibles para el desarrollo de angustia mediante unos parapetos {*Vorbau*} psíquicos de la índole de una precaución, una inhibición, una prohibición; y son estas construcciones protectoras las que se nos aparecen como fobias y constituyen para nuestra percepción la esencia de la enfermedad.

Es lícito decir que el tratamiento de la histeria de angustia ha sido hasta ahora puramente negativo. La experiencia

19 [Esta palabra fue agregada en 1924, sin duda para aclarar la oración.]

20 (*Nota agregada* en 1923:) El problema aquí planteado no ha sido objeto de ulterior estudio. Pero no hay razón alguna para suponer, respecto de la histeria de angustia, una excepción a la regla según la cual en la etiología de una neurosis es preciso que cooperen la disposición {constitucional} y el vivenciar. Particular luz sobre la predisposición a la histeria de angustia, tan intensa en la niñez, parece echar la concepción de Rank acerca del efecto del trauma del nacimiento. [Véase, sin embargo, la posterior crítica de Freud a esta tesis de Rank en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*), *AE*, **20**, págs. 128-9.]

ha enseñado que es *imposible*, y aun peligroso en ciertas circunstancias, procurar la curación de la fobia de manera violenta, poniendo al enfermo en una situación en la que no pueda menos que atravesar por el desprendimiento de angustia después que uno le sustrajo su cobertura. Así sólo se consigue que en el aprieto busque protección donde él crea hallarla, y que se le testimonie inútil desprecio a causa de su «inconcebible cobardía».

Para los padres de nuestro pequeño paciente fue cosa establecida, desde el comienzo de la enfermedad, que no era lícito burlarse de él ni maltratarlo, sino que se debía buscar el acceso hasta sus deseos reprimidos por un camino psicoanalítico. El éxito coronó el extraordinario empeño de su padre, cuyas comunicaciones nos darán oportunidad para penetrar en la ensambladura de una fobia así, y para seguir el camino del análisis emprendido a raíz de ella.

No me parece improbable que, debido a su extensión y prolijidad, el análisis se haya vuelto algo oscuro para el lector. Por eso repetiré, abreviando, su trayectoria, con omisión de todos los detalles accesorios perturbadores y poniendo de relieve los resultados que se pueden discernir paso a paso.

Nos enteramos, ante todo, de que el estallido del estado de angustia no fue tan repentino como parecía a primera vista. Días antes el niño había despertado de un sueño de angustia cuyo contenido era que la mamá había partido y ahora no tenía ninguna mamá para hacer cumplidos [pág. 22]. Ya este sueño apunta a un proceso represivo de seria intensidad. Su esclarecimiento no puede ser, como en tantos otros sueños de angustia, que el niño sintió angustia en el sueño desde alguna fuente somática y entonces la aprovechó para cumplir un deseo de lo inconciente, un deseo intensamente reprimido de ordinario,[21] sino que este es un genuino sueño de castigo y represión, en el cual, además, fracasa la función del sueño, puesto que el niño despierta con angustia de su dormir. El proceso habido en lo inconciente se puede reconstruir con facilidad. El niño ha soñado sobre ternuras con su madre, sobre dormir con ella; todo placer se ha mudado en angustia y todo contenido de representación se ha mudado en su contrario. La represión ha obtenido la victoria sobre el mecanismo del sueño.

Ahora bien, los comienzos de esta situación psicológica

[21] Véase mi obra *La interpretación de los sueños* [(1900*a*), *AE*, **4**, pág. 248].

se remontan todavía más atrás. Ya en el verano hubo parecidos talantes de añoranza y angustia, en los que exteriorizó cosas de ese tenor, y que entonces le aportaron la ventaja de ser tomado por la madre en la cama. Desde esta época, más o menos, *tendríamos derecho a suponer la existencia* en Hans de una excitación sexual acrecentada, cuyo objeto es la madre, cuya intensidad se exterioriza en dos intentos de seducir a esta [págs. 18 y 22] —el último fue muy poco anterior al estallido de la angustia—, y que, junto a ello, se aligera cada anochecer en una satisfacción masturbatoria. Que luego el vuelco de esta excitación se haya consumado de manera espontánea, o a consecuencia del rechazo de la madre, o por el despertar contingente de impresiones anteriores a raíz del «ocasionamiento» de la enfermedad, que averiguaremos después: he ahí algo no resuelto, pero también indiferente, pues esos tres diversos casos no pueden concebirse como unos opuestos. El hecho es el vuelco de la excitación sexual en angustia.

Ya nos hemos enterado de la conducta del niño en el primer período de la angustia, y también del primer contenido que él dio a su angustia; rezaba: «Un caballo me morderá». Ahora bien, aquí sobreviene la primera injerencia de la terapia. Los padres señalan que la angustia sería consecuencia de la masturbación, y lo orientan para deshabituarlo de ella [pág. 23]. Yo pongo cuidado en que se destaque con energía ante él la ternura hacia la madre, que él querría permutar por la angustia a los caballos [pág. 25]. Una ínfima mejoría tras este primer influjo se arruina pronto durante un período de enfermedad física. El estado permanece inmutable. Poco después, Hans halla que el miedo a que lo muerda un caballo deriva de la reminiscencia de una impresión de Gmunden [pág. 26]. Un padre advirtió entonces a su hija, que partía de viaje:[22] «No le pases el dedo al caballo; de lo contrario te morderá». El texto con que Hans viste la advertencia del padre recuerda a la versión textual de la advertencia contra el onanismo (no pasar el dedo). Así, al comienzo parece que los padres tienen razón cuando dicen que Hans se aterra de su satisfacción onanista. Sin embargo, la trama es todavía laxa y el caballo parece haber entrado por casualidad en su papel terrorífico.

Yo había exteriorizado la conjetura de que su deseo reprimido podría rezar ahora: «Yo quiero a toda costa ver el hace-pipí de la madre». Como su comportamiento hacia una

[22] [Antes de 1924 se leía en este lugar: «Un padre que partía de viaje dijo entonces a su hija». (Cf. pág. 91, *n*. 10.)]

doméstica recién contratada está en armonía con ello, el padre le imparte el primer esclarecimiento: las señoras no tienen ningún hace-pipí [pág. 28]. El reacciona a este primer auxilio comunicando una fantasía: ha visto cómo la mamá le enseñaba su hace-pipí.[23] Esta fantasía, y una acotación suya expresada en la plática, a saber, que su hace-pipí ya estaba crecido, permiten una primera visión de sus ilaciones inconcientes de pensamiento. El estaba realmente bajo la impresión, de efecto retardado {*nachträglich*}, de la amenaza de castración de la madre, ocurrida 1¼ año antes [pág. 9], puesto que la fantasía de que la madre hace lo mismo, la habitual «retorsión» de los niños inculpados, está destinada a servirle de aligeramiento; es una fantasía de protección y defensa. No obstante, no podemos sino decirnos que fueron los padres quienes, a partir del material patógeno eficaz en Hans, recogieron el tema de su quehacer con el hace-pipí. En esto él les ha obedecido, pero sin intervenir con aportes espontáneos dentro del análisis. Y no se observa un éxito terapéutico. El análisis está muy lejos de los caballos, y la comunicación de que las señoras no tienen ningún hace-pipí es más bien apta, por su contenido, para acrecentar la inquietud por la conservación de su propio hace-pipí.

Pero nosotros no aspiramos al éxito terapéutico en primer lugar; queremos poner al enfermo en condiciones de asir concientemente sus mociones inconcientes de deseo. Lo conseguimos en tanto, fundados en las indicaciones que él nos hace, y por medio de nuestro arte interpretativo, llevamos el complejo inconciente ante su conciencia *con nuestras palabras*. El fragmento de semejanza entre lo que él ha escuchado y lo que busca, eso que quiere irrumpir por sí mismo hasta su conciencia desafiando todas las resistencias, lo habilita para descubrir lo inconciente. El médico se le anticipa un trecho en el entendimiento; el paciente lo alcanza por sus propios caminos, hasta que se encuentran en la meta marcada. Los principiantes en el psicoanálisis suelen fusionar estos dos momentos y consideran que el punto temporal en que ellos toman noticia de un complejo inconciente del enfermo es también aquel en que el enfermo lo aprehende. Esperan demasiado cuando quieren sanar al enfermo comunicándole ese discernimiento, siendo que en verdad él sólo puede aplicar lo comunicado para descubrir el complejo in-

[23] Por el contexto, cabe completar: «...y se lo tocaba» (pág. 28). En efecto, él no puede mostrar su hace-pipí sin tocarlo. [Esta nota fue agregada en 1924. Con anterioridad, el texto decía: «...cómo la mamá se tocaba su hace-pipí».]

conciente *ahí donde está anclado* en su inconciente.[24] Pues bien, un primer éxito de esta índole obtuvimos en Hans. Ahora, tras haber dominado parcialmente el complejo de castración, es capaz de comunicar sus deseos hacia su madre, y lo hace, en forma todavía desfigurada, por medio de la *fantasía de las dos jirafas*, una de las cuales grita infructuosamente porque él toma posesión de la otra [pág. 32]. Figura esa toma de posesión con la imagen de sentarse encima. El padre discierne en esta fantasía una reproducción de una escena que se ha desarrollado a las mañanas en el dormitorio entre los padres y el niño, y no omite quitarle al deseo la desfiguración aún adherida a él. El padre y la madre son las dos jirafas. La vestidura en la fantasía de las jirafas está suficientemente determinada por la visita a estos grandes animales en Schönbrunn pocos días antes, por el dibujo de una jirafa que el padre ha conservado de una época anterior, y quizá también por una comparación inconciente anudada al cuello largo y rígido de la jirafa.[25] Notamos que la jirafa, como animal grande e interesante por su hace-pipí, habría podido ser una competidora de los caballos en su papel angustiante; además, que ambos, padre y madre, son presentados como jirafas, lo cual proporciona un indicio, no aprovechado por el momento, para la interpretación de los caballos de la angustia.

Dos fantasías menores, presentadas por Hans inmediatamente después de la invención* de las jirafas, a saber, que en el zoológico se mete en un recinto prohibido, y que hace añicos una ventanilla en el ferrocarril metropolitano [págs. 35-6], fantasías ambas en que se destaca lo punible de la acción y el padre aparece como cómplice, se sustraen por desgracia a la interpretación del padre. Por eso su comunicación no es de ninguna utilidad para Hans. Pero lo que así ha permanecido incomprendido regresa; como un espíritu no redimido, no se apacigua hasta recibir la solución y la redención.

No nos depara dificultad alguna entender estas dos fantasías de delito. Pertenecen al complejo de tomar posesión

[24] [Este tema fue examinado por Freud con mayor detenimiento en «Sobre la iniciación del tratamiento» (1913*c*), *AE*, **12**, págs. 141-3, y más brevemente en «Sobre el psicoanálisis "silvestre"» (1910*k*), *AE*, **11**, pág. 225. Véase también «Lo inconciente» (1915*e*), *AE*, **14**, págs. 171-2.]

[25] Concuerda con ello la posterior admiración de Hans por el cuello de su padre. [Esta es probablemente una condensación de los episodios mencionados en págs. 35 y 46.]

* {«*Dichtung*»; también «creación poética».}

de la madre. En el niño pugna como una vislumbre de algo que él podría hacer con la madre, algo con lo cual se consumaría la toma de posesión, y para eso inasible él encuentra ciertas subrogaciones figurales que tienen en común lo violento, lo prohibido, y cuyo contenido nos parece concordar asombrosamente bien con la efectividad {*Wirklichkeit*} oculta. Sólo podemos decir que son fantasías simbólicas de coito, y en modo alguno es cosa accesoria la complicidad del padre: «Me gustaría hacer algo con la mamá, algo prohibido, no sé qué, pero sé que tú lo haces».

La fantasía de las jirafas me había reforzado en un convencimiento ya iniciado en mí a raíz de la manifestación del pequeño Hans: «El caballo entrará en la pieza» [pág. 22], y me pareció el momento justo para comunicarle un elemento de sus mociones inconcientes, que era esencial postular: él sentía angustia ante el padre a causa de sus deseos celosos y hostiles contra este. Con ello le había interpretado parcialmente la angustia frente a los caballos; el padre debía de ser el caballo a quien, con buen fundamento interior, le tenía miedo. Ciertos detalles, lo negro en la boca y lo que llevaban ante los ojos (bigote y gafas como privilegios del varón adulto), por los cuales Hans exteriorizaba angustia, me parecieron directamente trasladados del padre al caballo [pág. 36].

Con este esclarecimiento yo había eliminado en Hans la más eficaz resistencia a hacerse concientes los pensamientos inconcientes, siendo que su propio padre era quien desempeñaba el papel de médico ante él. A partir de ese momento quedó atrás lo peor de su estado, el material fluyó con abundancia, el pequeño paciente mostró coraje para comunicar los detalles de su fobia y pronto pasó a intervenir de manera autónoma en el decurso del análisis.[26]

Sólo ahora nos enteramos de los objetos e impresiones ante los cuales Hans tiene angustia. No sólo ante caballos

[26] En los análisis que el médico emprende con extraños, la angustia ante el padre desempeña sin duda uno de los papeles más sustantivos como resistencia a reproducir el material patógeno inconciente. Las resistencias son en parte de la naturaleza de los «motivos» [estereotipados]; y además, como en el presente ejemplo, una pieza del material inconciente está habilitada por su *contenido* a inhibir la reproducción de otra pieza. [Estas dos últimas oraciones resultaron oscuras a los traductores de esta obra al inglés {Alix y James Strachey}, quienes así se lo manifestaron a Freud; por indicación de este, fueron eliminadas de la versión inglesa en 1925. El problema sobre el que versa esta nota parece ser análogo al del carácter innato de las «fantasías primordiales». Cf. *supra*, pág. 9, *n*. 4, y Freud (1909*d*), *infra*, págs. 162-3*n*.]

que lo muerdan —de esto pronto no se hablará más—, sino ante carruajes, carros mudanceros y diligencias, cuyo rasgo común, según se averiguó enseguida, era su carga pesada; además, ante caballos que se ponen en movimiento, caballos de aspecto grande y pesado, caballos que viajan rápido. El propio Hans proporciona el sentido de estas estipulaciones; le angustia que los caballos *se tumben* y convierte en contenido de su fobia a todo cuanto parezca facilitar este tumbarse los caballos [pág. 40].

No es raro que sólo tras un trecho de empeño psicoanalítico uno se entere del genuino contenido de una fobia, del texto correcto de un impulso obsesivo, etc. La represión no sólo alcanzó los complejos inconcientes; ella no cesa, y se dirige también de continuo contra sus retoños, impidiendo al enfermo percibir sus productos patológicos como tales. Esto nos pone, como médicos, en la rara situación de tener que ayudar a la enfermedad para conseguir que se le preste atención,[27] pero únicamente quien desconozca por completo la índole del psicoanálisis destacará esta fase del empeño y supondrá que a causa de ella el análisis inferiría un daño. La verdad es que no se puede ahorcar a nadie si antes no se lo ha atrapado, y que es menester algún trabajo para echar mano a las formaciones patológicas que uno quiere destruir.

Ya en las glosas con que he acompañado al historial clínico señalé [pág. 44] que es muy instructivo ahondar de tal suerte en los detalles de una fobia y recoger la impresión cierta de que la referencia de la angustia a sus objetos se establece secundariamente. De ahí la naturaleza de las fobias, tan curiosamente difusa y, por otro lado, de tan riguroso condicionamiento.[28] Es manifiesto que nuestro pequeño paciente ha reunido el material para estas soluciones especiales a partir de las impresiones que día tras día puede tener ante sus ojos a consecuencia de la ubicación de su vivienda, frente a la Aduana. Por lo demás, en este contexto deja traslucir una moción, ahora inhibida por la angustia, de jugar, como lo hacen los chicos de la calle, con la carga de los carruajes, con equipajes, toneles y cestas.

En este estadio del análisis él redescubre la vivencia, en sí no sustantiva, que antecedió al estallido de la enfermedad y que es lícito considerar como su ocasionamiento. Iba de

[27] [Lo mismo sucede en el caso de la neurosis obsesiva; cf. Freud (1909*d*), *infra*, pág. 174.]

[28] [Este punto es tratado con mayor extensión por Freud, dentro de un examen de los «sistemas», en *Tótem y tabú* (1912-13), *AE*, **13**, págs. 99-100.]

paseo con la mamá y vio a un caballo de diligencia tumbarse y patalear [pág. 43]. Esto le causó una gran impresión. Se aterrorizó mucho, creyó que el caballo estaba muerto; a partir de entonces, todos los caballos se tumbarían. El padre le señala que a raíz del caballo caído no pudo menos que pensar en él, en el padre, y desear que se cayese y quedase muerto. Hans no se revuelve contra esta interpretación; un rato después la acepta mediante un juego que él escenifica: muerde al padre —la identificación del padre con el caballo temido [pág. 45]— y desde entonces se conduce frente a su padre sin trabas ni miedo, y aun con un poco de arrogancia. Empero, la angustia ante los caballos perdura, y todavía no está claro el encadenamiento a consecuencia del cual el caballo que cae remueve sus deseos inconcientes.

Resumamos lo obtenido hasta aquí: tras la angustia primero exteriorizada, la de que el caballo lo morderá, se ha descubierto en un plano más hondo la angustia de que los caballos se tumbarán, y ambos, el caballo que muerde y el que se cae, son el padre que habrá de castigarlo por alimentar él tan malos deseos contra este. De la madre, entretanto, nos hemos apartado en el análisis.

En este punto, de manera totalmente inesperada, y por cierto sin contribución del padre, Hans empieza a ocuparse del «complejo del *Lumpf*» y a mostrar asco ante cosas que le recuerdan la evacuación del intestino [pág. 47]. El padre, que ahí lo acompaña sólo a regañadientes, prosigue en medio de ello el análisis por donde él quería conducirlo, y lleva a Hans hasta el recuerdo de una vivencia en Gmunden, cuya impresión se escondía tras aquel caballo de diligencia que se cayó. Fritzl, su compañero de juegos preferido, quizá también su competidor frente a las numerosas compañeritas, había tropezado con una piedra en el juego del caballo, se había tumbado, y el pie le sangró [pág. 50]. A este accidente le había hecho acordar la vivencia con el caballo de diligencia caído. Es notable que Hans, en ese tiempo ocupado en otras cosas, primero desconociera ese tumbo de Fritzl, que establece el nexo, y sólo lo admitiera en un estadio posterior del análisis [pág. 69]. Sin embargo, para nosotros quizá sea interesante destacar cómo la mudanza de libido en angustia se ha proyectado sobre el objeto principal de la fobia, el caballo. Los caballos eran para él los animales grandes más interesantes, y el juego al caballo, el preferido con sus compañeritos. La conjetura de que el padre le hubiera servido primero de caballo es corroborada mediante una inquisición al padre, y así, a raíz del accidente en Gmunden, fue posible que la persona del padre sustituyera a la de Fritzl.

Ahora bien, fue tras el ímpetu subvirtiente represivo {*Verdrängungsumschwung*} cuando él se vio precisado a tener miedo a los caballos, a los cuales antes anudaba tanto placer.

Pero ya dijimos que debemos a la intervención del padre este último y sustantivo esclarecimiento sobre la eficacia de la ocasión de la enfermedad. Hans persevera en sus intereses por el *Lumpf*, y al fin tenemos que seguirlo hasta allí. Nos enteramos de que antes solía imponérsele a la madre como acompañante en el baño [págs. 53-4], y lo repitió con la subrogada de esta en aquel tiempo, su amiga Berta, hasta que ello fue notorio y se lo prohibieron [págs. 51-2]. El placer de ser espectador de los desempeños de una persona amada corresponde también a un «entrelazamiento pulsional», de lo cual ya hemos anotado un ejemplo en Hans [pág. 88]. Al fin, también el padre entra en el simbolismo del *Lumpf*, y reconoce una analogía entre un carro muy cargado y un cuerpo cargado de excrementos, y el modo en que el carro sale fuera del portón y aquel en que las heces abandonan el vientre, etc. [págs. 55 y 57].

Anotemos que la posición de Hans dentro del análisis ha variado esencialmente respecto de estadios anteriores. Si antes el padre podía predecirle lo que vendría, hasta que Hans, siguiendo esa indicación, se le reunía desde retaguardia, ahora él se anticipa con paso seguro y el padre lo sigue con trabajo. Hans presenta, como separada de toda mediación, una nueva fantasía: El mecánico o instalador ha destornillado la bañera dentro de la cual Hans se encuentra, y luego le ha metido en la panza su gran taladro [pág. 55]. A partir de aquí, nuestro entendimiento se rezaga respecto del material. Sólo después podemos colegir que esta es la refundición, desfigurada por la angustia, de una *fantasía de procreación*. La bañera grande, en cuyo interior Hans está sentado en el agua, es el seno materno; el «taladro» {*«Bohrer»*}, que ya el padre reconoce como un gran pene, debe su mención al ser-parido {*Geborenwerden*}. Sonaría muy asombroso, desde luego, si diéramos esta interpretación a la fantasía: «Con tu gran pene me has "taladrado" {"*gebohrt*"} (hecho nacer {*zur Geburt gebracht*}) y metido dentro del seno materno». Pero provisionalmente la fantasía escapa a la interpretación y sólo sirve a Hans como anudamiento para proseguir sus comunicaciones.

Hans muestra una angustia, también compuesta, a ser bañado en la bañera grande [pág. 56]. Una parte se nos escapa todavía; la otra se esclarece pronto por una referencia al baño de la hermanita. Hans admite el deseo de que la madre deje caer a la pequeña en el baño, para que se

muera [pág. 61]; su propia angustia al baño era una angustia a la retribución por este mal deseo, al castigo que le aparejaría. Abandona ahora el tema del *Lumpf*, y pasa inmediatamente al de la hermanita. Nosotros podemos vislumbrar qué significa esa secuencia: no otra cosa, sino que la propia pequeña Hanna es un *Lumpf*, todos los niños son *Lumpf* y son paridos como *Lumpf*. Ahora comprendemos que todos los carros mudanceros, diligencias y carros de carga sean sólo carruajes de cesta de cigüeña, que le interesen sólo como subrogaciones simbólicas de la gravidez, y que en el tumbarse los caballos pesados, o con pesada carga, no pueda ver sino... un alumbramiento, un parto {*niederkommen*}.[29] Por tanto, el caballo que cae no era sólo el padre que muere; también, la madre en el parto.

Y ahora Hans nos depara la sorpresa para la cual, de hecho, no estábamos preparados. Ha notado la gravidez de la madre, que culminó con el nacimiento de la pequeña cuando él tenía 3½ años, y, al menos después del alumbramiento, se ha construido el correcto estado de cosas, quizá sin poderlo exteriorizar; en aquel momento sólo se observó que apenas producido el parto tuvo un comportamiento harto escéptico frente a todos los signos destinados a indicar la presencia de la cigüeña [pág. 11]. *Pero que en lo inconciente, y en total oposición a sus dichos oficiales, ha sabido de dónde vino la niña y dónde moraba antes*, he ahí algo evidenciado fuera de toda duda por este análisis; es quizá su pieza más inconmovible.

La prueba convincente de esto nos la proporciona la fantasía, mantenida con obstinación y adornada con tantos detalles, sobre cómo Hanna ya estuvo con ellos en Gmunden el verano anterior a su nacimiento, cómo viajó y era entonces capaz de logros mucho mayores que un año después, cuando ya había nacido [págs. 58 y sigs.]. La desenvoltura con que Hans presenta esta fantasía, las innumerables y locas mentiras que le entreteje, en modo alguno carecen de sentido; todo eso está destinado a servirle de venganza sobre el padre, a quien guarda inquina por engañarle con el cuento de la cigüeña. Es como si quisiera decir: «Si me has supuesto tan tonto instándome a creer que la cigüeña trajo a Hanna, yo puedo pedirte que tengas por verdaderos mis inventos». Y en un nexo trasparente con ese acto de venganza del pequeño investigador sobre su padre se alinea la fantasía de em-

[29] [Cf. pág. 80*n*. — Este particular simbolismo fue también considerado en «Un recuerdo de infancia en *Poesía y verdad*» (1917*b*), *AE*, **17**, pág. 149.]

bromar y pegar a los caballos [págs. 66-7]. También ella es de articulación doble; por un lado se apuntala en lo que acaba de hacer, embromarlo al padre, y por el otro devuelve aquellas oscuras concupiscencias sádicas contra la madre que se habían exteriorizado en las fantasías, no comprendidas al comienzo por nosotros, del obrar prohibido. Además, concientemente confiesa el placer de pegarle a la mami [pág. 68].

Ahora ya no tenemos muchos enigmas por delante. Una oscura fantasía de perder el tren [pág. 68] parece ser preanuncio de la posterior colocación del padre junto a la abuela en Lainz, puesto que se refiere a un viaje a Lainz en el cual aparece la abuela. Otra fantasía, en la que un muchacho entrega al guarda 50.000 florines para que lo deje viajar con el carrito [pág. 70], suena casi como un plan para comprarle la madre al padre, pues la fuerza de este último reside en parte en su riqueza. Luego confiesa el deseo de eliminar al padre, así como el fundamento de ese deseo —le perturba su intimidad con la madre—, con una franqueza de que no había hecho gala hasta ese momento [pág. 69]. No tenemos derecho a asombrarnos de que las mismas mociones de deseo se presenten repetidas veces en el curso del análisis; en efecto, la monotonía nace de las interpretaciones anudadas; para Hans no son meras repeticiones, sino desarrollos que progresan de la indicación tímida a la claridad con plena conciencia y exenta de cualquier desfiguración.

Lo que resta son unas confirmaciones, originadas en Hans, de los resultados analíticos ya certificados para nuestra interpretación. En una acción sintomática que él apenas disfraza ante la sirvienta, no ante el padre, muestra cómo se representa un nacimiento [págs. 70-1]; pero si la consideramos con mayor detalle, muestra aún más, señala algo que en el análisis ya no obtendrá expresión en el lenguaje. A través de un agujero redondo en el cuerpo de goma de una muñeca introduce un cuchillito que pertenece a la mamá, y luego lo deja caer separándole las piernas. El esclarecimiento que los padres le dieron subsiguientemente [pág. 73], a saber, que los niños en verdad crecen en el vientre de la madre y son sacados como un *Lumpf*, llega demasiado tarde; nada nuevo puede decirle. Mediante otra acción sintomática, que se produce como por azar, admite haberle deseado la muerte al padre: hace tumbarse un caballo con el que juega, vale decir lo voltea, en el momento en que el padre le habla de ese deseo de muerte [pág. 74]. Con palabras, refrenda que los carros con carga pesada le representaban la gravidez de la madre [pág. 76], y que el tumbarse del caballo era

como si uno tuviera un hijo. La corroboración más preciosa dentro de este nexo, la prueba de que los hijos son «*Lumpf*» mediante la invención del nombre «Lodi» para su hijo preferido, llega sólo con demora a nuestra noticia, pues nos enteramos de que desde mucho tiempo atrás jugaba con ese hijo-salchicha [pág. 78].[30]

Ya hemos apreciado las dos fantasías conclusivas de Hans, aquellas con las cuales se da cima a su restablecimiento. Una, la del instalador que le coloca un hace-pipí nuevo y, como colige el padre, más grande [pág. 81], no es la mera repetición de la anterior que se ocupaba del instalador y la bañera; es una fantasía de deseo triunfante y contiene la superación de la angustia de castración. La segunda fantasía, que confiesa el deseo de estar casado con la madre y tener con ella muchos hijos [pág. 80], no agota meramente el contenido de aquellos complejos inconcientes que habían sido tocados y habían desarrollado angustia a la vista del caballo que caía: también corrige lo que en aquellos pensamientos era lisa y llanamente inaceptable, puesto que, en vez de matar al padre, lo vuelve inofensivo elevándolo a la condición de marido de la abuela. Mediante esta fantasía concluyen, con justo título, la enfermedad y el análisis.

Durante el análisis de un caso clínico no se puede obtener una impresión intuible sobre la estructura y el desarrollo de la neurosis. Ello incumbe a un trabajo de síntesis que se debe emprender después. Si en el caso de la fobia de nuestro pequeño Hans abordamos esa síntesis, la enlazaremos con el cuadro de su constitución, sus deseos sexuales rectores y sus vivencias hasta el nacimiento de la hermana, que hemos dado en páginas anteriores de este ensayo.

La llegada de esta hermana le aparejó muchas cosas que desde entonces no lo dejaron tranquilo. En primer lugar, un poco de privación; al comienzo, una separación temporaria de la madre, y luego, una disminución duradera de sus cuidados y atención, que tuvo que acostumbrarse a compartir con la hermana. En segundo lugar, una reanimación de sus vivencias placenteras en la crianza, provocada por todo lo que veía hacer a su madre con la hermanita. De ambos in-

[30] Una ocurrencia, que en un primer momento provoca extrañeza, del genial dibujante T. T. Heine halla su reconducción a una fuente infantil mediante el episodio «Lodi» de nuestro análisis. Heine figura en una página de *Simplicissimus* cómo el hijo del chacinero cae en la máquina de hacer salchichas, y luego los padres lo lloran como salchichita, es bendecido y se va al cielo.

flujos resultó un acrecentamiento de su necesidad erótica, que empezó a sufrir una falta de satisfacción. De la pérdida que la hermana le había acarreado se resarció mediante la fantasía de que él mismo tenía nenes, y mientras en Gmunden (en su segunda estadía)[31] pudo jugar realmente con estos nenes, su ternura halló una derivación suficiente. Pero con el regreso a Viena quedó de nuevo solo, sujetó todas sus demandas a la madre y sufrió una nueva privación, pues a la edad de 4½ años[32] fue desterrado del dormitorio de los padres. Su excitabilidad erótica acrecentada se exteriorizó entonces en fantasías que conjuraban, en su soledad, a sus compañeritos del verano, y en satisfacciones autoeróticas por estimulación masturbatoria del genital.

En tercer lugar, empero, el nacimiento de la hermana le aportó la incitación para un trabajo de pensamiento que por una parte no se podía llevar hasta una solución, y por la otra lo enredaba en conflictos de sentimiento. Se le planteó el gran enigma: saber de dónde vienen los hijos, quizás el primer problema cuya solución reclama las fuerzas intelectuales del niño,[33] y del cual, es probable, el enigma de la Esfinge de Tebas sólo refleja una desfiguración. Hans rechaza el esclarecimiento ofrecido, a saber, que la cigüeña trajo a Hanna. Es que él lo había observado: meses antes del nacimiento de la pequeña, la madre tenía un gran vientre; luego se metió en cama, gimió durante el nacimiento y se levantó delgada. Infirió, pues, que Hanna había estado en el vientre de la madre y después salió como un «*Lumpf*». Por anudamiento con sus tempranas sensaciones de placer a raíz de la deposición de las heces, pudo representarse placentero ese parto, y entonces, con una doble motivación, pudo desear tener hijos él mismo a fin de parirlos con placer y luego (con un placer de retribución, por así decir) cuidarlos. Nada había en todo ello que llevara a la duda o al conflicto.

Pero ahí había aún otra cosa, y ella no podía sino perturbarlo. El padre por fuerza tenía algo que ver con el *nacimiento* de la pequeña Hanna, pues aseveraba que Hanna y

[31] [La frase entre paréntesis fue agregada en 1924.]

[32] [En las ediciones anteriores a 1924, «4 años». Véase, sin embargo, la tercera acotación del padre de Hans en pág. 82. Tal vez el lugar ocupado por cada uno para dormir se modificó cuando se mudaron a *la nueva vivienda* (pág. 15).]

[33] [En lo concerniente a las niñas, Freud enmendó esta opinión suya en una nota al pie de «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos» (1925*j*), *AE*, **19**, pág. 271, *n*. 8.]

él mismo, Hans, eran sus hijos. Pero no era él quien los había traído al mundo, sino la mamá. Ese padre le estorbaba estar junto a la madre. Presente el padre, Hans no podía dormir con la madre, y cuando esta quería tomar a Hans en la cama, el padre gritaba. Hans había experimentado qué bien le iba cuando el padre se ausentaba, y el deseo de eliminarlo estaba muy justificado. Ahora esa hostilidad recibía un refuerzo. El padre le había contado la mentira sobre la cigüeña, y así le imposibilitó pedirle esclarecimiento en estas materias. No sólo le impedía estar en la cama junto a la madre, sino que además le escatimaba el saber que él ansiaba. En ambos aspectos lo perjudicaba, evidentemente, en su propio beneficio.

El hecho de que se viera forzado a odiar como competidor a este mismo padre a quien había amado desde siempre y seguía amando, ese padre que era para él un modelo, su primer compañero de juegos y, al mismo tiempo, su cuidador desde los años tempranos, dio por resultado el primer conflicto de sentimientos, insoluble al comienzo. Dado el modo en que se había desarrollado la naturaleza de Hans, era fuerza que el amor prevaleciera provisionalmente y sofocara al odio, pero sin poderlo cancelar, puesto que el amor a la madre lo alimentaba de continuo.

Pero el padre no sólo sabía de dónde venían los hijos; también en la realidad ejecutaba aquello que Hans sólo podía vislumbrar oscuramente. Era preciso que algo tuviera que ver con ello el hace-pipí, cuya excitación acompañaba a todos estos pensamientos, y por cierto un hace-pipí grande, mayor de lo que Hans hallaba al suyo propio. Si uno seguía como a unos indicadores las sensaciones que ahí se ofrecían, debía de tratarse de una acción violenta perpetrada en la mamá, una rotura, una perforación, una penetración en un recinto clausurado; el niño podía sentir dentro de sí el impulso a ello. Pero aunque estaba en camino de postular la vagina a partir de las sensaciones de su pene, no podía resolver el enigma, pues no tenía noticia de que hubiera algo como aquello que el hace-pipí necesitaba; más bien le estorbaba la solución el convencimiento de que la mamá poseía un hace-pipí como él. El intento de solucionar qué había que hacer con la mamá para que tuviera hijos se hundió en lo inconciente, y los impulsos activos de ambas clases, el hostil hacia el padre y el sádico-tierno hacia la madre, permanecieron sin aplicarse: uno, a consecuencia del amor presente junto al odio, y el otro, en virtud del desconcierto resultante de las teorías sexuales infantiles.

Sólo por este camino pude yo, apoyándome en los resul-

tados del análisis, construir los complejos y mociones de deseo inconcientes cuya represión y cuyo despertar trajo a la luz la fobia del pequeño Hans. Sé que así se le exige mucho a la capacidad de pensamiento de un niño de 4 a 5 años, pero me dejo guiar por lo nuevo que hemos averiguado y no me considero atado por los prejuicios de nuestra ignorancia. Quizás aún se habría podido aprovechar la angustia al «hacer barullo con las patas» para llenar lagunas en nuestro procedimiento de prueba. Hans admitió, es cierto, que el patalear le recordaba a cuando lo compelían a *interrumpir* su juego para hacer *Lumpf*, de suerte que este elemento de la neurosis entró en relación con el problema de saber si la mamá tenía hijos de buen grado o sólo compelida, pero yo no tengo la impresión de que esto proporcionara el pleno esclarecimiento del «hacer barullo con las patas». El padre no pudo confirmar mi conjetura de que en el niño se moviera una reminiscencia sobre un comercio sexual entre los padres, observado por él en el dormitorio. Hemos de contentarnos, entonces, con lo que tenemos averiguado.

¿En virtud de qué influjo llegó la situación descrita en Hans al vuelco, a la mudanza, de la añoranza libidinosa en angustia? ¿En qué extremo sobrevino la represión? Difícil es decirlo, y sólo se lo podría decidir mediante la comparación con varios análisis parecidos. Hasta que no venga en nuestro auxilio una experiencia ulterior, considero materia discutible que el movimiento lo iniciara la incapacidad intelectual del niño para solucionar el difícil problema de la concepción de los hijos y para aplicar los impulsos agresivos desprendidos por el acercamiento a esa solución, o que el vuelco lo produjera una incapacidad somática, una intolerancia constitucional a la satisfacción masturbatoria ejercida de manera regular, a causa de la mera persistencia de la excitación sexual con una intensidad tan alta.

Las relaciones cronológicas nos impiden atribuir demasiado influjo a la ocasión para el estallido de la enfermedad, pues en Hans se observaban indicios de estados de angustia desde mucho tiempo atrás, antes que viera tumbarse en la calle al caballo de diligencia.

Sin embargo, la neurosis se anudó directamente a esa vivencia accidental y conservó su huella en la entronización del caballo como objeto de angustia. A esa vivencia, en sí y por sí, no le corresponde una «fuerza traumática»; sólo la anterior significación del caballo como asunto de predilección, y el interés y anudamiento a la vivencia de Gmunden, más apta para trauma, cuando Fritzl se tumbó en el

juego al caballo, así como la ligera vía asociativa desde Fritzl hasta el padre, dotaron de eficacia tan grande a ese accidente observado por casualidad. Y aun es probable que tampoco esas referencias hubieran bastado si esa misma impresión no se mostraba apta, merced a la flexibilidad y multivocidad de los enlaces asociativos, para tocar también el segundo de los complejos que en Hans acechaba en lo inconciente, el del parto de la madre grávida. Desde ahí quedaba expedito el camino para el retorno de lo reprimido, y se lo recorrió de tal manera que *el material patógeno apareció refundido (trasladado) sobre el complejo del caballo, y los afectos concomitantes aparecieron uniformemente mudados en angustia.*

Es notable que el contenido de representación de la fobia, ahora constituido, tuviera que consentir todavía una desfiguración y sustitución antes que la conciencia tomara noticia de él. El primer texto de la angustia exteriorizado por Hans fue: «El caballo me morderá»; proviene de otra escena de Gmunden, que por una parte remite a deseos hostiles contra el padre y, por la otra, recuerda a la amonestación contra el onanismo. Ahí se ha hecho valer un influjo desviante que quizá partiera de los progenitores; no estoy seguro de que el informe sobre Hans se redactara entonces con el cuidado suficiente para permitirnos decidir si él ha dado esa expresión a su angustia *antes o sólo después* de que la madre lo llamara al orden a causa de su masturbación. Por oposición a lo que se expone en el historial clínico, yo conjeturaría lo segundo [cf. págs. 22-3]. Por lo demás, es inequívoco que el complejo hostil contra el padre encubre dondequiera en Hans al concupiscente con la madre, así como en el análisis, también, este complejo fue el primero que se descubrió y tramitó.

En otros casos clínicos se hallaría mucho más para decir sobre la estructura de una neurosis, su desarrollo y extensión, pero el historial de nuestro pequeño Hans es muy breve; a poco de su comienzo es relevado por el historial de tratamiento. Y si luego, en el curso de este último. la fobia pareció seguir desarrollándose, si atrajo a su ámbito nuevos objetos y condiciones nuevas, el padre, que lo trataba, tuvo desde luego la suficiente perspicacia para ver en ello algo ya terminado que salía a la luz y no una neoproducción que pudiera cargarse en la cuenta del tratamiento mismo. En otros casos de terapia no siempre se puede contar con una penetración así.

Antes de dar por terminada esta síntesis, debo apreciar todavía otro punto de vista que nos situará en el centro

de las dificultades con que tropezamos para la concepción de estados neuróticos. Vemos cómo nuestro pequeño paciente es aquejado por una importante oleada represiva, que recae, justamente, sobre sus componentes sexuales dominantes.[34] Se despoja del onanismo, rechaza de sí con asco cuanto recuerde a excrementos y a ser espectador de los desempeños excretorios. Pero no son estos componentes los incitados en la ocasión de la enfermedad (la visión del caballo que cae) ni los que ofrecen el material para los síntomas, para el contenido de la fobia.

Aquí tenemos la oportunidad, pues, de establecer un distingo de principio. Es probable que se obtenga un entendimiento más profundo del caso clínico si se atiende a aquellos otros componentes que cumplen las dos condiciones mencionadas en último término. Estos son, en Hans, unas mociones que habían sido sofocadas ya antes y, hasta donde nos enteramos, nunca pudieron exteriorizarse desinhibidas: sentimientos de hostilidad y celos hacia el padre, e impulsiones sádicas hacia la madre, correspondientes a unas vislumbres del coito. En estas sofocaciones tempranas acaso se sitúe la predisposición a contraer más tarde la enfermedad. Estas *inclinaciones agresivas no hallan en Hans ninguna salida*, y tan pronto como, en una época de privación y de acrecentada excitación sexual, quieren brotar reforzadas, se enciende aquella lucha que nosotros llamamos «fobia». En el curso de ese combate, una parte de las representaciones reprimidas penetran en la conciencia como contenido de la fobia, desfiguradas y endosadas a otro complejo; pero no hay duda de que es este un éxito bien lastimoso. El triunfo sigue siendo de la represión {esfuerzo de desalojo}, que *con esta oportunidad rebasa sobre componentes diversos de aquellos que penetran.* Esto no modifica en nada el hecho de que la esencia del estado patológico está ligada por entero a la naturaleza de los componentes pulsionales que se debía rechazar. Propósito y contenido de la fobia es una vasta limitación de la libertad de movimientos; ella es, pues, una potente reacción contra oscuros impulsos motores que, en particular, querían volverse contra la madre. El caballo fue siempre para el niño el modelo del placer de movimiento («Soy un potrillo», dice Hans en tanto da brincos [pág. 49]), pero como este placer de movimiento incluye el impulso al coito, la neurosis lo limita, y el caballo es entroni-

[34] El padre llegó a observar que simultáneamente a esta represión sobrevino en él cierta sublimación. Desde el comienzo de su estado de angustia, Hans mostró mayor interés por la música y desarrolló sus dotes musicales hereditarias.

zado como imagen sensorial del terror. Parece que la neurosis no deja a las pulsiones reprimidas otra dignidad que la de brindar los pretextos para la angustia dentro de la conciencia. Ahora bien, por nítido que sea el triunfo de la desautorización de lo sexual en la fobia, el compromiso que está en la naturaleza de la enfermedad no consiente que lo reprimido quede sin obtener otra cosa. En efecto, la fobia al caballo es también un obstáculo para andar por la calle, y puede servir como medio para permanecer en casa junto a la madre amada. En esto, por consiguiente, ha triunfado la ternura hacia la madre; a raíz de su fobia, el amante se pega al objeto amado, pero es claro que ahora se ha puesto cuidado en que el amante permanezca inofensivo. En estos dos efectos se evidencia la naturaleza genuina de una contracción de neurosis.

Alfred Adler ha sostenido hace poco, en un trabajo rico en ideas[35] del cual antes he tomado la designación de «entrelazamiento pulsional», que la angustia nace por la sofocación de la por él llamada «pulsión de agresión»; y, en una vasta síntesis, asigna a esta pulsión el papel principal en el acaecer, «en la vida y en la neurosis». Y si nosotros hemos llegado a la conclusión de que en nuestro caso de fobia la angustia se explicaría por la represión de aquellas inclinaciones agresivas, la hostil hacia el padre y la sádica hacia la madre, parece que habríamos aportado una brillante confirmación a la intuición de Adler. Sin embargo, yo no puedo adherir a esta última, que considero una generalización equivocada. No puedo decidirme a admitir una pulsión particular de agresión junto a las pulsiones sexuales y de autoconservación, con que estamos familiarizados, y en un mismo plano con ellas.[36] Me parece que Adler ha hipostasiado sin

[35] Adler, 1908 (cf. *supra*, pág. 88 [y pág. 103]). [Adler dio lectura a ese artículo en una reunión de la Sociedad Psicoanalítica de Viena celebrada el 3 de junio de 1908, y en las actas de la Sociedad correspondientes a esa fecha (cf. *Minutes*, **1**) pueden leerse algunos comentarios de Freud al respecto. Véase, asimismo, mi «Introducción» a *El malestar en la cultura* (1930*a*), *AE*, **21**, págs. 62-3.]

[36] (*Nota agregada* en 1923:) Lo del texto fue escrito en una época en que Adler parecía situarse todavía en el terreno del psicoanálisis, antes de su formulación de la protesta masculina y de su desmentida de la represión. Desde entonces yo he tenido que estatuir una «pulsión de agresión», que no coincide con la de Adler. Prefiero llamarla «pulsión de destrucción o de muerte» (cf. *Más allá del principio de placer* [1920*g*], *El yo y el ello* [1923*b*]). Su oposición con las pulsiones libidinosas se expresa en la consabida polaridad entre amar y odiar. No obstante, sigue en pie mi contradicción a la tesis adleriana, que menoscaba un carácter universal de las pulsiones en favor de una única pulsión. [Se hallará una reseña detallada de las

razón, en una pulsión particular, lo que es un carácter universal e insoslayable de todas las pulsiones, a saber, lo «pulsional» {«*Triebhaft*»}, lo esforzante {*drängend*} en ellas, lo que podemos describir como la aptitud para dar un envión a la *motilidad*. Y entonces, de las otras pulsiones no le restó más que su referencia a una meta, después que merced a la «pulsión de agresión» se les había quitado la referencia a los medios para alcanzar esa meta. A pesar de toda la incertidumbre y oscuridad de nuestra doctrina de las pulsiones, prefiero atenerme provisionalmente a la concepción habitual, que deja a cada pulsión su capacidad propia para devenir agresiva;[37] así, en las dos pulsiones que en nuestro Hans llegaron a la represión, yo discerniría los componentes, de antiguo consabidos, de la libido sexual.[38]

3

Antes de pasar a las elucidaciones, previsiblemente breves, sobre lo que de la fobia del pequeño Hans se pueda extraer de universalmente válido para la vida y la educación infantiles, no puedo menos que toparme con la objeción, que traemos tan pospuesta, según la cual Hans sería un neurótico, un «hereditario», un «*dégéneré*», y no un niño normal del que pudieran trasferirse conclusiones a otros niños. Ya me viene dando pena pensar cómo maltratarán a nuestro pequeño Hans todos los conocedores del «hombre normal» cuando se enteren de que en su caso se puede demostrar, de hecho, un lastre hereditario. A su bella madre, que en un conflicto de su juventud había contraído neurosis, hube yo de atenderla en aquella época, y de ahí nacieron mis vínculos con los padres de Hans. Sólo con una gran timidez me animo a alegar algo en su favor.

En primer lugar, que Hans no es lo que en rigor uno se

discrepancias de Freud con Adler en «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» (1914*d*), *AE*, **14**, págs. 49 y sigs. Véase, sin embargo, *El malestar en la cultura* (1930*a*), *AE*, **21**, pág. 116, donde Freud recuerda con extrañeza su propia renuencia a reconocer «la ubicuidad de la agresión y destrucción no eróticas».]

[37] [Antes de 1924 seguían aquí las palabras «sin dirigirse hacia un objeto», eliminadas en la edición de esa fecha.]

[38] [Freud se apoyó en este historial clínico para su examen de la naturaleza de la angustia en los capítulos IV y VII de *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*). También lo cita, en conexión con el totemismo y las zoofobias, en *Tótem y tabú* (1912-13), *AE*, **13**, págs. 131 y sigs.]

imaginaría por un niño degenerado, destinado por herencia a la nerviosidad, sino más bien un mocito de buena conformación corporal, alegre, amable e intelectualmente despierto, en quien no sólo su propio padre puede tener a un amigo. No cabe ninguna duda en cuanto a su temprana madurez sexual, pero aquí nos falta mucho material comparativo para establecer un juicio correcto. Por un muestreo de fuente norteamericana,[39] por ejemplo, he podido ver que una elección de objeto y unas sensaciones amorosas igualmente tempranas no son tan raras en niños varones; y lo mismo se sabe de la historia infantil de quienes después son reconocidos como «grandes» hombres, de suerte que uno opinaría que la temprana madurez sexual es un correlato infaltable de los intelectuales, y por eso en niños dotados se la hallará con mayor frecuencia de lo que se esperaría.[40]

Además, en mi confesada parcialidad en favor del pequeño Hans hago valer que no es el único niño aquejado de fobias en algún momento de su infancia. Como es sabido, tales enfermedades son extraordinariamente frecuentes, aun en niños cuya educación no deja nada que desear en materia de rigor. Tales niños se vuelven después neuróticos, o bien permanecen sanos. Sus fobias son acalladas a gritos en la crianza, porque son inasequibles al tratamiento y por cierto muy incómodas. Luego ceden, en el curso de meses o de años; se curan en apariencia. En cuanto a las alteraciones psíquicas que su curación comporte, a las alteraciones de carácter enlazadas con ella, nadie posee una intelección. Pero si después uno toma bajo tratamiento psicoanalítico a un neurótico adulto que, se supone, sólo en la madurez ha contraído su enfermedad manifiesta, por regla general se averigua que su neurosis se anuda a aquella angustia infantil, es su continuación; y, por tanto, a lo largo de su vida, desde aquellos conflictos de la infancia, se tejió un trabajo psíquico continuo, pero también imperturbado, sin que importe que el primer síntoma haya subsistido o se retirara esforzado por las circunstancias. Opino, pues, que nuestro pequeño Hans no estuvo quizá más enfermo que tantos otros niños a quienes no se pone el marbete de «degenerados»; pero como él fue educado sin amedrentamiento, con el mayor respeto y la menor compulsión posibles, su angustia salió a la luz con más osadía. Le faltaron los motivos de la mala conciencia y del temor al castigo, que de ordi-

39 [Sanford Bell, 1902.]

40 [Se toca este tema en el apartado sobre «Precocidad» de *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, **7**, págs. 219-20.]

nario contribuyen a empequeñecer esa angustia. Me está por parecer que hacemos demasiado caso a los síntomas, y muy poco a aquello de lo cual surgen. En la educación de los niños pretendemos que todo esté en paz, no vivenciar dificultad alguna; en suma, queremos un «niño bien criado», y nos cuidamos poco de que este curso evolutivo sea provechoso también para él. Yo podría imaginarme, entonces, que fue benéfico para nuestro Hans haber producido esa fobia, porque ella orientó la atención de los padres hacia las inevitables dificultades que depara la superación de los componentes pulsionales en la educación del niño para la cultura, y porque esta perturbación suya le valió la asistencia del padre. Y quizás aventaje a otros por no llevar ya dentro de sí aquel germen de complejos reprimidos que por fuerza ha de significar siempre algo para la vida posterior, y que apareja sin duda, en alguna medida, deformación del carácter, si no la predisposición a contraer después una neurosis. Yo me inclino a pensar así, pero no sé si muchos compartirán mi juicio, y tampoco sé si la experiencia me dará la razón.

¿Debo preguntar ahora en qué ha perjudicado a Hans la aparición a plena luz de estos complejos, no sólo reprimidos por los niños, sino temidos por los padres? ¿Acaso el pequeño se ha tomado en serio sus reclamos sobre la madre, o sus malos propósitos hacia el padre han cedido sitio a las vías de hecho? Sin duda lo temerán muchos que desconocen la naturaleza del psicoanálisis y opinan que uno reforzaría las pulsiones malas haciéndolas concientes. Tales sabios son consecuentes cuando desaconsejan, por el amor de Dios, ocuparse de las cosas malas que se esconden tras las neurosis. Pero lo cierto es que al hacerlo olvidan que son médicos, y caen en un fatal parecido con Dogberry, cuando aconsejó al guardián que evitara todo contacto con cualquier ladrón o delincuente a quien sorprendieran: la gente honrada no debe tratar con semejante canalla.[41]

Las únicas consecuencias del análisis son, más bien, que Hans ha sanado, ya no teme a los caballos, y mantiene un

[41] [Dogberry, en Shakespeare, *Mucho ruido y pocas nueces*, acto III, escena 3.] No puedo sofocar aquí la asombrada pregunta: Estos que combaten mis puntos de vista, ¿de dónde sacan el saber, que tan seguros de sí mismos exponen, sobre si las pulsiones sexuales reprimidas desempeñan un papel en la etiología de las neurosis y cuál sería ese papel? Lo pregunto porque ellos les cierran la boca a los pacientes tan pronto como empiezan a hablar de sus complejos y de los retoños de estos; las comunicaciones mías y las de mis partidarios son la única ciencia que les es asequible.

trato más familiar con su padre, como este lo comunica complacido. Y lo que el padre pueda perder en respeto, lo recupera en confianza: «He creído que lo sabes todo porque has sabido lo del caballo» [pág. 83]. El análisis, en efecto, no deshace el *resultado* de la represión: las pulsiones que fueron entonces sofocadas siguen siendo las sofocadas; pero alcanza ese resultado por otro camino: sustituye el proceso de la represión, que es automático y excesivo, por el «dominio» {«*Bewältigung*»}, mesurado y dirigido a una meta, con auxilio de las instancias anímicas superiores; en una palabra: *sustituye la represión por el juicio adverso* {*Verurteilung*}. Parece brindarnos la prueba, acariciada desde hace tanto tiempo, de que la conciencia posee una función biológica y de que su entrada en escena aporta una sustantiva ventaja.[42]

De haber estado en mis manos, me habría atrevido a brindar al niño otro esclarecimiento que sus padres le mantuvieron en reserva. Le habría confirmado sus vislumbres pulsionales contándole sobre la existencia de la vagina y del coito, reduciendo así otro poco el resto no solucionado y poniendo fin a su esfuerzo de preguntar. Estoy seguro de que a consecuencia de ese esclarecimiento no habría perdido el amor por la madre ni su ser infantil, y habría inteligido que debía por ahora cesar sus afanes en cuanto a esas cosas importantes, y aun imponentes, hasta que se cumpliera su deseo de ser grande. Pero el experimento pedagógico no fue llevado tan lejos.

Que no es lícito trazar una frontera definida entre niños y adultos «nerviosos» y «normales»; que «enfermedad» es un concepto sumatorio puramente práctico; que predisposición y vivenciar tienen que conjugarse para hacer que se rebase el umbral y se alcance esa sumación; que, en consecuencia, muchos individuos pasan continuamente de la clase de los sanos a la de los enfermos nerviosos, y otros en número menor recorren el camino inverso: he ahí cosas que se han dicho con frecuencia y han hallado tanto eco que

[42] (*Nota agregada* en 1923:) Aquí empleo la palabra «conciencia» {«*Bewusstsein*»} en un sentido que más tarde he evitado, como equivalente a nuestro pensar normal susceptible de conciencia. Sabemos que tales procesos cognitivos pueden ocurrir también *pre*concientemente, y será mejor, entonces, apreciar esta «conciencia» de manera puramente fenomenológica. Desde luego, esto no contradice la expectativa de que también el devenir-conciente cumpla una función biológica. [Cf. *El yo y el ello* (1923*b*), capítulo I, así como el temprano examen de la función biológica de la «conciencia» en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, págs. 602 y sigs.]

por cierto no soy el único en sostenerlas. Que la educación del niño pueda ejercer un poderoso influjo, favorable o desfavorable, sobre la predisposición patológica pertinente para aquella sumación es, al menos, muy probable, pero todavía aparece enteramente problemático saber a qué debe aspirar la educación y dónde tiene que intervenir. Hasta hoy, ella se ha propuesto siempre por única tarea el gobierno —a menudo es más correcto decir la sofocación— de las pulsiones; el resultado no ha sido satisfactorio: donde se lo alcanzaba, era en beneficio de un pequeño número de hombres privilegiados a quienes no se les demandaba esa sofocación de lo pulsional. No se inquiría tampoco por qué camino se alcanzaba la sofocación de las incómodas pulsiones, ni los sacrificios que ello costaba. Si se sustituye esta tarea por otra, la tarea de volver al individuo capaz para la cultura y socialmente útil con el mínimo menoscabo de su actividad, los esclarecimientos obtenidos por el psicoanálisis acerca del origen de los complejos patógenos y del núcleo de toda neurosis poseerán genuinos títulos para que el pedagogo los considere unas señales inapreciables en su comportamiento frente al niño. Dejo a otros comprobar y decidir qué consecuencias prácticas derivarán de ellas, y si la experiencia puede llegar a justificar su aplicación dentro de nuestras circunstancias sociales.[43]

No puedo despedirme de la fobia de nuestro pequeño paciente sin declarar la conjetura que para mí confiere un valor particular a este análisis coronado por el restablecimiento. De él, en rigor, yo no he aprendido nada nuevo que no hubiera podido colegir antes, con frecuencia de manera menos nítida y más indirecta, en otros pacientes tratados en su edad adulta. Y como las neurosis de esos otros enfermos siempre se pudieron reconducir a los mismos complejos infantiles que se descubrieron tras la fobia de Hans, estoy tentado de reclamar para esta neurosis infantil un significado típico y paradigmático, como si la multiplicidad de los fenómenos de la represión neurótica y la riqueza del material patógeno no obstaran para derivarlos de muy pocos procesos relativos a idénticos complejos de representación.

[43] [La relación entre el psicoanálisis y la crianza de los niños fue retomada por Freud en sus prólogos a los libros de Pfister y de Aichhorn (Freud, 1913*b* y 1925*f*), así como en «El interés por el psicoanálisis» (1913*j*), *AE*, **13**, págs. 191-2. También dedicó al tema algunas páginas en la 34ª de sus *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933*a*), *AE*, **22**, págs. 135-40.]

Apéndice al análisis del pequeño Hans (1922)

Hace unos pocos meses —en la primavera de 1922— se me presentó un joven declarando ser el «pequeño Hans», acerca de cuya neurosis de infancia yo había informado en 1909. Me alegró mucho volverlo a ver, pues lo había perdido de vista apenas dos años después de concluido su análisis, y llevaba más de diez años sin tener noticias sobre su destino. La publicación de este primer análisis realizado en un niño había provocado un escándalo grande, y una indignación mayor; le profetizaron al pobre joven una gran desgracia por haberlo «despojado de su inocencia» a edad tan tierna y convertido en víctima de un psicoanálisis.

Ninguno de esos temores se cumplió. El pequeño Hans lucía su brillante juventud de 19 años. Aseveró hallarse totalmente bien y no padecer de males ni inhibiciones. No sólo había pasado sin daño la pubertad, sino que había superado una de las más difíciles pruebas para su vida afectiva. Sus padres se habían divorciado, y cada uno de ellos concertó un nuevo matrimonio. En consecuencia, él vivía solo, pero se mantenía en buenos términos con ambos progenitores, lamentando únicamente que la disolución de la familia lo hubiera separado de su querida hermanita.

Una comunicación del pequeño Hans me resultó particularmente curiosa. Por lo demás, no me atrevo a darle una *explicación*. Cuando leyó su historial clínico —refirió él—, todo se le antojó ajeno, no se reconoció, no pudo acordarse de nada, y sólo cuando se topó con el viaje a Gmunden vislumbró algo así como una chispa de recuerdo de que podría haberse tratado de él mismo. Así, el análisis no había preservado de la amnesia el episodio, sino que él mismo había caído bajo ella. Algo parecido le pasa muchas veces en el dormir al familiarizado con el psicoanálisis. Despierta de un sueño, se resuelve a analizarlo sin dilación, torna a dormirse, satisfecho con el resultado de su empeño, y a la mañana siguiente ha olvidado sueño y análisis.[1]

1 [Este fenómeno fue examinado en un pasaje que se agregó en 1911 a *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, págs. 514-6.]

A propósito de un caso de neurosis obsesiva (1909)

Nota introductoria

«Bemerkungen über einen Fall von Zwangsneurose»

Ediciones en alemán

1909 *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **1**, nº 2, págs. 357-421.
1913 *SKSN*, **3**, págs. 123-97. (1921, 2ª ed.)
1924 *GS*, **8**, págs. 269-351.
1932 *Vier Krankengeschichten*, págs. 284-376.
1941 *GW*, **7**, págs. 381-463.
1973 *SA*, **7**, págs. 31-103.

*Traducciones en castellano**

1932 «Un caso de neurosis obsesiva». *BN* (17 vols.), **16**, págs. 11-90. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 Igual título. *EA*, **16**, págs. 7-95. El mismo traductor.
1948 «Análisis de un caso de neurosis obsesiva». *BN* (2 vols.), **2**, págs. 624-61. El mismo traductor.
1953 «Un caso de neurosis obsesiva». *SR*, **16**, págs. 7-75. El mismo traductor.
1968 «Análisis de un caso de neurosis obsesiva». *BN* (3 vols.), **2**, págs. 715-52. El mismo traductor.
1972 Igual título. *BN* (9 vols.), **4**, págs. 1441-86. El mismo traductor.

Freud inició el tratamiento de este caso el 1º de octubre de 1907. Durante dos reuniones completas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, las del 30 de octubre y 6 de noviembre de ese año, presentó un informe sobre sus comienzos, que fue seguido de un debate. Un comentario de las

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xi y *n.* 6.}

actas de estas dos sesiones fue suministrado por Federn (1948), quien empero da incorrectamente como fecha de la segunda de ellas el 16 de noviembre. Más adelante, en las reuniones del 20 de noviembre de 1907 y 22 de enero y 8 de abril de 1908, Freud presentó a la Sociedad breves informes sobre aspectos del historial. Un informe más extenso fue expuesto por él en el 1er. Congreso Psicoanalítico Internacional, realizado en Salzburgo el 27 de abril de 1908; según Ernest Jones, que se hallaba presente, su disertación en esa oportunidad duró cuatro horas. Una breve síntesis de esta por Otto Rank, publicada un año después que el historial clínico en su forma definitiva, se hallará en *Zentralblatt für Psychoanalyse*, **1** (1910), págs. 125-6.

No obstante, en momentos de celebrarse el Congreso el tratamiento en modo alguno había terminado, pues de acuerdo con lo que Freud nos dice aquí (pág. 147) se prolongó durante casi un año. En el verano de 1909 preparó el historial para su publicación; una carta a Jung nos anoticia de que esto le llevó un mes, enviándolo finalmente a la imprenta el 7 de julio de ese año.

Han sobrevivido los apuntes originales de la primera parte del tratamiento, que Freud escribía día tras día a medida que aquel avanzaba, y que le sirvieron de base para la publicación del caso. Se los hallará al final de este volumen, junto con algunos datos explicativos que tal vez ayuden al lector a seguir la complicada historia de este paciente. (Cf. págs. 195 y sigs.)[1]

James Strachey

[1] En todas las ediciones anteriores, en una oportunidad se hace referencia al paciente como «teniente H.», y al «capitán cruel», como «capitán M.»; a fin de hacer concordar las iniciales con los nombres escogidos en los «Apuntes originales», se han cambiado por «L.» y «N.», respectivamente (cf. págs. 137 y 135).

[Introducción]

El contenido de las siguientes páginas es doble: en primer lugar, comunicaciones fragmentarias del historial clínico de un caso de neurosis obsesiva* que pudo incluirse entre los de considerable gravedad por su duración, sus dañinas consecuencias y su apreciación subjetiva [por el paciente], y cuyo tratamiento, que abarcó cerca de un año, alcanzó el restablecimiento total de la personalidad y la cancelación de sus inhibiciones; y en segundo lugar, anudadas a este material y apuntaladas en otros casos analizados antes, algunas indicaciones atorísticas sobre la génesis y el mecanismo más fino de los procesos anímicos obsesivos, destinadas a servir de continuación a mis primeras exposiciones sobre el tema, publicadas en 1896.[1]

A mí mismo me parece que un índice temático como el señalado requiere que se lo justifique: no se crea que considero intachable y digna de imitarse esta manera de comunicación, cuando en realidad sólo obedezco a unas inhibiciones de naturaleza externa y de contenido, y de buena gana habría informado más si hubiera tenido el derecho y la posibilidad de hacerlo. En efecto, no puedo comunicar el historial completo de tratamiento porque ello exigiría penetrar en el detalle de las circunstancias de vida de mi paciente. La fastidiosa atención que una gran ciudad presta muy particularmente a mi actividad médica me veda una exposición fidedigna; y, por otra parte, hallo cada vez más inadecuadas y reprobables las desfiguraciones a que se suele recurrir. Si son ínfimas, no llenan su fin de proteger al paciente de la curiosidad indiscreta; y si avanzan más, importan un sacrificio excesivo, pues destruyen el entendimiento de los nexos anudados, justamente, a las pequeñas realidades de la vida. Y esta última circunstancia produce

* {«*Zwangsneurose*»; siguiendo el uso, traducimos por «obsesivo/a» los compuestos de «*Zwang-*», aunque el correspondiente sustantivo es vertido ora por «obsesión», ora por «compulsión».}

1 «Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa» (1896*b*), sección II, «Naturaleza y mecanismo de la neurosis obsesiva» [*AE*, **3**, págs. 169-74].

una situación paradójica, pues es más posible dar a publicidad los secretos más íntimos de un paciente, por los cuales nadie lo conoce, que los detalles más inocentes y triviales de su persona, notorios para todo el mundo y que lo harían identificable.[2]

Si así me he disculpado por esa enojosa mutilación del historial clínico y de tratamiento, mejores razones tuve para haberme limitado a algunos resultados de la indagación psicoanalítica de la neurosis obsesiva. Confieso que hasta hoy no he conseguido penetrar acabadamente la compleja ensambladura de un caso *grave* de neurosis obsesiva, y que en la exposición del análisis no sería capaz de evidenciar para otros, al través de las yuxtaposiciones del tratamiento, esa estructura discernida analíticamente, o vislumbrada. Son las resistencias de los enfermos, y las formas en que ellas se exteriorizan, lo que vuelve tan difícil esta última tarea; pero es preciso decir que en sí y por sí no es cosa fácil entender una neurosis obsesiva; es mucho más difícil lograrlo que en un caso de histeria. En verdad, uno esperaría lo contrario. El medio por el cual la neurosis obsesiva expresa sus pensamientos secretos, el lenguaje de la neurosis obsesiva, es por así decir sólo un dialecto del lenguaje histérico, pero uno respecto del cual se debería conseguir más fácil la empatía, pues se emparienta más que el dialecto histérico con la expresión de nuestro pensar conciente. Sobre todo, no contiene aquel salto de lo anímico a la inervación somática —la conversión histérica— que nunca podemos nosotros acompañar conceptualmente.

Quizá sólo nuestra poca familiarización con la neurosis obsesiva tenga la culpa de que aquella expectativa no se cumpla en la realidad. Los neuróticos obsesivos graves se someten a tratamiento analítico más raramente que los histéricos. También en la vida de relación disimulan sus achaques todo el tiempo que pueden, y suelen acudir al médico sólo en estadios de su enfermedad tan avanzados que, si se tratara de una tuberculosis pulmonar, por ejemplo, excluirían su admisión en un sanatorio. Y acerco esta comparación, además, porque en los casos de neurosis obsesiva leves o graves, pero combatidos temprano, podemos apuntar, lo mismo que respecto de aquella enfermedad infecciosa crónica, una serie de brillantes éxitos terapéuticos

2 [En una nota al pie agregada en 1923 al historial clínico de «Dora» (1905*e*), *AE*, **7**, pág. 13, a la cual hago referencia en mi «Nota introductoria» del caso del pequeño Hans (1909*b*), *supra*, pág. 4, Freud declara que el presente historial fue publicado con el expreso consentimiento del padre del niño.]

En tales circunstancias, no resta otra posibilidad que comunicar las cosas de la manera imperfecta e incompleta en que *uno las conoce y, por añadidura, tiene permitido decirlas*. Los jirones de discernimiento que aquí se ofrecen, laboriosamente obtenidos, pueden parecer poco satisfactorios en sí mismos, pero acaso sean retomados por el trabajo de otros investigadores y el empeño conjunto consiga el logro que es quizá demasiado difícil para un individuo solo.

I. Del historial clínico

Un joven de formación universitaria se presenta indicando que padece de representaciones obsesivas ya desde su infancia, pero con particular intensidad desde hace cuatro años. Contenido principal de su padecer son —dice— unos *temores* de que les suceda algo a dos personas a quienes ama mucho: su padre y una dama a quien admira. Además, dice sentir *impulsos obsesivos* (por ejemplo, a cortarse el cuello con una navaja de afeitar), y producir *prohibiciones* referidas aun a cosas indiferentes. Manifiesta que la lucha contra esas ideas le ha hecho perder años, y por eso se ha rezagado en su carrera en la vida. De las curas intentadas, la única provechosa fue un tratamiento de aguas en un instituto de *X*; pero se debió sólo a haber trabado allí con una mujer un vínculo que desembocó en un comercio sexual regular. Dice no tener aquí una oportunidad como esa, sus relaciones sexuales son raras y a intervalos irregulares. Las prostitutas le dan asco. Su vida sexual ha sido en general pobre, el onanismo desempeñó sólo un ínfimo papel a los 16 o 17 años. Afirma que su potencia es normal; primer coito a los 26 años.

Impresiona como una mente clara, perspicaz. Al preguntarle yo qué lo movió a situar en el primer plano las noticias sobre su vida sexual, responde que es aquello que él sabe sobre mis doctrinas. No ha leído nada de mis escritos, salvo que hojeando un libro mío [1] halló el esclarecimiento de unos raros enlaces de palabras; y tanto le hicieron acordar estos a sus propios «trabajos de pensamiento» con sus ideas que se resolvió a confiarse a mí.

A. La introducción del tratamiento

Después que al día siguiente lo comprometo a la única condición de la cura —la de decir todo cuanto se le pase

[1] *Psicopatología de la vida cotidiana* [1901*b*].

por la cabeza aunque le resulte *desagradable*, aunque le parezca *nimio*, o que *no viene al caso* o es *disparatado*— y que le dejo librado escoger el tema con el cual quiere inaugurar sus comunicaciones, empieza como sigue:[2]

Tiene un amigo a quien respeta extraordinariamente. Acude a él siempre que lo asedia un impulso criminal, y le pregunta si no lo desprecia como delincuente. El lo apoya, aseverándole que es un hombre intachable que probablemente desde su juventud se ha habituado a considerar su vida bajo esos puntos de vista. Antes, dice, otra persona ejerció sobre él parecido influjo, un estudiante que tenía 19 años cuando él mismo andaba por los 14 o 15; este estudiante le había cobrado afecto, y había elevado tan extraordinariamente su sentimiento de sí que podía creerse un genio. Este estudiante fue luego su preceptor hogareño, y de pronto modificó su comportamiento rebajándolo como a un idiota. Por último, reparó en que se interesaba por una de sus hermanas y sólo había trabado relación con él para conseguir el acceso a la casa. Esta fue la primera gran conmoción de su vida.

Luego prosigue, como repentinamente:

B. La sexualidad infantil

«Mi vida sexual empezó muy temprano. Me acuerdo de una escena de mi cuarto a quinto año (desde mi sexto año poseo recuerdo completo), que años después me afloró con claridad. Teníamos una gobernanta joven, muy bella, la señorita Peter.[3] Cierta velada yacía ella, ligeramente vestida,

2 Redactado según las notas efectuadas al anochecer del día de tratamiento, apuntaladas en lo posible en los dichos recordados del paciente. — Tengo que advertir que no debe usarse el tiempo del tratamiento mismo para la fijación de lo escuchado. Que el médico distraiga su atención para ello hace más daño al enfermo que el que podría disculparse por la ganancia en fidelidad de reproducción del historial clínico. [Esto se amplía en «Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico» (1912*e*), incisos *b* y *c*.]

3 El doctor Alfred Adler, ex analista, examinó cierta vez, en una conferencia privada, el particular significado que poseen las *primerísimas* comunicaciones del paciente. He aquí una prueba de ello. Las palabras introductorias del paciente destacan el influjo que han ejercido sobre él los varones, el papel de la elección homosexual de objeto en su vida, y dejan resonar acto seguido un segundo motivo que más tarde resaltará como sustantivo: el conflicto y la oposición de intereses entre hombre y mujer. También debe considerarse dentro de este contexto el hecho de que a la primera bella gobernanta

sobre el sofá, leyendo; yo yacía junto a ella y le pedí permiso para deslizarme bajo su falda. Lo permitió, siempre que yo no dijera nada a nadie. Tenía poca ropa encima, y yo le toqué los genitales y el vientre, que se me antojó curioso. Desde entonces me quedó una curiosidad ardiente, atormentadora, por ver el cuerpo femenino. Todavía sé con qué tensión aguardaba en los baños, adonde aún me permitían ir con la señorita y mis hermanas, que ella entrara desvestida en el agua. Tengo más recuerdos, de mi sexto año. Había entonces en casa otra señorita, también joven y bella, que tenía abscesos en las nalgas y al anochecer solía estrujárselos. Yo acechaba ese momento para saciar mi curiosidad. También en el baño, aunque la señorita Lina era más recatada que la primera. (Respuesta a una pregunta que yo le hice entretanto: "Yo no dormía regularmente en la habitación de ella, casi siempre en la de mis padres".) Recuerdo una escena, yo debo de haber tenido 7 años.[4] Estábamos sentados juntos, al anochecer, la señorita, la cocinera, otra muchacha, yo y mi hermano, menor que yo en un año y medio. De repente escuché, de la conversación de las muchachas, que la señorita Lina decía: "Con el pequeño es claro que una lo podría hacer, pero Paul" (yo) "es demasiado torpe, seguro que no acertaría {*danebenfahren*}". No entendí con claridad a qué se referían, pero sí entendí el menosprecio y empecé a llorar. Lina me consoló y me contó que una muchacha que había hecho algo parecido con un niño que le habían confiado fue encarcelada por varios meses. No creo que haya hecho algo incorrecto conmigo, pero yo me tomaba libertades con ella. Cuando me metía en su cama, la destapaba y la tocaba, lo cual ella consentía, quieta. No era muy inteligente y evidentemente sentía una gran necesidad sexual. Con 23 años de edad, ya había tenido un hijo, cuyo padre se casó después con ella, de suerte que hoy se titula "señora Hofrat".[5] Suelo verla todavía por la calle.

»Ya a los 6 años padecía de erecciones y sé que una vez acudí a mi madre para quejarme. Sé también que a raíz de

la recuerde por su apellido, que por casualidad se asemeja a un nombre masculino. En los círculos de clase media de Viena, lo común es llamar a una gobernanta por su nombre de pila, y que sea este el que se recuerde. [En la versión original (1909), esta nota comenzaba así: «Mi colega, el doctor Alfred Adler...». Se le dio su presente forma en 1913.]

[4] Más tarde admitirá la probabilidad de que esta escena ocurriera de uno a dos años después.

[5] [En Austria se confería el título de «*Hofrat*» a prominentes médicos, abogados, profesores universitarios, funcionarios públicos, etc.]

ello tuve que superar unos reparos, pues yo vislumbraba el nexo con mis representaciones y mi curiosidad, y por entonces tuve durante algún tiempo la idea enfermiza de que *los padres sabrían mis pensamientos, lo cual me explicaba por haberlos yo declarado sin oírlos yo mismo.* Veo en eso el comienzo de mi enfermedad. Había personas, muchachas, que me gustaban mucho y por quienes yo sentía un urgentísimo deseo de *verlas desnudas.* Pero a raíz de ese desear tenía un *sentimiento ominoso, como si por fuerza habría de suceder algo si yo lo pensaba, y debía hacer toda clase de cosas para impedirlo*».

(Preguntado, indica, como ejemplo de esos temores: «*Mi padre moriría*».) «Pensamientos sobre la muerte del padre me han ocupado desde temprano y por largo tiempo, dándome gran tristeza».

En esta oportunidad escucho asombrado que su padre, por quien se inquietan sus temores obsesivos de hoy [pág. 127], ha muerto hace ya varios años.

Lo que nuestro paciente, en la primera sesión de tratamiento, pinta de su sexto o séptimo año no es sólo, como él opina, el comienzo de la enfermedad, sino ya la enfermedad misma. Una neurosis obsesiva completa a la que no le falta ningún elemento esencial, al mismo tiempo el núcleo y el modelo del padecer posterior, por así decir el organismo elemental cuyo estudio —y sólo él— nos proporcionará la escala para medir la organización compleja de la enfermedad de hoy. Vemos al niño bajo el imperio de un componente pulsional sexual, el placer de ver, cuyo resultado es el deseo, que aflora siempre de nuevo y con mayor intensidad cada vez, de ver desnudas a personas del sexo femenino que le gustan. Este deseo corresponde a la posterior idea obsesiva; si aún no posee carácter obsesivo, se debe a que el yo no se ha puesto todavía en plena contradicción con él, no lo siente como ajeno; no obstante, ya se mueve, desde alguna parte, una contradicción a este deseo, pues regularmente un afecto penoso acompaña su emergencia.[6] Es evidente la presencia de un conflicto en la vida anímica del pequeño concupiscente; junto al deseo obsesivo, un temor obsesivo se anuda estrechamente a aquel: toda vez que piensa algo así, es forzado a temer que suceda {*geschehen*} algo terrible. Eso terrible se viste ya de una característica

[6] ¡Recuérdese que se ha intentado explicar las representaciones obsesivas sin miramiento por la afectividad!

imprecisión, que en lo sucesivo nunca faltará en las exteriorizaciones de la neurosis. Sin embargo, en el niño no es difícil descubrir lo escondido mediante tal imprecisión. Si respecto de cualquiera de esas nebulosas generalidades de la neurosis obsesiva puede alguien averiguar un ejemplo, esté seguro de que eso es lo originario y genuino destinado a ser encubierto por la generalización. El temor obsesivo rezaba, pues, restaurado su sentido: «Si yo tengo el deseo de ver desnuda a una mujer, mi padre tiene que morir». El afecto penoso cobra nítidamente la coloración de lo ominoso, lo supersticioso, y ya origina impulsos a hacer algo para extrañarse de la desgracia, semejantes a los que se impondrán luego en las *medidas protectoras*.

Vale decir: una pulsión erótica y una sublevación contra ella; un deseo (todavía no obsesivo) y un temor (ya obsesivo) que lo contraría; un afecto penoso y un esfuerzo hacia acciones de defensa: el inventario de la neurosis está completo. Y aun hay presente otra cosa: una suerte de *delirio* o *formación delirante* [cf. pág. 174] de raro contenido, a saber, los padres sabrían sus pensamientos porque él los habría declarado sin oírlos él mismo. Difícilmente nos equivoquemos escuchando en este intento de explicación infantil un presentimiento de aquellos asombrosos procesos anímicos que llamamos *inconcientes*, y de los cuales no podemos prescindir para la iluminación científica de este oscuro estado de la cuestión. «Declaro mis pensamientos sin oírlos» suena como una proyección hacia afuera de nuestro propio supuesto, a saber, que él tiene unos pensamientos sin saber nada de ellos: como una percepción endopsíquica de lo reprimido. [Cf. pág. 181.]

Bien claro lo discernimos: esta neurosis elemental infantil tiene ya su problema y su aparente absurdidad como cualquier neurosis complicada de un adulto. ¿Qué querrá decir que el padre tiene que morir si en el niño se mueve aquel deseo concupiscente? ¿Es un mero sinsentido, o hay caminos para comprender esa afirmación, asirla como un resultado necesario de procesos y premisas anteriores?

Si aplicamos a este caso de neurosis infantil unas intelecciones obtenidas en otra parte, no podemos sino conjeturar que también aquí (o sea, antes del sexto año) sobrevinieron vivencias traumáticas, conflictos y represiones, que, si bien cayeron bajo la amnesia, dejaron como residuo ese contenido del temor obsesivo. Luego averiguaremos hasta dónde nos es posible redescubrir esas vivencias olvidadas o construirlas con alguna certeza. Entretanto destaquemos una coincidencia que es probable que no sea in-

diferente: la amnesia infantil de nuestro paciente termina, justamente, con su sexto año [cf. pág. 128].

Por muchos otros casos tengo noticia de un comienzo así para una neurosis obsesiva crónica en la primera infancia, con parecidos deseos concupiscentes a los que se anudan expectativas ominosas y una inclinación a acciones de defensa. Es absolutamente típico, si bien es probable que no sea el único tipo posible. Antes de pasar al contenido de la segunda sesión, digamos todavía unas palabras sobre las vivencias sexuales tempranas del paciente. Difícilmente pueda uno resistirse a calificarlas de muy ricas y eficaces. Pero esto mismo sucede en los otros casos de neurosis obsesiva que yo pude analizar. Nunca se echa de menos aquí, por oposición a la histeria, el carácter de la actividad sexual prematura. En la neurosis obsesiva se discierne, mucho más nítidamente que en la histeria, que los factores constitutivos de la psiconeurosis no deben buscarse en la vida sexual actual, sino en la infantil. La vida sexual presente del neurótico obsesivo puede a menudo parecer por entero normal al explorador superficial; y es frecuente que ofrezca muchos menos aspectos patógenos y anormalidades que en el paciente aquí considerado.

C. El gran temor obsesivo

«Quiero empezar hoy con la vivencia que fue para mí la ocasión directa de acudir a usted. Ocurrió en agosto, durante las maniobras militares en *X*. Antes me encontraba en estado miserable y me había martirizado con toda clase de pensamientos obsesivos que, empero, pronto se retiraron durante las maniobras. Me ha interesado mostrar a los oficiales de carrera que uno no sólo ha aprendido algo, sino que puede aguantar bastante. Un día hicimos una pequeña marcha desde *X*. Durante el alto perdí mis quevedos,* y, aunque me habría resultado fácil encontrarlos, no quise postergar la partida y renuncié a ellos, pero telegrafié a mi óptico de Viena para que a vuelta de correo me enviara unos de remplazo. Durante ese mismo alto, tomé asiento entre dos oficiales; uno de ellos, de apellido checo, estaba destinado a volverse significativo para mí. Tenía yo cierta

* {Este tipo de gafas se designan en alemán «*Zwicker*»; el verbo «*zwicken*» significa «pellizcar», «atenacear», «torturar». Véase nuestra nota al pie de pág. 249.}

angustia ante ese hombre, *pues evidentemente amaba lo cruel.* No quiero afirmar que fuera malo, pero durante el rancho de los oficiales repetidas veces había abogado por la introducción de los castigos corporales, de suerte que yo había debido contradecirlo con energía. Pues bien; en ese alto entablamos plática, y el capitán contó haber leído sobre un castigo particularmente terrorífico aplicado en Oriente. . .».

Aquí se interrumpe, se pone de pie y me ruega dispensarlo de la pintura de los detalles. Le aseguro que yo mismo no tengo inclinación alguna por la crueldad, por cierto que no me gusta martirizarlo, pero que naturalmente no puedo regalarle nada sobre lo cual yo no posea poder de disposición. Lo mismo podía pedirme que le regalara dos cometas. Le dije que la superación de resistencias era un mandamiento de la cura que nos era imposible hacer a un lado. (Yo le había presentado el concepto de «resistencia» al comienzo de esta sesión, cuando el dijo que tenía que superar mucho dentro de sí para comunicar su vivencia.) Prosigo: Pero si puedo hacer algo para colegir cabalmente algo de lo insinuado por él, eso sucederá {*das soll geschehen*}. ¿Acaso se refiere al empalamiento? — «No, eso no, sino que el condenado es atado» (se expresaba de manera tan poco nítida que no pude colegir enseguida en qué postura), «sobre su trasero es puesto un tarro dado vuelta, en este luego hacen entrar *ratas* {*Ratten*}, que» (de nuevo se había puesto de pie y mostraba todos los signos del horror y la resistencia) «*penetraban*». En el ano, pude completar.

En todos los momentos más importantes del relato se nota en él una expresión del rostro de muy rara composición, y que sólo puedo resolver como *horror ante su placer, ignorado* {*unbekennen*} *por él mismo.* Prosigue con todas las dificultades: «En el momento me sacudió *la representación de que eso sucede con una persona que me es cara*».[7] Ante una inquisición directa, indica que no es él mismo quien ejecuta ese castigo, sino que es ejecutado impersonalmente en esa persona. Tras breve conjeturar {*Raten*}, sé que fue la dama por él admirada a quien se refirió aquella «representación».

Interrumpe el relato para asegurarme cuán ajenos y hostiles se le contraponen esos pensamientos, y cuán extraordi-

[7] El dice «representación»; la designación «deseo» o «temor», más fuerte y sustantiva, está evidentemente encubierta por la censura. Por desgracia, no puedo reproducir la peculiar indefinición de todos sus dichos.

naria es la rapidez con que discurre dentro de él todo cuanto sigue anudándose a ellos. Simultánea con la idea, siempre aparece la «sanción», es decir, la medida de defensa que él tiene que seguir para que una fantasía de estas no se cumpla. Cuando el capitán habló de aquel cruel castigo y le afloraron aquellas ideas, consiguió no obstante defenderse *de las dos* con sus fórmulas habituales: un «pero» {«*aber*»} acompañado por un movimiento de aventar algo con la mano, y el dicho: «¡Qué se te ocurre!». [Cf. pág. 176.]

El plural me extrañó, y también al lector le habrá resultado incomprensible. Es que hasta ahora sólo hemos tomado noticia de una idea: que el castigo de las ratas se cumpliría en la dama. Ahora se ve precisado a confesar que al mismo tiempo emergió en él otra idea: que el castigo recae también sobre su padre. Como su padre ha fallecido hace muchos años, este temor obsesivo es muchísimo más disparatado que el primero; de ahí que intente esconder un tiempo más la confesión.

Al atardecer del día siguiente, el mismo capitán le alcanzó un paquete llegado con el correo y le dijo: «El teniente primero A.[8] pagó el rembolso por ti.[9] Debes devolvérselo a él». El paquete contenía los quevedos encargados por vía telegráfica. Pero en ese mismo momento se le plasmó una «*sanción*»: *No devolver el dinero*, de lo contrario sucede aquello (es decir, la fantasía de las ratas se realiza en el padre y la dama). Y según un tipo que le era consabido, en lucha contra esta sanción se elevó enseguida un mandamiento a modo de un juramento: «*Tú debes devolver al teniente primero A. las 3,80 coronas*», cosa que se espetó a sí mismo casi a media voz.

Dos días después terminaron las maniobras. El tiempo trascurrido hasta ese momento lo llenó con empeños por devolver al teniente primero A. esa pequeña suma, en contra de lo cual se elevaban cada vez mayores dificultades de naturaleza en apariencia *objetiva.* Primero intentó realizar el pago por medio de otro oficial que iba a la estafeta de correos, pero se alegró mucho cuando este le restituyó el dinero con la explicación de que no había encontrado ahí al teniente primero A.; en efecto, ese modo de cumplir el juramento no lo satisfacía por no corresponder al texto «*Tú* debes devolver el dinero al teniente pri-

[8] Los nombres son casi indiferentes aquí. [Véase, sin embargo, *infra*, págs. 227-8, *n.* 21.]

[9] [Por el valor de los quevedos. En Austria funcionaba a través del correo el sistema por contrarrembolso.]

mero A.». Por fin se topó con la buscada persona A., pero esta rechazó el dinero observándole que no había desembolsado nada por él; le dijo que no era él, sino el teniente primero B., quien tenía a su cargo el correo. Quedó entonces muy afectado, pues no podía mantener su juramento, dado que su premisa era falsa; y se inventó este raro expediente: Iría a la estafeta postal con los dos señores A. y B., allí A. daría a la señorita que atiende la estafeta las 3,80 coronas, la señorita las daría a B., y él, de acuerdo con el texto del juramento, devolvería a A. las 3,80 coronas.

No me asombrará si el lector no logra entender nada en este punto, pues aun la exposición detallada que el paciente me ofreció sobre los sucesos externos de ese día y sus reacciones frente a ellos adolecía de contradicciones internas y sonaba insalvablemente confusa. Sólo en un tercer relato se logró llevarlo a inteligir esas oscuridades y a aclarar los espejismos del recuerdo y los desplazamientos a que se había entregado. Me ahorro reflejar estos detalles, de los cuales recogeremos pronto lo esencial, y sólo puntualizo que al final de esta segunda sesión se comportó como atolondrado y confundido. Me dio repetidas veces el trato de «señor capitán», probablemente porque al comienzo de la sesión le había señalado que yo no era cruel como el capitán N., ni tenía el propósito de martirizarlo innecesariamente.

En esa misma sesión recibí de él todavía este esclarecimiento: desde el comienzo, aun para todos los temores anteriores de que a sus amados les sucediera algo, ha situado tales castigos no sólo en la temporalidad, sino en la eternidad, en el más allá. Hasta sus 14 o 15 años había sido escrupulosamente religioso, y a partir de entonces se había desarrollado hasta su actual condición de librepensador. Sostiene allanar la contradicción diciéndose: «¿Qué sabes tú de la vida en el más allá? ¿Qué saben los otros de eso? Y como no se puede saber nada, tú no arriesgas nada; por lo tanto, hazlo». Este hombre, en lo demás muy perspicaz, considera inobjetable esta manera de razonar, y, así, saca partido de la incertidumbre de la razón sobre este problema en favor de la cosmovisión piadosa superada.

En la tercera sesión, él completa el relato, muy característico, de sus empeños por cumplir el juramento obsesivo: al anochecer se realizó la última reunión de los oficiales antes que concluyeran las maniobras. A él le tocó agradecer

el brindis por «los oficiales de la reserva». Habló bien, pero como un sonámbulo, pues en el trasfondo lo asediaba de continuo su juramento. Esa noche fue tremenda; argumentos y contraargumentos se peleaban entre sí; el principal argumento era, desde luego, que la premisa de su juramento, el pago que el teniente primero A. hiciera por él, era incorrecta. Pero se consolaba diciéndose que la ocasión no había pasado, pues A. acompañaría hasta cierto lugar la cabalgata que mañana llegaría hasta la estación ferroviaria P.,[10] de suerte que tendría tiempo para pedirle el favor.* Ahora bien, no lo hizo; dejó que A. hiciera conversión hacia su destino, pero dio a su asistente el encargo de anunciarle su visita para después del mediodía. El mismo llegó a las nueve y media de la mañana a la estación ferroviaria, despachó su equipaje, hizo toda clase de diligencias en la pequeña ciudad y se propuso visitar acto seguido a A. La aldea donde A. estaba estacionado distaba una hora de carruaje desde la ciudad P. El viaje en ferrocarril al sitio donde se encontraba la estafeta postal [Z.] habría insumido tres horas; pensó, pues, que, tras realizar su complicado plan, llegaría a tiempo para tomar el tren para Viena que partía de P. al atardecer. Las ideas que se combatían en él rezaban, por un lado: era sin duda una cobardía de su parte; evidentemente sólo quería ahorrarse la incomodidad de pedir ese servicio a A. y aparecer como un loco ante él, y por eso quebrantaba su juramento; por el otro lado: era, al contrario, una cobardía cumplir el juramento, pues así sólo quería procurarse paz ante las representaciones obsesivas. Cuando, en una reflexión, los argumentos se equilibran de ese modo en la balanza, él tiene el hábito de dejarse empujar por sucesos casuales como si fueran juicios de Dios. Por eso dijo «Sí» cuando un changador le preguntó en la estación ferroviaria: «¿Para el tren de las diez, señor teniente?»; partió de viaje a las diez, y así logró crear un *fait accompli* que le trajo mucho alivio. Del camarero del vagón restaurante tomó una tarjeta para la *table d'hôte*. En la primera estación se le ocurrió de pronto: «Ahora puedo descender todavía, esperar el tren contrario, viajar con este a P. y al lugar donde para el teniente primero A., hacer con él el viaje por ferrocarril de tres horas hasta la estafeta postal, etc.». Sólo el miramiento por la palabra que había dado al camarero lo disuadió de ejecutar este propó-

10 [Según los «Apuntes originales», este lugar era Przemysl.]
* {Remitimos al lector al diagrama de pág. 166 para seguir este párrafo con más facilidad.}

sito; pero no lo resignó, sino que desplazó el descenso para una estación posterior. Así pasó de estación en estación hasta llegar a una en la que le pareció imposible el descenso porque allí tenía parientes, y se resolvió a seguir viaje hasta Viena, buscar allí a su amigo, exponerle el caso y, según su decisión, viajar de vuelta a P. con el tren nocturno. A mi duda sobre la congruencia de ello, me salió al paso aseverando que entre la llegada de un tren y la partida del otro habría tenido media hora libre. Pero, una vez en Viena, no encontró a su amigo en la posada donde había esperado hallarlo; sólo a las once de la noche llegó a la vivienda de él y esa misma noche le expuso su caso. El amigo se hizo cruces de que todavía pudiera dudar de si era una representación obsesiva, lo tranquilizó por esa noche, de suerte que durmió muy bien, y a la mañana siguiente lo acompañó al correo para devolver las 3,80 coronas... a la dirección de la estafeta postal, ahí mismo donde había llegado el paquete con los quevedos.

Esta última comunicación me proporcionó el punto de apoyo para desenredar las desfiguraciones de su relato. Si él, llamado a la reflexión por su amigo, no envió la pequeña suma al teniente primero A. ni al teniente primero B., sino directamente a la estafeta postal, era fuerza que supiera, y lo supiera ya antes de partir de viaje, que *no era otra que la empleada del correo* su acreedora del rembolso. En efecto, se averiguó que lo había sabido ya antes del reclamo del capitán y de su propio juramento, pues ahora se acordaba de que algunas horas antes del encuentro con el capitán cruel tuvo oportunidad de presentarse a otro capitán, quien le comunicó la verdadera situación. Este oficial, al escuchar su apellido, le contó que poco antes había estado en la estafeta postal y la señorita encargada de ella le preguntó si conocía a un teniente L. (nuestro paciente), para quien había llegado un paquete por contrarrembolso. Respondió negativamente, pero la señorita dijo tener confianza en el teniente desconocido y que entretanto ella misma abonaría el porte. De esta manera entró nuestro paciente en posesión de los quevedos. El capitán cruel cometió un error cuando al poner en sus manos el paquete le indicó que devolviera a A. las 3,80 coronas. Y nuestro paciente no podía menos que saber que era un error. A pesar de ello, se hizo el juramento basado en ese error, juramento que por fuerza se le convertiría en un martirio. Se había escamoteado a sí mismo, y a mí en el relato, el episodio del otro capitán y la existencia de la señorita confiada. Convengo en que tras esta rectificación su comportamiento se

vuelve todavía más disparatado e incomprensible de lo que era antes.

Tras abandonar a su amigo y volver al seno de su familia, lo asaltaron de nuevo las dudas. Es que los argumentos de su amigo no eran otros que los suyos propios, y no se engañaba sobre el hecho de que su tranquilización temporaria era atribuible sólo al influjo personal del amigo. La decisión de acudir a un médico fue entretejida en el delirio de la habilidosa manera siguiente: Se haría extender por un médico un certificado según el cual necesitaba, para restablecerse, de ese acto que meditaba con el teniente primero A., y este se dejaría mover por el certificado a aceptarle las 3,80 coronas. El azar de haberle caído por entonces en las manos un libro mío guió hacia mí su elección. Pero conmigo no se podía ni hablar de aquel certificado; muy razonable, sólo pidió ser liberado de sus representaciones obsesivas. Muchos meses después, en el apogeo de la resistencia, volvió a aflorarle la tentación de viajar, no obstante, hasta P., buscar allí al teniente primero A. y escenificar con él la comedia de la devolución del dinero.

D. La introducción en el entendimiento de la cura

No se espere saber tan pronto qué tengo para aducir sobre la aclaración de estas representaciones obsesivas de raro sinsentido (las representaciones acerca de las ratas); la técnica psicoanalítica correcta ordena al médico sofocar su curiosidad y deja al paciente la libre disposición sobre la secuencia de los temas en el trabajo. Por eso, en la cuarta sesión recibí al paciente con la pregunta: «¿Cómo proseguirá hoy usted?».

«Me he resuelto a comunicarle algo que tengo por muy sustantivo y que me martiriza desde el comienzo». Relata ahora con mucha amplitud la historia de la enfermedad de su padre, muerto de enfisema nueve años atrás. Un atardecer, en la creencia de que se trataba de un estado de crisis, preguntó al médico cuándo podría considerarse superado el peligro. La respuesta fue: «Pasado mañana al atardecer». No se le pasó por la mente que el padre podría no sobrevivir a ese plazo. A las once y media de la noche se fue a la cama por una hora, y cuando despertó a la una se enteró por un amigo médico de que su padre había muerto Se hizo

el reproche de no haber estado presente en el momento de la muerte, reproche que se reforzó al comunicarle la enfermera que en los últimos días su padre había pronunciado una vez su nombre y le había preguntado, cuando ella se le acercaba: «¿Es Paul?». Creyó haber notado que su madre y sus hermanas querían hacerse parecidos reproches; pero no hablaron sobre ello. Ahora bien, al comienzo el reproche no era martirizador; durante largo tiempo no se hizo cargo del hecho de su muerte; una y otra vez le ocurría decirse, tras escuchar un buen chiste: «Tienes que contárselo a tu padre». También su fantasía jugaba con el padre, de suerte que a menudo, cuando golpeaban a la puerta, pensaba: «Ahora viene mi padre». Cuando entraba en una habitación esperaba hallar ahí al padre, y por más que nunca olvidara el hecho de la muerte, la expectativa de esa aparición fantasmal no tenía para él nada de terrorífico, sino que era algo en extremo deseado. Sólo un año y medio después el recuerdo de su omisión despertó y empezó a martirizarlo horriblemente, a punto tal de tacharse de criminal. Ocasionamiento de ello fue la muerte de una tía política y la visita que él hizo a la casa mortuoria. A partir de ahí añadió a su edificio de pensamientos la perduración en el más allá. Una seria incapacidad para el trabajo fue la consecuencia inmediata de este ataque.[11] Como él cuenta que sólo los consuelos de su amigo lo habrían sostenido entonces, pues siempre le rechazaba esos reproches por muy exagerados, yo me valgo de esta ocasión para proporcionarle la primera visión sobre las premisas de la terapia psicoanalítica. Cuando existe una *mésalliance** [12] entre contenido de representación y afecto, o sea entre magnitud del reproche y ocasión de él, el lego diría que el afecto es demasiado grande para la ocasión, vale decir, exagerado; y que, por tanto, es falsa la conclusión extraída del reproche, la de ser un criminal. Por el contrario, el médico dice: «No, el afecto está justificado; la con-

[11] Después, por una descripción más precisa de la ocasión, se pudo entender este influjo. El tío que acababa de enviudar había exclamado, a modo de lamentación: «Otros maridos se lo permiten todo, ¡y yo he vivido sólo para esta mujer!». Nuestro paciente supuso que el tío aludía a su padre y ponía bajo sospecha su fidelidad marital, y aunque el tío rechazó con la mayor decisión esta interpretación de sus palabras, su efecto ya no se pudo cancelar.

* {Literalmente, «casamiento desigual» entre personas de distinta posición social.}

[12] [El siguiente examen del desplazamiento de afecto guarda estrecho paralelismo con el del primer artículo de Freud sobre «Las neuropsicosis de defensa» (1894*a*), *AE*, **3**, págs. 53 y sigs., donde se emplea la expresión «enlace falso» con el mismo sentido que aquí.]

ciencia de culpa no es susceptible de ulterior crítica, pero aquel pertenece a otro contenido que no es consabido (es *inconciente*) y que es preciso buscar primero. El contenido de representación consabido sólo ha caído en este lugar en virtud de un enlace falso {*falsche Verknüpfung*}. Ahora bien, no estamos habituados a registrar en nosotros afectos intensos sin contenido de representación, y por eso, cuando este falta, acogemos como subrogado otro que de algún modo convenga; es lo que hace nuestra policía: si no puede atrapar al verdadero asesino, aprisiona en su lugar a uno falso. Sólo el hecho del enlace falso puede explicar la impotencia del trabajo lógico contra la representación torturante». Y concluyo admitiendo que de esta nueva concepción derivan al comienzo enigmas mayores, pues, ¿cómo daría él la razón a su reproche de haber cometido un crimen contra el padre, si sabía muy bien que en verdad nunca había incurrido en algo criminal contra él?

Muestra luego, en la sesión siguiente, gran interés por mis exposiciones, pero se permite alegar alguna duda: ¿Cómo, en verdad, puede producir efecto curativo la comunicación de que tiene razón el reproche, la conciencia de culpa? — No es esa comunicación la que produce tal efecto, sino el descubrimiento del contenido ignorado {*unbekannt*}, al cual pertenece el reproche. — Pues sí, a eso justamente se refiere su pregunta. — Yo ilustro mis breves indicaciones sobre el *distingo psicológico de lo conciente respecto de lo inconciente*, sobre el desgaste a que está sometido todo lo conciente, mientras que lo inconciente es relativamente inmutable, mediante una referencia a las antigüedades colocadas en mi consultorio. Le digo que en verdad son sólo exhumaciones, que el enterramiento ha significado para ellas la conservación: Pompeya sólo se ha ido al fundamento {*zugrunde gehen*} ahora, después de descubierta. — Me pregunta, además, si existe una garantía para el comportamiento que uno haya de adoptar frente a lo hallado. Algunos, cree él, [procederán] de modo de superar luego el reproche, mientras que otros no. — No, está en la naturaleza de las constelaciones que el afecto sea superado luego, las más de las veces ya durante el trabajo. Es que a Pompeya uno se esfuerza por conservarla, en cambio uno quiere a toda costa librarse de tales ideas torturantes. — El se ha dicho que un reproche puede nacer sólo si se violan las leyes éticas más genuinas de la persona, no las leyes externas. (Lo corroboro; quien viola meramente estas últimas suele sentirse

un héroe.) Un proceso así —continúa él—, entonces, sólo es posible mediando una *desagregación de la personalidad*, que haya existido desde el comienzo. ¿Que si él recuperará la unidad de la personalidad? En este caso se atreve a lograr mucho, quizá más que otros. — Yo, sobre lo que ha dicho: Estoy totalmente de acuerdo con esa escisión de la personalidad; él no tiene más que soldar esta nueva oposición, entre la persona ética y el mal, con la anterior oposición entre conciente e inconciente. La persona ética es lo conciente, la mala es inconciente.[13] — Dice acordarse de que, si bien se tiene por una persona ética, con toda seguridad en su *infancia* ha hecho cosas que partían de la otra persona. — Yo entiendo que ahí, de pasada, él ha descubierto un carácter principal de lo inconciente: el vínculo con lo *infantil*. Le digo que lo inconciente es lo infantil, y es aquella pieza de la persona que en aquel tiempo se separó de ella, no ha acompañado el ulterior desarrollo y por eso ha sido *reprimida* {suplantada}. Los retoños de eso inconciente reprimido son los elementos que sostienen al pensar involuntario en que consiste el padecer de él. Y ahora —le digo— puede descubrir otro carácter de lo inconciente; pero me gustaría dejarle a él ese descubrimiento. — No halla de manera directa nada más; en cambio, exterioriza la duda de que se pueda deshacer unas alteraciones existentes desde tanto tiempo atrás. En especial, ¿qué se pretendería hacer contra la idea del más allá, que, empero, no es refutable por vía de la lógica? — Yo no le pongo en entredicho la gravedad de su caso ni la significación de sus construcciones, pero le digo que su edad es muy favorable, y es favorable también lo intacto de su personalidad; con esto le doy un juicio aprobatorio sobre él, cosa que le produce visible contento.

En la sesión siguiente empieza diciendo que tiene que relatar algo, un hecho de su infancia. Como ya contó [pág. 130], después de los siete años había tenido la angustia de que sus padres le colegían los pensamientos, angustia que en verdad —dice— le ha persistido el resto de su vida. A los doce años de edad amaba a una niña, hermana de un amigo (preguntado, dice que no con un amor sensual, no quería verla desnuda, era demasiado pequeña), pero ella no era con él todo lo tierna que él deseaba. Y entonces le acudió la idea de que ella le mostraría amor si a él le ocurría una

[13] Nada de esto es correcto sino aproximativamente, pero basta para una primera introducción.

desgracia; se le puso en la cabeza que esta podía ser la muerte de su padre. Rechazó esta idea enseguida y enérgicamente. Aun ahora se defiende de la posibilidad de haber exteriorizado con ello un «deseo». Es que fue sólo una «conexión de pensamiento».[14] — Yo le objeto: Si no era un deseo, ¿por qué la revuelta? — Bueno, sólo por el contenido de la representación: que mi padre pueda morir. — Yo: Trata a ese texto como a uno de lesa majestad; según es sabido, se castiga igual que alguien diga «El emperador es un asno» o que disfrace así esas palabras prohibidas: «Si alguien dice. . . , tendrá que habérselas conmigo». Yo podría, inobjetablemente, ponerle el contenido de representación contra el cual se revolvía dentro de un contexto que excluyera esa revuelta. Por ejemplo: «Si mi padre muere, me mataré sobre su tumba». — Queda tocado, pero no resigna su contradicción, por lo cual interrumpo la querella puntualizando que la idea de la muerte del padre sin duda no se presentó por primera vez en ese caso; es evidente que venía de antes, y en algún momento nos veríamos obligados a rastrear su origen. — Sigue contando que idéntico pensamiento le acudió una segunda vez como un relámpago medio año antes de la muerte de su padre.[15] Ya estaba enamorado de aquella dama, pero a causa de impedimentos materiales no podía pensar en una unión. Este fue el texto de la idea: *Por la muerte del padre, acaso él se vuelva tan rico que pueda casarse con ella.* Después fue tan lejos en su defensa contra esa idea que deseó que el padre no dejara nada en herencia a fin de que ninguna ganancia le compensara esa terrible pérdida. Una tercera vez le acudió la misma idea, aunque muy atemperada, el día anterior a la muerte del padre. Pensó: «Ahora es posible que pierda al ser a quien más amo»; y contra eso vino la contradicción: «No, existe todavía otra persona cuya pérdida te sería aún más dolorosa».[16] Dice asombrarse mucho por estos pensamientos, pues está totalmente seguro de que la muerte del padre nunca puede haber sido objeto de su deseo; siempre fue un temor. — Tras este dicho, declarado por él con intensidad plena, considero adecuado exponerle otro pequeño fragmento de la teoría. Esta sostiene que semejante angustia corresponde a un *deseo* que una vez se tuvo, ahora reprimido; por eso uno no puede menos que suponer exactamente lo contrario de lo que él asegura. Ade-

[14] No sólo el neurótico obsesivo se da por contento con tales eufemismos.

[15] Diez años atrás.

[16] Aquí se muestra de manera inequívoca una oposición entre las dos personas amadas, padre y «dama».

más, ello armoniza con el reclamo de que lo inconciente deba ser el opuesto contradictorio de lo conciente. — El queda muy agitado, muy incrédulo, y le asombra que fuera posible en él ese deseo, siendo que su padre era para él el más amado de los hombres. No admitía dudas en cuanto a que habría renunciado a toda dicha personal si de ese modo hubiera podido salvar la vida de su padre. — Yo respondo que justamente ese amor intenso es la condición del odio reprimido. En el caso de personas indiferentes —prosigo—, sin duda le ha de resultar fácil mantener en coexistencia los motivos para una simpatía moderada y una antipatía también regular; por ejemplo, si es funcionario y acerca de su jefe de oficina piensa que es *un superior agradable, pero* un mal jurista y un juez inhumano. Por lo demás, algo parecido dice Bruto sobre César, en Shakespeare (acto III, escena 2): «Porque César me amó, lloro por él; porque fue afortunado, regocíjome; porque fue valiente, lo venero; mas porque fue ambicioso lo maté».[17] Y este dicho ya nos produce extrañeza porque nos hemos representado más intensa la afección de Bruto por César. Y respecto de una persona más allegada, por ejemplo su esposa, se afanaría él por tener una sensación unitaria y por eso, como universalmente ocurre en los seres humanos, descuidaría los defectos que pudieran provocar su antipatía, dejaría de verlos, como si estuviera ciego. Es entonces —prosigo— el mismo gran amor el que no admite que el odio (caricaturescamente así designado), que por fuerza ha de tener alguna fuente, permanezca conciente. Cierto que es un problema averiguar de dónde proviene este odio; sus propios enunciados apuntaron a la época en que temía que los padres coligieran sus pensamientos. Además, uno puede preguntar por qué el gran amor no ha podido extinguir al odio, como solemos ver que ocurre en el caso de mociones opuestas. Sólo cabe suponer que el odio se conecta con una fuente, con una ocasión, de suerte que ello lo vuelve indestructible. Así, por un lado, un nexo de esa índole protegería del sepultamiento al odio contra el padre, y por el otro, el gran amor le impediría devenir-conciente, de modo que sólo le restaría la existencia en lo inconciente, desde donde, empero, puede por momentos esforzar hacia adelante {*vordrängen*}, como un relámpago.

Admite que todo lo escuchado es muy atendible y verosímil, pero, desde luego, no muestra huella alguna de con-

[17] [Estas mismas palabras de *Julio César* desempeñaron un importante papel en las asociaciones de Freud a uno de sus propios sueños. Cf. *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 424.]

vencimiento.[18] Le gustaría preguntar cómo es que una idea así puede hacer pausas, acudir por un momento a los 12 años de edad, luego a los 20, y dos años después de nuevo para perseverar desde entonces. Dice no poder creer que entretanto la hostilidad se haya extinguido; no obstante, en las pausas él no ha registrado reproches. — Yo, sobre eso: Si alguien plantea una pregunta así, ya tiene aprontada la respuesta. No hay más que dejarlo seguir hablando. — Prosigue él entonces, sin aparente conexión: Que ha sido el mejor amigo de su padre, como este de él; salvo unos pocos ámbitos donde padre e hijo solían disentir (¿a qué se referirá?), la intimidad entre ellos ha sido mayor que la que ahora él tiene con su mejor amigo. Es cierto que ha amado mucho a aquella dama por cuya causa relegó al padre en la idea, pero con relación a ella nunca movió unos genuinos deseos sensuales, como los que llenaron su infancia; sus mociones sensuales —dice— han sido mucho más intensas en la niñez que en la pubertad. — Yo entiendo que acaba de dar la respuesta que aguardábamos, y descubierto, al mismo tiempo, el tercer carácter importante de lo inconciente [pág. 141]. La fuente de la cual la hostilidad contra el padre obtiene su indestructibilidad pertenece evidentemente, por su naturaleza, a los *apetitos sensuales*, a raíz de los cuales ha sentido al padre, de algún modo, como *perturbador*. Y le digo que un conflicto así entre sensualidad y amor infantil es harto típico. Las pausas se dieron en él porque a consecuencia de la prematura explosión de su sensualidad le sobrevino al comienzo una considerable contención de ella. Sólo cuando volvieron a instalársele unos intensos deseos enamorados aquella hostilidad reafloró desde la situación análoga. Por otra parte, hago que me confirme que no lo he guiado yo al tema infantil ni al sexual, sino que él ha dado en ambos de manera autónoma. — Pregunta ahora por qué, en su época de enamoramiento de la dama, no decidió simplemente entre sí que la perturbación de ese amor por obra del padre no podía pesar nada contra su amor a este. — Yo respondí: Es apenas posible matar a alguien *in absentia*. Para posibilitar aquella decisión habría sido forzoso que el deseo objetado le acudiese por primera vez;

[18] Producir convencimiento nunca es el propósito de tales discusiones. Sólo están destinadas a introducir en la conciencia los complejos reprimidos, a avivar la lucha en torno de ellos sobre el terreno de la actividad anímica inconciente y a facilitar la emergencia de material nuevo desde lo inconciente. El convencimiento sólo sobreviene después que el enfermo ha reelaborado el material readquirido, y mientras sea oscilante corresponde considerar que el material no ha sido agotado.

pero era un deseo *reprimido de antiguo*, frente al cual no podía comportarse de otro modo que antes, y por eso permanecía sustraído del aniquilamiento. El deseo (de eliminar al padre como perturbador) se había generado sin duda en épocas en que las constelaciones eran de todo punto diversas: quizá no amara entonces al padre con más intensidad que a la persona anhelada sensualmente, o bien no era capaz de tomar una decisión clara; fue en su muy temprana niñez, antes del sexto año, cuando se le instaló su recuerdo continuado, y esto pudo haber permanecido así para todos los tiempos. — Con esta construcción concluye provisionalmente la elucidación. [Cf. pág. 161.]

En la sesión siguiente, la séptima, él retoma el mismo tema. Dice no poder creer que haya tenido alguna vez ese deseo contra el padre. Se acuerda de una novela corta de Sudermann,[19] que le produjo honda impresión; en ella, una mujer sentía, junto al lecho de su hermana enferma, el deseo de que muriera para poder casarse con el marido de esa hermana. Luego se da muerte porque no merece vivir tras tamaña vulgaridad. El dice comprenderlo, y que sería bien justo si hubiera de perecer {*zugrunde gehen*; «irse al fundamento»} a raíz de su pensamiento, pues no merece otra cosa.[20] — Es para nosotros algo consabido, señalo yo, que a los enfermos su padecer les procura una cierta satisfacción, de suerte que en verdad todos se muestran parcialmente renuentes a sanar. No ha de perder de vista, le digo, que un tratamiento como el nuestro se realiza bajo *continuas resistencias*; y que yo se lo recordaré una y otra vez.

Quiere hablar ahora de una acción criminal en la que no se reconoce, pero que recuerda con toda precisión. Cita una sentencia de Nietzsche: «*"Yo lo he hecho" —dice mi memoria—; "yo no puedo haberlo hecho" —dice mi orgullo, y se mantiene inflexible—. Al fin... cede la memoria*».[21] «En esto, pues, no ha cedido mi memoria». — Justamente porque usted obtenía placer de sus reproches para el autocastigo. —

19 [La titulada *Geschwister* {Hermanos}.]

20 La conciencia de culpa contiene la contradicción más manifiesta a su inicial «No» (que nunca tuvo el mal deseo contra el padre). Es este un tipo frecuente de reacción frente a lo reprimido que devino notorio, a saber, que al primer «No» de la desautorización le siga enseguida la corroboración, al comienzo indirecta. [Véase el trabajo de Freud, muy posterior, sobre «La negación» (1925*h*) y las dos primeras secciones de «Construcciones en el análisis» (1937*d*).]

21 *Jenseits von Gut und Böse* {Más allá del bien y del mal}, IV, 68.

«Con mi hermano menor —ahora estoy en excelentes términos con él; me preocupa mucho porque quiere concertar un casamiento que yo tengo por un disparate; ya he tenido la idea de viajar hasta allí {*hinreisen*} y dar muerte a esa persona para que no pueda casarse con ella— he reñido mucho cuando niño. Fuera de eso {*daneben*}, nos queríamos mucho y éramos inseparables, pero evidentemente yo estaba gobernado por los celos, pues él era el más fuerte, el más bello y por eso el preferido». — Ya ha comunicado usted una escena así de celos con la señorita Lina [pág. 129]. — «Entonces, tras una oportunidad así, sin duda antes de los 8 años, pues aún no iba a la escuela, a la que ingresé a los 8 años de edad, hice lo siguiente: Teníamos unas escopetas de juguete, del tipo consabido; cargué la mía con el taco, le dije que debía mirar adentro del caño, pues vería algo, y cuando se puso a mirar adentro yo disparé. Le dio en la frente y no le hizo nada, pero mi propósito había sido causarle grave daño. Me puse entonces totalmente fuera {*ausser*} de mí, me arrojé al suelo y me pregunté: "¿Cómo he podido hacer eso?". Pero lo hice». — Aprovecho la ocasión para pleitear en favor de mi causa. Si ha conservado en la memoria un hecho así, tan ajeno a él, no puede poner en entredicho la posibilidad de que en años todavía anteriores haya ocurrido contra el padre algo parecido, que hoy ya no recuerda. — Sabe aún de otras mociones de la manía de venganza contra aquella dama a quien tanto adora, y de cuyo carácter traza una entusiasmada pintura. Quizás ella no puede amar ligeramente, se reserva toda para aquel al que habrá de pertenecer alguna vez; a él no lo ama. Cuando estuvo seguro de ello, se le plasmó una fantasía conciente: se haría muy rico, se casaría con otra, y luego visitaría con ella a la dama para mortificarla. Pero ahí se le frustró la fantasía, pues debió confesarse que la otra, la esposa, le resultaba por completo indiferente; sus pensamientos se enredaron y al final se le volvió claro que esa otra debía morir. También en esta fantasía encuentra, como en el atentado contra el hermano, el carácter de la *cobardía*, que le parece tan horroroso.[22] — En la plática que sigue le argumento que desde el punto de vista lógico no puede menos que declararse no responsable por esos rasgos de carácter, pues todas esas mociones reprobables provenían de la vida infantil, corresponderían a los retoños del carácter infantil que perviven en lo inconciente, y él bien sabe que para el niño no rige la responsabilidad ética. Sólo en el curso

[22] Esto hallará luego su explicación. [Cf. pág. 161.]

del desarrollo se genera, a partir de la suma de las disposiciones del niño, el hombre éticamente responsable.[23] Pero él pone en duda que todas sus mociones malas sean de ese origen. Le prometo demostrárselo en el curso de la cura.

Consigna todavía que la enfermedad se ha acrecentado enormemente desde la muerte de su padre, y yo le doy la razón en tanto reconozco al duelo por el padre como la principal fuente de la intensidad de aquella. El duelo ha hallado en la enfermedad una expresión patológica, por así decir. Mientras que un duelo normal trascurre en uno o dos años, uno patológico como el suyo es de duración ilimitada.

Hasta aquí llega lo que puedo referir en detalle y en su secuencia sobre este historial clínico. Coincide más o menos con la parte expositiva del tratamiento, que abarcó unos once meses.

E. Algunas representaciones obsesivas y su traducción

Como es notorio, las representaciones obsesivas aparecen inmotivadas o bien sin sentido, en un todo como el texto de nuestros sueños nocturnos; y la tarea inmediata que plantean consiste en impartirles sentido y asidero dentro de la vida anímica del individuo, de suerte que se vuelvan inteligibles y aun evidentes. En esta tarea de traducción nunca hay que dejarse despistar por la apariencia de que sería imposible alcanzar una solución; aun las más locas y peregrinas ideas obsesivas se pueden solucionar con el debido ahondamiento. Ahora bien, se lo consigue situándolas dentro de un nexo temporal con el vivenciar del paciente, vale decir, explorando la primera emergencia de cada idea obsesiva y las circunstancias externas bajo las cuales suele repetirse. En el caso de ideas obsesivas que, como es tan frecuente, no alcanzan existencia duradera, el trabajo de solución se simplifica en consonancia. Es fácil convencerse de que tras descubrir el nexo de la idea obsesiva con el vivenciar del paciente, nuestra intelección obtiene pleno acceso a todo cuanto pueda restar de enigmático y digno de ser conocido en el producto

23 Sólo aduzco tales argumentos para volver a comprobar cuán impotentes son. No entiendo cómo otros psicoterapeutas pueden informar que combaten exitosamente a las neurosis con semejantes armas.

patológico: su significado {*Bedeutung*; «intencionalidad»}, el mecanismo de su génesis, su descendencia de las fuerzas pulsionales psíquicas decisivas.

Empiezo con un ejemplo, que ofrece una particular trasparencia, del *impulso suicida*, muy frecuente en nuestro enfermo; a poco andar, se analiza por sí solo ya en su exposición: Perdió algunas semanas en el estudio a raíz de la ausencia de su dama, que había partido de viaje para cuidar a su abuela gravemente enferma. En mitad del más ahincado estudio se le ocurrió: «El mandamiento de presentarte en el primer plazo posible de examen dentro del semestre se puede admitir. Pero, ¿qué pasaría si te viniese el mandamiento de cortarte el cuello con una navaja de afeitar?». Al punto se dio cuenta de que tal mandamiento ya estaba promulgado, se precipitó al armario para tomar la navaja de afeitar, y en eso se le ocurrió: «No, no es tan simple. Tú tienes[24] que viajar hasta allí {*hinreisen*} y matar a la anciana señora». Cayó al suelo despavorido.

El nexo de esa idea obsesiva con el vivenciar está contenido aquí en el introito del informe. Su dama estaba ausente mientras él se empeñaba en estudiar para un examen a fin de poder unirse antes con ella. Así las cosas, mientras estudiaba lo asaltó la añoranza por la ausente, y el pensamiento sobre la razón de su ausencia. Y entonces sobrevino algo que en un hombre normal habría sido quizás una moción de despecho contra la abuela: «¡Justo ahora tenía que enfermarse la anciana, ahora que yo la añoro tan terriblemente!». Pues bien, en nuestro paciente uno tiene que suponer algo parecido, pero mucho más intenso: un ataque de furia inconciente que simultáneamente con la añoranza pudo vestirse en esta exclamación: «¡Oh, me gustaría viajar hasta allí {*hinreisen*} y matar a la anciana que me roba a mi amada!». A eso sigue el mandamiento: «Mátate a ti mismo como autocastigo por semejantes concupiscencias de furia y de muerte», y todo el proceso marcha, bajo el más violento afecto, en *secuencia invertida* —el mandamiento de castigo adelante, al final la mención de la concupiscencia punible— en la conciencia del enfermo obsesivo. No creo que este ensayo de explicación pueda parecer forzado o haya dado cabida a muchos elementos hipotéticos.

Otro impulso, de más prolongada persistencia, a un suicidio por así decir indirecto no resultó tan fácil de esclarecer porque pudo esconder su vínculo con el vivenciar tras una de las asociaciones extrínsecas que tan chocantes aparecen a

[24] Aquí yo completo: «antes».

nuestra conciencia. Cierto día, durante unas vacaciones veraniegas, le vino de pronto la idea de que era demasiado gordo {*dick*} y debía *adelgazar*. Empezó a levantarse de la mesa antes de los postres, a correr por la calle sin sombrero bajo el solazo de agosto y a subir luego los montes a paso de carga, hasta que debía detenerse bañado en sudor. Por otra parte, una vez salió a la luz sin disfraz el propósito suicida detrás de esta manía de adelgazar: encontrándose sobre una escarpada ladera, de pronto le fue pronunciado el mandamiento de saltar abajo, lo cual le habría significado una muerte segura. La solución de este actuar obsesivo sin sentido sólo se le ofreció a nuestro paciente cuando se le ocurrió, de pronto, que por aquel tiempo también la dama amada se hallaba en ese lugar de veraneo, pero en compañía de un primo inglés que se ocupaba mucho de ella y de quien él estaba muy celoso. El primo se llamaba Richard y, como es de uso universal en Inglaterra, lo llamaban *Dick* {en alemán, «gordo»}. Ahora bien, lo quería matar a este Dick, estaba mucho más celoso y furioso contra él de lo que podía confesarse, y por eso se impuso como autocastigo la pena de aquella cura de adelgazamiento. Por diferente que parezca este impulso obsesivo del anterior mandamiento suicida directo, ambos comparten un rasgo sustantivo: su génesis como reacción frente a una ira enorme, no aprehensible por la conciencia, contra una persona que aparece como perturbadora del amor.[25]

Pero otras representaciones obsesivas, orientadas también a la amada, permiten discernir un mecanismo y una descendencia pulsional diversos. En la época en que su dama estaba presente en ese lugar de veraneo, además de aquella manía de adelgazamiento produjo toda una serie de actividades obsesivas que, al menos en parte, se referían directamente a la persona de ella. Cierta vez que viajaba con ella en un barco en tanto arreciaba un fuerte viento, se vio obligado a constreñirla a que se pusiera la capa de él porque se le había plasmado el mandamiento «*que no le suceda nada*».[26] Era una suerte de compulsión {*Zwang*} protectora que dio

25 En la neurosis obsesiva no es ni por asomo tan frecuente ni tan poco cuidadoso como en la histeria el uso de nombres y palabras para establecer el enlace entre los pensamientos inconcientes (mociones, fantasías) y los síntomas. No obstante, respecto del nombre «Richard» recuerdo otro ejemplo de un enfermo analizado hace mucho tiempo. Luego de una querella con su hermano, empezó a meditar cómo podía aligerarse de su riqueza, no quería saber nada más con el dinero, etc. Su hermano se llamaba Richard («*richard*» es, en francés, un «ricachón»).

26 Complétese: «de lo cual él pudiera ser culpable».

también otros frutos. En una oportunidad, estando juntos en medio de una tormenta, le sobrevino la *compulsión de tener contado** hasta 40 o 50 entre rayo y trueno, sin que acertara a entenderlo. El día que ella partió, él tropezó contra una piedra de la calle, y se vio *obligado* a removerla porque le vino la idea de que dentro de unas horas el carruaje de ella pasaría por la misma calle y podría dañarse con esa piedra, pero algunos minutos después se le ocurrió que eso era un disparate, y se vio *obligado* a regresar y volver a poner la piedra otra vez en su anterior lugar en medio de la calle. Tras la partida de ella, se apoderó de él una *compulsión de comprender* que lo volvió insoportable para todos los suyos. Lo constreñía a comprender con exactitud cada sílaba que alguien le dijera, como si de otro modo se le escapase un gran tesoro. Así, preguntaba siempre: «¿Qué acabas de decir?». Y cuando se lo repetían, él creía que la primera vez había sonado diferente, y quedaba insatisfecho.

Todos estos productos de la enfermedad dependen de un episodio que en ese tiempo dominaba su relación con la amada. Cuando se despidió de ella en Viena antes del veraneo, interpretó uno de sus dichos como si quisiera desmentirlo ante los circunstantes, lo cual lo hizo muy desdichado. En el lugar de veraneo hubo oportunidad para declararse {franquearse}, y entonces la dama pudo demostrarle que con aquellas palabras que él había entendido mal quiso más bien preservarlo del ridículo. Esto le devolvió la dicha. La compulsión de comprender contiene la más nítida referencia a ese episodio. Está plasmada como si él cavilase entre sí: «Tras esta experiencia, nunca más tienes permitido entender mal a nadie si quieres ahorrarte una pena superflua». Pero este designio no sólo es generalizado a partir de una ocasión única; es también desplazado —quizás a causa de la ausencia de la amada— desde su muy estimada persona a todas las demás personas de menor valor. Y, por otro lado, la compulsión no puede proceder sólo de la satisfacción por el esclarecimiento que recibió de ella; es preciso que exprese además otra cosa, puesto que desemboca en la duda insatisfactoria en torno de la reproducción de lo escuchado.

Los restantes mandamientos obsesivos nos ponen sobre la pista de este diverso elemento. La compulsión protectora no puede significar sino la reacción —arrepentimiento y penitencia— frente a una moción opuesta, vale decir, hostil, que antes del esclarecimiento se había dirigido sobre la ama-

* {«*zählen*», «tener contado» o «haber contado»; parecido a «*zahlen*», «pagar».}

da. La compulsión de contar durante la tormenta se interpreta, en virtud del material aportado, como una medida de defensa contra temores que significaban peligro de muerte. Por los análisis de las representaciones obsesivas mencionadas primero, ya estamos preparados para estimar particularmente violentas, de la índole de la furia sin sentido, las mociones hostiles de nuestro paciente, y luego descubrimos que esta furia contra la dama presta su aporte a las formaciones obsesivas aun después de la reconciliación. En la manía de dudar si ha escuchado correctamente se figura la duda, de continuado efecto, sobre si esta vez ha entendido correctamente a la amada y tiene derecho a tomar sus palabras como una prueba de su inclinación tierna. La duda de la compulsión de comprender es una duda en cuanto al amor de ella. En nuestro enamorado se embravece una lucha entre amor y odio dirigidos a la misma persona, y esa lucha es figurada plásticamente en la acción obsesiva, también de significado simbólico, de remover la piedra del camino por donde ella ha de pasar y luego volver a deshacer ese acto de amor: reponer la piedra donde antes estaba, con el fin de que su carruaje tropiece y ella se haga daño. No comprenderemos bien esta segunda parte de la acción obsesiva concibiéndola sólo como un extrañamiento crítico respecto del obrar patológico, en cuya calidad esta segunda parte preferiría presentarse. Que también esta se consume bajo la sensación de la compulsión nos revela que es otra pieza del obrar patológico, que, empero, está condicionada por la oposición al motivo de la primera pieza.

Tales acciones obsesivas de dos tiempos, cuyo primer *tempo* es cancelado por el segundo, son de ocurrencia típica en la neurosis obsesiva. Desde luego, el pensar conciente del enfermo incurre en un malentendido respecto de ellas y las dota de una motivación secundaria: las *racionaliza*.[27] Pero su significado real y efectivo reside en la figuración del conflicto entre dos mociones opuestas de magnitud aproximadamente igual, y, hasta donde yo he podido averiguarlo, se trata siempre de la oposición entre amor y odio. Ellas reclaman un interés teórico particular porque permiten discernir un nuevo tipo de la formación de síntoma. En vez de llegarse, como acontece por regla general en la histeria, a un compromiso que contenta a ambos opuestos en una sola figuración, matando dos pájaros de un tiro,[28] aquí los dos

[27] Cf. Jones, 1908.
[28] Cf. «Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad» (Freud, 1908*a*).

opuestos son satisfechos por separado, primero uno y después el otro, aunque no, desde luego, sin que se intente establecer entre esos opuestos mutuamente hostiles algún tipo de enlace lógico (a menudo violando toda lógica).[29]

El conflicto entre amor y odio se anunciaba en nuestro paciente también mediante otros indicios. En la época en que volvió a despertar su piedad religiosa [págs. 135 y 236], él se instituyó unas plegarias que poco a poco le llegaron a tomar hasta una hora y media porque en las fórmulas piadosas —Balaam invertido— [cf. pág. 204] se le inmiscuía siempre algo que las trastornaba hacia lo contrario {*ins Gegenteil verkehren*}. Por ejemplo, si decía «*Dios lo proteja*», el espíritu maligno añadía rápidamente un «*No*».[30] Una de esas veces le vino la idea de blasfemar, pues entonces sin duda se colaría una contradicción; en esta ocurrencia se abrió paso la intención originaria, reprimida {suplantada} por la plegaria. En semejante aprieto halló la solución de cortar las plegarias y sustituirlas mediante una fórmula breve construida a partir de la mescolanza de las letras o las sílabas iniciales de plegarias diferentes. Y luego la declaraba tan rápido que nada podía metérsele entremedio {*dazwischen fahren*}. [Cf. pág. 176.]

Una vez me trajo un sueño que contenía la figuración del mismo conflicto en su trasferencia al médico: *Mi madre ha muerto. Quiere presentar sus condolencias, pero tiene miedo de producir la* risa impertinente *que ya repetidas veces ha mostrado a raíz de casos luctuosos. Por eso prefiere escribir una tarjeta con* «p. c.», *pero estas letras se le mudan, al escribirlas, en* «p. f.».[*][31]

[29] Otro enfermo obsesivo me informó cierta vez que en el parque de Schönbrunn [cf. Freud (1909*b*), *supra*, pág. 10, *n.* 5] había tropezado contra una rama que yacía en el camino; la echó entonces al matorral circundante. En el camino a su casa lo asaltó de pronto la inquietud de que la rama, quizás algo sobresaliente ahora en su nueva posición, pudiera ocasionar un accidente a alguna persona que pasara tras él por el mismo lugar. Se vio forzado a saltar del tranvía, regresar a prisa al parque, buscar el sitio y volver a poner la rama donde antes estaba, por más que a cualquier otro que no fuera el enfermo le resultaría evidente que esa posición anterior era por fuerza más peligrosa para un transeúnte que la nueva en medio de la maleza. La segunda acción, hostil, que se abrió paso como compulsión, se había adornado ante el pensar conciente con la motivación de la primera, benefactora del prójimo.

[30] Compárese el similar mecanismo de las consabidas ocurrencias sacrílegas de las personas piadosas.

[*] {Abreviaturas corrientes de «*pour condoler*» («mis condolencias») y «*pour féliciter*» («mis felicitaciones»), respectivamente.}

[31] Este sueño esclarece la tan frecuente risa compulsiva en ocasiones de duelo, considerada enigmática.

La querella de sus sentimientos hacia su dama era demasiado nítida para que pudiera sustraerse del todo a su percepción conciente, si bien es cierto que de las exteriorizaciones compulsivas de esa querella tenemos derecho a inferir que él no poseía la estimación correcta sobre la profundidad de sus mociones negativas. Diez años atrás, la dama había respondido con un «No» a su primer cortejo. Desde entonces, y también dentro de su saber, alternaron {*wechseln*, «cambiaron de vía»} épocas en que creía amarla intensamente con otras en las que sentía indiferencia hacia ella. Cuando en el curso del tratamiento debía dar un paso que lo aproximaría a la meta del cortejo, su resistencia solía exteriorizarse primero en el convencimiento de que en verdad no la quería tanto, convencimiento que por cierto era vencido enseguida. Cierta vez que a ella una grave enfermedad la postró en cama, lo cual provocó la más extrema simpatía de él, viéndola le irrumpió el deseo: «Que permanezca siempre así yacente». El se interpretó esta ocurrencia mediante el sofístico malentendido de que sólo le deseaba una enfermedad perpetua para librarse de la angustia de unos ataques repetidos de enfermedad, que él no podía soportar.[32] En ocasiones, su fantasía se ocupaba de sueños diurnos que él mismo discernía como «fantasías de venganza» y de los cuales se avergonzaba. Como creía que ella atribuiría gran valor a la posición social de un cortejante, fantaseaba que ella se había casado {*heiraten*} con un alto funcionario. Entraba él entonces en la misma oficina y progresaba allí mucho más que aquel, que pasaba a ser subordinado suyo. Un día este hombre comete una acción prohibida. La dama cae a sus pies, lo conjura para que salve a su marido. El se lo promete, le revela que sólo por amor a ella ha entrado en esa oficina, porque ha previsto un momento así. Le dice que ahora, con la salvación de su marido, ha cumplido su misión; que renuncia a su puesto.

En otras fantasías, cuyo contenido era hacerle un gran servicio, etc., sin que ella supiese que era él quien se lo prestara, reconocía meramente la ternura, sin apreciar que el origen y tendencia de su magnanimidad era reprimir {suplantar} la manía de venganza, siguiendo el modelo del Conde de Montecristo, de Dumas. Por lo demás, confesó que en ocasiones estaba bajo impulsos muy nítidos de hacerle algo a la dama por él admirada. Ellos callaban las más de las veces en presencia de esta, y reaparecían en su ausencia.

32 No hay que dejar de lado la contribución de otro motivo a esta ocurrencia obsesiva: el deseo de saberla inerme frente a sus propósitos.

F. El ocasionamiento de la enfermedad

Un día, nuestro paciente mencionó al pasar un episodio en el que yo enseguida debí discernir el ocasionamiento de la enfermedad, o al menos la ocasión reciente del estallido, unos seis años atrás, de la enfermedad que todavía perduraba. El mismo no tenía vislumbre ninguna de que acababa de presentar algo sustantivo; no podía acordarse de haber concedido valor a dicho episodio, que por otra parte nunca había olvidado. Esta conducta reclama ser apreciada teóricamente.

En la histeria es regla que las ocasiones recientes de la enfermedad sucumban a la amnesia lo mismo que las vivencias infantiles con cuyo auxilio aquellas trasponen su energía de afecto en síntomas. Toda vez que un olvido total sea imposible, el ocasionamiento traumático reciente será empero roído por la amnesia y despojado al menos de sus componentes más sustantivos. En esa amnesia vemos nosotros la prueba de la represión sobrevenida. En la neurosis obsesiva sucede por lo general de otro modo. Es posible que las premisas infantiles de la neurosis sucumban a una amnesia —a menudo sólo incompleta—; en cambio, las ocasiones recientes de la enfermedad se encuentran conservadas en la memoria. La represión se ha servido aquí de otro mecanismo, en verdad más simple: en lugar de olvidar al trauma, le ha sustraído la investidura de afecto, de suerte que en la conciencia queda como secuela un contenido de representación indiferente, considerado inesencial. El distingo se sitúa en el acaecer psíquico que podemos construir tras los fenómenos; el resultado del proceso es casi el mismo, pues el contenido mnémico indiferente sólo rara vez es reproducido y no desempeña papel alguno en la actividad de pensamiento conciente de la persona. Para distinguir entre ambas variedades de la represión, en un primer abordaje sólo podemos emplear el aseguramiento del paciente: tiene la sensación de haber sabido siempre lo uno, y de tener olvidado lo otro desde hace mucho tiempo.[33]

[33] Es preciso admitir entonces que para la neurosis obsesiva existen dos clases de saber y de tener noticia, y con igual derecho se puede afirmar que el neurótico obsesivo «tiene noticia» de sus traumas como que «no tiene noticia» de ellos. En efecto, tiene noticia de ellos en la medida en que no los ha olvidado, pero no tiene noticia de ellos puesto que no discierne su significado. Por otra parte, a menudo no ocurre otra cosa en la vida normal. Los mozos que atendían al filósofo Schopenhauer en su café «tenían noticia» de él en cierto sentido, en una época en que él era desconocido en otro aspecto y fuera de

Por eso, enfermos obsesivos que padecen de autorreproches y han anudado sus afectos a ocasionamientos falsos, no es raro que *hagan al médico la comunicación correcta*, sin vislumbrar que sus reproches están simplemente divorciados de esta última. La exteriorizan en ocasiones con asombro o hasta con vanagloria: «Pero nada me importa de eso». Así sucedió en el primer caso de neurosis obsesiva que hace muchos años me abrió el entendimiento de esa afección. El paciente, un funcionario público que padecía de innumerables escrúpulos, el mismo de quien he informado la acción obsesiva con la rama en el parque de Schönbrunn [pág. 152, *n.* 29], me llamó la atención por el hecho de entregarme siempre florines de papel limpios y tersos como pago por la consulta. (En aquel tiempo todavía no teníamos en Austria moneda de plata.) Al observarle yo que uno reconoce enseguida al funcionario por los florines flamantes que cobra de la Tesorería del Estado, me informó que los florines *en modo alguno eran nuevos, sino que él los alisaba* (los planchaba) en su casa. Se hacía una cuestión de conciencia de no entregar en la mano a nadie florines de papel roñosos; es que ahí se adherían las más peligrosas bacterias, podrían hacer daño al receptor. Ya en aquella época tenía yo una vislumbre insegura sobre el nexo de las neurosis con la vida sexual, y así me atreví a inquirir en otra ocasión al paciente cómo andaban las cosas en este punto. «¡Oh, todo en orden! —opinó sin reflexionar—. No padezco ninguna insuficiencia. En muchas casas de buena familia hago el papel de un amable tío viejo, y de ahí saco partido, de tiempo en tiempo, para convidar a una muchachita a una excursión campestre. Arreglo luego las cosas de suerte que perdamos el tren y debamos pernoctar en el campo. Después tomo siempre dos habitaciones, soy muy noble; pero cuando la muchacha se ha metido en la cama, me llego a ella y la masturbo con mis dedos». — Pero, ¿y no teme usted hacerles daño *trabajándoles* en sus genitales con su mano roñosa? — Aquí él se sulfuró: «¿Daño? ¿Qué podría hacerles daño? A ninguna le ha causado daño, a todas les pareció bien. Algunas de ellas ya están casadas y eso no

Francfort, pero no en el sentido que hoy asociamos con el «tener noticia» de Schopenhauer. — [En *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*), *AE*, **20**, págs. 152-4, Freud propuso que se limitara el uso del término «represión» para el mecanismo psíquico que opera en la histeria, y reintrodujo «defensa» a fin de designar con este *todos* los diversos procedimientos utilizados para hacer frente al conflicto psíquico. Por consiguiente, en este texto habría escrito «ambas variedades de la defensa» en vez de «ambas variedades de la represión».]

las dañó en nada». — Tomó muy a mal mi objeción y no volvió nunca más. Ahora bien, sólo por un *desplazamiento* del afecto de reproche yo pude explicarme el contraste entre sus escrúpulos con los florines de papel y su falta de miramientos para abusar de las niñas a él confiadas. La tendencia de este desplazamiento era bien nítida; si él hubiera de dejar el reproche en su debido lugar, por fuerza tendría que renunciar a una satisfacción sexual a la que probablemente era esforzado por intensos determinantes infantiles. Mediante el desplazamiento, entonces, consigue una considerable *ganancia de la enfermedad.*[34]

Ahora debo entrar más en los detalles del ocasionamiento de la enfermedad de nuestro paciente. Su madre había sido criada, como parienta lejana, en el seno de una familia rica que explotaba una gran empresa industrial. Y su padre, simultáneamente con el casamiento, entró al servicio de esa empresa y así, en verdad por su elección matrimonial, obtuvo un pasar bastante bueno. Por recíprocas burlas entre sus padres —cuya relación conyugal era excelente—, el hijo supo que algún tiempo antes de conocer a la madre, su padre había hecho la corte a una muchacha pobre y linda, de familia modesta. He ahí la prehistoria. Tras la muerte del padre, la madre comunicó un día al hijo que entre ella y sus parientes ricos se había hablado sobre el futuro de él, y uno de los primos había expresado su buena disposición para entregarle una de sus hijas cuando él terminara sus estudios; y que su vinculación con los negocios de la firma le abriría brillantes perspectivas aun en su trabajo profesional. Este plan de la familia le encendió el conflicto: si debía permanecer fiel a su amada pobre o seguir las huellas del padre y tomar por esposa a la bella, rica y distinguida muchacha que le habían destinado. Y a ese conflicto, que en verdad lo era entre su amor y el continuado efecto de la voluntad del padre, lo solucionó enfermando; mejor dicho: enfermando se sustrajo de la tarea de solucionarlo en la realidad objetiva.[35]

La prueba de esta concepción reside en el hecho de que una pertinaz incapacidad para trabajar, que le hizo pospo-

[34] [Cf. «Análisis de la fobia de un niño de cinco años» (1909*b*), *supra*, pág. 93.]

[35] Cabe destacar que el refugio en la enfermedad le fue facilitado por la identificación con el padre. Esta le permitió la regresión de los afectos a los restos de la infancia. [Véase la sección siguiente. — La frase «refugio en la enfermedad» ya había sido utilizada por Freud en «Apreciaciones generales sobre el ataque histérico» (1909*a*), *AE*, **9**, pág. 209.]

ner varios años la terminación de sus estudios, fuera el principal resultado de la enfermedad. Ahora bien, aquello que es el resultado de una enfermedad está en el propósito de ella; la aparente consecuencia de la enfermedad es, en la realidad efectiva, la causa, el motivo de devenir enfermo.

Como bien se entiende, mi esclarecimiento no halló al comienzo aceptación alguna en el paciente. Dijo no poder representarse semejante efecto del plan matrimonial; este, en su momento, no le produjo la menor impresión. Pero en la ulterior trayectoria de la cura se vio forzado, por un curioso camino, a convencerse de que mi conjetura era correcta. Con ayuda de una fantasía de trasferencia vivenció como nuevo y presente lo que había olvidado del pasado, o lo que sólo inconcientemente había discurrido en él. De un período oscuro y difícil en el trabajo de tratamiento resultó, finalmente, que había designado como mi hija a una muchacha con quien se topó en la escalera de mi casa. Ella excitó su complacencia, e imaginó que yo era tan amable con él y le tenía tan inaudita paciencia sólo porque lo deseaba para yerno, a raíz de lo cual elevó la riqueza y nobleza de mi casa hasta el nivel que tenía por arquetipo. Pero contra esa tentación bregó en su interior el no extinguido amor por su dama. Después que hubimos vencido una serie de las más severas resistencias y los más enojosos insultos, no pudo sustraerse del efecto convincente que producía la plena analogía entre la trasferencia fantaseada y la realidad objetiva de entonces. Reproduzco uno de sus sueños de ese período para dar un ejemplo del estilo de su figuración: *El ve ante sí a mi hija, pero tiene dos emplastos de excremento en lugar de los ojos.* Para todo el que comprenda el lenguaje de los sueños, la traducción resultará fácil: *Se casa con mi hija, no por sus lindos ojos, sino por su dinero.*

G. El complejo paterno y la solución de la idea de las ratas

Del ocasionamiento de la enfermedad en sus años maduros, un hilo reconducía hasta la niñez de nuestro paciente. Se encontró en una situación como aquella por la cual, según su saber o su conjeturar, el padre había pasado antes de su propio matrimonio, y pudo identificarse con el padre. Y aun de otro modo jugó el padre difunto dentro del enfermar reciente. El conflicto de la enfermedad era en esencia una que-

rella entre la voluntad del padre, de continuado efecto, y su propia inclinación enamorada. Si tomamos en cuenta las comunicaciones que el paciente había hecho en las primeras sesiones del tratamiento, no podemos rechazar la conjetura de que esa querella ha sido antigua y primordial {*uralt*} y ya se planteó en los años infantiles del enfermo.

Según todas las noticias, el padre de nuestro paciente fue un hombre de excelentes dotes. Antes de casarse había sido suboficial, y como precipitado de ese fragmento de su vida había conservado francas maneras de soldado, así como una predilección por las expresiones rudas. Además de las virtudes que el epitafio suele proclamar para cada quien, lo singularizaban un cordial humor y una bondadosa indulgencia hacia sus prójimos; y por cierto no contradecía este carácter, sino que más bien constituía su complemento, que pudiera ser brusco y violento, cosa que a sus hijos, mientras fueron pequeños y díscolos, les valió en ocasiones muy sensibles reprimendas. Cuando estos crecieron, se diferenció de otros padres en que no pretendió elevarse a la altura de una autoridad inatacable, sino que con benévola franqueza los hizo consabedores de los pequeños yerros y faltas de su vida. El hijo por cierto no exageraba al declarar que se habían tratado como los mejores amigos, salvo en un único punto (cf. pág. 144). Era fuerza que se debiera a ese solo punto que el pensamiento de la muerte del padre ocupara al pequeño con intensidad inhabitual y abusiva (pág. 130), que tales pensamientos afloraran en el texto de sus ideas obsesivas infantiles, que pudiera desear esa muerte para que cierta niña, enternecida por la compasión, le mostrara cariño (págs. 141-2).

No se puede poner en duda que en el ámbito de la sexualidad algo se interponía entre padre e hijo, y que el padre había entrado en una neta oposición con el erotismo del hijo, tempranamente despertado. Varios años después de la muerte del padre, se le impuso al hijo, cuando por primera vez experimentó la sensación de placer de un coito, esta idea: «¡Pero esto es grandioso! A cambio de ello uno podría matar a su padre». Esto es, al mismo tiempo, eco e ilustración de sus ideas obsesivas infantiles. Por lo demás, poco antes de su muerte el padre había tomado directamente partido contra la inclinación que después sería dominante en nuestro paciente. Notó que buscaba la compañía de aquella dama y se lo desaconsejó con estas palabras: que no era prudente y que sólo conseguiría ponerse en ridículo.

A estos puntos de apoyo, cabalmente certificados, se agrega otro si nos volvemos a la historia del quehacer sexual onanista de nuestro paciente. En este ámbito hay una opo-

sición, no valorizada todavía, entre las opiniones de los médicos y de los enfermos. Todos estos están de acuerdo en proclamar al onanismo, por el cual entienden la masturbación de la pubertad, como raíz y fuente primordial de todo su padecer; los médicos en general no saben a qué atenerse sobre esto, pero bajo la impresión de la experiencia de que también la mayoría de las personas que después serán normales se han masturbado un tiempo durante la pubertad, se inclinan predominantemente a condenar como sobrestimaciones groseras lo que los enfermos indican. Yo opino que también en esto los enfermos llevan más razón que los médicos. Aquellos vislumbran así una intelección correcta, mientras que estos corren el riesgo de descuidar algo esencial. Sin duda que la situación no es tal como los enfermos querrían comprender su tesis, a saber, que debiera responsabilizarse por todas las perturbaciones neuróticas al onanismo de la pubertad, que casi se diría típico. La tesis requiere interpretación. Hela aquí: El onanismo de los años de pubertad no es realmente otra cosa que el refrescamiento del hasta hoy siempre desdeñado onanismo de la infancia, que alcanza su apogeo casi siempre hacia los 3, 4 o 5 años; y es esta, en verdad, la expresión más nítida de la constitución sexual del niño, en la cual también nosotros buscamos la etiología de las posteriores neurosis. Entonces, bajo este disfraz, los enfermos inculpan propiamente a su sexualidad infantil, y en ello tienen entera razón. En cambio, el problema del onanismo es insoluble si se lo quiere concebir como una unidad clínica, olvidando así que constituye la descarga de los más diversos componentes sexuales y de las fantasías por estos alimentadas. La nocividad del onanismo es sólo en mínima parte autónoma, o sea, condicionada por su propia naturaleza. En lo principal coincide por completo con la significación patógena de la vida sexual. El hecho de que tantos individuos toleren sin daño el onanismo (vale decir, cierta extensión de ese quehacer) nos enseña solamente que en ellos la constitución sexual y el decurso de los procesos de desarrollo ha consentido el ejercicio de la función bajo las condiciones culturales, mientras que otros individuos, a consecuencia de una constitución sexual desfavorable o de un desarrollo perturbado, enferman a raíz de su sexualidad, o sea, no pueden llenar sin inhibiciones y formaciones sustitutivas los requisitos para la sofocación y sublimación de los componentes sexuales.[36]

[36] Cf. *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*). [En especial, el «Resumen» al final de esa obra, *AE*, **7**, págs. 211 y sigs. Se hallarán otras

La conducta onanista de nuestro paciente era muy llamativa; no desarrolló ningún onanismo en la pubertad [en medida apreciable; cf. pág. 127], y así, según ciertas expectativas, habría tenido títulos para permanecer exento de neurosis. En cambio, el esfuerzo hacia el quehacer onanista emergió en él en su 21$^{er.}$ año, *poco tiempo después de la muerte de su padre*. Quedaba muy avergonzado tras cada satisfacción y pronto volvió a abjurar de ellas. Desde entonces, el onanismo sólo afloró en raras y muy singulares ocasiones. Lo convocaban momentos particularmente hermosos que vivenciara, o pasajes particularmente bellos que leyera. Por ejemplo, una hermosa siesta de verano, cuando en el centro de Viena oyó soplar soberbiamente {el cuerno} a un postillón, hasta que un guardia se lo vedó, pues estaba prohibido soplar dentro de la ciudad. O bien cuando otra vez leyó en *Poesía y verdad* cómo el joven Goethe, en un arrebato de ternura, se libró del efecto de una maldición que una celosa había echado sobre la que besara sus labios después de ella. Durante mucho tiempo, como supersticiosamente, Goethe se había dejado disuadir por aquella maldición, pero en ese momento rompió el hechizo y besó con efusión a su amor.

No poco le asombraba que justamente tales ocasiones bellas y arrobadoras lo esforzaran a masturbarse. Pero yo, de estos dos ejemplos, no pude menos que poner de relieve, como el rasgo común, la prohibición y el sobreponerse a un mandamiento.

Al mismo nexo pertenecía también su rara conducta en una época en que estudiaba para rendir un examen y jugaba con esta fantasía, a que se aficionó: su padre aún vive y puede retornar en cualquier momento [pág. 139]. En esa época arreglaba las cosas para estudiar en las horas más tardías de la noche. Entre las 12 y la 1 suspendía, abría la puerta que daba al zaguán de la casa como si el padre estuviera frente a ella, y luego, tras regresar, contemplaba en el espejo del vestíbulo su pene desnudo. Este loco accionar {*Treiben*; «pulsionar»} se vuelve entendible bajo la premisa de que se comportaba como si esperara la visita del padre a la hora de los espectros. En vida de él, había sido un estudiante más bien perezoso, por lo cual el padre se había mortificado a menudo. Ahora debía alegrarse si retornaba como espectro y lo encontraba estudiando. En cuan-

puntualizaciones de Freud acerca del onanismo y sus posibles efectos dañinos en su contribución para un debate sobre ese tema realizado en la Sociedad Psicoanalítica de Viena (Freud, 1912*f*).]

to a la otra parte de su obrar, era imposible que alegrara a su padre; con ella, pues, lo desafiaba. Así, dentro de una acción obsesiva no entendida, daba expresión uno junto al otro a los dos lados de su relación con el padre, de un modo semejante a como lo hiciera, respecto de la dama amada, en la posterior acción obsesiva de la piedra en la calle [pág. 150].

Apoyado en este y parecidos indicios, me atreví a formular una construcción: de niño, a la edad de 6 años, él ha cometido algún desaguisado sexual entramado con el onanismo, y recibió del padre una sensible reprimenda. Este castigo habría puesto fin al onanismo, sí, pero por otra parte dejó como secuela una inquina inextinguible contra el padre y fijó para todos los tiempos su papel como perturbador del goce sexual.[37] Para mi gran asombro, el paciente informó entonces que su madre le había contado repetidas veces un suceso así de su primera infancia, y evidentemente no había caído en el olvido porque se anudaban al suceso cosas bien singulares. Pero su propio recuerdo no sabía nada de eso. Ahora bien, he aquí el relato: Cuando él era todavía muy pequeño —la datación precisa se pudo obtener, además, por su coincidencia con la enfermedad mortal de una hermana mayor [pág. 183]—, debe de haber emprendido algo enojoso, por lo cual el padre le pegó. Y entonces el pilluelo fue presa de una ira terrible e insultaba todavía bajo los golpes del padre. Pero como aún no conocía palabras insultantes, recurrió a todos los nombres de objetos que se le iban ocurriendo, y decía: «¡Eh, tú, lámpara, pañuelo, plato!», etc. El padre, sacudido, cesó de pegarle y expresó: «¡Este chico será un gran hombre o un gran criminal!».[38]

El opina que la impresión de esta escena debe de haber sido de duradera eficacia tanto para él como para el padre. Este nunca más le pegó; pero él mismo deriva una pieza de su alteración de carácter de esa vivencia. Por angustia ante la magnitud de su propia ira se volvió cobarde desde entonces [pág. 146]. Por lo demás, durante toda su vida tuvo una angustia terrible a los golpes, y se escondía lleno de horror e indignación cuando pegaban a alguno de sus hermanitos.

37 Véanse mis conjeturas similares en una de las primeras sesiones (pág. 144). — [La importancia que para la técnica del psicoanálisis tienen «construcciones» como estas fue examinada por Freud en uno de sus últimos trabajos, «Construcciones en el análisis» (1937*d*).]

38 La alternativa era incompleta. El padre no pensó en el desenlace más frecuente de un apasionamiento tan prematuro: la neurosis.

Una renovada averiguación [del paciente] ante la madre trajo, aparte de la confirmación de ese relato, la noticia de que él tenía entonces entre 3 y 4 años y mereció el castigo por haber *mordido* a alguien. Tampoco la madre recordaba nada más preciso; muy insegura, creía que la persona lastimada por el pequeño pudo ser la niñera; en la comunicación de la madre, ni hablar de un carácter sexual del delito.[39]

[39] En los psicoanálisis, uno enfrenta con frecuencia tales episodios de los primeros años de la infancia, en que parece culminar la actividad sexual infantil y a menudo halla un final catastrófico {*katastrophal*} mediante un accidente o una punición. Su sombra se dibuja en sueños; estos suelen volverse tan nítidos que uno cree tenerlos al alcance de la mano, pero se sustraen de la aclaración definitiva y, si uno no procede con una cautela y una habilidad particulares, se verá obligado a dejar irresuelta la existencia real de tales escenas. Sobre la huella correcta de la interpretación, uno es guiado por el discernimiento de que de esas escenas se registra más de una versión en la fantasía inconciente de los pacientes, y a menudo dichas versiones son muy diferentes entre sí. Si uno no quiere equivocarse en la apreciación de la realidad objetiva, tiene que acordarse, ante todo, de que los «recuerdos de infancia» de los seres humanos se establecen sólo en una edad posterior (casi siempre, en la pubertad), y que entonces son sometidos a un complejo trabajo de refundición que es enteramente análogo a la formación de sagas de un pueblo sobre su historia primordial. Cabe discernir con nitidez que el ser humano en crecimiento *busca*, en estas formaciones de la fantasía sobre su primera infancia, *borrar la memoria de su quehacer autoerótico*, elevando sus huellas mnémicas al estadio del amor de objeto; o sea, como un genuino historiógrafo, procura contemplar el pasado a la luz del presente. De ahí, en esas fantasías, la abundancia de seducciones y atentados, cuando verdaderamente la realidad se limita a un quehacer autoerótico y a la incitación para este mediante ternuras y castigos. Además, uno descubre que quien fantasea sobre su infancia *sexualiza sus recuerdos*, es decir, vincula vivencias triviales con su quehacer sexual, extiende sobre ellas su interés sexual, en lo cual es probable que siga los rastros del nexo efectivamente presente. Quienquiera que haya leído mi «Análisis de la fobia de un niño de cinco años» (1909*b*) [*supra*, págs. 84 y sigs.] me creerá si digo que no es propósito de estas puntualizaciones rebajar con posterioridad la sexualidad infantil, por mí aseverada, reduciéndola al interés sexual de la pubertad. Sólo me propongo dar indicaciones técnicas a los efectos de resolver aquellas formaciones de la fantasía que están destinadas a falsear la imagen del quehacer sexual infantil.

Rara vez se está, como en el caso de nuestro paciente, en la feliz situación de poder comprobar la base efectiva de estas invenciones {*Dichtung*; también «poetizaciones»} acerca de la prehistoria mediante el testimonio inobjetable de un adulto. De cualquier modo, lo enunciado por la madre deja abierto el camino a múltiples posibilidades. Que ella no proclamara la naturaleza sexual de la falta por la cual fue castigado el niño acaso puede obedecer a su propia censura, que en todos los padres se empeña por extirpar del pasado de sus hijos justamente ese elemento. Empero, es igualmente posible que en esa época

Remito a la nota de pie de página para el examen de esta escena infantil; aquí consignaré que en virtud de su emergencia empezó a ceder el rehusamiento del paciente a creer en una ira adquirida en la prehistoria, y devenida luego latente, contra el padre amado. Sólo que yo había esperado

el niño hubiera recibido de la niñera o de la propia madre una reprimenda a causa de un desaguisado trivial, de naturaleza no sexual, y por su violenta reacción el padre lo castigara luego. La niñera, u otra persona de servicio, es sustituida regularmente en tales fantasías por la más elevada de la madre. Cuando uno se internaba a mayor profundidad en la interpretación de los sueños del paciente referidos a este asunto, hallaba las más nítidas referencias a una poetización que cabía llamar épica, en que las concupiscencias sexuales hacia madre y hermanas, y la muerte prematura de estas hermanas, eran conjugadas con aquel castigo del pequeño héroe por el padre. No se consiguió destejer hilo por hilo esta trama de envoltorios de la fantasía; justamente el éxito terapéutico fue aquí el obstáculo. El paciente se recobró y la vida le exigió abordar múltiples tareas, ya demasiado pospuestas, que no eran compatibles con la continuación de la cura. No se me han de reprochar, pues, estas lagunas en el análisis. En efecto, la exploración científica mediante el psicoanálisis hoy es sólo un resultado colateral del empeño terapéutico, y por eso el botín suele ser mayor justamente en los casos en que el tratamiento ha fracasado.

El contenido de la vida sexual infantil consiste en el quehacer autoerótico de los componentes sexuales predominantes, en huellas de amor de objeto y en la formación de aquel complejo que uno podría llamar el *complejo nuclear de las neurosis*, que abarca las primeras mociones tanto tiernas como hostiles hacia padres y hermanos, después que se ha despertado el apetito de saber del pequeño, las más de las veces por la llegada de un nuevo hermanito. A partir de la uniformidad de este contenido y de la constancia de los influjos modificadores posteriores, se explica con facilidad que universalmente se formen las mismas fantasías sobre la infancia, no importa cuán grandes o pequeñas contribuciones aporte a ello el vivenciar efectivo. Responde por entero al complejo nuclear infantil que el padre reciba el papel del oponente sexual y del perturbador del quehacer autoerótico, y la realidad efectiva tiene habitualmente buena participación en ello.

[La diferenciación entre los recuerdos infantiles y las fantasías infantiles preocupó a Freud durante toda su carrera. Véase, verbigracia, su trabajo sobre los «recuerdos encubridores» (1899*a*), así como el examen de las «fantasías primordiales» en la nota agregada en 1923 a «Análisis de la fobia de un niño de cinco años» (1909*b*), *supra*, pág. 9, *n*. 4. Sus dudas en cuanto a la verosimilitud de los recuerdos infantiles datan de 1897 (véase su carta a Fliess del 21 de setiembre de ese año, Carta 69 (Freud, 1950*a*), *AE*, **1**, págs. 301-2). Por otro lado, en algunos de sus últimos escritos insiste en que por detrás de fantasías aparentemente mitológicas existe siempre un grano de verdad histórica. Véase, por ejemplo, *Moisés y la religión monoteísta* (1939*a*), *AE*, **23**, págs. 123-5. — La expresión «complejo nuclear de las neurosis» ya había sido empleada en «Sobre las teorías sexuales infantiles» (1908*c*), *AE*, **9**, pág. 191, aunque con sentido más amplio. El «complejo de Edipo» parece figurar por primera vez en una publicación suya en «Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre» (1910*h*), *AE*, **11**, pág. 164.]

un efecto más intenso, pues este episodio le había sido relatado tan a menudo, aun por el padre mismo, que su realidad objetiva no estaba expuesta a ninguna duda. Con una aptitud para torcer la lógica que en los muy inteligentes enfermos obsesivos nos produce siempre suma extrañeza, argumentaba una y otra vez, contra la fuerza probatoria de ese relato, que él mismo, empero, no se acordaba. Entonces, sólo por el doloroso camino de la trasferencia pudo adquirir el convencimiento de que su relación con el padre exigía real y efectivamente aquel complemento inconciente. Pronto le sucedió, en sus sueños, fantasías diurnas y ocurrencias, insultarme a mí y a los míos de la manera más grosera y cochina, no obstante que en su conducta deliberada me testimoniaba siempre el mayor respeto. Durante la comunicación de esos insultos, su comportamiento era el de un desesperado. «¿Cómo es posible, profesor, que usted se deje insultar por un tipo puerco, por un perdido como yo? Usted tiene que echarme fuera; no merezco otra cosa». Y al hablar así solía levantarse del diván y pasearse por la habitación. Como motivo para esto adujo al comienzo una fineza: no soportaba decir cosas tan crueles yaciendo él ahí, cómodamente. Sin embargo, pronto él mismo descubrió la explicación más certera: se sustraía de mi proximidad por angustia de que yo le pegara. Si permanecía sentado, se comportaba como uno que, presa de una angustia desesperada, quiere protegerse de una azotaina desmesurada; se tomaba la cabeza entre las manos, cubría su rostro con los brazos, escapaba de pronto con el rostro crispado por el dolor, etc. Recordaba que su padre había sido colérico y en su violencia muchas veces ya no sabía hasta dónde era lícito llegar. En tal escuela de padecer, mi paciente adquirió poco a poco el convencimiento que le faltaba, y que a cualquier otro, no personalmente envuelto, le habría parecido evidente; pero así quedaba expedito el camino para resolver la representación de las ratas. Entonces, en el apogeo de la cura, se volvió disponible para establecer ese nexo una plétora de comunicaciones sobre detalles de hecho, hasta entonces retenidas.

En la exposición de tales detalles, como lo he anunciado ya, abreviaré y resumiré al máximo. El primer enigma era, evidentemente, por qué los dos dichos del capitán checo, el cuento sobre las ratas [págs. 132-3] y su reclamación de devolver el dinero al teniente primero A. [pág. 134], le provocaron tanta emoción y reacciones patológicas tan violentas. Cabía suponer la presencia aquí de una «sensibilidad

de complejo»,[40] o sea, que por aquellos dichos habían sido tocados ásperamente unos lugares hiperestésicos de su inconciente. Y así era; él se encontraba, como siempre le ocurría en el terreno de lo militar, dentro de una identificación inconciente con el padre, que había prestado servicios durante muchos años [pág. 158] y solía contar muchas cosas de su época de soldado. Y entonces, la casualidad, que puede cooperar en la formación de síntoma como lo hace el texto en el chiste, permitió que una pequeña aventura del padre tuviera un importante elemento en común con la reclamación del capitán. Una vez, el padre había perdido en el juego de naipes (*Spielratte*) * una pequeña suma de dinero de la que podía disponer en su condición de suboficial, y las habría pasado muy mal de no prestarle ese dinero un camarada. Después de abandonar el servicio y alcanzar una posición desahogada, buscó a ese camarada generoso para devolverle el dinero, pero nunca más lo encontró. Nuestro paciente no estaba seguro de que la devolución se hubiera producido alguna vez; el recuerdo de este pecado de juventud de su padre le resultaba penoso, siendo que su inconciente rebosaba de reclamaciones hostiles al carácter de aquel. Las palabras del capitán: «Tienes que devolver las 3,80 coronas al teniente primero A.», le sonaron como una alusión a la deuda impaga del padre.

Ahora bien, la comunicación de que la empleada de la estafeta postal en Z. había saldado el rembolso por sí misma, con algunas palabras lisonjeras para él [pág. 137],[41] reforzó la identificación con el padre en otro campo. El paciente agregó ahora, con posterioridad {*nachtragen*}, que en el lugar donde se encontraba la estafeta postal, la bonita hija del posadero había mostrado mucha solicitud al joven y bien ataviado oficial, de suerte que él podía atreverse a volver allí, concluidas las maniobras, para procurar suerte con la muchacha. Pero en la empleada de la estafeta postal le había nacido una competidora; como el padre en su novela matrimonial [pág. 156], él podía vacilar en cuanto a saber a cuál de las dos otorgaría sus favores terminado el servicio

[40] [Expresión tomada de los experimentos de asociación de palabras realizados por Jung y sus discípulos (Jung, 1906). Cf. también *infra*, pág. 169.]

* {«Jugador empedernido»; literalmente, «rata de juego».}

[41] No olvidemos que él lo sabía desde antes que el capitán le dirigiera la reclamación (injustificada) de devolver el dinero al teniente primero A. Es el punto indispensable para entender los sucesos, mediante cuya sofocación él se procuró el más inextricable enredo y durante un tiempo me impidió abarcar con la mirada el sentido del conjunto.

militar. De golpe notamos que no eran tan carentes de sentido como al comienzo hubieron de parecernos su irresolución sobre si debía viajar a Viena o regresar hasta el lugar de la estafeta postal, y sus continuas tentaciones, durante el viaje, de dar la vuelta en sentido inverso (págs. 136-7). Para su pensar despierto, la atracción del lugar Z., donde se hallaba la estafeta postal, estaba motivada por la necesidad de cumplir allí su juramento con ayuda del teniente primero A. En la realidad efectiva, el objeto de su añoranza era la empleada de la estafeta, que se hallaba en ese mismo sitio, y el teniente primero no era más que un buen sustituto de ella, pues había vivido [42] en el mismo lugar y tenido a su cargo el servicio del correo militar. Cuando luego se enteró de que ese día no fue el teniente primero A., sino otro oficial B., quien había estado en funciones en la estafeta postal [pág. 135], incluyó también a este en su combinación, y entonces pudo repetir, en el delirio con los dos oficiales, su vacilación entre las dos muchachas que le habían mostrado deferencia.[43]

[42] [Antes de 1924 decía aquí «vivía». Véase la nota siguiente.]

[43] (*Nota agregada* en 1923:) Después que el paciente lo hubo hecho todo para enredar el pequeño episodio de la devolución del rembolso por los quevedos, quizá mi exposición tampoco consiguió volverlo trasparente por completo. Por eso reproduzco aquí un pequeño

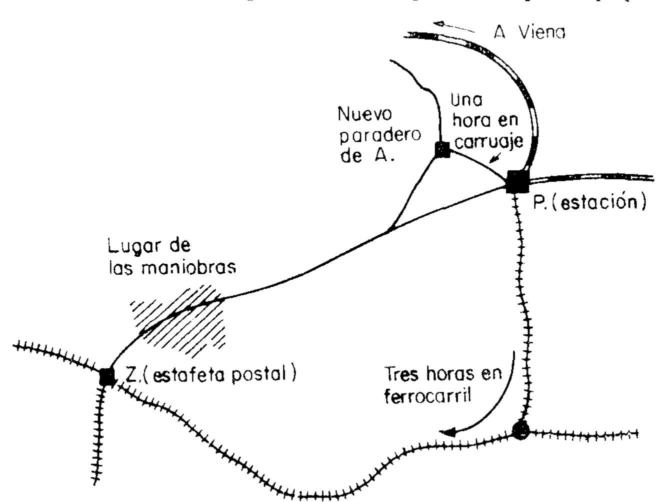


diagrama mediante el cual mis traductores {al inglés}, el señor y la señora Strachey, quisieron ilustrar la situación existente al terminar las maniobras militares. Ellos hicieron notar, con razón, que el comportamiento del paciente sigue siendo ininteligible mientras no se con-

Para esclarecer los efectos que partían del relato que sobre las ratas le hizo el capitán, debemos mantenernos más ceñidos al curso del análisis. Al comienzo se obtuvo una plétora extraordinaria de material asociativo sin que por el momento la situación de la formación obsesiva se volviera más trasparente. La representación del castigo consumado con las ratas había estimulado cierto número de pulsiones, despertado una multitud de recuerdos, y por eso las ratas, en el breve intervalo entre el relato del capitán y su reclamación de devolver el dinero, habían adquirido una serie de significados simbólicos, a los que se fueron agregando de continuo otros nuevos en el tiempo que siguió. Es imposible que mi informe no aparezca muy incompleto. El castigo de las ratas despabiló sobre todo al erotismo anal, que en su infancia había desempeñado considerable papel y se había mantenido durante años por un estímulo constante debido a los gusanos {lombrices intestinales}. Así, las ratas llegaron al significado de «dinero»,[44] nexo señalado al ocurrírsele al paciente, para «ratas» {«*Ratten*»}, «cuotas» {«*Raten*»}. En sus delirios obsesivos {*Zwangsdelirien*}, él se había instituido una formal moneda de ratas; por ejemplo, cuando, preguntado por él, yo le comuniqué el precio de la hora de tratamiento, eso dijo {*es heisst*} en él algo de lo cual me enteré seis meses más tarde: «Tantos florines, tantas ratas». A esta lengua fue traspuesto poco a poco todo el complejo de los intereses monetarios que se anudaban a la herencia del padre; vale decir, todas las representaciones a él pertinentes fueron asentadas, a través de este puente de palabras cuotas-ratas, en lo obsesivo, y arrojadas a lo inconciente. Este significado de dinero de las ratas se apoyó, además, en la reclamación del capitán a devolver el monto del rembolso; ello sucedió con ayuda de la palabra-puente «*Spielratte*», desde la cual se descubría el acceso hacia la prevaricación de juego de su padre.

Ahora bien, la rata era consabida, además, como porta-

signe de manera expresa que el teniente primero A. había vivido antes en el lugar de la estafeta postal Z. y estaba encargado ahí del correo militar, pero en los últimos días había cedido ese cargo al teniente primero B., y había sido trasladado a otra aldea. Ahora bien, el «capitán cruel» no conocía esos cambios, de ahí su error sobre la devolución del rembolso al teniente primero A. [El diagrama original, tal como figura en las ediciones alemanas de 1924 en adelante, era por desgracia totalmente incongruente con algunos de los pormenores que se presentan en el historial clínico. En consecuencia, para la presente edición se dibujó uno enteramente nuevo, teniendo en cuenta además el material de los «Apuntes originales».]

[44] Véase mi trabajo «Carácter y erotismo anal» (1908*b*).

dora de peligrosas infecciones, y por eso pudo ser empleada como símbolo de la angustia ante la *infección sifilítica*, tan justificada en el militar, tras lo cual se escondían toda clase de dudas sobre la conducta del padre mientras estuvo en el servicio de las armas. En otro sentido: portador de la infección sifilítica era el *pene* mismo, y así la rata devino el miembro de la generación, para cuya acepción podía invocar aún otro título. El pene, en particular el del niño pequeño, puede ser descrito sin más como un *gusano*, y en el cuento del capitán las ratas cavaban en el ano como en su infancia lo hacían los grandes gusanos. Así, el significado de «pene» de las ratas descansaba a su vez en el erotismo anal. La rata es, por lo demás, un animal roñoso que se alimenta de excrementos y vive en cloacas.[45] Huelga consignar cuán grande extensión fue capaz de cobrar mediante este significado nuevo. «Tantas ratas, tantos florines» pudo, por ejemplo, valer como una certera caracterización de un oficio femenino muy aborrecido. En cambio, no es nada indiferente que el trueque de la rata por el pene en el cuento del capitán diera por resultado una situación de comercio *per anum*, que dentro de su referencia a padre y amada no podía menos que parecerle particularmente repugnante. Y como además dicha situación reafloró en la amenaza obsesiva que se plasmó en él tras la reclamación del capitán [pág. 134], esto recuerda de manera inequívoca a ciertas maldiciones usuales entre los eslavos del Sur.[46] Todo este material, y aun más, se ordenaba, con la ocurrencia encubridora «*hei*raten» {«casarse»}, en la ensambladura de la discusión en torno de las ratas.

Que el cuento sobre el castigo de las ratas alborotó en nuestro paciente toda clase de mociones de una crueldad egoísta y sexual, sofocadas prematuramente, he ahí algo de que dieron testimonio la descripción que él hizo y su mímica al repetir el cuento. Sin embargo, en desafío a todo este rico material, durante largo tiempo no se hizo luz alguna sobre el significado de su idea obsesiva, hasta que un día apareció la Damisela de las Ratas, de *Pequeño Eyolf*, de Ibsen, y se volvió irrefutable la conclusión de que en muchas configuraciones de sus delirios obsesivos las ratas sig-

45 Quien en signo de desautorización menee la cabeza frente a tales saltos de la fantasía neurótica, que recuerde parecidos caprichos en que suele complacerse la fantasía de los artistas; por ejemplo, las *Diableries érotiques* de Le Poitevin.

46 Cuyo texto se puede leer en *Anthropophyteia* [2 (1905), págs. 421 y sigs.], revista dirigida por F. S. Krauss. [Cf. *infra*, pág. 243.]

nificaban también hijos.[47] Cuando se investigó la génesis de este nuevo significado, se tropezó enseguida con las más antiguas y sustantivas raíces. Cierta vez que estaba visitando la tumba de su padre había visto un animal grande, que tuvo por una rata, correteando por el túmulo.[48] Supuso que vendría de la tumba de su padre y acababa de darse un banquete con su cadáver. Es inseparable de la representación de la rata que ella roe y muerde con sus afilados dientes;[49] ahora bien, la rata no es mordedora, voraz y roñosa sin castigo, sino que, como él lo había visto a menudo con horror, es cruelmente perseguida por los hombres, y aplastada sin piedad. Frecuentemente había sentido compasión de esas pobres ratas. Y él mismo era un tipejo así de asqueroso y roñoso, que en la ira podía morder a los demás y ser por eso azotado terriblemente (cf. págs. 161-2). Real y efectivamente podía hallar en la rata «la viva imagen de sí mismo».[50] En el cuento del capitán, el destino le había convocado, por así decir, una palabra-estímulo de complejo [cf. pág. 165, *n.* 40], y él no dejó de reaccionar frente a ella con su idea obsesiva.

Ratas eran entonces hijos, según las experiencias de él más tempranas y grávidas en consecuencias. Y en ese punto aportó una comunicación que durante un tiempo harto largo había mantenido alejada del nexo, pero que ahora esclarecía por completo el interés que debió de tener por los hijos. La dama a quien admiró durante tantos años, a pesar de lo cual no se podía decidir a casarse {*heiraten*} con ella, estaba condenada a no tener hijos a consecuencia de una operación ginecológica, la extirpación de ambos ovarios; y

47 La Damisela de las Ratas, de Ibsen, está tomada sin duda del legendario flautista de Hamelin, quien primero atrajo las ratas al agua y después, con los mismos medios, sedujo a los niños de la ciudad para que no volvieran nunca más. También el pequeño Eyolf se precipita al agua bajo el sortilegio de la Damisela de las Ratas. En las sagas, las ratas no aparecen tanto como un animal asqueroso, sino ominoso, se diría ctónico, y se las emplea para figurar el alma de los muertos.

48 Sin duda, uno de los hurones tan comunes en el cementerio central de Viena.

49 Compárense las palabras de Mefistófeles [cuando quiere escapar a través de la puerta y una pata de elfo se lo impide]:

> «Pero para romper el ensalmo de este umbral,
> necesito un diente de rata. [*Conjura a una rata.*]
> . . . .
> ¡Otro mordisco y está hecho!».
> [Goethe, *Fausto,* parte I, escena 3.]

50 [«El ve en la hinchada rata, claro está, / la viva imagen de sí mismo». Goethe, *Fausto,* parte I, escena 5.]

aun era esto para él, que amaba extraordinariamente a los niños, la principal razón de sus vacilaciones.

Sólo entonces se pudo comprender el proceso incomprensible ocurrido en la formación de su idea obsesiva; con el auxilio de las teorías sexuales infantiles y del simbolismo que conocemos por la interpretación de los sueños, todo pudo traducirse con arreglo a sentido. Cuando en aquel alto a la siesta en que se vio despojado de sus quevedos el capitán contó sobre el castigo de las ratas, primero sólo lo sobrecogió el carácter de cruel concupiscencia de la situación representada. Pero enseguida se estableció la conexión con aquella escena infantil en que él mismo había mordido; el capitán, capaz de abogar por tales castigos, se le situó en el lugar del padre y atrajo sobre sí una parte del retornante encono que en aquel tiempo se había sublevado contra el padre cruel. La idea que le afloró fugitiva —que podía sucederle algo parecido a una persona por él amada— se traduciría mediante esta moción de deseo: «A ti habría que hacerte algo así», moción dirigida al que hizo el cuento, pero tras él, sin duda, al padre. Cuando un día y medio después[51] el capitán le alcanza el paquete llegado por contrarrembolso y le reclama devolver las 3,80 coronas al teniente primero A., él ya sabe que el «jefe cruel» se equivoca y que su deuda es sólo con la señorita encargada de la estafeta postal. Para él lo natural es una respuesta como: «¡Bah! ¡Qué cosas se te ocurren!» o «¡Sí, cualquier día! ¡Un cuerno le devolveré a él el dinero!», respuestas que no habría estado forzado a declarar. Pero desde el complejo paterno, revuelto entretanto, y desde el recuerdo de aquella escena infantil, se le plasma esta respuesta: «Sí, devolveré el dinero a A. si mi padre y mi amada tienen hijos», o «Tan cierto como que mi padre y la dama pueden tener hijos, devolveré el dinero a él». Vale decir, una afirmación solemne anudada a una condición absurda, incumplible.[52]

Ahora bien, así se había cometido el crimen, la blasfemia de él contra las dos personas que le eran más caras, padre

[51] Y no esa misma tarde, como relató primero. Es totalmente imposible que le entregaran ese mismo día los quevedos que había encargado. En el recuerdo acortó ese intervalo porque dentro de este se establecieron las conexiones decisivas de pensamiento y porque él reprimió {suplantó} el encuentro, producido en ese lapso, con el oficial que le contó sobre el amistoso comportamiento de la empleada de la estafeta [pág. 137].

[52] Por tanto, también en el lenguaje del pensar obsesivo, como en el sueño, la absurdidad significa ironía. Véase mi obra *La interpretación de los sueños* (1900*a*) [*AE*, **5**, pág. 443].

y amada; esto pedía un castigo, y la punición consistió en imponerse un juramento imposible de cumplir, que promulgaba el texto de la obediencia al injustificado reclamo de su superior: «*Ahora tienes que devolver realmente el dinero a A.*». En una obediencia convulsiva él reprimió {suplantó} su mejor saber de que el capitán fundaba su reclamación en una premisa errónea: «Sí, tienes que devolver el dinero a A., como lo ha exigido el subrogado del padre. El padre no se puede equivocar». Tampoco la majestad se puede equivocar, y si se ha dirigido a un súbdito atribuyéndole un título que no le corresponde, el súbdito lleva en lo sucesivo ese título.

De este proceso llega a su conciencia sólo una noticia borrosa, pero la sublevación contra el mandamiento del capitán y el vuelco hacia lo contrario están por cierto subrogados en su conciencia. (Primero, no devolver el dinero, de lo contrario sucede aquello... [el castigo de las ratas],[53] y luego la mudanza en la orden juramentada contraria como castigo por la sublevación [pág. 134].)

Es preciso todavía tener presente la constelación en que hubo de formarse la gran idea obsesiva. En virtud de una prolongada abstinencia, así como de la amistosa solicitud con que el oficial joven puede contar entre las mujeres, él había devenido libidinoso, y además de ello había entrado, para las maniobras, en cierta enajenación respecto de su dama. Este acrecentamiento libidinal lo inclinó a retomar la lucha antigua y primordial contra la autoridad del padre, y osó pensar en una satisfacción sexual con otras mujeres. La duda en la feliz memoria que guardaba de su padre y los reparos contra el valor de la amada se habían acrecentado; en tal estado de ánimo, se dejó arrastrar a la blasfemia contra ambos, y luego se castigó por ello. Repetía de ese modo un viejo arquetipo. Cuando, concluidas las maniobras, vaciló tanto tiempo sobre si viajaría a Viena o permanecería para cumplir el juramento, lo que en verdad hacía era figurar en una unidad los dos conflictos que desde siempre lo habían movido: si debía obedecer al padre y si debía permanecer fiel a la amada.[54]

Añadiré algunas palabras sobre la interpretación del con-

[53] [Los corchetes son de Freud.]

[54] Quizá sea interesante destacar que la obediencia al padre vuelve a coincidir con el extrañamiento respecto de la dama. Si él permanece y devuelve el dinero a A., habrá cumplido la penitencia hacia el padre y al mismo tiempo habrá abandonado a su dama por la atracción de otro imán. En ese conflicto, el triunfo corresponde a la dama, por lo demás con el apoyo de una recapacitación normal.

tenido de la sanción: «de lo contrario se consumará en ambas personas el castigo de las ratas». Descansa en la vigencia de dos teorías sexuales infantiles sobre las cuales he dado noticia en otro lugar.[55] La primera de estas teorías consiste en que los hijos salen por el ano; la segunda argumenta de manera consecuente con la posibilidad de que los varones puedan tener hijos lo mismo que las mujeres. De acuerdo con las reglas técnicas de la interpretación de los sueños, el salir-del-intestino puede ser figurado por su opuesto, un introducirse-en-el-intestino (como en el castigo de las ratas), y a la inversa.

Por cierto que no es lícito esperar soluciones más simples, o que recurran a otros medios, para ideas obsesivas tan graves. Con la que nosotros obtuvimos quedó eliminado el delirio de las ratas.

55 Cf. «Sobre las teorías sexuales infantiles» (1908*c*).

II. Sobre la teoría[1]

A. Algunos caracteres generales de las formaciones obsesivas[2]

Mi definición de las representaciones obsesivas, dada en 1896, según la cual son unos «reproches mudados, que retornan de la represión {esfuerzo de desalojo} y están referidos siempre a una acción de la infancia, una acción sexual realizada con placer»,[3] me parece hoy formalmente objetable, por más que esté compuesta con los mejores elementos. Muestra un excesivo empeño unificador, y toma como modelo a los propios enfermos obsesivos, que, con su peculiar inclinación a lo impreciso, mezclan las más diversas formaciones psíquicas bajo el título de «representaciones obsesivas».[4] De hecho, es más correcto hablar de un «pensar obsesivo» y poner de relieve que los productos obsesivos pueden tener el valor de los más diferentes actos psíquicos. Cabe definirlos como deseos, tentaciones, impulsos, reflexiones, dudas, mandamientos y prohibiciones. Los enfermos se afanan en general por atemperar tales definiciones y por designar como «representación obsesiva» el contenido despojado de su índice de afecto. Ejemplo de ese tratamiento para un deseo, que se rebajaría a mera «conexión de pensamiento», es el que nos ofrece nuestro paciente en una de las primeras sesiones (págs. 141-2).

1 [Este título fue agregado en 1924.]

2 Varios de los puntos tratados aquí y en la sección que sigue ya han sido abordados en la bibliografía sobre la neurosis obsesiva, como se lo puede comprobar en el exhaustivo estudio de L. Löwenfeld (1904) dedicado a esta forma de enfermedad.

3 [«Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa» (1896*b*), *AE*, **3**, pág. 170.]

4 Este defecto de la definición es paliado luego en el ensayo mismo, donde se dice [*ibid.*, pág. 170]: «Ahora bien, los recuerdos reanimados y los reproches formados desde ellos nunca ingresan inalterados en la conciencia; lo que deviene conciente como representación y afecto obsesivos, sustituyendo al recuerdo patógeno en el vivir conciente, son unas *formaciones de compromiso* entre las representaciones reprimidas y las represoras». En la definición, por tanto, corresponde poner un acento particular sobre la palabra «mudados».

Uno se ve obligado a confesar enseguida que hasta ahora no ha podido apreciarse de manera conveniente ni siquiera la fenomenología del pensar obsesivo. En la lucha defensiva secundaria que el enfermo libra contra las «representaciones obsesivas» que se han filtrado en su conciencia se producen formaciones que merecen una denominación particular. Piénsese, por ejemplo, en las series de pensamientos que ocupaban a nuestro paciente durante su viaje de regreso desde las maniobras militares. No son argumentos puramente racionales los que se contraponen a los pensamientos obsesivos, sino, por así decir, unos mestizos entre ambas variedades del pensar: hacen suyas ciertas premisas de lo obsesivo a lo cual combaten y se sitúan (con los recursos de la razón) en el terreno del pensar patológico. Creo que tales formaciones merecen el nombre de *«delirios»* {*«Delirie»*}. Un ejemplo, que ruego se inserte donde corresponde en el historial clínico, aclarará el distingo. Cuando nuestro paciente, en el curso de su estudio, se hubo dedicado un tiempo a aquel loco accionar que hemos descrito, trabajando hasta bien entrada la noche para después abrir las puertas al espectro del padre, y mirar luego sus genitales en el espejo (pág. 160), procuró rectificarse con esta amonestación: «¡Qué diría el padre si realmente viviera todavía!». Pero este argumento no produjo resultado alguno mientras se lo presentó en esa forma racional; la fantasmagoría sólo cesó después que hubo puesto la misma idea en la forma de una amenaza delíriosa {*deliriös*}: Si volvía a perpetrar ese desatino, al padre le pasaría algo malo en el más allá.

El valor del distingo, con toda seguridad justificado, entre lucha defensiva primaria y secundaria [5] se ve inesperadamente limitado por el discernimiento de que *los enfermos no tienen noticia del texto de sus propias representaciones obsesivas.* Suena paradójico, pero tiene su buen sentido. En efecto, en el circuito de un psicoanálisis crece no sólo el coraje del enfermo, sino, por así decir, también el de su enfermedad; esta se atreve a dar unas exteriorizaciones más nítidas. Para abandonar la figuración por imágenes: ocurre sin duda que el enfermo, quien hasta entonces se había extrañado {*abwenden*} con terror de la percepción de sus producciones patológicas, les presta ahora su atención y se entera de ellas con más nitidez y detalle.[6]

[5] [La distinción entre ambas fue establecida en el trabajo ya citado (1896*b*).]

[6] En muchos enfermos, el extrañamiento de su atención llega tan lejos que no son capaces de indicar el contenido de una representación

Además, por dos particulares caminos se adquiere una noticia más precisa sobre las formaciones obsesivas. En primer lugar, uno hace la experiencia de que los sueños pueden brindar el genuino texto de un mandamiento obsesivo, etc., que en la vigilia devino consabido sólo de manera mutilada y desfigurada, como en un telegrama deformado. Estos textos afloran en el sueño como *dichos*, contrariando la regla de que unos dichos en el sueño provienen de dichos diurnos.[7] En segundo lugar, en la indagación analítica de un historial clínico se adquiere el convencimiento de que a menudo varias representaciones obsesivas que se siguen unas a otras, pero cuyo texto no es idéntico, son en el fondo una y la misma. La representación obsesiva fue rechazada logradamente la primera vez, retorna entonces otra vez en forma desfigurada, no es discernida, y quizás a causa de su desfiguración, justamente, puede afirmarse mejor en la lucha defensiva. Pues bien, la correcta es la forma originaria, que con frecuencia deja discernir su sentido sin velo alguno. Tras esclarecer laboriosamente una idea obsesiva no entendida, no es raro oír del enfermo que una ocurrencia, deseo o tentación como los construidos se presentaron en realidad una vez, antes de la idea obsesiva, pero no se mantuvieron. Por desdicha, los ejemplos de ello tomados del historial de nuestro paciente exigirían entrar en detalles de prolijidad excesiva.

La oficialmente llamada «representación obsesiva» lleva entonces, en su desfiguración respecto del texto original, las huellas de la lucha defensiva primaria. Ahora bien, su desfiguración la hace viable, pues el pensar conciente es constreñido a incurrir respecto de ella en un malentendido, como le ocurre con el contenido del sueño, que, siendo ya un producto de compromiso y desfiguración, es luego también mal entendido por el pensar conciente.[8]

Pero el malentendido del pensar conciente se puede demostrar no sólo en las ideas obsesivas mismas, sino también

obsesiva ni pueden describir una acción obsesiva que han realizado incontables veces. [Cf. «Análisis de la fobia de un niño de cinco años» (1909*b*), *supra*, pág. 101.]

[7] Cf. *La interpretación de los sueños* (1900*a*) [*AE*, **5**, págs. 419 y sigs.; esta característica, referida a los sueños del «Hombre de las Ratas», es mencionada en una nota agregada a ese libro en 1909 (*AE*, **4**, pág. 310)].

[8] [Muchas de las ideas que se expresan en este párrafo y el precedente ya habían sido planteadas por Freud en su carta a Fliess del 22 de diciembre de 1897 (Freud, 1950*a*, Carta 79), *AE*, **1**, págs. 314-5. Acerca del inentendimiento de los sueños por el pensar conciente, véase *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, págs. 496-7.]

en los productos de la lucha defensiva secundaria; por ejemplo, en las fórmulas protectoras. Para esto puedo traer dos buenos ejemplos. Nuestro paciente empleaba como fórmula defensiva un «*aber*» {«pero»} pronunciado con rapidez, acompañado de un movimiento de rechazar con la mano. Pues bien, contó que esta fórmula se le había alterado en el último tiempo; ya no decía «*áber*» {con el acento correcto}, sino «*abér*». Inquirido por la razón de ese ulterior desarrollo, indicó que la «*e*» muda de la segunda sílaba no le daba seguridad ninguna contra la temida intromisión de algo ajeno y opuesto, y por eso se resolvió a acentuar la «*e*». Tal esclarecimiento, dado bien en el estilo de la neurosis obsesiva, demostró ser empero desacertado; a lo sumo podía reclamar el valor de una racionalización. En realidad, el «*abér*» era una asimilación a «*Abwehr*» {«defensa»}, término de que él tenía noticia por las pláticas teóricas sobre el psicoanálisis. Así, la cura había sido empleada, de manera abusiva y deliriosa, para reforzar una fórmula defensiva. Otra vez habló de su principal palabra ensalmadora, que, para defenderla contra toda acechanza, había compuesto a partir de las letras iniciales de las más salutíferas plegarias, proveyéndola de un «*amen*» como apéndice. No puedo trascribir aquí la palabra misma [cf. pág. 219], por razones que enseguida se sabrán. En efecto, cuando me enteré de ella, no pude menos que notar que era más bien un anagrama del nombre de su admirada dama; este nombre contenía una «*S*» que él había puesto al final, e inmediatamente antes del «*amen*» añadido. Por ende, tendríamos derecho a decir que él había... juntado su semen {*Samen*, en alemán} con la amada, o sea, se había masturbado con su persona en la representación. Sin embargo, él mismo no había advertido este flagrante nexo; la defensa se había dejado burlar por lo reprimido. Un buen ejemplo, además, de la tesis que dice que, con el tiempo, aquello sobre lo cual recae la defensa consigue abrirse paso en aquello mismo mediante lo cual la defensa actúa.

Si se afirma que los pensamientos obsesivos experimentan una desfiguración semejante a la de los pensamientos oníricos antes que devengan el contenido del sueño, es natural que nos interese la técnica de esa desfiguración, y nada impediría explicitar sus diversos recursos en una serie de ideas obsesivas traducidas y entendidas. No obstante, tampoco sobre esto, dadas las condiciones de esta publicación, puedo dar más que algunos ejemplos. No todas las ideas obsesivas de nuestro paciente eran de tan compleja edificación y de aclaración tan difícil como la gran repre-

sentación de las ratas. En otras se había empleado una técnica muy simple, la de la desfiguración por omisión —elipsis—, de tan exquisita aplicación en el chiste, pero también aquí obraba como recurso protector contra la inteligencia.

Una de sus ideas obsesivas más antiguas y predilectas (cuyo valor era el de una admonición o advertencia) rezaba, por ejemplo: «*Si yo me caso con la dama, a mi padre le sucede una desgracia* (en el más allá)». Intercalando el eslabón intermedio que se ha saltado, y que conocimos por el análisis, la ilación de pensamiento reza: «Si mi padre viviera, mi designio de casarme con la dama lo enfurecería tanto como aquella vez en la escena infantil, y yo volvería a ser presa de la ira y le desearía toda clase de males, los que no podrían menos que cumplirse en él en virtud de la omnipotencia de mis deseos». (Sobre esta omnipotencia, cf. pág. 182.)

He aquí otro caso de resolución elíptica, de igual modo una advertencia o una prohibición ascética. Tenía una deliciosa sobrinita, a quien amaba mucho. Un día le vino la idea: «*Si te permites un coito, a Ella le sucederá una desgracia* (se morirá)». Introduzcamos lo omitido: «A cada coito, aun con una extraña, no podrás menos que pensar que el comercio sexual en tu matrimonio nunca producirá un hijo (la esterilidad de su amada). Eso te pesará tanto que te pondrás envidioso por la pequeña Ella y no le consentirás el hijo a tu hermana. Y estas mociones de envidia por fuerza provocarán la muerte de la pequeña».[9]

La técnica de desfiguración por elipsis parece ser típica de la neurosis obsesiva; he tropezado con ella también en los pensamientos obsesivos de otros pacientes. De particular trasparencia, e interesante en virtud de cierta semejanza con la estructura de la representación de las ratas, fue el

[9] Un ejemplo de otra de mis obras, *El chiste y su relación con lo inconciente* [(1905*c*), *AE*, **8**, pág. 74] recordará al lector el empleo de esta técnica de la omisión en el chiste: «En Viena vive un escritor agudo y pendenciero que por la mordacidad de sus invectivas se atrajo repetidas veces maltratos corporales de parte de los atacados. Cierta vez que corrían lenguas sobre un nuevo desaguisado de uno de sus habituales enemigos, un tercero dijo: "Si X llega a enterarse, recibirá otra bofetada". En la técnica de este chiste participa en primer lugar el desconcierto frente al aparente contrasentido, pues recibir una bofetada no nos parece en modo alguno la consecuencia inmediata de enterarse de algo. (...) El contrasentido se disipa si uno intercala en la laguna: "...escribirá un artículo tan mordaz contra la persona en cuestión que, etc."». — Este chiste elíptico muestra también una concordancia de contenido con el primer ejemplo citado en el texto. [Cf. *infra*, pág. 218.]

caso de una dama que padecía, en lo esencial, de acciones obsesivas. Estaba de paseo en Nuremberg con su marido, e hizo que él la acompañara a una tienda donde compraría diversos objetos para su hija, entre ellos un peine. El marido, a quien le pareció que ella tardaba mucho en escoger, indicó que por el camino había visto algunas monedas en casa de un anticuario, y quería comprarlas; tras la compra, pasaría a buscarla por la tienda. Ahora bien, según la estimación de ella, la tardanza de él fue excesiva. Cuando regresó, a la pregunta sobre dónde había estado respondió: «Pues en lo de aquel anticuario»; en ese mismo momento le entró a la mujer la martirizadora duda: ¿No había poseído desde siempre el peine comprado para la niña? Desde luego, no atinó a descubrir el simple nexo. Nosotros no tenemos más alternativa que declarar desplazada a esta duda, y construir así el pensamiento inconciente completo: «Si es verdad que sólo estuviste en casa del anticuario, si yo debo creer eso, entonces puedo creer igualmente que desde hace años poseo este peine que acabo de comprar». Por tanto, una equiparación, a modo de irónica soflama, parecida al pensamiento de nuestro paciente: «Sí, tan cierto como que los dos (padre y dama) pueden tener hijos, devolveré el dinero a A.» [pág. 170]. En el caso de la dama, la duda dependía de los celos, inconcientes en ella, que la llevaban a suponer que su marido había aprovechado el intervalo para una visita galante.

No ensayaré en esta oportunidad una apreciación psicológica del pensar obsesivo. Arrojaría unos resultados de valor extraordinario y contribuiría a aclarar nuestras intelecciones sobre la esencia de lo conciente e inconciente más que el estudio de la histeria y de los fenómenos hipnóticos. Sería harto deseable que los filósofos y psicólogos, que de oídas o a partir de sus definiciones convencionales desarrollan agudas doctrinas sobre lo inconciente, se procuraran antes las impresiones decisivas en los fenómenos del pensar obsesivo; uno casi les pediría que lo hicieran, si no fuera tanto más fatigoso que las modalidades de trabajo con que están familiarizados. Sólo he de consignar, todavía, que a veces en la neurosis obsesiva los procesos anímicos inconcientes irrumpen en lo conciente en la forma más pura y menos desfigurada, que esa irrupción puede producirse desde los más diversos estadios del proceso de pensar inconciente, y que las representaciones obsesivas, en el momento de su irrupción, pueden discernirse las más de las veces como unas formaciones existentes desde hace mucho tiempo. De ahí el llamativo fenómeno de que el enfermo obse-

sivo, cuando se pesquisa con él la primera aparición de una idea obsesiva, se vea precisado a correrla de continuo hacia atrás en el curso del análisis, descubra para ella nuevas y nuevas primeras ocasiones.

B. Algunas particularidades psíquicas de los enfermos obsesivos; su relación con la realidad, la superstición y la muerte

He de tratar aquí algunos caracteres anímicos de los enfermos obsesivos que en sí no parecen importantes, pero se sitúan en el camino hacia el entendimiento de lo más importante. En mi paciente eran muy manifiestos, pese a lo cual sé que no son imputables a su individualidad, sino a su padecer, y se los reencuentra en otros enfermos obsesivos de una manera totalmente típica.

Nuestro paciente era supersticioso en alto grado, y ello a pesar de ser un hombre esclarecido, de elevada cultura y notable perspicacia, y de poder asegurar a veces que no tenía por verdadero nada de tales antiguallas. Por tanto, era supersticioso y al mismo tiempo no lo era, y así se distinguía nítidamente de los supersticiosos incultos, que no vacilan en su creencia. Parecía comprender que su superstición dependía de su pensar obsesivo, si bien a veces la profesaba por entero. Un comportamiento tan contradictorio y oscilante se aprehende mejor bajo el punto de vista de cierto ensayo explicativo: no he vacilado en suponer que sobre estas cosas tenía dos convicciones diversas y contrapuestas, y no, por ejemplo, una opinión indecisa. Entre esas dos opiniones oscilaba, entonces, en una bien visible dependencia de toda su restante postura hacia su padecer obsesivo. Tan pronto se hacía dueño de una obsesión, ridiculizaba su credulidad con inteligencia superior, y nada que le ocurriera podía conmoverlo; y tan pronto volvía a caer bajo el imperio de una compulsión no solucionada —o su equivalente, una resistencia—, vivenciaba las más raras contingencias que venían en socorro de su convicción crédula.

Su superstición era, sin embargo, la de un hombre culto, y prescindía de vulgaridades como la angustia ante el viernes, ante el número 13, etc. Pero creía en signos premonitorios, en sueños proféticos; siempre encontraba a las

personas en quienes inexplicablemente acababa de pensar, o recibía una carta de alguien que tras larguísima pausa se le había aparecido de repente en recordación espiritual. En esto era lo bastante probo, o, más bien, fiel a su convicción oficial, como para no olvidar casos en que las más intensas vislumbres no habían terminado en nada; por ejemplo, cierta vez que, hallándose en un lugar de veraneo, dio en el presentimiento de que no regresaría con vida a Viena. Admitía, también, que la mayoría de los signos premonitorios recaían sobre cosas que no tenían ningún significado particular para su persona, y que, cuando topaba con un conocido en quien hacía mucho no pensaba y acababa de hacerlo pocos momentos antes, entre ese aparecido milagroso y él no ocurría nada más. Desde luego, tampoco podía poner en entredicho que todo lo sustantivo de su vida había sucedido sin signos premonitorios; así, por ejemplo, la muerte de su padre lo sorprendió sin sospecharla. Pero estos argumentos en nada modificaban la escisión de sus convicciones y sólo probaban el carácter obsesivo de su superstición, carácter que ya se discernía por las oscilaciones de esta, de igual sentido que la resistencia.

Por supuesto, yo no estaba en condiciones de esclarecer con arreglo a la *ratio* todas sus más antiguas historias milagrosas, pero, en cuanto a parecidas cosas ocurridas durante el período del tratamiento, pude demostrarle que él mismo participaba de continuo en la fabricación de los milagros, así como los medios de que para ello se valía. Trabajaba con la visión y lectura indirectas,[10] con el olvido y, sobre todo, con espejismos de la memoria. Al final él mismo me ayudó a descubrir los pequeños trucos de prestidigitador mediante los cuales se hacían esos milagros. Como una interesante raíz infantil de su creencia en el cumplimiento de presagios y predicciones, se ofreció cierta vez el recuerdo de que muy a menudo su madre, cuando debía escogerse un plazo, había dicho: «Ese o esotro día no puedo, pues tendré que guardar cama». ¡Y realmente todas las veces guardaba cama el día anunciado!

Era inequívoco que tenía necesidad de hallar en el vivenciar esos puntos de apoyo para su superstición, y que por eso reparaba tanto en las consabidas casualidades inexplicables de la vida cotidiana y, cuando estas no bastaban, acudía en su ayuda con su obrar inconciente. He hallado esta necesidad en otros enfermos obsesivos y la conje-

10 [O sea, empleando las porciones periféricas de la retina en lugar de la mácula lútea.]

turo en muchos más. Me parece perfectamente explicable a partir del carácter psicológico de la neurosis obsesiva. Como antes lo expuse (pág. 154), en esta perturbación la represión {esfuerzo de desalojo} no se produce por amnesia, sino por desgarramiento de nexos causales a consecuencia de una sustracción de afecto. Sin embargo, a estos vínculos reprimidos parece restarles una cierta virtud admonitoria —que en otro lugar he comparado con una percepción endopsíquica—;[11] de esa suerte son introducidos en el mundo exterior por el camino de la proyección, y allí dan testimonio de lo interceptado en lo psíquico.

Otra necesidad anímica común a los enfermos obsesivos que tiene cierto parentesco con la recién mencionada, y cuya persecución nos lleva a las profundidades del estudio de las pulsiones, es la de la *incertidumbre* en la vida, o de la *duda*. La producción de la incertidumbre es uno de los métodos que emplea la neurosis para sacar al enfermo de la *realidad* y aislarlo del mundo, lo cual constituye, por cierto, la tendencia de toda perturbación psiconeurótica. También aquí es harto nítido lo mucho que los enfermos ponen de sí para esquivar una certidumbre y poder aferrarse a una duda; y hasta en algunos esa tendencia encuentra viva expresión en su aversión a... los relojes, que por lo menos certifican las marcas del tiempo, así como en todos los artificios que ejecutan inconcientemente para volver inocuo cualquier instrumento que excluya la duda. Nuestro paciente había desarrollado una particular habilidad para evitar noticias que le habrían facilitado tomar una decisión en su conflicto. Así, en cuanto a su amada, no estaba en claro sobre la circunstancia más decisiva para contraer matrimonio: supuestamente, no sabía decir quién la había operado, ni si le habían extirpado un ovario o ambos. Fue movido a recordar lo olvidado y a averiguar lo descuidado.

La predilección de los enfermos obsesivos por la incertidumbre y la duda se les convierte en motivo para adherir sus pensamientos, preferentemente, a aquellos temas en que la incertidumbre de los hombres es universal, en que nuestro saber o nuestro juicio permanecen por fuerza ex-

[11] [Cf. *supra*, pág. 131.] Véase *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901*b*) [*AE*, **6**, pág. 251. El símil fue incorporado en la edición de 1907. En ese pasaje se aborda en conjunto el tema de la superstición. Véase también el posterior trabajo de Freud sobre «Lo ominoso» (1919*h*). — En las ediciones en alemán del presente trabajo anteriores a 1924 aparecía por error «endóptica» en vez de «endopsíquica».]

puestos a la duda. Esos temas son, sobre todo: la filiación paterna, la duración de la vida, la vida después de la muerte, y la *memoria*, a la que solemos prestar creencia sin poseer la menor garantía de su confiabilidad.[12]

De la incertidumbre de la memoria se sirve la neurosis obsesiva profusamente para la formación de síntoma; y pronto averiguaremos el papel que la duración de la vida y el más allá desempeñan en el contenido del pensar de los enfermos. Pero antes, como la transición más conveniente, me referiré a aquel rasgo de la superstición de nuestro paciente cuya mención en un pasaje anterior (pág. 177) sin duda habrá provocado extrañeza en más de un lector.

Me refiero a la *omnipotencia*, por él aseverada, de sus pensamientos y sentimientos, de sus buenos y malos deseos. No es poca, en verdad, la tentación de declarar que esta idea es un delirio que rebasa la medida de la neurosis obsesiva; sin embargo, he hallado esta misma convicción en otro enfermo obsesivo restablecido desde hace largo tiempo y con un quehacer normal, y verdaderamente todos los enfermos obsesivos se conducen como si compartieran esa convicción. Será nuestra tarea esclarecer esa sobrestimación. Supongamos, sin más, que en esa creencia se confiesa sinceramente un fragmento de la antigua manía de grandeza de la infancia, y preguntemos a nuestro paciente en qué basa su convicción. Responde invocando dos vivencias. Cuando llegó por segunda vez a ese sanatorio de cura de aguas donde había experimentado la primera y única mejoría en su padecer [pág. 127], volvió a pedir la misma habitación que, por el lugar en que estaba situada, había propiciado sus relaciones con una de las enfermeras. Recibió esta respuesta: «Esa habitación está ya ocupada, un viejo profesor la tiene»; y, ante esa noticia que rebajaba mucho sus perspec-

[12] Lichtenberg: «Si la luna está o no habitada, el astrónomo lo sabe más o menos con la misma certeza con que sabe quién fue su padre, pero no con la certeza con que sabe quién ha sido su madre». — Se produjo un gran progreso cultural cuando los hombres se decidieron a admitir el razonamiento junto al testimonio {*Zeugnis*} de los sentidos y a pasar del derecho materno al paterno. — Figuras prehistóricas en que una persona más pequeña está sentada sobre la cabeza de una más grande significan la descendencia patrilineal: la Atenea sin madre sale de la cabeza de Zeus. Todavía en nuestra lengua, quien da fe de algo ante el tribunal se llama «*Zeuge*» {«testigo»}, de acuerdo con la parte que el varón desempeña en el acto de la reproducción {«*zeugen*», «procrear»}; y ya en los jeroglíficos, «testigo» es escrito con la imagen de los genitales masculinos.

tivas de curación, él reaccionó con estas descomedidas palabras: «¡Que le dé un ataque de apoplejía!». Catorce días después se despertó turbado por la representación de un cadáver, y a la mañana se enteró de que al profesor realmente le había dado un ataque de apoplejía y lo habían llevado a la habitación más o menos en el momento en que él despertara.[13] La otra vivencia se refería a una señorita mayor, muy menesterosa de amor, que le mostraba gran solicitud y cierta vez le preguntó directamente si él no podría quererla. Dio una respuesta esquiva; pocos días después se enteró de que la señorita se había arrojado por una ventana. Se hizo entonces reproches y se dijo que habría estado en su poder conservarle la vida si le hubiera dado su amor. De tal manera adquirió el convencimiento de la omnipotencia de su amor y su odio. Sin desconocer la omnipotencia del amor, nosotros destacaremos que en ambos casos se trata de la muerte y adheriremos a la explicación evidente de que nuestro enfermo, como otros obsesivos, está compelido a sobrestimar el efecto que sus sentimientos hostiles producen sobre el mundo exterior porque un gran fragmento del efecto psíquico interior de tales sentimientos escapa a su noticia conciente. Su amor —o más bien su odio— son realmente hiperpotentes; crean, justamente, aquellos pensamientos obsesivos cuyo origen él no comprende y de los cuales se defiende sin éxito.[14]

Nuestro paciente tenía una relación muy particular con el tema de la muerte. Tomaba cálida participación en todos los fallecimientos, asistía lleno de piedad a las exequias, de suerte que sus hermanos y hermanas lo llamaban en broma «pájaro de mal agüero»;[15] pero también en la fantasía él mataba gente de continuo para exteriorizar a los deudos entrañable simpatía. La muerte de una hermana mayor cuando él tenía entre 3 y 4 años de edad [pág. 161] desempeñaba un gran papel en sus fantasías y había entra-

13 [Vuelve a mencionarse y elucidarse esta anécdota en «Lo ominoso» (1919*b*), *AE*, **17**, pág. 239.]

14 (*Nota agregada* en 1923:) La omnipotencia de los pensamientos, más correctamente de los deseos, ha sido discernida desde siempre como una pieza esencial de la vida anímica de los primitivos. Véase *Tótem y tabú* (1912-13) [*AE*, **13**, págs. 89-93. El libro entero está lleno de esclarecimientos sobre la neurosis obsesiva, particularmente las secciones 2 y 3(*c*) del segundo ensayo, y las secciones 3 y 4 del tercero.]

15 [Este detalle es comentado en «Sueño y telepatía» (1922*a*), *AE*, **18**, pág. 209.]

do en el más íntimo vínculo con los desaguisados infantiles de aquellos años. Sabemos, además, cuán temprano lo había ocupado el pensamiento de la muerte del padre, y tenemos derecho a concebir la contracción misma de su enfermedad como una reacción frente a ese suceso que él, en la compulsión, había deseado quince años antes. No otra cosa que una compensación por esos deseos de muerte contra el padre es la extraña extensión de sus temores obsesivos al «más allá». Ella se introdujo cuando el duelo por el padre difunto experimentó un refrescamiento un año y medio después, y estaba destinada a volver a cancelar la muerte del padre en desafío a la realidad y por amor del deseo que antes se había insinuado en toda clase de fantasías.[16] En varios pasajes (págs. 174 y 177) hemos aprendido a traducir el agregado «en el más allá» con las palabras «si mi padre viviera todavía».

Pero no muy diverso del comportamiento de nuestro paciente es el de otros enfermos obsesivos a quienes el destino no ha deparado en años tan tempranos el primer encuentro con el fenómeno de la muerte. Sus pensamientos se ocupan sin cesar de la duración de la vida y la posibilidad de la *muerte de otros; sus inclinaciones supersticiosas no* tuvieron al comienzo otro contenido, y quizá tampoco sea otro su origen. Pero, sobre todo, ellos necesitan de la posibilidad de muerte para solucionar los conflictos que dejan sin resolver. Su carácter esencial es su incapacidad para decidirse, sobre todo en asuntos de amor; procuran posponer toda decisión, y en la duda sobre la persona por la cual habrían de decidirse, o sobre el partido que adoptarían frente a una persona, no puede menos que servirles de arquetipo el antiguo Tribunal Supremo del Reich, cuyos procesos solían acabarse por la muerte de las partes querellantes antes de que se dictara sentencia. Así, en cada conflicto vital acechan la muerte de una persona significativa para ellos, las más de las veces una persona amada, sea uno de los progenitores, sea un rival o uno de los objetos de amor entre los que oscila su inclinación. Pero con esta apreciación del complejo de muerte en la neurosis obsesiva rozamos ya la vida pulsional de los enfermos, que ahora ha de ocuparnos.

16 [El uso de los mecanismos defensivos de la «anulación» y el «aislamiento» por parte de los neuróticos obsesivos (cf. *infra*, págs. 189 y 192) es analizado por Freud en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*), *AE*, **20**, págs. 114-7. Digamos de paso que en esa obra se aborda en muchos puntos la psicología de la neurosis obsesiva.]

C. La vida pulsional y la fuente de la compulsión y la duda

Si queremos tomar conocimiento de las fuerzas psíquicas cuyo juego y contrajuego ha edificado a esta neurosis, tenemos que remontarnos a lo averiguado en nuestro paciente sobre las ocasiones de su enfermedad en la madurez y la infancia. Enfermó en la tercera década de su vida, cuando se vio ante la tentación de casarse con una muchacha que no era aquella a quien desde hacía tiempo amaba, y se sustrajo de la decisión de este conflicto posponiendo todas las actividades que se requerían para prepararla, a cuyo propósito la neurosis le brindó los medios. La oscilación entre la amada y la otra se puede reducir al conflicto entre el influjo del padre y el amor a la dama, vale decir, a una elección conflictiva entre padre y objeto sexual como la que ya había existido, según los recuerdos y las ocurrencias obsesivas, en la primera infancia. Además, a lo largo de toda su vida es inequívoco que tanto con relación a su amada como a su padre hubo en él una querella entre amor y odio. Fantasías de venganza y fenómenos obsesivos como la compulsión de comprender y los manejos con la piedra en aquella calle de campo [pág. 150] atestiguan esa bi-escisión en su interior, que hasta cierto grado podía entenderse como normal, pues la amada, con su primer rechazo [pág. 153] y su frialdad posterior, le había dado motivos para unos sentimientos hostiles. Pero esa misma condición bi-escindida de los sentimientos gobernaba, según lo averiguamos merced a la traducción de sus pensamientos obsesivos, su relación con el padre, y también este por fuerza le habrá dado en la niñez motivos para su hostilidad, como pudimos comprobarlo casi con certeza. Su relación con la amada, compuesta de ternura y hostilidad, caía en buena parte dentro de su percepción conciente. A lo sumo se engañaba sobre la medida y sobre la expresión del sentimiento negativo; en cambio, la hostilidad contra el padre, antaño intensamente conciente, le había sido sustraída desde mucho tiempo atrás y sólo contra su más violenta resistencia pudo ser devuelta a su conciencia. En la represión del odio infantil contra el padre vemos aquel proceso que compelió dentro de los marcos de la neurosis todo el acaecer ulterior.

Los conflictos de sentimientos enumerados en el caso de nuestro paciente no son independientes entre sí, sino que están soldados de a parejas. El odio contra la amada tuvo que sumarse a la fidelidad hacia el padre, y a la inversa.

Pero las dos corrientes conflictivas que restan tras esta simplificación, la oposición entre el padre y la amada, y la contradicción de amor y odio dentro de cada una de esas relaciones, nada tienen que ver entre sí, ni por su contenido ni genéticamente. El primero de esos dos conflictos corresponde a la oscilación normal entre varón y mujer como objetos de la elección amorosa, que le es acercada al niño por primera vez con la famosa pregunta: «¿A quién quieres más, a papá o a mamá?», y lo acompañará toda la vida a pesar de las diferencias en cuanto a la plasmación de las intensidades de sensación y a la fijación de las metas sexuales definitivas. Ahora bien, lo normal es que esta relación de oposición pierda pronto el carácter de una contradicción tajante, de un intransigente «o bien... o bien»; se deja espacio para los desiguales títulos de ambas partes, aunque también en la persona normal la estimación del valor de un sexo se compensa siempre con la desvalorización del otro.

Más extrañeza nos causa el otro conflicto, entre amor y odio. Sabemos que un enamoramiento incipiente es percibido con frecuencia como odio, que un amor al que se deniega satisfacción se traspone fácilmente en parte en odio, y por los poetas nos enteramos de que en estadios tormentosos del enamoramiento ambos sentimientos opuestos pueden existir uno junto al otro durante un tiempo, como en competencia. Pero una coexistencia crónica de amor y odio hacia la misma persona, ambos sentimientos en su intensidad máxima, nos causa asombro. Habríamos esperado que desde mucho tiempo atrás el gran amor venciera al odio, o fuera consumido por este. En realidad, semejante persistencia de los opuestos sólo es posible bajo particulares condiciones psicológicas y por cooperación del estado inconciente. El amor no ha podido extinguir al odio, sino sólo esforzarlo a lo inconciente; y en lo inconciente, protegido del influjo de la conciencia que pudiera cancelarlo, es capaz de conservarse y aun de crecer. Bajo estas circunstancias, el amor conciente suele hincharse por vía de reacción hasta alcanzar una intensidad particularmente elevada, a fin de estar a la altura del trabajo que se le impone de una manera constante: retener en la represión a su adversario. Una división muy prematura de estos dos opuestos, ocurrida en los años prehistóricos de la infancia, con represión de una de las partes —por lo común el odio—, sería la condición para esta sorprendente constelación de la vida amorosa.[17]

[17] Véanse las elucidaciones a este respecto en una de las primeras sesiones [pág. 143]. — (*Agregado* en 1923:) Para esta constelación

Si se abarca en ojeada panorámica cierto número de análisis de obsesivos, se tendrá por fuerza la impresión de que una conducta de amor y odio como la que hallamos en nuestro enfermo es uno de los caracteres más frecuentes, más declarados y por eso probablemente más sustantivos de la neurosis obsesiva. Sin embargo, aunque sería atractivo referir el problema de la «elección de neurosis» [18] a la vida pulsional, se tienen bastantes razones para apartar esa tentación, y es preciso decirse que en todas las neurosis uno descubre, como portadoras de síntoma, las mismas pulsiones sofocadas. El odio retenido por el amor en la sofocación de lo inconciente desempeña, sin duda alguna, un importante papel también en la patogénesis de la histeria y de la paranoia. Conocemos demasiado poco la esencia del amor para adoptar aquí una decisión terminante; en particular, la relación de su factor *negativo* [19] con el componente sádico de la libido permanece en total oscuridad. Acaso posea entonces el valor de un expediente provisional si decimos: En los casos en cuestión de odio inconciente, el componente sádico del amor se ha desarrollado constitucionalmente con particular intensidad; por eso ha experimentado una sofocación prematura y demasiado radical, y así los fenómenos observados de la neurosis derivan por una parte de la ternura conciente elevada* por reacción, y por otra parte del sadismo que en lo inconciente sigue produciendo efectos como odio.

Pero comoquiera que haya de comprenderse esta singular relación de amor y odio, la observación de este enfermo destaca fuera de duda su presencia, y conforta ver cuán fácil resulta concebir los enigmáticos procesos de la neurosis obsesiva mediante la referencia a este solo factor. Si

de sentimientos, Bleuler [1910] ha creado más tarde la adecuada designación de «ambivalencia». Véase, por otra parte, la continuación de estas elucidaciones en mi ensayo «La predisposición a la neurosis obsesiva» (1913*i*).

18 [Este problema venía ocupando a Freud desde mucho tiempo atrás. Había procurado resolverlo ya en 1896 (véase su carta a Fliess del 30 de mayo de ese año (Freud, 1950*a*, Carta 46), *AE*, **1**, págs. 271-2). Volvió al tema en repetidas oportunidades; por ejemplo, en el trabajo citado en la nota anterior (1913*i*).]

19 «Sí, a menudo tengo el deseo de no verlo más entre los vivos. Y, sin embargo, si ese deseo se realizara alguna vez, yo sé que me volvería mucho más desdichado aún: tan inerme, tan totalmente inerme estoy frente a él», dice Alcibíades sobre Sócrates en *El banquete*. [Opiniones posteriores de Freud sobre este tema se hallarán en «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915*c*), *AE*, **14**, págs. 130-4, y en el capítulo IV de *El yo y el ello* (1923*b*).]

* {«*in die Höhe trieben*», «pulsionada hacia lo alto».}

un amor intenso se contrapone, ligándolo, a un odio de fuerza casi pareja, la consecuencia inmediata tiene que ser una parálisis parcial de la voluntad, una incapacidad para decidir en todas las acciones en que el amor deba ser el motivo pulsionante. Pero la irresolución no permanece mucho tiempo limitada a un grupo de acciones. En efecto, en primer lugar, ¿qué acciones de un amante no entrarían en relación con su motivo principal? En segundo lugar, a la conducta sexual le corresponde un poder paradigmático, con el que ejerce un efecto modelador sobre las restantes reacciones de un ser humano; y, en tercero, forma parte del carácter psicológico de la neurosis obsesiva el hacer el uso más extenso del mecanismo del *desplazamiento*. Así, la parálisis de la decisión se difunde poco a poco por todo el obrar de un ser humano.

Con esto queda dado el imperio de *compulsión* y *duda*, tal como nos sale al paso en la vida anímica de los enfermos obsesivos. La duda corresponde a la percepción interna de la irresolución que se apodera del enfermo a raíz de todos sus actos deliberados, como consecuencia de la inhibición del amor por el odio. Es, en verdad, una duda en cuanto al amor, que debería ser lo más cierto subjetivamente; esa duda se ha difundido a todo lo demás y se ha desplazado con preferencia a lo ínfimo más indiferente.[20] Quien duda en cuanto a su amor, ¿no puede, no debe, dudar de todo lo otro, de menor valía?[21]

Es la misma duda que lleva a la incertidumbre sobre las medidas protectoras y a su repetición continuada para desterrarla, y que al cabo vuelve a estas acciones protectoras tan incumplibles como lo era la decisión de amor originariamente inhibida. Al comienzo de mis experiencias[22] me vi llevado a suponer una derivación más general de la

[20] Véase la figuración por algo ínfimo como técnica del chiste, en *El chiste y su relación con lo inconciente* [(1905*c*), *AE*, **8**, pág. 77; cf. también «Acciones obsesivas y prácticas religiosas» (1907*b*)].

[21] Así en los versos de amor que Hamlet le dirige a Ofelia (*Hamlet*, acto II, escena 2):

«Doubt thou the stars are fire;
Doubt that the sun doth move;
Doubt truth to be a liar;
But never doubt I love».

{«Duda de que los astros fuego sean;
Duda de que el sol en movimiento esté;
Duda de la verdad por si es una embustera;
Mas de que yo te amo, no lo dudes jamás».}

[22] [«Obsesiones y fobias» (1895*c*), Observación 8, *AE*, **3**, pág. 79.]

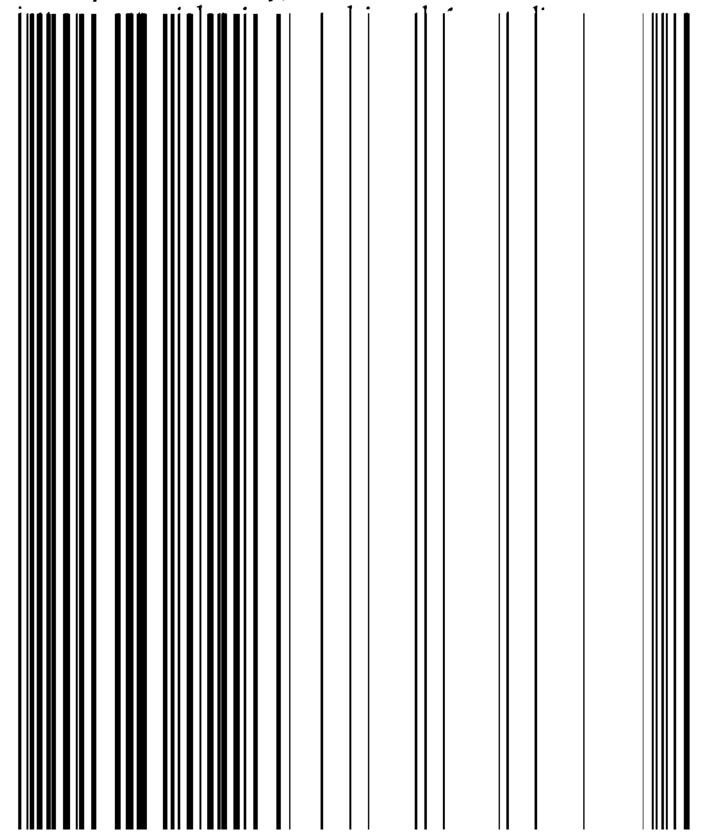
incertidumbre en los obsesivos, que parecía ceñirse más a lo normal. Por ejemplo, si mientras redacto una carta otra persona me interrumpe con preguntas, siento después una justificada incertidumbre sobre lo que pueda haber escrito bajo el influjo de la perturbación y me veo constreñido, para asegurarme, a releer la carta luego de terminada. Así pude creer que la incertidumbre de los obsesivos, por ejemplo en sus plegarias, se debía a que de continuo unas fantasías inconcientes se les inmiscuían en la actividad de rezar. Este supuesto era correcto, y es bien fácil reconciliarlo con nuestra tesis anterior. Es acertado que la incertidumbre de haber cumplido una medida protectora proviene de las fantasías inconcientes perturbadoras, pero estas fantasías contienen el impulso contrario, aquel, justamente, contra el cual la plegaria debía servir de defensa. Esto se volvió harto nítido en cierta oportunidad en nuestro enfermo, pues la perturbación no permaneció inconciente sino que se hizo escuchar en alta voz. Cuando quiso rezar «*Dios la proteja*», se precipitó de pronto desde lo inconciente un «*No*» hostil, y él ha colegido que es el amago de una maldición (pág. 152). Aunque ese «No» permaneciera mudo, él se encontraría lo mismo en estado de incertidumbre y prolongaría cada vez más su plegaria; puesto que habló en voz alta, terminó por resignar la actividad de rezar. Antes de hacerlo, intentó, como otros enfermos obsesivos, toda clase de métodos para atajar la intromisión de lo opuesto: abreviar la plegaria, pronunciarla más rápidamente. Otros ponen cuidado en «*aislar*» de lo demás cada una de esas acciones protectoras. [Cf. pág. 184*n*.] Pero, a la larga, ninguna de esas técnicas da fruto; cada vez que el impulso amoroso ha podido ejecutar algo en su desplazamiento a una acción ínfima, pronto el hostil lo alcanza ahí y vuelve a cancelar su obra.

Si de este modo el obsesivo ha descubierto el punto débil en la certidumbre de nuestra vida anímica, la infidelidad de la memoria, puede entonces, con su auxilio, extender la duda a todo, aun a acciones ya consumadas que todavía no estaban referidas al complejo amor-odio, y al pasado íntegro. Me acuerdo de aquella mujer que acababa de comprar en la tienda un peine para su hijita, y tras el recelo contra su marido empezó a dudar sobre si más bien no poseía el peine desde mucho tiempo atrás [pág. 178]. ¿Acaso no dice esta mujer, directamente: «Si puedo dudar de tu amor (y esto es sólo una proyección de su duda acerca de su propio amor hacia él), también puedo dudar de esto, puedo

dudar de todo», entregando así a nuestro entendimiento el sentido oculto de la duda neurótica?[23]

En cuanto a la *compulsión*, es un ensayo de compensar la duda y de rectificar el estado de inhibición insoportable de que esta da testimonio. Si por fin se ha logrado, con ayuda del desplazamiento, llevar a resolución alguno de los designios inhibidos, es fuerza que este se ejecute; por cierto que ya no será el originario, pero la energía ahí acumulada no renunciará a la oportunidad de hallar su descarga en la acción sustitutiva. Se exterioriza entonces en mandamientos y prohibiciones, puesto que es ora el impulso tierno, ora el hostil, el que se conquista este camino para la descarga. Si el mandamiento obsesivo no ha de cumplirse, la tensión es insoportable y se la percibe como suprema angustia. Pero el camino mismo hacia la acción sustitutiva desplazada a algo ínfimo es disputado con tanto ardor que, las más de las veces, aquella sólo puede imponerse como una medida protectora en estrechísimo empalme con un impulso sobre el que recae la defensa.

Además, mediante una suerte de *regresión*, actos preparatorios remplazan a la resolución definitiva, el pensar sustituye a la acción y, en vez de la acción sustitutiva, se



me aleccionó para incluir en la génesis de las neurosis un placer de oler sepultado desde la infancia.[28] Y en términos generales yo plantearía esta cuestión: Si la atrofia del sentido del olfato, inevitable al apartarse el ser humano del suelo, y la represión {esfuerzo de desalojo y suplantación} orgánica del placer de oler así establecida, no pueden contribuir en mucho a su aptitud para contraer neurosis. Ello nos proporcionaría algún entendimiento sobre el hecho de que en un ascenso cultural tenga que ser justamente la vida sexual la víctima de la represión. En efecto, desde hace tiempo sabemos del íntimo nexo establecido en la organización animal entre la pulsión sexual y la función del órgano del olfato.[29]

Para concluir este trabajo, sólo quiero declarar la esperanza de que mis comunicaciones, en todo sentido incompletas, al menos inciten a otros a sacar a la luz más cosas en un estudio profundizado de la neurosis obsesiva. Lo característico de esta neurosis, lo que la distingue de la histeria, no ha de buscarse, a mi juicio, en la vida pulsional, sino en las constelaciones psicológicas. No puedo abandonar a mi paciente sin expresar en palabras mi impresión de que él estaba fragmentado, por así decir, en tres personalidades; yo diría: en una inconciente y dos preconcientes, entre las cuales podía oscilar su conciencia. Su inconciente abarcaba las mociones tempranamente sofocadas, mociones que cabe designar como apasionadas y malas; en su estado normal era bueno, jovial, reflexivo, prudente y esclarecido, pero en una tercera organización psíquica rendía tributo a la superstición y el ascetismo, de suerte que podía tener dos credos y sustentar dos diversas cosmovisiones. Esta persona preconciente contenía sobre todo las formaciones reactivas frente a sus deseos reprimidos, y es fácil prever que, de continuar la enfermedad, habría devorado a la persona normal. Ahora tengo oportunidad de estudiar a una dama que padece de graves acciones obsesivas, en parecido modo

[28] Por ejemplo, en ciertas formas del fetichismo. [Se amplía esto en una nota agregada en 1910 al primero de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, **7**, pág. 141. Para un examen de otros aspectos del fetichismo, véase el trabajo de Freud sobre este tema (1927*e*).]

[29] [Esta cuestión ya había sido examinada por Freud en dos de sus cartas a Fliess, del 11 de enero y el 14 de noviembre de 1897 (Freud, 1950*a*, Cartas 55 y 75), *AE*, **1**, págs. 282 y 310-1. Retornó al tema en su libro *El malestar en la cultura* (1930*a*), *AE*, **21**, págs. 97-98*n*. y 103-4, *n*. 5.]

fragmentada en una personalidad tolerante, alegre, y en otra muy taciturna y ascética, presentada la primera como su yo oficial, mientras que ella está gobernada por la segunda. Ambas organizaciones psíquicas tienen acceso a su conciencia, y tras la persona ascética se descubre lo inconciente de su ser, desconocido por completo para ella, y que consiste en unas mociones de deseo de antigüedad primordial, hace mucho reprimidas.[30]

[30] (*Nota agregada* en 1923:) El paciente, a quien el análisis que he comunicado le había devuelto su salud psíquica, murió en la Gran Guerra como tantos otros jóvenes valiosos y promisorios.

Anexo. Apuntes originales sobre el caso de neurosis obsesiva

Nota introductoria

Fue costumbre de Freud destruir siempre todo el material en que se había basado una publicación suya una vez que esta aparecía impresa. Por consiguiente, son escasísimos los manuscritos originales que han sobrevivido, y menos aún las notas preliminares y apuntes de donde provenían. Lo que aquí presentamos fue encontrado entre sus papeles en Londres luego de su muerte, y constituye una inexplicable excepción a esta regla. Mencionan el hecho los editores de las *Gesammelte Werke* en su prólogo al volumen XVII, que contiene algunos de sus escritos póstumos. Pero estas anotaciones no fueron incluidas en ese volumen, y se dan a publicidad por primera vez en la presente versión inglesa {la de la *Standard Edition*}.*

Escrito en las hojas de gran tamaño que habitualmente gozaban de la preferencia de Freud, el manuscrito contiene sin duda las anotaciones de las cuales se nos dice (cf. pág. 128, *n.* 2) que fueron hechas «al anochecer del día de tratamiento». Como regla, Freud las apuntaba diariamente, pero en ocasiones dejaba trascurrir algunos días y luego compensaba esto con unos «repasos». En los márgenes de las hojas aparecen de vez en cuando palabras sueltas escritas en sentido vertical —«sueños», «trasferencia», «fantasías onanistas», etc.—, a modo de resumen del tema en discusión. Es evidente que fueron insertadas en una fecha posterior, probablemente cuando Freud preparaba el historial clínico para alguna de sus exposiciones. No hemos creído necesario incluirlas aquí. Los apuntes se interrumpen, sin motivo justificado, luego de la anotación corres-

* {*Traducción en castellano* (tomada de la versión inglesa; cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra,* pág. xi y *n.* 6): 1965: «Las notas originales de Freud sobre el caso del "Hombre de las Ratas"», *RP*, **22**, nº 3, págs. 159-99, sin mención de traductor. La presente versión castellana ha sido tomada de la primera publicación del manuscrito original, *L'homme aux rats. Journal d'une analyse* (edición bilingüe en alemán y francés), traducida al francés, con una introducción, notas y comentario, por Elza Ribeiro Hawelka, París: Presses Universitaires de France, 1974.}

pondiente al 20 de enero de 1908, cuando el tratamiento llevaba unos cuatro meses.

El original está escrito en su mayor parte en un estilo telegráfico, con gran número de abreviaturas y la omisión de los pronombres personales y otras palabras no esenciales. No obstante, con excepción de unos pocos casos, el significado ha podido descifrarse con certeza. A fin de hacer más legible e inteligible el material, las elipsis han sido en su mayoría completadas en esta traducción.* Por lo tanto, pese a la coherencia formal de la presente versión, el lector debe tener siempre en cuenta que lo que sigue no son más que apuntes realizados sin ninguna idea de publicarlos tal como se encontraban. La gran mayoría de los nombres propios han sido remplazados aquí por otros o por iniciales escogidas de manera arbitraria, aunque manteniendo, desde luego, los seudónimos que empleó el propio Freud en el historial.

Aproximadamente el primer tercio del manuscrito fue reproducido por Freud casi *verbatim* en la versión publicada. Abarca la entrevista preliminar del 1º de octubre de 1907 y las siete primeras sesiones —o sea, hasta la del 9 de octubre inclusive (capítulo I, sección D, hasta pág. 147)—. Las correcciones efectuadas por Freud fueron casi con exclusividad de estilo. En la versión publicada añadió algunos comentarios, pero el cambio principal consistió en tornar menos confuso que en el registro cotidiano el relato de las maniobras del paciente. En su conjunto, las diferensuficiente como para justificar la publicación de esa primera parte de los apuntes. Sin embargo, tal vez resulte de
ıera parte de los apuntes. Sin embargo, tal vez resulte de
interés dar la versión original de la primera entrevista, que ofrecerá alguna idea acerca de la naturaleza de los cambios introducidos —aunque ellos son mayores en este caso que en el resto de las primeras sesiones—:

«*1º de octubre de 1907.* El doctor Lorenz, de 29½ años, dice padecer de representaciones obsesivas, particularmente intensas desde 1903, pero las data desde su niñez. Contenido principal: temores de que les suceda algo a dos personas a quienes ama mucho, su padre y una dama a quien admira. Además, impulsos obsesivos (p. ej., cortarse el cuello con la navaja de afeitar) y prohibiciones referidas a cosas indiferentes. Dice haber perdido años en sus estudios por la lucha contra sus ideas, y por eso sólo ahora es prac-

* {También en esta versión castellana.}

ticante en tribunales. En su actividad profesional, los pensamientos sólo se hacen valer cuando se trata de derecho penal. Dice padecer también por el impulso de hacerle algo a la dama por él admirada, impulso que las más de las veces calla en presencia de ella y sale a relucir en su ausencia. Siempre le hizo un efecto benéfico estar alejado de ella, que vive en Viena. De las curas intentadas no sacó ningún provecho, salvo de una cura de aguas en Munich; pero si esta le hizo tanto bien fue porque allí trabó un vínculo que llevó a un comercio sexual regular. Dice no tener aquí parecida oportunidad; sus relaciones sexuales son muy raras e irregulares, las veces que algo se presenta. En cuanto a las prostitutas, les tiene asco. Su vida sexual ha sido muy pobre, el onanismo tuvo un muy escaso papel entre sus 16 y 17 años. Potencia normal. Primer coito a los 26 años.

»Da la impresión de una mente clara y aguda. Tras mencionarle yo las condiciones, dice que debe hablar con su madre, regresa al día siguiente y acepta».

Los dos tercios restantes de los apuntes de Freud se han traducido completos en lo que sigue. Como se comprobará, contienen algún material recogido en el historial publicado, pero en una gran proporción abarcan otras cosas. Si se advierten ocasionales discrepancias entre los apuntes y el historial, debe tenerse en cuenta que el tratamiento continuó por varios meses luego de haber cesado aquellos, y hubo en consecuencia toda clase de oportunidades para que el paciente corrigiera sus manifestaciones previas y para que Freud obtuviera una visión más clara de los detalles. Lo destacable de estos apuntes es que nos suministran el único cuadro con que contamos acerca del tipo de material en bruto sobre el cual se apoyaba todo el trabajo de Freud, y acerca de la manera discontinua en que ese material salía a la luz. Por último, nos brindan una singular ocasión de observar en detalle cómo operaba la técnica de Freud en la época de este análisis.

A fin de ayudar en alguna medida al lector para que pueda seguir el relato según va surgiendo, anexamos una lista muy provisional de ciertos datos cronológicos, a veces incongruentes, derivados de estos apuntes y del historial publicado, junto con otros que conciernen a los familiares del paciente.

Año	*Edad*	
1878		Nacimiento del paciente.
1881	3 años	Ira contra el padre.
1882	4 años	Escena con la señorita Peter. Muerte de
1883	5 años	Katherine. Pájaro disecado.
1884	6 años	Erecciones. Idea de que los padres conocerían sus pensamientos.
1885	7 años	Escena con la señorita Lina. Dispara contra el hermano con escopeta de juguete.
1886	8 años	Va a la escuela. Conoce a Gisela.
1887	9 años	Muerte del padre de Gisela.
1888	10 años	Lombriz en las heces del primo.
1889	11 años	Esclarecimiento sexual. «Cerdo roñoso».
1890	12 años	Se enamora de la hermana de un amigo. Obsesión de la muerte del padre. Eructos de la madre.
1891	13 años	Exhibición de los genitales ante la señorita Lina.
1892	14 años	Devoción religiosa hasta esa época.
1893	15 años	
1894	16 años	Onanismo ocasional.
1895	17 años	
1898	20 años	Se enamora de Gisela. Obsesión de la muerte del padre. Suicidio de la costurera.
1899	21 años	Operación de Gisela. Muerte del padre. Recomienzo del onanismo. Servicio militar.
1900	22 años	Juramento contra el onanismo. — (Diciembre) Es rechazado por Gisela.
1901	23 años	Enfermedad de la abuela de Gisela. Reaparece el onanismo.
1902	24 años	(Mayo) Muerte de la tía y comienzo de la neurosis obsesiva. — Veraneo en Gmunden. — (Octubre) Examen.
1903	25 años	(Enero) Examen. Muerte de un tío que le es indiferente. Plan de matrimonio. Exacerbamiento de la neurosis obsesiva. — (Julio) Examen. Gisela lo rechaza por segunda vez. — Veraneo en Unterach. Ideas de suicidio.
1904	26 años	Primer coito (Trieste).
1906	28 años	En Salzburgo. Fórmula de protección con «iniciales». Sueño de las espadas japonesas.

1907 29 años (Agosto) Maniobras militares en Galitzia.
— (Octubre) Comienzo del tratamiento.

Nota sobre algunos de los hermanos del paciente

Hilde, hermana mayor, casada.
Katherine, cuatro o cinco años mayor que el paciente; murió cuando este tenía 4 años de edad.
Gerda.
Constanze.
Hermano, un año y medio menor que el paciente. (¿Hans?)
Julie, tres años menor que el paciente, casada con Bob S.

James Strachey

De las sesiones siguientes sólo anotaré algunos hechos esenciales, sin plegarme a la marcha del análisis.

10 de octubre. El quiere hablar del comienzo de sus representaciones obsesivas. Resulta que se refiere al comienzo de sus mandamientos. Fue mientras estudiaba para su examen final —se vinculaban con la dama—; primero, unos preceptos minuciosos y sin sentido; contar entre trueno y rayo [*sic*], desde ese minuto correr dentro de la habitación, etc.; en conexión con su propósito de adelgazar, durante sus excursiones en Gmunden (verano de 1902) unos mandamientos lo compelían a correr a pleno calor del sol. Mandamiento de dar el examen en julio, al que resistió por consejo de su amigo; pero luego mandamiento de presentarse en el primer llamado {*Termin*; «plazo»} en octubre, al que obedeció. Se da ánimos en el estudio mediante la fantasía de que tiene que apresurarse para casarse con la dama; parece que esta misma fantasía fue el motivo de su mandamiento. Parece que atribuye al padre este mandamiento. Perdió varias semanas por la presencia * de la dama, que partió de viaje cuando su abuela, muy anciana, enfermó. El se ofreció a ir hasta allí, cosa que ella desautorizó («pájaro fúnebre» [cf. pág. 211]). En medio de su arrebatada actividad de estudio le vino el pensamiento: «Un mandamiento de presentarse a examen en el primer llamado {plazo} de octubre bien podía admitirlo uno, pero, ¿y si te viniera el mandamiento de cortarte el cuello?». Enseguida advierte que ese mandamiento ya estaba dado, y se precipita al armario para tomar la navaja de afeitar, y entonces se le ocurre: «No, no es tan simple, tú tienes que viajar {*hinreisen*} hasta ahí y matar a la anciana señora». Entonces cae al suelo de espanto. ¿Quién es, pues, el que le ordena eso? La dama, todavía muy misteriosa. Juramentos que él ha olvidado. Lucha defensiva en alta voz contra ellos, también olvidada.

* {«*Anwesenheit*»; ¿error por «*Abwesenheit*», «ausencia»?}

11 de octubre. Lucha violenta, día desdichado. Resistencia porque yo ayer le exigí que trajera una fotografía de la dama, vale decir, resignar su reserva respecto de ella. Conflicto: resignar la cura o entregar el secreto. Su conciencia todavía no ha dominado sus pensamientos fluctuantes. Informa sobre la manera en que intentaba defenderse de sus representaciones obsesivas. Contemporáneamente a su religiosidad se había instituido unas plegarias que poco a poco le fueron insumiendo hasta una hora y media, porque en las fórmulas simples se inmiscuía algo que las trastornaba hacia lo contrario; por ejemplo, «Dios —no— lo proteja». (Balaam invertido.)* Lo esclarezco sobre la inseguridad básica de todos los métodos de reconfortamiento, porque poco a poco lo combatido se infiltra en ellos, cosa que él confirma. Una vez le vino en medio de ello la idea de maldecir, pues entonces eso no sería —pensó— una idea obsesiva (el sentido originario de lo reprimido). Cortó de pronto todo eso antes de un año y medio; vale decir, se ha formado, a partir de las iniciales de ciertas plegarias, una palabra como «Gigellsamen» (averiguarlo mejor) [cf. pág. 219]; la declara tan *rápidamente* que nada puede metérsele entremedio. Para refuerzo, todavía cierta superstición, como si sus malos deseos tuvieran poder, un fragmento de omnipotencia, reforzada por una vivencia real. Por ejemplo, en el sanatorio de Munich [pág. 199] tuvo la primera vez habitación contigua a la muchacha con quien entró en comercio sexual. Cuando llegó la segunda vez, vaciló sobre si debía tomar la misma, porque era muy grande y cara. Cuando luego dijo a la muchacha que se había decidido a tomarla, ella le informó que el profesor ya la había tomado. «¡Que le dé un ataque de apoplejía!», pensó enojado. Catorce días después lo perturbó mientras dormía la idea de un cadáver, la venció y a la mañana escuchó que el profesor realmente había sufrido el ataque, y que para ese momento, más o menos, lo habían llevado a su habitación. También dice tener el don de sueños proféticos, de los cuales cuenta el primero.

12 de octubre. No cuenta el segundo, sino que refiere cómo pasó el día. Se puso alegre, fue al teatro y de vuelta a casa el destino envió a su encuentro a su mucama; ni joven ni bonita, desde hacía mucho tiempo le consagraba atención

* {El rey de Moab pagó al profeta Balaam para que maldijera a los hebreos, y en vez de ello los bendijo por orden de Dios. Véase *Números*, 22-24.}

a él. No puede explicarse que de pronto él le diera un beso y luego la atacara; mientras ella se resistía, sin duda fingidamente, él recapacitó y se refugió en su habitación. Así le ocurría siempre, algo vulgar le ensuciaba sus momentos hermosos o de contento. Yo le llamo la atención sobre la *analogía* con los atentados maquinados por agentes provocadores. Sigue embarcado {*fortfahren*} dentro del nexo y recala en el onanismo, que tiene en su caso una historia asombrosa. Lo empezó en su 21$^{er.}$ año (tras la muerte de su padre, según se lo hago verificar), porque había escuchado hablar de ello, por cierta curiosidad; lo repitió muy rara vez, y siempre quedaba muy avergonzado después. Cierto día se le ocurrió, sin ocasionamiento alguno: «Juro dejarlo por la salvación de mi alma». Si bien no concedió valor alguno a ese juramento, del que se rió a causa de su rara solemnidad, lo dejó por ese tiempo. Unos años después, en la época en que murió la abuela de su dama y él quería viajar hasta allí {*hinreisen*}, su madre manifestó: «Por mi alma, no viajarás». La semejanza de este juramento le dio que pensar, se reprochó poner en peligro la salvación del alma de su madre, se instó a no ser más cobarde para sí de lo que era para otros, y a recomenzar con el onanismo si persistía en el propósito de viajar adonde estaba la dama. Después resignó el viaje, porque se le escribió que no debía ir. Desde entonces, el onanismo reapareció de tiempo en tiempo. Momentos particularmente hermosos que vivenciaba o pasajes bellos que leía lo provocaban. Así, por ejemplo, una vez que en una hermosa siesta escuchó a un postillón soplar {el cuerno} soberbiamente en la Teinfaltstrasse,[1] que empero cesó de hacerlo cuando un agente de policía se lo prohibió, probablemente invocando algún viejo decreto de la corte por el que se prohibía soplar {el cuerno} en la ciudad. Otra vez cuando leyó en *Verdad y poesía*[2] cómo Goethe, en un arrebato de ternura, se libró del efecto de una maldición que una amante había pronunciado para la mujer que besara sus labios. Durante mucho tiempo, como supersticiosamente, se había dejado disuadir por esa maldición, pero en ese momento rompió el hechizo y besó con efusión a su amor (¿Lili Schoenemann?).[3] E increíblemente él se masturbó a raíz de eso. En Salzburgo había por lo demás una sirvienta que le gustaba

[1] [Calle situada en el centro de Viena.]
[2] [Tal la versión original del título, cambiado luego por *Poesía y verdad*.]
[3] [En su juventud, Goethe estuvo comprometido durante un breve lapso con la muchacha de este nombre; el nuevo amor a que se alude aquí fue, empero, Friederike Brion.]

y con quien luego tuvo cita. Ocasión de su onanismo. Cuenta esto así: exponiendo cómo por ese onanismo se estropeó un corto viaje a Viena, con el cual se había complacido mucho. Da más noticias sobre su vida sexual. El comercio con *puellis* {prostitutas} le resulta horroroso; una vez estuvo con una de estas, le impuso la condición de que se desvistiera, y cuando le pidió por ello un incremento del 50 % se lo pagó y se alejó, tanto le disgustaba todo eso. Las pocas veces en que tuvo comercio con muchachas, en Salzburgo y luego en Munich con aquella camarera, nunca se hizo reproches. Dice cuán exaltado estuvo cuando la camarera le contó la tocante historia de su primer amor, cómo ella fue llamada al lecho de muerte del amado; lamentó haber convenido con ella la visita nocturna, y sólo los escrúpulos de ella lo constriñeron a hacerle esa injusticia al muerto. Dice haberse afanado siempre por separar tajantemente el comercio habido sólo por causa del coito de todo cuanto se llama amor, y la idea de que ella ha sido amada con tanto ardor la vuelve a sus ojos inapropiada para su sensualidad. Aquí no puedo abstenerme de compaginarle el material disponible en un episodio: que él antes de cumplir 6 años ha rendido homenaje al onanismo, que el padre se lo ha prohibido y por ello la amenaza: «Eso lleva a la muerte», y quizás usara también la de cortar el miembro. De ahí el onanismo a raíz del liberarse de la maldición, el mandamiento y prohibición dentro del inconciente y la amenaza de morir ahora desplazada hacia atrás {*Zurückschieben*} sobre el padre. Le dije que sus continuos pensamientos suicidas corresponderían al reproche de ser él un asesino. Sobre esto, dice al final de la sesión, se le ocurren muchas cosas.

Agregados. El suicidio —dice— ha sido un propósito serio en él, y sólo dos consideraciones lo disuadieron. Una, que no soporta la representación de que su madre halla su cadáver sangrante. Contra esto, empero, puede defenderse mediante la fantasía de que él comete el acto sobre el Semmering,[4] y deja una carta donde pide que le avisen primero a su cuñado. (A la segunda, curiosamente, la he olvidado.)

De antes, no he mencionado tres recuerdos interconectados de su cuarto año, que según él son los más tempranos, y se refieren a la muerte de su hermana Katherine, pequeña pero mayor que él. El primero, cómo es llevada a la cama; el segundo, cómo él, con la pregunta: «¿Dónde está Katherine?», entra en la habitación en busca del padre, quien llora sentado en su sillón de brazos; y el tercero, cómo el padre se

4 [Lugar de recreo en las montañas cercanas a Viena.]

inclina sobre la madre llorosa. (Cosa rara, yo no estoy seguro de si estos recuerdos son de él o de X.)[5]

14 de octubre. Estos dos últimos, duda y olvido, se entraman de manera íntima. Son realmente los recuerdos de él, y la razón olvidada es que la hermana le dijo una vez que, siendo niños, hablaban de la muerte: «Por mi alma, si tú mueres, yo me mato». Las dos veces se trata, entonces, de la muerte de la hermana. Olvidado por mis propios complejos. Por otra parte, este recuerdo, el más temprano, de los 3½ años (la hermana tenía 8), armoniza bien con mi construcción. La muerte lo ha tocado de cerca, *realmente ha creído que uno muere si se masturba.*

Lo que se le ha ocurrido [al final de la sesión anterior] es lo siguiente: La representación de cortar el miembro lo ha martirizado extraordinariamente, y cuando se encontraba en medio de su estudio; no halla ninguna otra fuente para ella, sólo que en esa época padecía de apetencias onanistas. En segundo lugar, algo que le parece mucho más importante; dos veces en la vida, a raíz del primer coito (Trieste) y de uno segundo en Munich (el primero es dudoso, pero internamente verosímil), le pasó después de eso por la mente: «*¡Ah!, es una sensación tan grandiosa. A cambio de ella uno podría hacer cualquier cosa, por ejemplo asesinar a su padre*», lo cual para él carecía de sentido, pues su padre ya estaba muerto. En tercer lugar, cuenta una escena que le han informado muy a menudo, aun su padre,[6] pero de la que él no se acuerda en absoluto. Toda su vida había tenido una angustia terrible ante los golpes, y agradece mucho a su padre por no haberle pegado nunca, que recuerde; cuando pegaban a otros niños, él se escondía de espanto. Pero cuando era muy pequeño (de 3 años) debe de haber hecho algo por lo cual el padre le pegó, y el hombrecito fue presa de una ira terrible y ha insultado al padre. Pero como no conocía insultos, le ha dado todos los nombres de objetos que se le ocurrieron: «¡Eh, tú, lámpara, pañuelo, plato!», etc. Parece que el padre manifestó: «El pequeño será un gran hombre o un gran criminal». Admite que esto demuestra que su furia, su manía de venganza, vienen de una época antigua.

Le explico el principio del Adigio, en Verona,[7] que lo ilustra mucho.

[5] [Probablemente otro de los pacientes de Freud.]

[6] [En la versión publicada se hace especial referencia a su *madre* (cf. pág. 161).]

[7] [El río Adigio describe dentro de la ciudad de Verona una vuelta

Algo más sobre su manía de venganza. Cierta vez que su hermano estuvo en Viena, creyó tener fundamento para suponer que la dama lo prefería, y eso le dio tantos celos que temió hacerle algo. Pidió a su hermano que luchara con él, y sólo tras ser él mismo vencido se sintió tranquilo.

Respecto de la dama, cuenta otra fantasía de venganza de la que no necesita avergonzarse. Ella parece conceder valor a una posición social elevada. El fantasea entonces que ella se ha casado con un hombre así, un funcionario, y él ingresa en la misma oficina, pero progresó más que aquel. Cierto día ese hombre, ahora su subordinado, comete una acción ilícita. La dama cae a sus pies y le suplica que salve a su marido. El se lo promete, le revela que sólo por amor a ella entró en esa oficina, porque ha previsto un momento así; ahora su misión está cumplida, el marido de ella salvado, él renuncia a su cargo. Dice haber llegado después más lejos y que preferiría hacerle algún bien, prestarle un gran servicio, sin que ella supiera que fue él. En estas fantasías él ve sólo las pruebas de su amor, no la magnanimidad a lo Montecristo, destinada a la represión de la venganza.

18 de octubre. Repasos. Comienza con la confesión de una acción fraudulenta en su madurez. Ganaba una suma muy grande en el juego de naipes del «21», cuando declaró que pondría todo a la carta siguiente y luego cesaría. Había llegado hasta 19 y reflexionó un momento si debía continuar, barajó las cartas como distraído y halló que efectivamente la siguiente era un dos, de suerte que después al sacarla llegó a 21. Sobre esto un recuerdo infantil: cómo su padre lo incitaba a tomar el monedero del bolsillo de la madre y sacarle algunos florines. — Su escrupulosidad desde entonces, su conducta en materia de dinero; no ha cobrado su herencia sino que se la ha dejado a la madre, de quien recibe pequeñas cantidades de dinero menudo. Cómo, por este camino, empieza a comportarse como un avaro, aunque no tiene inclinación alguna a ello. Cómo, también, le deparó dificultades ayudar a su amigo. Dice no ser capaz siquiera de prestar objetos que han pertenecido a su padre o a la dama.

Al día siguiente, en continuación asociativa, su comportamiento hacia una «Reserl»,* que está comprometida pero evidentemente le da esperanzas a él. Cómo le ha robado un

casi completa, que lo lleva otra vez casi hasta el punto en que entró a la ciudad.]

* {Diminutivo de «Teresa».}

beso; a raíz de ello, empero, tiene una penosa representación obsesiva de que a su dama le sucede algo malo, algo del tipo de la fantasía del capitán Novak [el «capitán cruel»]. Lo que en la vigilia le ha aparecido sólo muy fugazmente, el sueño de la noche lo dice luego mucho más claro:

(I) Reserl está en nuestra casa, se levanta como hipnotizada, camina, pálida, detrás de mi silla y me abraza. Era como si yo hubiera querido sacudirme ese abrazo, como si cada vez que ella pasaba su mano por mi cabeza se engendrara un daño para la dama, incluso un daño en el más allá. Era automático, como si con las caricias ya estuviera producido el daño.

(El sueño no es interpretado, no es más que la representación obsesiva, más clara, que durante el día no osó percibir.)

Este sueño de hoy lo ha afectado mucho, pues él hace mucho caso de los sueños, ellos han desempeñado un gran papel en su historia, directamente han producido crisis.

(II) En octubre de 1906, quizá después de masturbarse a raíz del pasaje de *Verdad y poesía* [pág. 205]:

La dama se encuentra en algún aprieto. El toma sus dos espadas japonesas y la libera. Con las dos en el puño se precipita allí donde conjetura que está ella. Sabe que las dos significan matrimonio y coito. Ambas cosas están ahora realizadas; la descubre apoyada contra una pared, encadenada con torniquetes de pulgar. El sueño parece devenirle ahora ambiguo; o bien que la libera de esa situación mediante las dos espadas, matrimonio y coito, o, la otra idea, que sólo a través de eso da ella en esa posición. (Es evidente que él mismo no comprende esta alternativa, aunque sus palabras no pueden significar otra cosa). — Las espadas japonesas existen realmente, están colgadas sobre la cabecera de su cama y constan de muy numerosas y pequeñas monedas japonesas. Regalo de su hermana mayor, de Trieste; a mi pregunta, dice que ella vive un matrimonio muy dichoso. Puede ser que la mucama, que suele sacudir el polvo cuando él todavía sigue dormido, haya tocado las monedas, haciendo así un ruido que penetrara en su dormir.

(III) Un tercer sueño, él lo tiene como su bien más preciado.

Diciembre de 1906-enero de 1907. He estado en el bosque, estoy muy triste. La dama me sale al encuentro, muy pálida. «Paul, ven conmigo antes que sea demasiado tarde.

Ambos sufrimos, yo lo sé». Me toma por debajo del brazo y me conduce adelante con violencia. Lucho con ella, pero es demasiado fuerte. Llegamos a un anchuroso río, ahí ella permanece de pie; estoy vestido con miserables andrajos, estos caen en la corriente, que los lleva lejos. Quiero echarme a nado tras ellos, pero ella me lo prohíbe: «Deja los andrajos». Heme ahí con ricas vestiduras.

Ha sabido que los andrajos significan la enfermedad, que todo el sueño le promete salud por intermedio de la dama. Andaba por entonces muy dichoso, hasta que vinieron otros sueños, que lo hicieron profundamente desdichado.

Dice tener que creer en el sentido premonitorio de los sueños, pues ha vivenciado diversas y muy asombrosas pruebas de ello. Concientemente no cree de verdad en ello. (Ambas cosas coexisten una junto a la otra, pero la postura crítica es estéril.)

(IV) En el verano de 1901, él había escrito a un colega para que le enviase tabaco de pipa por valor de 3 coronas. Durante unas tres semanas no llegaron ni carta ni tabaco. Una mañana se despierta, cuenta haber soñado con tabaco; pregunta si por casualidad el cartero no ha traído un paquete para él. No. Unos diez minutos más tarde llaman a la puerta: el correo trae el tabaco.

(V) En el verano de 1903, cuando él estudiaba para su tercer examen final. Sueña que en el examen le preguntan por la diferencia entre un «*Bevollmächtigter*» y un «*Staatsorgan*».* Y de hecho, meses después, en su examen final, le preguntan eso. Este sueño le resulta por entero evidente, pero no hay ninguna prueba de que hablara de él en el intervalo [entre el sueño y el examen final].

Sobre el sueño precedente ensaya la explicación de que el amigo no tenía dinero y él quizá supiera en qué momento lo tendría. No se obtienen datos más precisos.

(VI) Su hermana mayor tiene unos dientes muy hermosos. Pero desde hace tres años le empiezan a doler, hasta que tienen que hacerle una extracción. El médico del lugar, un amigo, le había dicho: «Perderás todos los dientes». Un día le surge [al paciente] de pronto la idea: «¿Quién sabe qué tiene ahora Hilde con los dientes?». Quizás él mismo

* {El «*Bevollmächtigter*» o «apoderado» ejerce su función por mandato especial; el «*Staatsorgan*» la ejerce por mandato natural de su cargo.}

tenía dolor de dientes. El día en que se había vuelto a masturbar, tiene mientras se adormece una especie de visión en duermevela en la que aprecia cómo sufre su hermana por sus dientes. Unos tres días después llega una carta que informa sobre el comienzo de dolores en un segundo diente, que después ha perdido también. Lo asombra el esclarecimiento de que su onanismo era el culpable de esto [de la visión].[8]

(VII) Un sueño en casa de Marie Steiner, que él ya ha contado; ahora, más detalles. Ella es una especie de amor de infancia de él, a los 14-15 años estaba loco por ella; destaca su ambición de cortas miras. En setiembre de 1903 la visitó y allí vio al hermano idiota de 7 años, que le hizo una impresión terrible. En diciembre soñó que había asistido a las exequias de ese hermano. Más o menos por ese tiempo murió el niño. Fechas más precisas no se establecen. En el sueño ha estado junto a Marie S. y le infundía ánimos. («Pájaro fúnebre» [pág. 183], como lo ha llamado su hermana mayor. De continuo mata gente para luego poder captarse simpatías). Contraste entre el amor fingido de la madre hacia el niño idiota y su conducta antes de su nacimiento. Parece que ella causó el quebranto del niño por ceñirse demasiado el cuerpo, pues le daba vergüenza ese hijo tardío.

Durante su estadía en Salzburgo, lo persiguió de continuo la realización de previsiones asombrosas. El hombre a quien escuchó hablar en la posada, con la camarera, sobre un asalto, tras lo cual él tomó esto como un oráculo de que lo volvería a ver como criminal. De hecho sucedió unos meses después, cuando por casualidad fue trasladado a la sección penal. — También en Salzburgo, se topa sobre un puente con unas personas en quienes había pensado un momento antes (una explicación por visión indirecta ya le ha dado su hermana). — Piensa por azar en escenas de Trieste, donde estuvo a menudo con su hermana en una biblioteca pública y allí un señor se enzarzó en una plática, hablaba muy estúpidamente, y le dijo: «Es que ustedes están todavía en la época de los *Flegeljahre** literarios de Jean Paul». En la biblioteca circulante de Salzburgo, una hora más tarde [después de recordar ese episodio], fue *Flegeljahre* uno de los primeros libros que le cayeron en la mano. (Pero no el

8 [Véase el sueño del diente, *infra*, págs. 246-7.]
* {Los años bobos, la «edad del pavo».}

primero. Una hora antes ya había tenido la intención de ir a esa biblioteca y por eso pensó en la escena de Trieste.)

Se le antojó ser un visionario en Salzburgo, pero nunca eran casualidades que poseyeran valor, y nunca cosas que él hubiera esperado, siempre cosas indiferentes.

(La historia sobre Marie Steiner se intercala entre dos historias referidas a sus hermanas. Merece señalarse la falta de nitidez de sus pensamientos obsesivos; en el sueño son más nítidos.)

18 de octubre. Dos sueños con los cuales directamente se entraman unas crisis [pág. 209]. Dice que una vez dio en la idea de no lavarse más, y en la forma habitual de sus prohibiciones: «¿Qué sacrificio estoy pronto a hacer para...?». Pero la rechazó enseguida. (Ante mis preguntas: Hasta la pubertad había sido en verdad un puerco, luego se volvió más bien hiperlimpio, y con su enfermedad fanáticamente limpio, y por cierto que en conexión con sus mandamientos.) Ahora bien, un día se paseaba con la dama —cree que lo que va a contar no tiene valor—. La dama saludó a un señor de manera muy amistosa, demasiado amistosa, confiesa él; se puso un poco celoso, y hasta habló de ello. En casa de la dama jugaron a las cartas, al anochecer se puso triste, tuvo a la mañana un sueño:

(VIII) Está junto con su dama; ella es muy amorosa con él, quien le cuenta sus representaciones obsesivas y la prohibición relativa a las espadas japonesas, cuyo sentido es que él no tiene permitido casarse con ella ni tener comercio sexual con ella. Pero eso es una idiotez, le dice él, «lo mismo me podría venir la prohibición de que yo no debo lavarme más». Ella ríe y aprueba con la cabeza. En el sueño él lo entendió como que corroboraba que ambas cosas eran disparates, pero al despertar se le ocurrió que había querido decir que no le hacía falta lavarse más. Cayó en un [estado de] afecto espantoso y se golpeó la cabeza contra el respaldo de la cama. Le ocurre como si tuviera un nódulo de sangre en la cabeza; en tales oportunidades ya ha tenido la idea de abrirse un agujero en la cabeza en forma de embudo, para que salga lo enfermo del cerebro; luego lo sustituiría de algún modo. Por lo demás, no comprende ese estado. Yo soluciono: «El *embudo de Nuremberg*»,[9] *que de*

[9] [Instrumento de tortura, conservado en el Museo de Nuremberg, con el cual se echaba agua en la garganta de la víctima. {También se

hecho era un dicho frecuente de su padre. «*Ya se te* abrirá *el botón*»,* decía a menudo. Yo le interpreto: Ira, venganza contra la dama por celos, referencia a la ocasión, por él tan menospreciada, de aquel paseo. Confirma la ira contra el médico, pero no concibe el resto de la lucha sobre si debe casarse con ella. Sin embargo, tuvo en el sueño el sentimiento de la liberación (liberación de ella, creo yo).

Por otra parte, pospuso el mandamiento de no lavarse y después no lo ejecutó. Esta idea se le sustituye por otras, de toda clase, sobre todo la de cortarse el cuello.

27 de octubre. Repasos. Durante el tiempo que pone dificultades para proporcionar el nombre de su dama, su relato es incoherente. Algunos detalles para destacar:

Una velada de junio de 1907 estaba en casa de su colega Braun, cuya hermana, Adela, tocó música y le hizo mucho la corte. El estaba muy oprimido y pensaba mucho en el sueño de las espadas japonesas.. La idea de casarse con la dama si no estuviera la *otra.*

Por la noche, un sueño: Gerda (su hermana) está muy enferma, él se llega a su lecho, Braun le sale al paso: «Sólo puedes salvar a tu hermana si renuncias a todo goce sexual». Sobre lo cual él dice (asombrado, para su vergüenza): «A todo goce».

Braun se interesa por su hermana, unos meses antes la ha acompañado a casa cuando ella se puso mal. La idea sólo puede ser: Si él se casara con Adela, también el matrimonio de Gerda con Braun se volvería probable. Así, él se ofrece en sacrificio. En el sueño se pone en la situación obsesiva, para no poder menos que casarse. Son nítidas la oposición a su dama, la tentación de infidelidad. Con Braun ha tenido relaciones homosexuales cuando él tenía 14 años, se han contemplado recíprocamente el pene.

En Salzburgo, 1906, de día, la idea: Si la dama dijera: «Tú debes renunciar a todo goce sexual hasta que te cases conmigo», ¿prestaría él ese juramento? Una voz dentro de él dice «Sí» (en lo inconciente, juramento de la abstinencia). De noche, un sueño: Se ha comprometido con la dama y, como ella va de su brazo, él dice, rebosante de dicha: «No habría sospechado que esto se realizaría tan pronto». (En-

dice del método de enseñanza impuesto a toda costa a un alumno poco dotado, tal en la frase «Hacer entrar el conocimiento como por un embudo».}]

* {«*Knopf*», «botón», tiene asimismo la acepción de «pimpollo de las flores».}

tiende por esto la obsesión de la abstinencia, lo cual es muy curioso y correcto, corrobora mi concepción anterior.) En ese momento ve que la dama pone una cara como si no le importara nada del compromiso. Con ello se disipa su dicha. Se dice: «Estás comprometido pero nada dichoso, hasta finges un poco de dicha para convencerte a ti mismo».

Después que lo muevo a revelar el nombre de Gisa Hertz y todos los detalles sobre ella, su relato se vuelve claro y sistemático. Su predecesora fue Lise O., otra Lise. Pero él tiene simultáneamente siempre varios intereses, como varias series sexuales (que parten de la multiplicidad de hermanas).

Verano de 1898 (a la edad de 20 años). Sueño: Habla con Lise II sobre un tema abstracto; de pronto la imagen onírica desaparece y ante él está una gran máquina con un número de ruedas tan enorme que él está asombrado de su complejidad. — Esto se refiere a que esta Lise se le antojaba siempre muy complicada comparada con Julie,[10] muerta no ha mucho, a quien también admiraba por entonces.

Luego cuenta por extenso la historia de sus relaciones con su dama. El día que siguió a la desautorización de ella, tuvo este sueño (diciembre de 1900): «Yo voy por la calle. En el camino hay tirada una perla; quiero inclinarme para levantarla, y cada vez que quiero inclinarme, ella desaparece. A cada dos o tres pasos, vuelve a aparecer. Me digo: "Sí, tú no lo tienes permitido"». El se explica esta prohibición por el hecho de que su orgullo se lo impediría, puesto que ella lo desautorizó una vez. En realidad, quizá se trate de una prohibición de parte de su padre, que desde la infancia se extendería al casamiento. Y en efecto, luego encuentra realmente una observación del padre, que sonaba parecido: «*No vayas tanto ahí arriba. Te pondrás en ridículo*», otra exteriorización de rechazo. A propósito del sueño: poco antes había visto en la ciudad un collar de perlas, y pensó que si tuviera dinero lo compraría para ella. «Perla de niña», le decía a menudo a ella, un giro usual entre los suyos. Además, «perla» le conviene bien a ella como algo precioso escondido, que uno tiene que buscar primero en la concha.

Sospecho que fue llevado a la sexualidad por sus hermanas, quizá no de manera autónoma, sino seducido.

Sus dichos oníricos no necesariamente se refieren a dichos reales; *las ideas inconcientes, como voces interiores, tienen el valor de dichos reales que él sólo escucha en el sueño.* [Cf. pág. 175.]

[10] [No se trata de la hermana del paciente de igual nombre, que aún vivía en el momento del análisis (cf. pág. 245).]

La abuela de su dama contrajo en aquel tiempo una afección del recto. [Cf. pág. 203.]

27 de octubre. El ataque estalló tras una queja de su tío que acababa de enviudar: «¡Y yo que he vivido solamente para esta mujer, mientras que otros maridos se entretienen afuera!». Creyó que el tío se ha referido a su padre. Pero esto no se le ocurrió enseguida, sino sólo unos días después. Cuando habló de esto con la dama, ella se burló de él, y en la primera ocasión supo llevar la conversación con el tío, estando él presente, para que recayera sobre su padre, a quien el tío puso por las nubes. Pero esto no le bastó; se vio precisado a interpelar tiempo después al tío y preguntarle directamente si se había referido a su padre, cosa que el tío, asombrado, puso en entredicho. El paciente se asombra de este episodio tanto más cuanto que no tomaría a mal a su padre por el hecho de que hubiera cometido algunos deslices. Acerca de esto, una observación medio en broma de la madre sobre el tiempo en que el padre tuvo que habitar en Presburgo, y venía a Viena sólo una vez por semana. (La primera vez ha faltado en el relato este anudamiento característico.)

Rara casualidad mientras estudiaba para su segundo examen final: Omitió leer sólo dos partes, de unas cuatro páginas cada una, y justamente sobre ellas lo examinaron. Después, mientras estudiaba para el tercero, un sueño profético [pág. 216]: El comienzo de su piedad se sitúa propiamente en el momento en que estudiaba para el tercer examen, y fantasías que lo hacían aparecer como todavía en conexión con el padre. A la noche abría la puerta que daba al zaguán, en la convicción de que su padre estaría ahí afuera. Sus fantasías se anudaban en ese tiempo directamente a esa laguna en lo cognoscible. Al final recapacitó y se combatió con el argumento racional de qué diría su padre sobre su accionar si todavía viviera. Pero esto no le hizo impresión alguna, sólo puso término a ello la forma deliriosa del argumento: que el padre, aun en el más allá, podría sufrir algún daño por sus fantasías.

Las ideas obsesivas que le afloraron mientras estudiaba para su tercer examen, de presentarse sin falta en julio, parecen relacionarse con el esperado arribo desde Nueva York de X., un tío de la dama de quien estaba terriblemente celoso. Quizá también con el conjeturado, y luego realizado, viaje de la dama a América.

29 de octubre. Le comunico la sospecha de que su curiosidad sexual se ha encendido en sus hermanas. Un resultado inmediato: *Recuerda que reparó en la diferencia entre los sexos por primera vez en su difunta hermana Katherine (5 años mayor que él), cuando ella estaba sentada en la bacinilla o algo parecido.*

Cuenta un sueño que tuvo cuando estudiaba para el tercer examen. Grünhut [11] solía hacer, cada tres o cuatro exámenes, una pregunta muy específica por las libranzas pagaderas a domicilio, y cuando se le respondía, preguntaba esto otro: «¿Y cuál es la explicación de esta ley?». — A eso era preciso responder: «Para ponerse a cubierto de las chicanas {*Schikanen*} de la otra parte».[12] Ahora bien, él soñó exactamente esto, pero entonces dijo: «Para ponerse a cubierto de las *Schügsenen*».* Un chiste que él podría haber hecho aun en la vigilia.

Su padre no se llama David, sino Friedrich.

Adela no era la hermana de Braun, la idea del doble matrimonio se escapa.

8 de noviembre. De niño ha padecido mucho de gusanos [pág. 167]; probablemente tenía el hábito de meterse el dedo en el ano y fue un gran chancho como su hermano, ahora es hiperlimpio.

Antes de dormirse fantaseó que, casado con su prima [la dama], le besaría los pies, que empero no están limpios, sino que muestran rayas negruzcas (lo que le resulta horroroso). El mismo ese día no pudo lavarse tan cuidadosamente, y lo observó en sí. Se lo atribuye a la amada. Por la noche, soñó que lamía los pies de la amada, que empero estaban limpios, esto último es un deseo onírico. La perversión es exactamente la misma que la consabida, positiva.

Que a él lo excita particularmente la cola se evidencia porque a la pregunta de su hermana sobre qué le gustaba en la prima, respondió en broma: «La cola». La costurera a quien hoy ha besado excitó primero su libido cuando, al inclinarse ella hacia adelante, se le marcaron bien los contornos de las nalgas.

Agregado a la aventura de las ratas. El capitán Novak dijo que habría que aplicarles esa tortura a algunos dipu-

11 [Profesor de derecho en Viena.]

12 [O sea, del ejercicio injustificado de sus derechos.]

* {En yiddish, «muchachas» (según algunas fuentes, más propiamente las no judías).}

tados; entonces a él le vino la idea: «Con tal que ahora no nombre a Gisa», y para su terror mencionó de inmediato al doctor Hertz,[13] lo cual de nuevo le pareció ser una intervención del destino. En efecto, su prima se apellida Hertz, y él había pensado enseguida que a raíz del apellido Hertz se vería forzado a pensar en su prima, y se da cuenta de ello. *Busca aislar a su prima de todo cuanto es roñoso.*

Padece de compulsión sacrílega como las monjas. Un sueño se refiere a los insultos en chanza de su amigo V., «hijo de puta» e «hijo de un mono tuerto» (*Las mil y una noches*). — A los 11 años, iniciación en los secretos de la vida sexual por un primo a quien ahora odia terriblemente, que le presentó a todas las mujeres como unas putas, también a su madre y hermanas, de suerte que él le hizo la contrapregunta: «¿Crees lo mismo de tu madre?».

11 de noviembre. Durante una enfermedad de su prima (afección a la garganta y perturbaciones en el dormir), hacia la época en que su tierna simpatía por ella era más intensa, y estando ella acostada en el sofá, tuvo de pronto la idea: «*Ojalá permanezca siempre yacente*». Lo interpreta como una permanente condición de enferma para alivio de él, para librarse de la angustia ante esa condición de enferma. ¡Sofístico malentendido! De acuerdo con lo que enseña lo contado antes, esto se entrama con el deseo de verla indefensa, porque ella había resistido el amor de él mediante la desautorización, y corresponde a grandes trazos a una fantasía de profanación de cadáver que tuvo una vez, conciente, y que por otra parte no osó ir mucho más allá de ver el cuerpo entero.

El está hecho de tres personalidades, una llena de humor, normal, una ascética, religiosa, y una viciosa-perversa.

Los inevitables malentendidos de lo inconciente por la conciencia, más bien la desfiguración introducida por la censura en el deseo inconciente.

De ahí arrancan los pensamientos híbridos.

17 de noviembre. Hasta ahora, período de ímpetu ascendente {*Aufschung*}: alegre, libre, activo, se vuelve agresivo contra una muchacha, una costurera. Una idea justa: su inferioridad merece en verdad ser castigada por la enfer-

[13] [El original menciona aquí a una figura de público renombre en Austria.]

medad. Luego vienen confesiones, relaciones con las hermanas, agresiones repetidas contra Julie, la que le sigue inmediatamente, menor que él; ocurridas después de la muerte del padre, acaso sean estas las que expliquen su alteración patológica —una vez ha cometido una falta—.

Una vez tuvo el sueño de que copulaba con Julie, luego de eso gran arrepentimiento, terror por haber quebrantado su voto de mantenerse lejos de ella. Al despertar, beatitud, no es más que un sueño, tras ello va al dormitorio donde ella duerme y le pega en la cola bajo las cobijas. No lo comprende, sólo puede compararlo con el onanismo a raíz del pasaje de *Poesía y verdad* [pág. 205]. De ahí extraemos la conclusión de que la antigua paliza del padre [pág. 207] tuvo que ver con una falta cometida con las hermanas. Pero, ¿con qué? ¿Con algo puramente sádico o algo ya nítidamente sexual? ¿Contra las mayores o las menores? Julie es tres años menor que él, las escenas buscadas caen entre el tercero y el cuarto año; entonces, ella apenas entra en cuenta. Por tanto, ¿Katherine, la hermana muerta?

Su sanción de que entonces le sucedería algo al padre en el más allá ha de comprenderse simplemente como *elipsis. Quiere decir: «Si el padre viviera todavía y se enterara de esto, volvería a pegarme y yo de nuevo sería presa de la ira contra él, ira que lleva a su muerte si mis afectos son omnipotentes. O sea, del tipo: "Si Kraus lee esto, recibe una bofetada"».*[14]

Contra la hermana menor, hace pocos años, por la mañana, cuando dormía en su habitación, él la ha descubierto de suerte que se veía todo. Luego la madre avanza como impedimento de su quehacer sexual, cómo ella ha asumido ese papel desde la muerte del padre, lo protegió contra la seducción benévola de Lise, una mucama. Contra esta, una vez se exhibió adrede mientras dormía: fatigado tras un ataque de enfermedad, se acostó desvestido. Cuando por la mañana la muchacha le habló, ella preguntó, desconfiada, si no había reído mientras dormía. Él había reído, y por cierto a causa de un sueño maravilloso en el que aparecía la prima. Confiesa que fue una escenificación. En años anteriores, a los 13 años, se exhibió sin más ante Lina, que regresó a casa por breve tiempo, con este fundamento correcto: ella lo conocía perfectamente desde la temprana infancia (había estado en la casa desde el sexto hasta el décimo año de él).

[14] [Se refiere a Karl Kraus, director de la publicación vienesa *Die Fackel.* Cf. pág. 177*n.*]

18 de noviembre. Se interna en la neurosis de su prima, que se vuelve nítida, y en la que juega un papel su padrastro, que entró en escena cuando ella tenía 12 años. Este es un oficial, un hombre hermoso, ahora separado de la madre de ella. Gisa lo trata muy mal las veces que viene de visita, y él solicita siempre su tolerancia. Los detalles contados apenas dejan dudas de que este hombre ha atacado sexualmente a la niña, y halló solicitación en algo dentro de la niña misma, de lo cual ella no tenía noticia: el amor trasferido de su propio padre, que le faltaba desde hacía seis años. Así, la situación entre ambos es como glacial y tensa.

Ahora bien, el paciente mismo parece haberlo sabido: ¿acaso durante las maniobras no le resultó en extremo molesto que el capitán N. mencionara una vez el nombre de una señora Gisela Fluss (!!!),[15] como si no quisiera contacto alguno entre Gisa y un oficial? Un año antes había tenido un curioso sueño sobre un teniente bávaro que es rechazado como festejante de Gisa. Esto señala a Munich * y a la relación de él con la camarera, pero al teniente no lleva ninguna otra huella, y un agregado sobre el ordenanza del oficial sólo conduce al padrastro teniente.

21 de noviembre. Confiesa que puede haber conjeturado algo semejante acerca de su prima. El estaba muy alegre, había tenido una recaída en el onanismo, por la cual no está muy afectado (período de latencia interpolado). Al comienzo del onanismo ha tenido la idea de que así puede generarse algún daño para una persona amada, la prima; por eso se recita una *fórmula de protección*, que él ha creado *de la manera consabida mediante extractos* de diversas *plegarias breves* y ha dotado del «*amén*» aislante. La investigamos, ella dice «*Glejisamen*»:

gl = *glückliche* {feliz}, o sea, «colma de dicha a L [Lorenz]»; también: «a todos»
e (olvidado)

15 [Los signos de admiración puestos por Freud aluden al hecho de que así se llamaba una muchacha por la que se había sentido muy atraído, en su época de estudiante, cuando visitó por primera vez su pueblo natal en Moravia. Describió este episodio (aunque atribuyéndoselo a un paciente anónimo) en «Sobre los recuerdos encubridores» (1899*a*), *AE*, **3**, págs. 306-7; véase también mi «Nota introductoria» a ese trabajo, *ibid.*, pág. 295, y el primer volumen de la biografía de Freud escrita por Ernest Jones (1955, pág. 28).]

* {Capital de Baviera.}

j = *jetzt und immer* {ahora y siempre}
ı (su presencia aquí es insegura)
s (olvidado)

Ahora es claro que esta palabra ha nacido de

GISELA
S AMEN

y que él une su semen {*Samen*} con el cuerpo de la amada; o sea, dicho vulgarmente, se masturba con su representación.

Queda desde luego convencido, y agrega que la fórmula muchas veces le acudió de hecho, en forma secundaria, como «Giselamen», pero él sólo había visto en ello una asimilación al nombre de la amada (malentendido invertido).

Viene al día siguiente presa de la más profunda desazón, quiere hablar de cosas indiferentes, pero confiesa que está en una crisis. La cosa más espantosa, dice, se le ha ocurrido ayer cuando viajaba en el tranvía, es absolutamente imposible decirla. Sostiene que su restablecimiento no merece ese sacrificio, que yo lo echaré fuera, pues se trata de trasferencia. ¿Cómo podría tolerarlo yo? Entretanto, fracasan todos los esclarecimientos sobre trasferencia, que empero no le suenan ajenos; sólo tras cuarenta minutos de lucha, en mi impresión sólo cuando descubro su motivo de venganza contra mí y le demuestro que callando y resignando la cura se venga de manera todavía más torpe que diciéndomelo, él indica que se trata de mi hija. Con ello la sesión llega a su fin.

Harto difícil todavía, tras una lucha, y después de asegurar que mi afirmación de que he de reconducirle todo a él se parece a una angustia de mi parte, libra la primera representación.

a. Un trasero femenino desnudo; en los pelos, liendres, larvas de piojos.

Fuente. Una escena olvidada, omitida en la confesión, con su hermana Julie, que tras la corrida se echó hacia atrás en la cama de modo que él tuvo esa visión desde adelante, sin piojos naturalmente. Sobre esto último, corrobora mi conjetura de que la palabra «liendres» {«*Nisse*»} señala que algo similar ocurrió una vez en el cuarto de los niños.

Los motivos son claros: castigo por el placer sentido con la visión, *ascetismo que recurre a la técnica de la desgana*, ira contra mí por constreñirlo a ello, de ahí la trasferencia:

«Entre sus hijos sin duda pasa lo mismo». (Ha oído hablar de mi hija y sabe que tengo un hijo; quizás una fantasía con esta hija, de ser infiel a Gisa y el castigo por ello.)

Después de tranquilizarse y de una lucha más breve, el comienzo segundo, más difícil todavía, de toda una serie de representaciones que empero le producen diversa impresión. Intelige que aquí no había usado la trasferencia, sino que, tras el efecto de la primera, había atribuido todo a la trasferencia.

[*b.*] Cuerpo desnudo de mi madre, dos espadas hundidas lateralmente en su pecho (como una decoración, dice él después, según el motivo de Lucrecia).[16] El bajo vientre, y en particular los genitales, devorados enteros por mí y los niños.

Fuente, fácil: La abuela de la prima (acerca de la propia, apenas si tiene recuerdo). Entró una vez en el dormitorio cuando ella se vestía, y ella dio un grito. — Yo: sin duda ha tenido curiosidad por su cuerpo. — Sobre esto cuenta un sueño de una época en que creía que la prima tenía demasiada edad para él: La prima lo ha llevado al lecho de la abuela, ha desnudado su cuerpo y genitales, y le ha mostrado cuán hermosa es todavía a los 90 años (cumplimiento de deseo). Las dos espadas son las japonesas de su sueño: matrimonio y coito.

El sentido es claro, él se ha dejado engañar por una metáfora. *El contenido es la idea ascética, cómo la belleza de una mujer sería* DEVORADA *por el comercio sexual y la concepción de los hijos*. Esta vez él mismo ríe.

c. A uno de sus secretarios de juzgado, un tipo sucio, se lo representa desnudo y una mujer le hace *minette* [*fellatio*]. ¡De nuevo mi hija! El tipo sucio es él mismo. Es que quiere ser pronto secretario para casarse. Sobre *minette* ha oído hablar con horror; no obstante, con la muchacha de Trieste una vez, estando sobre ella, se le deslizó hacia arriba de tal suerte que le sugirió que se lo hiciera, lo que no sucedió. Yo repito mi conferencia del último sábado sobre las perversiones.

22 de noviembre. Alegre, pero se siente oprimido cuando yo lo devuelvo al tema. Nueva trasferencia: mi madre

16 [Lucrecia, matrona romana que se apuñaló después de ser violada por Sexto Tarquino. La escena ha sido tema predilecto de muchas pinturas, pero aquí la referencia es imprecisa.]

ha muerto. El quiere presentar sus condolencias pero tiene miedo de que le aparezca la *risa* impertinente, que ya ha tenido repetidas veces *a raíz de fallecimientos*. Por eso *prefiere escribir una tarjeta con «p. c.»*, y esto se le muda en *«p. f.»*. [Cf. pág. 152, *n*. 31.]

¿Nunca pensó que por la muerte de su madre escaparía usted de todos los conflictos y podría casarse? — «Usted se venga de mí», opina él. — Usted me constriñe a ello queriendo vengarse de mí.

Confirma, por otra parte, que *sus paseos por la habitación mientras hace estas confesiones responden a la angustia de que yo le pegue*. Los había motivado con la fineza de que no podía decirme cosas tan horribles yaciendo él ahí cómodamente. Además, él mismo se golpea durante las confesiones, cada vez más trabajosas.

«Ahora usted me *echará afuera*». Se trata de una imagen: yo y mi mujer yacemos en la cama, entre nosotros un niño muerto. El sabe el origen. De pequeño (edad indeterminada, quizá cinco o seis años), yació así entre padre y madre y mojó la cama, tras lo cual el padre le pegó y lo echó afuera. El niño muerto sólo puede ser su hermana Katherine, él no puede menos que haber sacado provecho de su muerte. Confirma que la escena fue después de la muerte de ella.

Su mímica, entretanto, es la de un desesperado y de uno que quiere protegerse de unos golpes desmesurados; se toma la cabeza entre las manos, huye, se cubre el rostro con el brazo, etc. Confirma que el padre era colérico y en tales casos no sabía lo que hacía.

Otra ocurrencia, de las más horrorosas. Ordena que yo le lleve mi hija a su dormitorio para que él la lama, y dice: «Adentro el *Miessnik*».* Acerca de esto, un cuento sobre su amigo, que quiere traer unos cañones contra el café que él frecuenta, pero quiere salvar antes al mozo, excelente y muy feo, ordenándole: «¡*Miessnik*, fuera!».

El *Miessnik* era él respecto de su hermano menor. [Cf. pág. 146.]

En lo demás, un jugueteo con mi nombre: «*Freudenhaus-Mädchen*» {«hija de la casa de Freud» = «de la casa de jolgorio»}.

23 de noviembre. La sesión que sigue rebosa de la más espantosa trasferencia, antes de cuya comunicación opuso

* {En yiddish, «individuo feo, repelente».}

enormes dificultades. Mi madre asiste desesperada al ahorcamiento de todos sus hijos. Me hace acordar a la predicción de su padre, que él sería un gran criminal [pág. 207]. Pero no puedo colegir lo que alega como motivación. El sabe que en mi familia una vez sucedió una gran desgracia; uno de mis hermanos era mozo de café, cometió en Budapest un asesinato y fue ajusticiado. Me echo a reír, le pregunto de dónde lo sabe, y con esto se hunde todo su afecto. Su cuñado, que conoce a mi hermano, se lo ha comunicado como prueba de que la educación no es nada, la disposición {constitucional} lo es todo. El cuñado es amigo de combinar fábulas, y ha hallado la noticia en un viejo número de *Die Presse*.[17] Yo sé que se trata de Leopold Freud, el asesino del ferrocarril, cuando yo estaba en el tercero o cuarto año escolar, y le aseguro que no teníamos parientes en Budapest. Aliviado, él confiesa que por esa razón le había entrado cierta desconfianza ya desde el comienzo.

25 de noviembre. Ha pensado que *si en mi familia hubiera impulsos asesinos, me abalanzaría* sobre él como un *animal de presa* para encontrar lo malo en él. Totalmente distendido y alegre, informa hoy que su cuñado siempre hace esas combinaciones, pero enseguida halla la explicación: no ha olvidado la tacha que pesa sobre su familia, pues su padre escapó a Norteamérica a causa de unas deudas fraudulentas y cree que por eso no le dieron el cargo de profesor de botánica en la universidad. Un momento después halla también la razón de toda su hostilidad a mi familia. Su hermana Julie manifestó una vez que *Alex* [18] *sería el marido justo para la prima Gisa*, de ahí la ira (análoga al caso de los oficiales).

Ahora un sueño: Está de pie sobre una colina con un cañón que dirige contra una ciudad, se la divisa desde ahí detrás de un gran número de murallas circulares horizontales. Junto a él está su padre, y discuten sobre la época de la ciudad, si será del Oriente antiguo o del medioevo alemán. (Es que está seguro, dice, de que ella no es totalmente real.) Entonces las murallas horizontales se trasmudan en verticales, que se elevan a lo alto como unos aros de cuerdas, y él quiere demostrar algo en ellos, pero la cuerda no es lo bastante rígida y no dejan de venirse abajo. Agregado, análisis.

17 [Conocido periódico vienés.]
18 [Un hermano de Freud.]

26 de noviembre. Interrumpe el análisis del sueño para comunicar una trasferencia. Una serie de niños yacen sobre el piso y él se llega a cada uno y le mete dentro de la boca. Uno, mi hijo (su hermano, que a los dos años ha comido sus excrementos), tiene todavía una orla marrón en torno de la boca y se relame como si fuera algo muy rico. Luego, un cambio: soy yo, y se lo hago a mi madre.

Esto le recuerda a una fantasía en que él pensó, sobre una prima malcriada, que no merecía que Gisa le hiciera dentro de la boca, y en que la imagen, entonces, se invertía. Tras ello se esconden orgullo y alta estimación. Sobre esto recuerda que su padre era boca sucia y *le gustaban mucho* palabras como «*culo*» y «*cagar*», lo que espantaba mucho a la madre. Una vez intentó copiar al padre, y eso llevó a un acto vergonzoso no castigado. Era un gran puerco y por eso la madre se resolvió un día a lavarlo de pies a cabeza, cuando él tenía once años de edad. Lloró de bochorno, y dijo: «¿Dónde me frotarás todavía? ¿En el culo?». Esto, dice, le habría valido la más severa paliza de su padre, si la madre no lo hubiera salvado.

Es probable que el orgullo familiar, que él confirma sonriendo, tenga que ver con esa alta estima. «En verdad, sólo los Lorenz son gente bien», ha manifestado una hermana. El mayor de sus cuñados estaba presente y hace chanzas sobre eso. Le pesa mucho tener que despreciar a los cuñados justamente a causa de su familia (contraste entre su padre y los padres de los dos cuñados). Su padre era primo hermano de la madre, ambos de origen muy humilde, y él solía exagerar de manera humorística las circunstancias de su niñez. El odio contra mí es, entonces, un caso especial del odio a los cuñados.

Ayer, tras prestar socorro a un epiléptico, temió sufrir un ataque de furia, se mostró airado contra su prima y la mortificó mediante diversas alusiones. ¿De dónde la ira? Después tuvo un acceso de llanto ante ella y una hermana.

Sobre esto, un nuevo sueño.

Tiene 29 años. La más soberbia fantasía anal, yace de espaldas sobre una muchacha (mi hija) y la posee sexualmente con las heces que le salen del ano. Esto apunta directamente a Julie, pues él le ha dicho: «De *ti* nada me resultaría asqueroso». Por la noche ha librado una difícil lucha, no sabe cuál. *Resulta ser: si debe casarse con mi hija o con su prima*, y esta vacilación se puede reconducir con facilidad a su vacilación entre sus dos hermanas.

Una fantasía: si se sacara el premio mayor de la lotería, se casaría con la prima y me escupiría en la cara; resulta

que yo ansío tenerlo por yerno. — Probablemente fue un lactante que retenía las heces.

Hoy recibió una invitación para un *rendez-vous*, y pensó enseguida: «Ratas». Acerca de esto resulta que cuando vio por primera vez al teniente D., el padrastro, él contó historias: cómo, de muchacho, partió en guerra con una pistola Flaubert[19] contra todo ser viviente y se dio a sí mismo, o dio a un hermano, un tiro en la pierna. De una visita posterior, recuerda que vio una gran rata, pero el teniente no. Siempre tiene a flor de labios: «Te fusilaré». El capitán Novak sin duda le hizo acordar al teniente D., en particular porque sirvió en el regimiento donde D. estuvo en su época, y este último decía: «A esta altura yo debería ser capitán». — Fue otro oficial quien pronunció el nombre de Gisela, y el capitán Novak, el apellido Hertz [pág. 217]. — Ahora bien, D. es sifilítico y por eso se separó el matrimonio; la tía aún ahora tiene angustia de estar infectada. *Ratas significa angustia ante la sífilis.*

29 de noviembre. Ha tenido muchos motivos de enojo con su amigo por asuntos de dinero (garantías, etc.). Le resultaría muy desagradable que esto desembocara en dinero. «Ratas» tiene una referencia particular a *dinero.* Cuando ayer tomó prestados de su hermana dos florines, pensó: «*Por cada florín, una rata*». — Cuando en la primera entrevista yo le comuniqué la condición a propósito de mis honorarios, él se dijo: «Por cada corona, una rata para los niños». Ahora bien, ratas {*Ratten*} significa para él realmente... cuotas {*Raten*}. Concientemente las pronuncia igual,* y lo fundamenta en que la «a» de «*ratum*» (de «*reor*») es breve; una vez fue rectificado por un jurista, quien le dijo que no es lo mismo «*Ratten*» que «*Raten*». Un año antes había salido de garante de un amigo que debía pagar una suma en 24 cuotas {*Raten*}, y se hizo prometer del acreedor que le avisaría antes de cada vencimiento a fin de no ser conminado, como lo estipulaba el contrato, a pagar todo de una sola vez. Así, en «ratas» se conjugan *dinero y sífilis.* El cuenta ahora en ratas. — *Moneda de rata.*

Algo más acerca de la sífilis: es evidente que la representación de que *la sífilis roe y devora* le ha hecho acordar

19 [Debe decir «Flobert», célebre marca de armas de fuego.]

* {En pronunciación correcta, la «a» es breve en «*Ratte*» y larga en «*Rate*»; en latín, «*ratum*» es el participio pasado de «*reor*», del verbo «calcular».}

a las ratas. Para esto aporta, efectivamente, varias fuentes, en especial de la época de su servicio militar, donde eso se decía (analogía con la trasferencia de los genitales devorados [pág. 221]). Ha oído decir siempre que todos los militares son sifilíticos (de ahí el terror de que el oficial mencione el nombre de Gisela). Ahora bien, a raíz de «militar» no recuerda sólo al teniente D., sino también a su padre, que tanto tiempo pasó en la vida militar. La idea de que su propio padre fuera sifilítico no se le antoja tan extraña, a menudo ha pensado en ello. Acerca de esto, unos cuentos sobre la vida alegre de su padre en su época de militar. A menudo ha pensado que *acaso la nerviosidad de todos los suyos se debiera a que el padre tuvo sífilis.*

Respecto de su prima, la idea de las ratas quiere decir entonces: angustia de que ella haya sido infectada por su padrastro, tras esto angustia de que ella haya devenido enferma por causa de su propio padre, y tras esto la angustia correcta, acorde a la *ratio,* de que *ella misma sea enferma como hija de un paralítico (relación que le es notoria desde hace años).* Por otra parte, uno comprende ahora el estallido de la enfermedad tras la queja del tío [pág. 215]. Tuvo que ser deseo cumplido para él que también el padre fuera sifilítico a fin de que él no pudiera reprochar nada a la prima y casarse con ella a pesar de todo.

30 de noviembre. Más historias de ratas, que él empero, como al final confiesa, sólo compila para no decir la fantasía de trasferencia sobrevenida entretanto, que, como él ve, significan arrepentimiento a causa del *rendez-vous* que debe tener lugar hoy.

Agregados. La prima y su tío X., de Nueva York, mientras viajaban en ferrocarril, hallaron un rabo de rata en una salchicha que les habían servido, y ambos vomitaron durante dos horas. (¿Alegría por el mal ajeno?)

De nuevo, asquerosas historias de ratas. Sabe que las ratas son portadoras de muchas enfermedades infecciosas. En la calle de Fugbach se veía a través de un patio la sala de máquinas de los baños romanos. Vio cómo cazaban ratas y escuchó que las echaban a la caldera. En el mismo lugar vivían dos gatos que daban gritos lamentables, y una vez observó cómo un obrero golpeaba contra el piso un objeto que llevaba dentro de una bolsa. Pregunto y supo que era un gato y que luego fue arrojado a la caldera. Después otras crueldades que alcanzan como meta a su padre. Al ver los gatos tuvo la idea de que su padre estaba dentro

de la bolsa. El padre prestó servicio militar cuando todavía existían los castigos corporales; contó que él una sola vez se dejó arrastrar a golpear a un recluta con la culata de su fusil, pero entonces rodó por tierra. El padre ha jugado mucho a la lotería; en casa de un camarada que ponía en ella todo su dinero halló un papelito tirado en que había dos números, les jugó y ganó con ambos, embolsó la suma durante una marcha y corrió tras su pelotón con los florines tintineando en su cartuchera. (¡Qué ironía cruel que el otro nunca hubiera ganado nada!) Un día, el padre tenía consigo 10 florines destinados a gastos militares, jugó con camaradas y perdió parte de ellos, se dejó llevar a jugar más y lo perdió todo. Se lamentó con un camarada diciéndole que tenía que pegarse un tiro, y este contestó: «Sí, pégatelo. Quien ha hecho eso tiene que pegarse un tiro», pero luego le prestó el dinero. El padre lo buscó después de dejar el servicio militar, pero no pudo encontrarlo (*¿se lo habrá devuelto alguna vez?*). — La madre fue criada como hija adoptiva en casa de los Rubensky, pero la trataron muy mal; ella contaba que uno de los hijos era tan sentimental que cortaba la cabeza a las gallinas para endurecerse; evidentemente, sólo era un subterfugio: le provocaba gran excitación. — Una imagen onírica de una rata grande y gorda que tenía un nombre y era como un animal doméstico. Le recuerda enseguida a una de las dos ratas (por primera vez menciona que eran sólo dos) que, según el relato del capitán Novak, eran depositadas en el recipiente. Por lo demás, las ratas son las culpables de que él fuera a Salzburgo. Del mismo Rubensky, la madre contaba cómo una vez había «preparado» un gato según el rito judío, metiéndolo en el horno y luego desollándolo. Le resultó tan atroz que su cuñado lo instó amistosamente a hacer algo por su salud. Atento a las ratas, las halla por todas partes. Cuando regresó aquella vez de las maniobras, encontró en casa del doctor Springer [20] a un colega, que este le presentó como el doctor Ratzenstein.* La primera representación teatral a que asistió fue *Los maestros cantores*, donde escuchó cantar «¡David, David!». Luego ha empleado el motivo de David como apelación en la familia.[21] Cuando ahora pronuncia su ensalmo «Glejsamen»,

[20] [Cf. pág. 137. A este mismo amigo lo menciona al comienzo del historial clínico publicado (pág. 128).]

* {En ciertas regiones de habla alemana, «*Ratze*» es variante de «*Ratte*» («rata»).}

[21] [David es el nombre del teniente primero A., de quien se dice en el historial que había pagado el rembolso por los quevedos del pa-

agrega «*sin ratas*», pero piensa entre sí la palabra escrita con una sola «t» {*Raten*}. Este material, y otros más, afluye copiosamente, enlazado de modo superficial; los nexos más profundos están escondidos; es evidente que, según su confesión, lo ha preparado para ocultar otra cosa. Parece contener *la conexión de dinero y crueldad con las ratas*, por una parte, y con el padre, por la otra, y ha de desembocar sin duda en el *matrimonio* del padre. En efecto, cuenta una historia más: Cuando, pocos años antes, el padre regresó de Gleichenberg,[22] dijo a su mujer que había visto un número tan increíblemente elevado de malas esposas que, después de treinta y tres años de matrimonio, se veía precisado a rogarle que le asegurase que nunca le había sido infiel. Ante la renuencia de ella, le dijo que sólo le creería si lo juraba por la vida de sus hijos, y cuando ella lo hubo hecho se tranquilizó. Alaba a su padre por esto como un rasgo de naturalidad; en el mismo sentido le alaba la confesión sobre el maltrato que infligió a un recluta, o aquella falta en el juego. — Algo importante tras esto. La historia de las ratas pasa a ser cada vez más un *punto nodal*.

8 de diciembre. Mucho cambio en una semana. Gran reanimación por su *rendez-vous* con la costurera, que empero lleva a un coito precipitado; enseguida un ánimo sombrío que desemboca en una trasferencia relativa a la cura. Durante la escena con la muchacha, sólo leves advertencias de la sanción de las ratas. Abstención de liarse, con los dedos que la habían tocado, un cigarrillo de la tabaquera que la prima le ofreció, pero resiste a esa abstención. Algo más preciso sobre el padre: sus groserías, la madre le decía un «tipo vulgar» porque no tenía empacho en echar ventosidades. Con toda clase de rodeos, por detrás de la trasferencia de la cura, cuenta sobre una tentación cuyo significado no parece discernir: tan pronto él se doctorara —en ese momento le faltaban sólo unos meses—, un pariente de los Rubensky se proponía instalarle un bufete cerca del Mercado de Hacienda, y procurarle allí clientes. Esto se entrama con el viejo plan de su madre según el cual debe casarse con la hija de un Rubensky, una atractiva muchacha que ahora tiene 17 años. No vislumbra que para esca-

ciente (pág. 134). La alusión a la familia de este último es oscura. Por un apunte anterior (pág. 216), sabemos que su padre no se llamaba David sino Friedrich, lo cual se confirma en la pág. 233. El hermano del paciente se llamaba, al parecer, Hans (pág. 245).]

[22] [Balneario de aguas termales en Estiria.]

par a este conflicto se ha refugiado en la enfermedad, para lo cual tiene el camino facilitado por la elección infantil entre la hermana mayor y la menor, y la regresión a la historia del matrimonio de su padre. El padre solía contar humorísticamente la historia de su cortejo; la madre le tomaba el pelo en ocasiones por haber él hecho antes la corte a la hija de un carnicero. Le parece insoportable la idea de que el padre haya podido dejar en la estacada a su amor para procurarse una ventaja mediante la unión con los Rubensky. Se le forma una gran irritación contra mí, la cual se exterioriza en insultos que sólo con gran dificultad expone. Me reprocha ser un hurgador de nariz, no quiere darme la mano, piensa que al fin habrá que poner en vereda a semejante tipo chancho, halla demasiado íntima una tarjeta mía, dirigida a él, firmada «cordialmente». Es evidente que se defiende contra la tentación fantaseada de casarse con mi hija y no con su prima, también insultos contra mi mujer y mi hija. Una trasferencia dice directamente que la señora de F. puede lamerle el culo, revuelta contra la familia más considerada. Otra vez ve a mi hija que *en lugar de los ojos tiene dos emplastos de excremento, es decir, que no se ha enamorado de sus lindos ojos, sino de su dinero*; Emmy[23] tiene ojos particularmente bellos. En los primeros días, ha resistido virilmente a la madre, quien pretendió lamentarse por haber gastado él, en el curso del mes pasado, 30 florines en dinero pequeño en lugar de 16 florines.

Respecto de las ratas, le falta una contribución que tiene por meta a la madre, a raíz de lo cual la más fuerte resistencia[24] parte de la madre. Con la equiparación ratas-cuotas {*Ratten-Raten*} se burla al mismo tiempo de su padre, que una vez dijo a su amigo: «No soy más que un *flojo* {*Laue*}», en lugar de «*lego*» {«*Laie*»}, lo cual le produce terrible embarazo, como todos los signos de incultura en su padre. El padre en ocasiones hacía intentos de ahorrar, junto con amagos de una educación espartana, pero siempre aflojaba enseguida. La madre es la ahorrativa en la manera de vivir, pero atribuye valor a la comodidad hogareña. Su manera {la del paciente} de ayudar en secreto a los amigos es una identificación con el padre, quien se comportaba de igual modo hacia el primer subinquilino, por quien pagaba el alquiler, y hacia otros; era en verdad un

23 [La muchacha con la cual la madre quería que él se casara. {También podría tratarse de la costurera.}]
24 [Esta palabra no se deduce con claridad del manuscrito.]

humorista auténtico, recio y bueno, lo cual el paciente sabe apreciar mucho normalmente. Empero, es bien nítida, por su hiperrefinamiento, su vergüenza por las maneras simples y soldadescas del padre.

9 de diciembre. Alegre; se está enamorando de la muchacha. — Se pone locuaz. — Sueño que contiene un neologismo, carta de estado mayor de WŁK * (palabra polaca); lo estudiaremos mañana. *Vielka* = [en polaco] «viejo»,[25] L = = Lorenz, Gl = abreviatura de Glejsamen [pág. 219] = = Gisela Lorenz.

10 de diciembre. Cuenta todo el sueño, pero no sabe nada acerca de él; en cambio algo sobre WŁK. Mi conjetura de que W.C. = {*water-*} *closet* no se confirma. En cambio, dice que la W {se pronuncia «ve»} está en una canción de la hermana, «*In meinem Herzen sitzt ein grosses Weh*»[26] {«En mi corazón tengo una gran pena»; «*Weh*» se pronuncia también «ve»}, sobre la cual a menudo ha pensado que le resultaba muy cómica, no podía dejar de representarse una gran W en caracteres latinos.

Dice que su fórmula de defensa contra representaciones obsesivas es un enérgico «*aber*» {«pero»}; en los últimos tiempos (¿sólo desde la cura?), la acentúa «*abér*» {en vez de «*áber*»}. Se lo ha explicado así: ese acento falso está destinado a reforzar la «e» muda, que no ofrece suficiente protección contra las intromisiones. Sin embargo, ahora se le ocurre si «*abér*» no está destinado a significar «*Abwehr*» {«defensa»}, encontrándose la W faltante en WŁK.

Su fórmula «Glejsamen», en la cual ha encerrado mágicamente, en un momento feliz, todo lo que estaba destinado a regir inmutable, se mantiene desde hace ya bastante tiempo, pese a lo cual está expuesta al enemigo, vale decir, al trastorno hacia lo contrario {*Verkehrung ins Gegenteil*}, y por eso después se afana en abreviarla todavía más y ha puesto en su lugar —por razones desconocidas— un breve «*Wie*» {«cómo, cuánto»; se pronuncia «vii»}.

La «K» corresponde a {la «k» de} *vielka* = «viejo»; además, le hace acordar a su angustia cuando en la escuela

* {La pronunciación sería aproximadamente «ve-iel-ka».}

25 [La voz polaca «*wielka*» {tal es la grafía correcta} significa en realidad «grande».]

26 [Cita errónea de Heine, «Der arme Peter», en *Buch der Lieder*: «*In meiner Brust, da sitzt ein Weh*» («En mi pecho hay una pena»).]

tomaban examen a la letra «K»,[27] pues ello significaba que la «L» de su apellido ya estaba muy cerca. Respondería entonces a un deseo que la «K» viniera después de la «L», y entonces la «L» ya hubiera pasado.

Las trasferencias en la cura disminuyen mucho; gran manía angustiosa de toparse con mi hija. Con toda candidez cuenta que uno de sus testículos está retenido en la cavidad abdominal, aunque su potencia es muy buena. En el sueño lo saludaba un coronel que tenía la charretera sólo del lado *R(echt)* {derecho}, y por lo demás una de las tres estrellas le pendía hacia abajo; de ahí la analogía con la operación de su prima [págs. 169-70].

12 de diciembre. Las trasferencias roñosas prosiguen, y se anuncian otras. Se revela como un olfateador, que en su juventud era capaz de discernir la ropa de las personas por su olor; para él existían olores de familia, sentía placer en oler los cabellos de las mujeres. Así se averigua, además, que se ha creado una trasferencia de la lucha inconciente a raíz de la cual ha enfermado, replanteando {*schieben*} sobre la costurera su amor por la prima, y que ahora la hace competir con mi hija, que sería el partido más rico y encumbrado socialmente. Su potencia con la costurera es excelente. Hoy se atreve a abordar a la madre: un recuerdo muy temprano de cómo ella yace sobre el sofá, se endereza y saca algo amarillo de abajo de su vestido, y lo pone sobre un sillón. En ese momento él quiso tocarlo, gran horror; más tarde, en su recuerdo, eso devino una secreción, y de ahí una trasferencia: que todos los miembros femeninos de mi familia se ahogan en un mar de las más diversas y asquerosas secreciones. Suponía que todas las mujeres tienen secreciones asquerosas y luego le asombró mucho no descubrirlas en sus dos enredos amorosos. La madre sufría del bajo vientre y ahora tiene mal olor genital, cosa que lo molesta terriblemente. Ella misma dice que hiede si no se baña a menudo, pero que no se puede permitir ese lujo; y esto a él lo horroriza.

Cuenta dos encantadoras historias infantiles. Una, sobre una niña de 5 o 6 años que sentía terrible curiosidad por San Nicolás, se finge dormida y entonces ve cómo papá y mamá llenan sus zapatos y calcetines con manzanas y peras. A la mañana cuenta a su gobernanta: «No hay ningún San Ni-

27 [Vale decir, a los alumnos cuyo apellido comenzaba con esa letra.]

colás, eso lo hacen papá y mamá; ahora ya no creo en nada más, tampoco en la cigüeña, eso lo hacen papá y mamá».

Otra, de su sobrino, de 7 años, que es muy cobarde y tiene miedo a los perros, y a quien su padre reprocha: «¿Qué harías si vinieran dos perros?». «A dos no les tengo miedo; pasan tanto tiempo oliéndose la cola que uno puede salir corriendo entretanto».

14 de diciembre. Mientras le van bien las cosas con la muchacha, que le gusta por su naturalidad y con la cual es muy potente, se vuelve claro (por unas ocurrencias obsesivas que produce con más facilidad) que existe una corriente hostil contra la madre, frente a quien ahora reacciona con respeto exagerado; {esa corriente hostil} arranca de los reproches educativos de ella, en especial por su suciedad. Luego una historia sobre los eructos de la madre, y afirma que a los 12 años no podía comer a causa del asco.

16 de diciembre. Hallándose junto a su costurera, piensa: «Por cada coito, una rata para la prima». Esto demuestra que «rata» es algo que se puede contar. La frase nace como compromiso de una corriente amistosa y una hostil, en la medida en que: *a*) cada uno de esos coitos le facilita el camino para otro con la prima, y *b*) cada coito es como un desafío hacia ella y debería enojarla.

Su cuadro se compone de ideas claras y concientes, de fantasías, de delirios [cf. pág. 174] y de ocurrencias obsesivas, de trasferencias.

Sobre la historia de las ratas, una vivencia «terrible». En la tumba de su padre, antes de contraer él su enfermedad, vio una vez pasar fugitivamente a un animal como una rata. Uno de los hurones tan abundantes allí. Muy probablemente supuso que el animal venía de hacerse un banquete con su padre. Sus ideas sobre la supervivencia después de la muerte son, en lo inconciente, tan consecuentemente materialistas como las de los antiguos egipcios. Acerca de esto, la ilusión, tras el dicho del capitán Novak sobre las ratas, de que la tierra se levanta ante él como si ahí abajo hubiera una rata, cosa que él tomó como un presagio. No vislumbraba la conexión.

19 de diciembre. Su avaricia se vuelve clara. El convencimiento de que el padre se ha casado con la madre por ven-

tajas materiales y ha dejado en la estacada a su amor (convencimiento que puede apoyarse en una indicación de la madre, según la cual sus relaciones con los Rubensky habían sido más valiosas que una dote), junto con el recuerdo de la turbación del padre en su época de militar, le hacen aborrecer de la pobreza que lo compele a uno a cometer tales crímenes. Su menosprecio por la madre halla satisfacción en esto. Ahorra, pues, para no verse obligado a traicionar a su amada. De igual modo, cede todo el dinero a la madre porque no quiere tener nada de ella; le pertenece a ella, y no es dinero bendito.

Todo lo malo de su naturaleza, opina, lo tiene del lado materno. El abuelo materno era un hombre brutal que maltrataba a su mujer. — Todos sus hermanos y hermanas tuvieron la gran mudanza: de niños díscolos pasaron a ser personas muy dignas; el que menos lo ha hecho es su hermano: *maneras de advenedizo.*

21 de diciembre. Se identifica con su madre en su comportamiento y en la trasferencia dentro de la cura. Comportamiento: dichos necios todo el día, empeño por decir algo desagradable a cada uno de sus hermanos y hermanas, observaciones críticas sobre tía y prima. Trasferencia: idea de que me dirá que no me comprende, y el pensamiento: «20 coronas son bastantes para el *Parch*»,* etc. Confirma esta construcción demostrando que para referirse a la familia de la prima emplea idénticas palabras que su madre. Es probable que en su crítica al padre se identifique también con su madre y así prosiga en su interioridad el conflicto de sus progenitores. En un sueño (antiguo) que cuenta, establece directamente un paralelo entre sus razones y las de la madre para odiar al padre: Su padre ha vuelto, y a él no le causa asombro (intensidad del deseo). El tiene una alegría inmensa, y la madre dice llena de reproche: «Friedrich, ¿por qué no has dado noticias tuyas durante tanto tiempo?». Sin embargo, él tiene la idea de que ahora habrá que restringirse, pues el hogar ha aumentado en una persona. Su idea es una venganza, porque ha escuchado que cuando él nació el padre se despertó, como lo hacía con cada nuevo hijo; tras ello, otra cosa: su padre gustaba de hacerse rogar, como si quisiera abusar de su poder, mientras que en verdad quizá sólo saboreaba el goce de que todo viniera de él. La observación de la madre se refiere a algo que ella

* {En yiddish, «persona terca y obstinada»; también, «avara».}

había contado: una vez, cuando ella estaba en el campo, él escribía tan poco que ella fue a Viena para averiguar en qué andaba; es decir, una queja por mal trato.

23 de diciembre. Sacudido por la reciente enfermedad del doctor Pr., que tiene un carácter parecido al del padre, un hombre honrado de maneras rudas; atraviesa por estados semejantes a los que sufrió durante la enfermedad de su padre; además, la afección es la misma: enfisema. Por lo demás, su pena no deja de estar mezclada con la venganza, como él lo advierte por unas fantasías que ven a Pr. ya muerto. Razón de la venganza podrían ser los reproches que desde hace tiempo le hacen {a Pr.} en la familia por no haber instado al padre con la energía suficiente a que se jubilara. La sanción de las ratas se extiende también a él. Aquí se le ocurre algo: Pocos días antes de la muerte [del padre], Pr. declaró que, enfermo él mismo, dejaba el tratamiento en manos del doctor Schmidt, evidentemente porque era un caso perdido y Pr. estaba demasiado afectado a consecuencia de su íntima amistad. En ese momento, él pensó para sí: «Las ratas abandonan el barco que se hunde». — Tiene la idea de que mata a Pr. con su deseo, y que puede mantenerlo con vida. Por tanto, idea de su omnipotencia. De hecho, cree haber preservado dos veces la vida de su prima mediante su deseo. Una vez el año pasado, cuando ella padecía de insomnio y él se pasó en vela toda la noche; fue realmente la primera noche que durmió mejor. Otra vez durante los ataques de ella, cuando estaba a punto de caer en estado de sopor, él siempre conseguía mantenerla despierta mediante observaciones que no podían menos que interesarle. Ella reaccionaba a su plática, aun en ese estado.

¿De dónde viene la idea de su omnipotencia? Creo que del primer fallecimiento en la familia, el de Katherine, del cual conserva tres recuerdos [págs. 206-7]. Corrige y amplía el primero. Ve cómo ella es llevada a la cama, no por el papá, y todavía antes que la den por enferma, pues el papá protesta y ella es sacada de la cama de los padres. En efecto, desde tiempo atrás se quejaba de fatiga, pero no se le prestó atención. Cuando el doctor Pr. la examinó, se puso pálido. Comprobó un carcinoma (?), a raíz del cual murió luego. Mientras yo ahora elucido las posibilidades de que él pueda sentirse culpable de esa muerte, reanuda por otro lugar, sustantivo también por el hecho de que no se acuerda con anterioridad de la idea de omnipotencia. Cuando

tenía 20 años de edad, en la casa había una costurera a quien abordó repetidas veces, pero en verdad no le gustaba porque era exigente y menesterosa de amor. Ella se quejaba de que no la querían; lo provocó de manera directa para que le asegurara que la quería, y se desesperó mucho cuando él se negó rotundamente. Algunas semanas después ella se arrojó por la ventana. No lo habría hecho si él hubiera anudado una relación con ella. Así, uno exterioriza omnipotencia concediendo amor o denegándolo, en la medida en que uno posee el poder de hacer dichoso a alguien.

Al día siguiente, dice asombrarse de no sentir arrepentimiento tras haber descubierto eso, pero opina que ya estaba ahí (¡excelente!).

Ahora quiere desarrollar históricamente sus representaciones obsesivas.

La primera, en diciembre de 1902, cuando de pronto se le ocurrió que debía presentarse a examen en un plazo fijado, enero de 1903, lo cual sucedió en efecto. (Tras la muerte de la tía y un ataque de reproches a causa de la mala fama del padre.) Lo comprende muy bien como diligencia de efecto retardado. Al padre siempre le había mortificado que él no fuera diligente. Idea, entonces, de que si él viviera su pereza le causaría pena; y lo mismo sucede ahora. Le demuestro cómo la premisa de toda su neurosis es este intento de rechazar la realidad de la muerte del padre. En febrero de 1903, después de la muerte de un tío que le era indiferente, nuevo ataque de reproches por haberse dormido aquella noche [la de la muerte del padre]; gran desesperación, ideas suicidas, espanto por su propia muerte. ¿Qué significa, pues, «morir»? Como si el sonido de la palabra tuviera que decírselo. Cuán espantoso debe de ser no ver, no oír ni sentir nada. El no reparó en su falso razonamiento, y se rescató de este pensamiento mediante el supuesto de que tienen que existir un más allá y una inmortalidad. En el verano de 1903, durante un viaje en barco por el Mondsee, de pronto la idea de arrojarse al agua. Volvía con Julie de hacer una visita al doctor E., de quien ella estaba enamorada. En el curso de las ideas sobre qué haría él en favor del padre, le vino primero el pensamiento hipotético: «¿Si tú tuvieras que saltar al agua para que a él no le pasara nada...?», y enseguida la exhortación positiva a hacerlo. Analogía, incluso en el texto, con su reflexión, antes de la muerte del padre, sobre si lo daría todo para salvarlo; de ahí probablemente una comparación con la prima, que ese verano lo había tratado mal por segunda vez. Su ira fue entonces enorme; se acuerda de que,

yacente sobre el sofá, pensó de pronto: «Ella es una puta», y esto lo espantó mucho. Ya no duda más de que también respecto del padre tuvo que expiar esa ira. Es que en esa época sus temores oscilaban entre el padre y la prima («puta» es sin duda una comparación con la madre). *La exhortación a saltar al agua* sólo puede haber provenido entonces del lado de la prima, como amante desdichado.

27 de diciembre. Comienzo nuevo, con una corrección. En diciembre de 1902 reveló al amigo sus autorreproches; en enero se presentó a examen, pero no era todavía un plazo fijo, como erróneamente había creído: esto sólo fue en 1903, para julio. En la primavera, violentos reproches (¿por qué?); el detalle provee el esclarecimiento. De pronto cayó de rodillas, sacó a relucir su piedad, se resolvió a creer en el más allá y la inmortalidad; esto significa, pues, el cristianismo y la frecuentación de la iglesia en Unterach,* luego de haber llamado «puta» a la prima. El padre nunca había querido hacerse bautizar, pero lamentaba mucho que sus antepasados no le hubiesen ahorrado ese desagradable asunto. A él le dijo a menudo que no le pondría ningún obstáculo si quería hacerse cristiano. — ¿Habrá entrado por ese tiempo una muchacha cristiana en competencia con la prima? — «No». — Pero, ¿los Rubensky son judíos? — «Sí, y aun practicantes». — Su bautismo habría puesto fin a todo plan de parte de los Rubensky. Entonces su arrodillamiento tiene que haber ido contra el plan Rubensky, y él tiene que haber tenido noticia de este antes de esa escena. — Opina que no, pero admite que no sabe nada con seguridad. Lo que recuerda con nitidez es el desenlace del plan, su visita con su futuro cuñado (y primo) Bob S. a casa de los Rubensky, donde fue sopesado este plan: debían instalarse en las proximidades del Mercado de Hacienda, él como pasante y S. como abogado. S. lo afrentó mucho en esa ocasión. En la plática surgieron estas palabras: «Ahora procura estar listo a tiempo». Sigue siendo muy posible que la madre le haya comunicado el plan meses antes.

Sigue contando que esa primavera de 1903 estudió mal; por más que se organizó, sólo trabajaba al anochecer hasta las 12 o la 1 y luego leía durante horas, lo cual él no comprende. Aquí interpola que más o menos en 1900 había

* {Aldea de la provincia de Salzburgo, en la Alta Austria, junto al lago Attersee, cercano al Mondsee.}

hecho el *juramento* de no masturbarse más, el único de que se acuerde. Pero en esa época solía, después de leer, encender muchas luces en el vestíbulo y el baño, desnudarse por completo y contemplarse luego ante el espejo. Siempre, preocupación por su miembro demasiado pequeño; a raíz de estas escenificaciones, cierto grado de erección, eso lo tranquilizaba. También muchas veces se metía un espejo entre las piernas. Además, solía padecer el espejismo de que llamaban ahí fuera en el zaguán, que es el padre que quiere entrar en la casa y que, si no le abren, lo ve como signo de que no es querido y se vuelve a ir. También ocurría que llamara varias veces. [El paciente] trajinaba con esto hasta que se espantaba de lo enfermizo de esas ideas y se libraba de ellas mediante el enlace de que si él hacía eso al padre le sucedería una desgracia. Todas estas cosas, desconectadas y no entendidas. Se ordenan si uno supone que, llevado por un propósito supersticioso, él espera la visita del padre entre las 12 y la 1, y traslada el estudio a la noche para que él lo encuentre estudiando; pero luego, tras un aislamiento interpolado y una [ ][28] durante un tiempo eventualmente incierto, hace lo que él mismo considera como un sustituto del onanismo —por tanto, en desafío al padre—. Corrobora lo primero y, en cuanto a lo segundo, dice tener la sensación de que un oscuro recuerdo de la infancia viene al caso, pero este no le acude.

La noche anterior a su partida al campo, a comienzos o mediados de junio, sucedió aquella escena de su despedida de la prima (que había venido a casa con X.) en la cual él se creyó desmentido por ella. En las primeras semanas de la estadía en Unterach, mirando por las rendijas dentro de la cabina del baño, vio desnuda a una muchacha muy joven y se hizo los más penosos reproches sobre el efecto que podía producirle a ella la conciencia de ser espiada.

El relato sistemático se traga aquí todo lo otro actual.

28 de diciembre. El está hambriento y se lo conforta. [Cf. págs. 243 y 246.]

Continuación. Compulsión en Unterach. De pronto se le ocurrió que debía adelgazar, empezó a levantarse de la mesa, naturalmente no comía postre, y a correr al sol hasta que quedaba bañado en sudor; entonces se detenía, y volvía a

[28] [Palabra ilegible en el manuscrito. {La edición que hemos tomado como fuente para esta traducción (cf. *supra*, pág. 197*n.*) consigna aquí la palabra «*Abwarten*», «espera angustiada».}]

correr de a trechos; también subía montes a la carrera. Sobre una abrupta ladera le vino la idea de saltar abajo. Desde luego, habría sido la muerte. Acerca de esto, un recuerdo de la vida militar. Cuando servía como voluntario, no le resultaba fácil escalar montes. Durante unas maniobras de invierno sobre el Exelberg,[29] quedó rezagado y procuró darse ánimos mediante la fantasía de que en la cima del monte estaba la prima, que lo esperaba. Pero falló el objetivo y se fue rezagando cada vez más, hasta que se mezcló con los merodeadores de retaguardia. Dice que en la época de su servicio militar —en el año en que murió su padre— las primeras ideas obsesivas fueron puramente hipotéticas: «Si tú ahora cometieras una insubordinación...». Imaginaba situaciones para medir su amor hacia el padre. Si él marchara en formación,* y viera a su padre caer frente a él, ¿saldría de filas y correría a él para socorrerlo? (recuerdo de su padre embolsando su apuesta y corriendo luego tras su pelotón) [pág. 227]. Origen de esta fantasía: durante una marcha, saliendo del cuartel, había pasado delante de su casa; en esas difíciles primeras semanas que siguieron a la muerte de su padre había estado retenido tres semanas en el cuartel sin poder ver a los suyos. No le fue bien en la milicia, estaba apático, no atinaba a nada, tenía un teniente primero que los trataba como a perros y les daba planazos con el sable por detrás cuando no efectuaban ciertos saltos. Recuerdo: S. juntó una vez coraje y le dijo: «Señor teniente primero, es lo mismo sin sable». El hombre se desconcertó, pero después se le acercó diciéndole: «La próxima vez traigo el látigo». En ese momento tuvo que sofocar una gran ira, fantaseó retarlo a duelo, pero se abstuvo. En cierto sentido prefería que su padre ya no viviera. Como ex soldado, se habría mortificado mucho. El padre le procuró también un contacto. Cuando él le comunicó la lista de los oficiales, el padre halló un nombre conocido, el hijo de un oficial a cuyo mando él mismo había servido, y escribió a este último. Una historia de este padre: cierta vez que su padre, no pudiendo entrar el tren en la estación de Presburgo a raíz de la acumulación de nieve, proporcionó palas a los judíos, a quienes de ordinario les estaba vedado el acceso al mercado, el oficial, que era entonces comisario allí, se le acercó y le dijo: «¡Bravo, viejo camarada, has hecho bien!», a lo cual replicó el padre: «¡Eres un sinvergüenza! Ahora me dices "viejo camarada"

[29] [Confuso en el manuscrito.]
* {«*in Reihe und Glied*»; la palabra «*Glied*» tiene, entre otros significados, el de «miembro viril».}

porque te he auxiliado, pero en otro tiempo me has tratado de otro modo».

(Se ve el afán de contentar al padre mediante las carreras.)

Otra compulsión en Unterach bajo el influjo de su desmentida por la prima: compulsión de hablar. De ordinario hablaba poco con la madre, pero entonces se compelió a hablar con ella de continuo durante el paseo, pasando de un punto a otro y diciendo a raíz de eso muchos disparates; él lo refiere de una manera más general, pero por un ejemplo es evidente que estos parten de la madre. Una compulsión corriente de contar; por ejemplo, tener contado hasta 40 o 50 entre trueno y rayo [pág. 203]. Una especie de compulsión protectora: cuando viajaba en barco con la prima y sopló fuerte viento, se vio precisado a cubrirla con su capa. Para él era como un mandamiento que nada le sucediera. *Compulsión de comprender:* se constreñía a comprender con exactitud cada sílaba que le decían, como si con ello se le escapara un gran tesoro. Entonces preguntaba siempre: «¿Qué has dicho?», y cuando se lo repetían hallaba que la primera vez había sonado de otro modo; se volvió harto cargoso.

Esto necesita ser ordenado con referencia a la prima. El esclarecimiento que ella le dio sobre el supuesto desmentido, a saber, que sólo quiso protegerlo para que no se pusiera en ridículo ante X., tiene que haber cambiado radicalmente la situación. La compulsión de proteger es evidentemente arrepentimiento y penitencia, y también la compulsión de comprender se remonta a la prima, pues eran sus palabras las que poseían tanto valor para él. En efecto, no la tuvo antes de la llegada de la prima. Es fácil entender luego la generalización. En tal caso, las otras variedades de compulsión preexistieron a su declaración con la prima, cosa que su recuerdo confirma. La *angustia de contar* ante la tormenta tiene entonces carácter oracular y señala una angustia de muerte: *a qué edad llegaría él.* Entonces, el correr al sol tiene algo de suicida, por su amor desdichado. El confirma todo esto. — Antes de partir de viaje a Unterach, le dice a su amigo Y. que esta vez tiene un *raro, preciso sentimiento* de que no volverá más a Viena. Claras ideas suicidas le eran familiares desde la infancia, por ejemplo cuando debía traer a casa malas notas de la escuela, a raíz de lo cual sabía que el padre se mortificaría. Pero un día, cuando él tenía 18 años, estuvo de visita una hermana de la madre cuyo hijo se había pegado un tiro un año y medio antes a causa, se decía, de un amor desdichado; él pensó que Hilde, de quien {su primo} había estado muy enamorado, era sin duda la causa. A

esta tía se la veía en estado tan deplorable, tan quebrantada, que él se juró, a causa de la madre, no matarse nunca, no importa lo que pudiera sucederle, aun un amor desdichado. Su hermana Constanze le ha dicho, cuando él volvió a casa después de correr: «Ya verás, Paul, terminará dándote un ataque de apoplejía».

Pero si antes de la declaración había impulsos suicidas, esto sólo puede haber sido un autocastigo por haberle deseado la muerte a la prima en su ira. Le doy a leer *Joie de vivre*, de Zola.[30] Cuenta, todavía, que el día en que la prima partía de viaje de Unterach halló tirada en la calle una piedra, y fantaseó que el carruaje de ella podía tropezar ahí, y ella hacerse daño. Por eso la quitó del camino, pero veinte minutos después se le ocurrió que era un disparate y volvió para poner de nuevo la piedra en su lugar. Por tanto, también aquí la moción hostil hacia la prima se conserva junto a la moción protectora.

2 de diciembre.[31] Interrupción debida a la enfermedad y muerte del doctor Pr., a quien él ha tratado como si fuera su padre; de igual modo entró en vínculos personales, en los que salen a la luz toda clase de rasgos hostiles: deseos de ratas, que se remontan a haber recibido él dinero de ellos como médico de la familia. «Tantos florines, tantas ratas», se dice en la ceremonia fúnebre cuando pone dinero en la alcancía. En identificación con la madre, hasta puede fundamentar personalmente el odio contra él, pues esta le reprocha no haber movido al padre a retirarse de los negocios. En el camino al cementerio tiene también aquella rara sonrisa que siempre lo perturba cuando participa de unas exequias. Indica, además, una fantasía: que el doctor Pr. violenta a su hermana Julie (probablemente envidia a causa de exámenes médicos); sobre esto un recuerdo: que papá hizo una vez algo indebido con ella cuando tenía 10 años. El escuchó chillar en el dormitorio, y después papá salió y dijo: «Pero esta muchacha tiene un culo como de piedra». Cosa rara, su creencia en que realmente ha alimentado ira contra su padre no ha hecho progresos, aunque intelige todos los fundamentos lógicos.

Anudada —pero no se puede determinar dónde—, una fantasía de trasferencia: entre dos mujeres, mi esposa y mi

30 [Al personaje de esta novela, Lazare, lo asediaban permanentemente ideas vinculadas a su muerte o a la de otras personas.]
31 [Así en el manuscrito. Debe ser 2 de enero.]

madre, hay estirado un arenque que del ano de una llega al de la otra, hasta que una niña lo corta en dos pedazos, tras lo cual los dos fragmentos (están como mondados) caen.

Acerca de esto, sólo la confesión de que el arenque no le gusta en absoluto; en una comida le sirvieron últimamente arenques, pero no los tocó. La niña es una que ha visto en la escalera y creyó que era mi hija de 12 años.

2 de enero [de 1908] (directamente). Se asombra de haberse puesto tan furioso cuando Constanze hoy por la mañana lo instó a ir con ella al teatro. Le deseó enseguida las ratas, luego cayó presa de la duda sobre si debía ir ahora o no, y cuál de esas dos decisiones importaba, en verdad, ceder a la compulsión. Por esa vía ella le estropeaba una cita con su costurera y una visita a casa de la prima, quien está enferma (formulado esto, por lo demás, así directamente). Acaso su desazón de hoy se deba a la enfermedad de su prima. Luego, supuestamente él tiene sólo pequeñeces, y yo puedo decirle mucho hoy. Mientras desea las ratas a Constanze, él mismo siente a la rata mordisqueando en torno de su ano y la ve plásticamente. Establezco una referencia que arroja nueva luz sobre la rata. El ha tenido gusanos, ¿qué le dieron para combatirlos? — Pastillas. — ¿Y lavativas no? — Sin duda, también; cree acordarse. — Entonces debe de haberse revuelto particularmente contra ellas, pues tras esto se ocultaba un placer reprimido. — También en la revuelta cree {*glauben*} él. — Antes debió de tener un período de picazón en el ano. Le digo que la historia del arenque me recuerda mucho a esas lavativas. (Un grado previo de él: «rebosa de eso hasta el cuello».) ¿No ha tenido otros gusanos (tenia) contra los cuales se receta arenques, o al menos no ha escuchado hablar de ello? — Eso no, pero prosigue con recuerdos de gusanos. (En Munich descubrió cierta vez un gran gusano redondo en sus heces, tras tener antes el sueño de que está sobre un trampolín que se mueve en círculo con él. Eran los movimientos del gusano. Siempre siente al despertar una necesidad imperiosa de defecar.) A los 10 años vio cierta vez a su primo defecando, y este le mostró un gran gusano en las heces; gran asco. Con esto inserta lo que define como el máximo terror de su vida: algo antes de la edad de seis años, la madre tenía un pájaro disecado, de un sombrero, y él se lo pidió para jugar. Mientras corría con el pájaro en la mano, a este se le movieron las alas. En el terror de que hubiera revivido, lo arrojó de sí. Pienso en un nexo con la muerte de la hermana —pero la escena fue clara-

mente anterior— y le hago notar cómo esta creencia facilita la posterior en la resurrección de su padre. Como no reacciona a esto, interpreto de otro modo: como erección por efecto de su mano, y hallo un nexo con la muerte con que fuera amenazado en un tiempo prehistórico, con morir si se tocaba, si provocaba la erección del pene; y él había reconducido la muerte de la hermana al onanismo. El lo admite, en la medida en que realmente se asombra de que en la pubertad nunca llegara al onanismo, a pesar de que había padecido tanto de erecciones, aun cuando niño; una escena donde muestra directamente una erección a la madre. Resume su sexualidad diciendo que se ha contentado con mirar, en el caso de la señorita Peter y otras mujeres. Toda vez que pensaba en una mujer desnuda que lo estimulaba, tenía una erección. Se acuerda con nitidez, en la piscina de damas había dos niñas de 12 y 13 años cuyas piernas le gustaron tanto que deseó claramente tener una hermana con piernas tan lindas. Después, un período homosexual con amigos, aunque nunca se tocaron entre sí: sólo mirar, y a lo sumo placer en esto. El mirar le sustituye el tocar. Yo le recuerdo las escenas del espejo, luego de su estudio nocturno [págs. 236-7], cuando él, según la interpretación, se masturbaba en desafío al padre después que estudiara por amor a él, justamente como al «Dios lo proteja» le sigue el «no». Dejamos estar ese nexo, y él cuenta ahora el sueño del gusano, de Munich, y a partir de ahí da noticias sobre su rápida defecación de la mañana, lo cual luego se anuda con la fantasía trasferencial del arenque. Sobre la niña que soluciona la tarea difícil con una «genialidad juguetona», se le ocurre Mizzi Q., una encantadora niñita que tenía 8 años cuando él se trataba con la familia de ella y aún no se había recibido de doctor. Viaje a Salzburgo hacia las 6 de la mañana. Estaba muy malhumorado porque sabía que pronto le vendrían ganas de defecar, y cuando los pujos le vinieron efectivamente, descendió en la estación con un pretexto y luego alcanzó el tren, pero fue sorprendido por la señora Q. cuando echaba la última mirada a su compostura. Por el resto del día se sintió haciendo un papelón ante esa señora. Luego, sobre esto, se le ocurre un toro, y después se interrumpe. Ocurrencia que supuestamente no viene al caso. A raíz de una conferencia de Schweninger y Harden,[32] se encontró con

32 [Ernst Schweninger (médico de Bismarck) y Maximilian Harden (famoso periodista alemán) dieron en Viena, el 5 de febrero de 1898, una conferencia en forma de diálogo sobre temas médicos. El folletín de Schönthan que más adelante se menciona fue, sin duda, una suerte de parodia de dicha conferencia.]

el profesor Jodl,[33] a quien admiraba mucho por entonces, y aun cambió con él algunas palabras. Ahora bien, «toro» se dice {en dialecto vienés} «*Jodl*», como él bien sabe. Por la misma época, Schönthan[34] escribió un folletín donde describía un sueño: era Schweninger y Harden en una misma persona y así respondía a las preguntas que le hacían, salvo una, sobre por qué los peces no tienen pelo. Sudor frío de angustia, hasta que se le ocurre un expediente y dice: «Pero si es bien sabido cuánto dañan las escamas el crecimiento del pelo, y por eso los peces no pueden tener pelo». Con esto encuentra destino al arenque de la fantasía trasferencial. Una vez anterior, cuando él me contó cómo su muchacha estaba echada boca abajo y el vello pubiano era visible por atrás, yo había lamentado que las mujeres no pusieran ahora ningún cuidado en esto, y lo califiqué de feo, y por eso cuida él por la falta de vello de las dos mujeres [en esa fantasía].

Mi madre debe de significar su abuela, que él mismo no ha conocido, pero se le ocurre la abuela de la prima. Casa dirigida por dos mujeres. Cuando yo le ofrecí la pequeña colación [pág. 237], tuvo enseguida la idea de que había sido preparada por dos mujeres.

3 de enero. Si *la rata es el gusano*, entonces es también el pene; me decido a decírselo. Así pues, su fórmula es simplemente la exteriorización libidinal del comercio sexual, de expresión arcaica (teoría sexual infantil del comercio por el ano), provista de un lado de deseo y otro de ira, de doble cara como la maldición de restregar el culo de los eslavos del Sur [pág. 168]. Antes me comunica hoy, muy alegre, la solución de la última fantasía. Mi ciencia es la niña que con alegre superioridad y «genialidad sonriente» soluciona el problema, despoja a sus ideas de sus disfraces, y así libera a las dos mujeres de sus deseos de arenques.

Después que le he dicho que la rata es el pene, a través del gusano (a lo cual le injerta enseguida «pene pequeño») – rabo de ratas – rabo,* [35] le acude una verdadera oleada de ocurrencias, no todas entramadas, la mayoría desde el lado de deseo de esa figura. Algo sobre la prehistoria de la idea de las ratas, que siempre le pareció pertinente al

33 [Profesor de psicología en la Universidad de Viena.]
34 [Autor de comedias ligeras, a la sazón famoso en Viena.]
* {«*Schwanz*», vulgarmente «pene».}
35 [Cf. «Análisis de la fobia de un niño de cinco años» (1909*b*), *supra*, pág. 14.]

respecto. Meses antes de que se formara, se topó por la calle con una mujer en quien al punto reconoció a una prostituta, o al menos a una mujer que mantenía relaciones sexuales con su acompañante. Ante la peculiar sonrisa de ella, tuvo la peregrina idea de que la prima estaba en el cuerpo de ella y sus genitales colocados por detrás de los de la mujer, de suerte que algo recibía a cada coito. Después, la prima estaba dentro de ella, y se inflaba de tal modo que la persona reventaba. Desde luego, esto sólo puede significar que es la madre de su prima, la tía Laura. Luego, pasando por estos pensamientos, que no la dejan mejor que a una puta, enlaza finalmente con el tío Alfred, su hermano, quien la ultrajó en forma directa: «Te empolvas como una *chonte*».* Este tío murió en medio de horribles dolores. Después de su inhibición, el paciente se aterroriza con la amenaza de que él sería igualmente castigado por esos pensamientos. Luego, diversas ocurrencias: él ha deseado a la prima un directo comercio sexual —antes de la teoría de las ratas— y su forma ocasional: él se ve obligado a aplicarle las ratas. Además, muchas conexiones con dinero; su ideal ha sido siempre permanecer disponible sexualmente, también enseguida tras el coito; ¿quizás entiende por ello un traslado al más allá? Dos años después de la muerte del padre, la madre le comunicó que había jurado sobre su tumba que mediante economías habría de reunir en el próximo tiempo lo desembolsado del capital. El no cree en ese juramento, pero aquí está el principal motivo de su parsimonia. Juró después (a su modo) no necesitar más de 50 florines por mes en Salzburgo; después se volvió incierto el agregado «en Salzburgo», de suerte que nunca habría tenido derecho a necesitar más, y nunca habría tenido permitido casarse con su prima. (Esto, como la fantasía del arenque, pasando por la tía Laura, proviene de la corriente hostil hacia la prima.) Contra esto, una ocurrencia: no le hacía falta casarse si la prima se le ponía así a su disposición. Y en contra de esto, de nuevo la objeción de que entonces tendría que pagar con florines cada coito, como con una prostituta. Así llega al germen de su delirio: «Tantos florines, tantas ratas» (*Tantos rabos-coitos, tantos florines*).

Naturalmente, toda la fantasía de la puta recae sobre su madre, por incitación de su primo, quien, cuando él tenía 12 años, le había hecho creer malignamente que su madre era una puta y hacía signos como una de estas [pág. 217]. La madre, cuando se peina, suele tirarse de sus trenzas, muy

* {En yiddish, «prostituta».}

ralas ahora, y llamarlas *«rabo de rata»*. — Una vez, de niño, cuando la madre yacía en el lecho y a raíz de un movimiento impensado mostró el trasero, él pensó que estar casado consistía en mostrarse recíprocamente la cola. En jugueteos homosexuales con su hermano, una vez se aterrorizó mucho cuando a raíz de sus alborotos en el baño el pene del hermano se dirigió contra su ano. Sobre esto, muchas ocurrencias que no interpretamos, también algunas trasferencias hostiles contra mí.

4 de enero. Alegre. Profusión de otras ocurrencias, trasferencias, etc., que momentáneamente renunciamos a interpretar. A raíz de la niña que solucionó la conexión del arenque —la ciencia—, una fantasía: él le da un puntapié a esa niña y luego el padre rompe un cristal de ventana. Acerca de esto, una historia que fundamenta su inquina contra el padre. Después que él faltó a su primera clase sobre religión en la escuela secundaria, y lo desmintió torpemente, su padre quedó muy apenado, y cuando él se quejó de que Hans le pegaba, dijo: «Muy bien, simplemente dale un puntapié». Otra historia de puntapiés, del doctor Pr.: su actual cuñado, Bob S., vaciló largo tiempo entre Julie y la hija del doctor Pr., quien ahora lleva el apellido Z. Cuando la decisión urgió, él fue convocado al consejo de familia y sugirió que la muchacha, que lo amaba, debía preguntarle a él directamente por sí o por no. El doctor Pr. le dijo [a su hija]: «Bien, si lo amas estoy de acuerdo, pero si hoy al anochecer (después de la cita) puedes mostrarme la impronta de la cola de él en la suela de tu zapato, te doy un abrazo». El no lo quería nada. De repente se le ocurre, también, que la historia del casamiento está muy entramada con su tentación Rubensky. Pr. tiene por esposa a una Rubensky, y si Bob se hubiera casado con la hija, él habría sido el único candidato a sostén de la familia. Luego, más cosas sobre el cuñado Bob, que él [Bob] está muy celoso de él [el paciente]. Ayer hubo escenas con la hermana, en las que él se manifestó directamente. Hasta las sirvientas de la casa dicen que ella lo ama y lo besa como a un amante, no como a un hermano. El mismo le dijo ayer a su cuñado, después que había pasado un rato con la hermana en otra habitación: «Escucha, si ahora Julie tiene un hijo dentro de 9 meses, no creas que es mío; yo soy inocente». El ha pensado que tendría que comportarse de manera muy vulgar para que su hermana, en la opción entre su marido y su hermano, no tuviera ninguna razón para preferirlo.

Antes, como solución de una trasferencia, yo le había dicho ya que él hacía frente a mí el papel del tipo ordinario, es decir, el cuñado, y eso significa que le pesa *no tener a* Julie por esposa. Esto significa su último delirio de comportarse vulgarmente, que expone de manera muy compleja. La trasferencia era que a raíz de aquella comida que le ofrecí [pág. 237], yo saqué provecho, pues él ha perdido tiempo y la cura durará más. Cuando preparaba los honorarios, se le ocurrió que debía pagar también esa comida, con 70 coronas. Estas provienen de una farsa de un *music-hall* de Budapest, donde el novio endeble ofrece 70 coronas al mozo si quiere realizar en su lugar el primer coito con la novia.

Indicaciones de que teme que las manifestaciones de su amigo Springer sobre la cura pudieran apartarlo de esta. Cuando yo le alabo algo de sus ocurrencias, él siempre se regocija mucho, pero una segunda voz le dice luego: «Me río de la alabanza», o también, más nítidamente: «Me cago en ella».

Sobre el significado sexual de la rata no se habla hoy. Su hostilidad es mucho más nítida, como si tuviera mala conciencia respecto de mí. El vello de su amante le hace acordar a una piel de ratón, y le parece que este ratón tiene que ver con la rata. No sabe que este es el sentido del apelativo mimoso «ratoncita» {«*Mausi*»}, que él mismo ha usado. Un primo corrompido, que a él y a su hermano les mostró el pene a la edad de 14 años, dijo: «El mío se aloja {*hausen*} en un bosque virgen». Pero él entendió «*mausen*» {«cazar ratones»}.

6 y 7 de enero. Alegre, sonriente, como si tuviera un as escondido.

Un sueño junto a algunos jirones: Va al dentista para hacerse extraer un diente enfermo. Este le arranca uno, pero no es el correcto, sino uno levemente afectado contiguo a aquel. Una vez que está fuera, se manifiesta asombrado por su tamaño. (Sobre esto, luego, dos complementos.)

Tiene un diente cariado, pero no le duele, sino que sólo le produce, muchas veces, leves sensaciones. Estuvo una vez en el consultorio del dentista para hacerlo emplomar, pero este declaró que sólo se podía extraerlo. De ordinario él no era cobarde, pero se le ocurrió, como impedimento, que los dolores dañarían de algún modo a su prima, y se rehusó. Probablemente por la noche ha tenido esa leve sensación, de ahí el sueño.

Pero el sueño puede pasar por alto una sensación más

fuerte que esa, incluso dolores. ¿Sabe qué significado tendrían los sueños de dientes?

Lo recuerda oscuramente: la muerte de parientes. — Sí, en cierto sentido. Son sueños onanistas, un traslado de abajo hacia arriba. — «¿Cómo así?». — El lenguaje, que equipara el rostro y los genitales. — Eso lo sabe. «¡¿Pero si abajo no hay diente alguno?!». — Comprende luego que justamente por eso. Le cuento, también, que arrancar ramas de árboles tiene ese mismo significado. Conoce la expresión «arrancarse una».* [36]

Pero no se ha extraído un diente él mismo, sino que se lo ha hecho sacar por otro.

Confiesa que con la costurera tiene tentación de que ella le agarre el pene, y sabe arreglárselas para que lo haga. A mi pregunta sobre si ya se aburre junto a ella, responde con asombro afirmativamente. Confiesa la angustia de que ha de arruinarlo materialmente, y de darle lo que le corresponde a la amada. Se averigua que su comportamiento en materia de ahorro de dinero es muy inadecuada, no ha anotado nada, de suerte que no puede decir cuánto le cuesta ella por mes; y también que ha prestado 100 florines a su amigo. Atrapado, confiesa que estaba en el mejor camino de desganarse de la relación y volver a la abstinencia.

Yo opino que eso es susceptible también de otra interpretación, que yo no quiero decir. ¿Qué significa que el diente no era el correcto?

7 de enero. A él mismo se le antoja como si su astuta enfermedad tuviera un as en la manga. Había vuelto a ser gentil con la costurera. El segundo coito no llevó a la eyaculación; se le ocurrió con angustia que orinaría en lugar de eyacular. Cuando iba al quinto grado de la escuela primaria, un compañero le dijo que la reproducción del ser humano ocurría orinando el marido dentro de la esposa. Había olvidado su preservativo. Es evidente que busca caminos para perder el gusto en la relación; por ejemplo, *coitus interruptus*, impotencia, malestar.

A propósito de lo de ayer, tiene un complemento: el diente no se parecía a un diente, sino a un bulbo {*Zwiebel*} de

* {«*Sich einen herunterreissen*», vulgarismo por «masturbarse».}

[36] [Este y otros puntos vinculados con los sueños de dientes fueron abordados cabalmente en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, págs. 390-1, en un pasaje agregado a la obra en 1909 que probablemente se basó, siquiera en alguna medida, en el presente sueño.]

tulipán, sobre lo cual se le ocurren rodajas de cebolla {*Zwiebel*}. — El ulterior camino (orquídeas, su criptorquidia [pág. 231], la operación de la prima [págs. 169-70]), él no lo recorre. Sobre la operación, cuenta que en ese tiempo estaba fuera de sí de celos. Se encontraba junto a ella en el sanatorio, en 1899, cuando un joven médico vino a hacerle la visita y le metió la mano bajo las cobijas. No supo si era lo correcto. Cuando oyó hablar del coraje de ella durante la operación, tuvo la estúpida idea de que había sido porque le gustaba enseñar a los médicos su hermoso cuerpo. Se asombra de que yo no considere tan estúpida esa idea.

De ese hermoso cuerpo había escuchado hablar en 1898 a su hermana Hilde, cuando él se enamoró de ella. Le causó impresión tanto mayor cuanto que la propia Hilde es muy bella de cuerpo. Esta es quizá la raíz de su amor. La prima supo entonces de qué hablaban, y se puso roja. También la costurera T., la que luego se mató, dijo que ella sabía bien que la prima era oficialmente considerada por él la más hermosa de las mujeres, aunque él bien sabe que las hay más hermosas.

Sí, el diente es un pene, eso lo intelige, pues un complemento reza que el diente ha goteado. — Ahora bien, ¿qué significa que el dentista le extrae un «diente»? Con dificultad se lo puede llevar a que es una operación de extracción de rabo; entonces lo demás es simple: que el pene muy grande sólo puede ser el del padre, lo admite al fin como «retorsión» y venganza contra el padre. Es que al sueño le resulta muy difícil traer unos recuerdos tan desagradables.

20 de enero. Larga interrupción, el más alegre talante, mucho material, aproximaciones.

Ninguna solución. Un esclarecimiento fortuito: que sus corridas para evitar a toda costa ponerse gordo {*dick*} se entraman con el nombre del primo norteamericano *Dick* (Richard) —palabra de contraseña {*Passwort*}—.[37] Odio contra este [cf. pág. 149]. Empero, este es un hallazgo mío, y él no lo aprecia.

Hoy 5 sueños, 4 de ellos sobre militares; del primero resulta una ira retenida contra oficiales, y la contención para no retar a duelo a uno que le había pegado en el trasero al sucio mozo Adolph. (Este Adolph es él mismo.) Esto desemboca en la escena de las ratas por mediación de los que-

[37] [Literalmente, «contraseña»; tal vez lo utilice aquí con el sentido de «palabra-puente» (cf. pág. 167).]

vedos* que dejó caer y perdió, y toca a una vivencia de los primeros años de universidad, en que se hizo sospechoso de «esquivar el bulto» ante un amigo porque se dejó pegar una bofetada por un colega, lo retó a duelo ante la propuesta bromista de Springer y luego dejó estar la cosa. Ira sofocada contra su amigo Springer, cuya autoridad viene entonces de ahí, y contra otro que lo denunció pero a quien más tarde ayudó a costa de sacrificios. Por tanto, sofocación progresiva de la pulsión de la ira con retorno de la pulsión erógena a lo roñoso, reprimida.[38]

[Aquí se interrumpe el manuscrito.]

* {En el original se lee «*Zwicker (Kneifer)*»; sobre «*Zwicker*», véase nuestra nota al pie de pág. 132. «*Kneifer*», además de «pellizcar», significa «esquivar un compromiso».}

38 [Las puntualizaciones referidas al significado de «*dick*» y de «*Kneifer*» fueron hechas por Freud dos días más tarde (el 22 de enero de 1907) en una reunión de la Sociedad Psicoanalítica de Viena (cf. *Minutes*, **1**).]

Apéndice

Algunos escritos de Freud que se ocupan de la angustia y las fobias en los niños y de la neurosis obsesiva

[Por supuesto, Freud trató en repetidas oportunidades los dos temas principales contenidos en los historiales clínicos de este volumen. Aquí citaremos aquellas obras que incluyen algunos pasajes importantes en que fueron más particularmente examinados. La fecha que aparece a la izquierda es la del año de redacción; la que figura luego de cada uno de los títulos corresponde al año de publicación y remite al ordenamiento adoptado en la bibliografía del final del volumen.]

A. *Angustia y fobias en los niños*

1909 «Análisis de la fobia de un niño de cinco años» (1909*b*).
1913 *Tótem y tabú*, ensayo IV, sección 3 (1912-13).
1914 «De la historia de una neurosis infantil» (1918*b*).
1917 *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, 25ª conferencia (1916-17).
1926 *Inhibición, síntoma y angustia*, capítulos IV, VII y VIII (1926*d*).

B. *Neurosis obsesiva*

1894 «Las neuropsicosis de defensa», sección II (1894*a*).
1895 «Obsesiones y fobias» (1895*c*).
1895 Manuscrito K (correspondencia con Fliess) (1950*a*).
1896 «Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa», sección II (1896*b*).
1907 «Acciones obsesivas y prácticas religiosas» (1907*b*).
1908 «Carácter y erotismo anal» (1908*b*).

1909 «A propósito de un caso de neurosis obsesiva» (1909*d*).
1912 *Tótem y tabú*, ensayo II, secciones 2 y 3(*c*), y ensayo III, secciones 3 y 4 (1912-13).
1913 «La predisposición a la neurosis obsesiva» (1913*i*).
1914 «De la historia de una neurosis infantil», sección VI (1918*b*).
1916 «Paralelo mitológico de una representación obsesiva plástica» (1916*b*).
1917 *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, 17ª conferencia (1916-17).
1917 «Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal» (1917*c*).
1926 *Inhibición, síntoma y angustia*, capítulos V y VI (1926*d*).

Bibliografía e índice de autores

[Los títulos de libros y de publicaciones periódicas se dan en bastardilla, y los de artículos, entre comillas. Las abreviaturas utilizadas para las publicaciones periódicas fueron tomadas de la *World List of Scientific Periodicals* (Londres, 1952; 4ª ed., 1963-65). Otras abreviaturas empleadas en este libro figuran *supra*, pág. xii. Los números en negrita corresponden a los volúmenes en el caso de las revistas y otras publicaciones, y a los tomos en el caso de libros. Las cifras entre paréntesis al final de cada entrada indican la página o páginas de este libro en que se menciona la obra en cuestión. Las letras en bastardilla anexas a las fechas de publicación (tanto de obras de Freud como de otros autores) concuerdan con las correspondientes entradas de la «Bibliografía general» que será incluida en el volumen 24 de estas *Obras completas*.

Esta bibliografía cumple las veces de índice onomástico para los autores de trabajos especializados que se mencionan a lo largo del volumen. Para los autores no especializados, y para aquellos autores especializados de los que no se menciona ninguna obra en particular, consúltese el «Indice alfabético».

{En las obras de Freud se han agregado entre llaves las referencias a la *Studienausgabe* (*SA*), así como a las versiones castellanas de Santiago Rueda (*SR*), Biblioteca Nueva (*BN*, 1972-75, 9 vols.) o *Revista de Psicoanálisis* (*RP*), y a las incluidas en los volúmenes correspondientes a esta versión de Amorrortu editores (*AE*). En las obras de otros autores se consignan, también entre llaves, las versiones castellanas que han podido verificarse con las fuentes de consulta bibliográfica disponibles.}]

Abraham, K. (1909) *Traum und Mythus: Eine Studie zur Völkerpsychologie*, Leipzig y Viena. {«Sueños y mitos. Un estudio de psicología colectiva», en *Estudios sobre psicoanálisis y psiquiatría*, Buenos Aires: Hormé, 3ª parte, pág. 145.} (82)

Adler, A. (1908) «Der Aggressionstrieb im Leben und in der Neurose», *Fortschr. Med.*, **26**, pág. 577. (88, 112)
Alexander, F. (1922) «Kastrationskomplex und Charakter», *Int. Z. Psychoanal.*, **8**, pág. 121. {«El complejo de castración en la formación del carácter», en M. Klein y otros, *La sexualidad en el hombre contemporáneo*, Buenos Aires: Hormé, pág. 199.} (9)
Andreas-Salomé, L. (1916) «"Anal" und "Sexual"», *Imago*, **4**, pág. 249. (9)
Bell, J. Sanford (1902) «A Preliminary Study of the Emotion of Love between the Sexes», *Amer. J. Psychol.*, **13**, pág. 325. (114)
Bleuler, E. (1910*b*) «Vortrag über Ambivalenz» (Berna), informe en *Zbl. Psychoanal.*, **1**, pág. 266. (187)
Federn, P. (1948) «Professor Freud: The Beginning of a Case-History», *Yearbook of Psychoanalysis*, **4**, pág. 14. (Publicado anteriormente en *Samiksa*, **1** (1947), pág. 305.) (122)
Freud, S. (1894*a*) «Die Abwehr-Neuropsychosen» {«Las neuropsicosis de defensa»}, *GS*, **1**, pág. 290; *GW*, **1**, pág. 59; *SE*, **3**, pág. 43. {*SR*, **11**, pág. 85; *BN*, **1**, pág. 169; *AE*, **3**, pág. 41.} (139, 250)
(1895*c* [1894]) «Obsessions et phobies» {«Obsesiones y fobias»} (en francés), *GS*, **1**, pág. 334; *GW*, **1**, pág. 345; *SE*, **3**, pág. 71. {*SR*, **11**, pág. 137; *BN*, **1**, pág. 178; *AE*, **3**, pág. 69.} (188, 250)
(1896*b*) «Weitere Bemerkungen über die Abwehr-Neuropsychosen» {«Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa»}, *GS*, **1**, pág. 363; *GW*, **1**, pág. 379; *SE*, **3**, pág. 159. {*SR*, **11**, pág. 175; *BN*, **1**, pág. 286; *AE*, **3**, pág. 157.} (123, 173-4, 250)
(1899*a*) «Über Deckerinnerungen» {«Sobre los recuerdos encubridores»}, *GS*, **1**, pág. 465; *GW*, **1**, pág. 531; *SE*, **3**, pág. 301. {*SR*, **12**, pág. 205; *BN*, **1**, pág. 330; *AE*, **3**, pág. 291.} (163, 219)
(1900*a* [1899]) *Die Traumdeutung* {*La interpretación de los sueños*}, Viena. *GS*, **2-3**; *GW*, **2-3**; *SE*, **4-5**. {*SA*, **2**; *SR*, **6-7**, y **19**, pág. 217; *BN*, **2**, pág. 343; *AE*, **4-5**.} (9, 11, 20, 44, 50, 91, 93, 96, 116, 118, 143, 170, 175, 190, 192, 247)
(1901*b*) *Zur Psychopathologie des Alltagslebens* {*Psicopatología de la vida cotidiana*}, Berlín, 1904. *GS*, **4**, pág. 3; *GW*, **4**; *SE*, **6**. {*SR*, **1**; *BN*, **3**, pág. 755; *AE*, **6**.} (127, 181)
(1905*c*) *Der Witz und seine Beziehung zum Unbewussten* {*El chiste y su relación con lo inconciente*}, Vie-

Freud, S. *(cont.)*
na. *GS*, **9**, pág. 5; *GW*, **6**; *SE*, **8**. {*SA*, **4**, pág. 9; *SR*, **3**, pág. 7; *BN*, **3**, pág. 1029; *AE*, **8**.} (50, 177, 188)

(1905*d*) *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie* {*Tres ensayos de teoría sexual*}, Viena. *GS*, **5**, pág. 3; *GW*, **5**, pág. 29; *SE*, **7**, pág. 125. {*SA*, **5**, pág. 37; *SR*, **2**, pág. 7, y **20**, pág. 187; *BN*, **4**, pág. 1169; *AE*, **7**, pág. 109.} (7, 12, 36, 84, 89-91, 114, 159, 193)

(1905*e* [1901]) «Bruchstück einer Hysterie-Analyse» {«Fragmento de análisis de un caso de histeria»}, *GS*, **8**, pág. 3; *GW*, **5**, pág. 163; *SE*, **7**, pág. 3. {*SA*, **6**, pág. 83; *SR*, **15**, pág. 7; *BN*, **3**, pág. 933; *AE*, **7**, pág. 1.} (4, 8, 100, 124, 190)

(1906*a* [1905]) «Meine Ansichten über die Rolle der Sexualität in der Ätiologie der Neurosen» {«Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis»}, *GS*, **5**, pág. 123; *GW*, **5**, pág. 149; *SE*, **7**, pág. 271. {*SA*, **5**, pág. 147; *SR*, **13**, pág. 9; *BN*, **4**, pág. 1238; *AE*, **7**, pág. 259.} (163)

(1907*b*) «Zwangshandlungen und Religionsübungen» {«Acciones obsesivas y prácticas religiosas»}, *GS*, **10**, pág. 210; *GW*, **7**, pág. 129; *SE*, **9**, pág. 116. {*SA*, **7**, pág. 11; *SR*, **18**, pág. 35; *BN*, **4**, pág. 1337; *AE*, **9**, pág. 97.} (188, 250)

(1907*c*) «Zur sexuellen Aufklärung der Kinder» {«El esclarecimiento sexual del niño»}, *GS*, **5**, pág. 134; *GW*, **7**, pág. 19; *SE*, **9**, pág. 131. {*SA*, **5**, pág. 159; *SR*, **13**, pág. 19; *BN*, **4**, pág. 1244; *AE*, **9**, pág. 111.} (4)

(1908*a*) «Hysterische Phantasien und ihre Beziehung zur Bisexualität» {«Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad»}, *GS*, **5**, pág. 246; *GW*, **7**, pág. 191; *SE*, **9**, pág. 157. {*SA*, **6**, pág. 187; *SR*, **13**, pág. 108; *BN*, **4**, pág. 1349; *AE*, **9**, pág. 137.} (151)

(1908*b*) «Charakter und Analerotik» {«Carácter y erotismo anal»}, *GS*, **5**, pág. 261; *GW*, **7**, pág. 203; *SE*, **9**, pág. 169. {*SA*, 7, pág. 23; *SR*, **13**, pág. 120; *BN*, **4**, pág. 1354; *AE*, **9**, pág. 149.} (167, 250)

(1908*c*) «Über infantile Sexualtheorien» {«Sobre las teorías sexuales infantiles»}, *GS*, **5**, pág. 168; *GW*, **7**, pág. 171; *SE*, **9**, pág. 207. {*SA*, **5**, pág. 169; *SR*, **13**, pág. 47; *BN*, **4**, pág. 1262; *AE*, **9**, pág. 183.} (4, 9, 12, 90, 163, 172)

(1908*f*) Prólogo a W. Stekel, *Nervöse Angstzustände und ihre Behandlung* {Estados neuróticos de angustia y su tratamiento}, *GS*, **11**, pág. 239; *GW*, **7**, pág. 467;

Freud, S. *(cont.)*
SE, **9**, pág. 250. {*SR*, **20**, pág. 135; *BN*, **4**, pág. 1530; *AE*, **9**, pág. 227.} (94)
(1909*a* [1908]) «Allgemeines über den hysterischen Anfall» {«Apreciaciones generales sobre el ataque histérico»}, *GS*, **5**, pág. 255; *GW*, **7**, pág. 235; *SE*, **9**, pág. 229. {*SA*, **6**, pág. 197; *SR*, **13**, pág. 115; *BN*, **4**, pág. 1358; *AE*, **9**, pág. 203.} (156)
(1909*b*) «Analyse der Phobie eines fünfjährigen Knaben» {«Análisis de la fobia de un niño de cinco años»}, *GS*, **8**, pág. 129; *GW*, **7**, pág. 243; *SE*, **10**, pág. 3. {*SA*, **8**, pág. 9; *SR*, **15**, pág. 113; *BN*, **4**, pág. 1365; *AE*, **10**, pág. 1.} (124, 152, 156, 162-3, 243, 250)
(1909*d*) «Bemerkungen über einen Fall von Zwangsneurose» {«A propósito de un caso de neurosis obsesiva»}, *GS*, **8**, pág. 269; *GW*, **7**, pág. 381; *SE*, **10**, pág. 155. {*SA*, **7**, pág. 31; *SR*, **16**, pág. 7; *BN*, **4**, pág. 1441; *AE*, **10**, pág. 119.} (4, 9, 100-1, 175, 251)
(1910*h*) «Über einen besonderen Typus der Objektwahl beim Manne (Beiträge zur Psychologie des Liebeslebens, I)» {«Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor, I)»}, *GS*, **5**, pág. 186; *GW*, **8**, pág. 66; *SE*, **11**, pág. 165. {*SA*, **5**, pág. 185; *SR*, **13**, pág. 61; *BN*, **5**, pág. 1625; *AE*, **11**, pág. 155.} (163)
(1910*k*) «Über "wilde" Psychoanalyse» {«Sobre el psicoanálisis "silvestre"»}, *GS*, **6**, pág. 37; *GW*, **8**, pág. 118; *SE*, **11**, pág. 221. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 133; *SR*, **14**, pág. 83; *BN*, **5**, pág. 1571; *AE*, **11**, pág. 217.} (99)
(1911*b*) «Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens» {«Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico»}, *GS*, **5**, pág. 409; *GW*, **8**, pág. 230; *SE*, **12**, pág. 215. {*SA*, **3**, pág. 13; *SR*, **14**, pág. 199; *BN*, **5**, pág. 1638; *AE*, **12**, pág. 217.} (192)
(1911*c* [1910]) «Psychoanalytische Bemerkungen über einen autobiographisch beschriebenen Fall von Paranoia (Dementia paranoides)» {«Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides) descrito autobiográficamente»}, *GS*, **8**, pág. 355; *GW*, **8**, pág. 240; *SE*, **12**, pág. 3. {*SA*, **7**, pág. 133; *SR*, **16**, pág. 77; *BN*, **4**, pág. 1487; *AE*, **12**, pág. 1.} (4)
(1912*e*) «Ratschläge für den Arzt bei der psychoanalytischen Behandlung» {«Consejos al médico sobre el tra-

Freud, S. *(cont.)*
tamiento psicoanalítico»}, *GS*, **6**, pág. 64; *GW*, **8**, pág. 376; *SE*, **12**, pág. 111. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 169; *SR*, **14**, pág. 104; *BN*, **5**, pág. 1654; *AE*, **12**, pág. 107.} (128)

(1912*f*) «Zur Onanie-Diskussion» {«Contribuciones para un debate sobre el onanismo»}, *GS*, **3**, pág. 324; *GW*, **8**, pág. 332; *SE*, **12**, pág. 243. {*SR*, **21**, pág. 173; *BN*, **5**, pág. 1702; *AE*, **12**, pág. 247.} (160)

(1912-13) *Totem und Tabu* {*Tótem y tabú*}, Viena, 1913. *GS*, **10**, pág. 3; *GW*, **9**; *SE*, **13**, pág. 1. {*SA*, **9**, pág. 287; *SR*, **8**, pág. 7; *BN*, **5**, pág. 1745; *AE*, **13**, pág. 1.} (31, 101, 113, 183, 250-1)

(1913*b*) Introducción a O. Pfister, *Die psychoanalytische Methode* {El método psicoanalítico}, *GS*, **11**, pág. 224; *GW*, **10**, pág. 448; *SE*, **12**, pág. 329. {*SR*, **20**, pág. 142; *BN*, **5**, pág. 1935; *AE*, **12**, pág. 347.} (7, 117)

(1913*c*) «Zur Einleitung der Behandlung (Weitere Ratschläge zur Technik der Psychoanalyse, I)» {«Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I)»}, *GS*, **6**, pág. 84; *GW*, **8**, pág. 454; *SE*, **12**, pág. 123. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 181; *SR*, **14**, pág. 119; *BN*, **5**, pág. 1661; *AE*, **12**, pág. 121.} (99)

(1913*i*) «Die Disposition zur Zwangsneurose» {«La predisposición a la neurosis obsesiva»}, *GS*, **5**, pág. 277; *GW*, **8**, pág. 442; *SE*, **12**, pág. 313. {*SA*, **7**, pág. 105; *SR*, **13**, pág. 132; *BN*, **5**, pág. 1738; *AE*, **12**, pág. 329.} (187, 251)

(1913*j*) «Das Interesse an der Psychoanalyse» {«El interés por el psicoanálisis»}, *GS*, **4**, pág. 313; *GW*, **8**, pág. 390; *SE*, **13**, pág. 165. {*SR*, **12**, pág. 73; *BN*, **5**, pág. 1851; *AE*, **13**, pág. 165.} (117)

(1914*d*) «Zur Geschichte der psychoanalytischen Bewegung» {«Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico»}, *GS*, **4**, pág. 411; *GW*, **10**, pág. 44; *SE*, **14**, pág. 3. {*SR*, **12**, pág. 100; *BN*, **5**, pág. 1895; *AE*, **14**, pág. 1.} (113)

(1915*c*) «Triebe und Triebschicksale» {«Pulsiones y destinos de pulsión»}, *GS*, **5**, pág. 443; *GW*, **10**, pág. 210; *SE*, **14**, pág. 111. {*SA*, **3**, pág. 75; *SR*, **9**, pág. 100; *BN*, **6**, pág. 2039; *AE*, **14**, pág. 105.} (187)

(1915*e*) «Das Unbewusste» {«Lo inconciente»}, *GS*, **5**, pág. 480; *GW*, **10**, pág. 264; *SE*, **14**, pág. 161. {*SA*,

Freud, S. *(cont.)*
3, pág. 119; *SR*, **9**, pág. 133; *BN*, **6**, pág. 2061; *AE*, **14**, pág. 153.} (99)
(1916*b*) «Mythologische Parallele zu einer plastischen Zwangsvorstellung» {«Paralelo mitológico de una representación obsesiva plástica»}, *GS*, **10**, pág. 240; *GW*, **10**, pág. 398; *SE*, **14**, pág. 337. {*SA*, **7**, pág. 119; *SR*, **18**, pág. 135; *BN*, **7**, pág. 2429; *AE*, **14**, pág. 344.} (251)
(1916*d*) «Einige Charaktertypen aus der psychoanalytischen Arbeit» {«Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico»}, *GS*, **10**, pág. 287; *GW*, **10**, pág. 364; *SE*, **14**, pág. 311. {*SA*, **10**, pág. 229; *SR*, **18**, pág. 111; *BN*, **7**, pág. 2413; *AE*, **14**, pág. 313.} (37)
(1916-17 [1915-17]) *Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse* {*Conferencias de introducción al psicoanálisis*}, Viena. *GS*, **7**; *GW*, **11**; *SE*, **15-16**. {*SA*, **1**, pág. 33; *SR*, **4-5**; *BN*, **6**, pág. 2123; *AE*, **15-16**.} (9, 85, 93, 250-1)
(1917*b*) «Eine Kindheitserinnerung aus *Dichtung und Wahrheit*» {«Un recuerdo de infancia en *Poesía y verdad*»}, *GS*, **10**, pág. 357; *GW*, **12**, pág. 15; *SE*, **17**, pág. 147. {*SA*, **10**, pág. 255; *SR*, **18**, pág. 139; *BN*, **7**, pág. 2437; *AE*, **17**, pág. 137.} (104)
(1917*c*) «Über Triebumsetzungen, insbesondere der Analerotik» {«Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal»}, *GS*, **5**, pág. 268; *GW*, **10**, pág. 402; *SE*, **17**, pág. 127. {*SA*, **7**, pág. 123; *SR*, **13**, pág. 125; *BN*, **6**, pág. 2034; *AE*, **17**, pág. 113.} (251)
(1918*b* [1914]) «Aus der Geschichte einer infantilen Neurose» {«De la historia de una neurosis infantil»}, *GS*, **8**, pág. 439; *GW*, **12**, pág. 29; *SE*, **17**, pág. 3. {*SA*, **8**, pág. 125; *SR*, **16**, pág. 143; *BN*, **6**, pág. 1941; *AE*, **17**, pág. 1.} (4, 7, 9, 250-1)
(1919*h*) «Das Unheimliche» {«Lo ominoso»}, *GS*, **10**, pág. 369; *GW*, **12**, pág. 229; *SE*, **17**, pág. 219. {*SA*, **4**, pág. 241; *SR*, **18**, pág. 151; *BN*, **7**, pág. 2483; *AE*, **17**, pág. 215.} (181, 183)
(1920*g*) *Jenseits des Lustprinzips* {*Más allá del principio de placer*}, Viena. *GS*, **6**, pág. 191; *GW*, **13**, pág. 3; *SE*, **18**, pág. 7. {*SA*, **3**, pág. 213; *SR*, **2**, pág. 217; *BN*, **7**, pág. 2507; *AE*, **18**, pág. 1.} (112)
(1922*a*) «Traum und Telepathie» {«Sueño y telepatía»}, *GS*, **3**, pág. 278; *GW*, **13**, pág. 165; *SE*, **18**, pág. 197.

Freud, S. *(cont.)*
{*SR*, **19**, pág. 139; *BN*, **7**, pág. 2631; *AE*, **18**, pág. 185.} (183)
(1923*b*) *Das Ich und das Es* {*El yo y el ello*}, Viena. *GS*, **6**, pág. 351; *GW*, **13**, pág. 237; *SE*, **19**, pág. 3. {*SA*, **3**, pág. 273; *SR*, **9**, pág. 191; *BN*, **7**, pág. 2701; *AE*, **19**, pág. 1.} (112, 116, 187)
(1923*d* [1922]) «Eine Teufelsneurose im siebzehnten Jahrhundert» {«Una neurosis demoníaca en el siglo XVII»}, *GS*, **10**, pág. 409; *GW*, **13**, pág. 317; *SE*, **19**, pág. 69. {*SA*, **7**, pág. 283; *SR*, **18**, pág. 187; *BN*, **7**, pág. 2677; *AE*, **19**, pág. 67.} (31)
(1923*e*) «Die infantile Genitalorganisation» {«La organización genital infantil»}, *GS*, **5**, pág. 232; *GW*, **13**, pág. 293; *SE*, **19**, pág. 141. {*SA*, **5**, pág. 235; *SR*, **13**, pág. 97; *BN*, **7**, pág. 2698; *AE*, **19**, pág. 141.} (90)
(1924*d*) «Der Untergang des Ödipuskomplexes» {«El sepultamiento del complejo de Edipo»}, *GS*, **5**, pág. 423; *GW*, **13**, pág. 395; *SE*, **19**, pág. 173. {*SA*, **5**, pág. 243; *SR*, **14**, pág. 210; *BN*, **7**, pág. 2748; *AE*, **19**, pág. 177.} (10)
(1925*f*) Prólogo a A. Aichhorn, *Verwahrloste Jugend* {Juventud descarriada}, Viena. *GS*, **11**, pág. 267; *GW*, **14**, pág. 265; *SE*, **19**, pág. 273. {*SR*, **20**, pág. 171; *BN*, **8**, pág. 3216; *AE*, **19**, pág. 296.} (7, 117)
(1925*h*) «Die Verneinung» {«La negación»}, *GS*, **11**, pág. 3; *GW*, **14**, pág. 11; *SE*, **19**, pág. 235. {*SA*, **3**, pág. 371; *SR*, **21**, pág. 195; *BN*, **8**, pág. 2884; *AE*, **19**, pág. 249.} (145)
(1925*j*) «Einige psychische Folgen des anatomischen Geschlechtsunterschieds» {«Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos»}, *GS*, **11**, pág. 8; *GW*, **14**, pág. 19; *SE*, **19**, pág. 243. {*SA*, **5**, pág. 253; *SR*, **21**, pág. 203; *BN*, **8**, pág. 2896; *AE*, **19**, pág. 259.} (107)
(1926*d* [1925]) *Hemmung, Symptom und Angst* {*Inhibición, síntoma y angustia*}, Viena. *GS*, **11**, pág. 23; *GW*, **14**, pág. 113; *SE*, **20**, pág. 77. {*SA*, **6**, pág. 227; *SR*, **11**, pág. 9; *BN*, **8**, pág. 2833; *AE*, **20**, pág. 71.} (95, 113, 155, 184, 250)
(1927*e*) «Fetischismus» {«Fetichismo»}, *GS*, **11**, pág. 395; *GW*, **14**, pág. 311; *SE*, **21**, pág. 149. {*SA*, **3**, pág. 379; *SR*, **21**, pág. 237; *BN*, **8**, pág. 2993; *AE*, **21**, pág. 141.} (193)
(1930*a* [1929]) *Das Unbehagen in der Kultur* {*El malestar en la cultura*}, Viena. *GS*, **12**, pág. 29; *GW*, **14**,

Freud, S. *(cont.)*
pág. 421; *SE*, **21**, pág. 59. {*SA*, **9**, pág. 191; *SR*, **19**, pág. 11; *BN*, **8**, pág. 3017; *AE*, **21**, pág. 57.} (112-3, 193)
(1933*a* [1932]) *Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse* {*Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*}, Viena. *GS*, **12**, pág. 151; *GW*, **15**; *SE*, **22**, pág. 3. {*SA*, **1**, pág. 447; *SR*, **17**, pág. 7; *BN*, **8**, pág. 3101; *AE*, **22**, pág. 1.} (117)
(1937*d*) «Konstruktionen in der Analyse» {«Construcciones en el análisis»}, *GW*, **16**, pág. 43; *SE*, **23**, pág. 257. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 393; *SR*, **21**, pág. 353; *BN*, **9**, pág. 3365; *AE*, **23**, pág. 255.} (145, 161)
(1939*a* [1934-38]) *Der Mann Moses und die monotheistische Religion* {*Moisés y la religión monoteísta*}, Amsterdam. *GW*, **16**, pág. 103; *SE*, **23**, pág. 3. {*SA*, **9**, pág. 455; *SR*, **20**, pág. 7; *BN*, **9**, pág. 3241; *AE*, **23**, pág. 1.} (32, 163)
(1950*a* [1887-1902]) *Aus den Anfängen der Psychoanalyse* {*Los orígenes del psicoanálisis*}, Londres. Abarca las cartas a Wilhelm Fliess, manuscritos inéditos y el «Entwurf einer Psychologie» {«Proyecto de psicología»}, 1895. *SE*, **1**, pág. 175 {incluye 29 cartas, 13 manuscritos y el «Proyecto de psicología». *SR*, **22**, pág. 13; *BN*, **9**, pág. 3433, y **1**, pág. 209; incluyen 153 cartas, 14 manuscritos y el «Proyecto de psicología»; *AE*, **1**, pág. 211 (el mismo contenido que *SE*).} (92, 163, 175, 187, 191, 193, 250)
(1955*a* [1907-08]) Apuntes originales sobre el caso de neurosis obsesiva (el «Hombre de las Ratas»), *SE*, **10**, pág. 259. El texto original alemán fue publicado en la edición francesa bilingüe: *L'homme aux rats. Journal d'une analyse*, trad. al francés, con una introducción, notas y comentario, por E. Ribeiro Hawelka, París: Presses Universitaires de France, 1974. {*RP*, **22**, nº 3, 1955, pág. 159; *AE*, **10**, pág. 195.} (167)
Jones, E. (1908) «Rationalization in Everyday Life», *J. abnorm. Psychol.*, **3**, pág. 161; *Papers in Psycho-Analysis*, 1ª, 2ª y 3ª eds. solamente (véase 1913*a*), cap. 1. (151)
(1913*a*) *Papers on Psycho-Analysis*, Londres y Nueva York (2ª ed., 1918, y 3ª ed., 1923, Londres y Nueva York; 4ª ed., 1938, y 5ª ed., 1948, Londres y Baltimore.)
(1953) *Sigmund Freud: Life and Work*, **1**, Londres y

Nueva York. (Las páginas que se mencionan en el texto remiten a la edición inglesa.) {*Vida y obra de Sigmund Freud*, Buenos Aires: Hormé, **1**.} (219)

Jung, C. G. (1906, 1909) (ed.) *Diagnostische Assoziationsstudien* (2 vols.), Leipzig. (165)

Löwenfeld, L. (1904) *Die psychischen Zwangserscheinungen*, Wiesbaden. (173)

Moll, A. (1898) *Untersuchungen über die Libido sexualis*, **1**, Berlín. (91)

Rank, O. (1909) *Der Mythus von der Geburt des Helden*, Leipzig y Viena. {*El mito del nacimiento del héroe*, Buenos Aires: Paidós.} (59)

Sadger, I. (1908*a*) «Fragment der Psychoanalyse eines Homosexuellen», *Jb. sex. Zwischenst.*, **9**, pág. 339. (89)

(1909*a*) «Zur Atiologie der konträre Sexualempfindung», *Med. Klinik.*, **10**, pág. 109. (89)

Sociedad Psicoanalítica de Viena (1962) *Minutes of Vienna Psychoanalytic Society*, **1**, Nueva York. (249)

Stärcke, A. (1921) «Der Kastrationskomplex», *Int. Z. Psychoanal.*, **7**, pág. 9. (9)

Stekel, W. (1908) *Nervöse Angstzustände und ihre Behandlung*, Berlín y Viena. {*Estados nerviosos de angustia y su tratamiento*, Buenos Aires: Imán.} (94)

Weininger, O. (1903) *Geschlecht und Charakter*, Viena. {*Sexo y carácter*, Buenos Aires: Losada.} (32)

Indice alfabético

El presente índice incluye los nombres de autores no especializados, y también los de autores especializados cuando en el texto no se menciona una obra en particular. Para remisiones a obras especializadas, consúltese la «Bibliografía». Este índice fue preparado {para la *Standard Edition*} por la señora R. S. Partridge. {El de la presente versión castellana se confeccionó sobre la base de aquel.}